CARLOTA MANZANO



QUIÉN nos lo IBA A DECIR

Quién nos lo iba a decir

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
Quién nos lo iba a decir
Carlota Manzano
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

«A veces la felicidad se esconde más allá de lo que podemos ver. Deja que tu corazón sienta, ábrete a él, porque eso es lo único que marca la diferencia».

Capítulo 1



Xaira

Me bebí el último sorbo de agua y dejé a mi lado, sobre la hierba, la botella de plástico vacía.

Apoyé la barbilla en los brazos cruzados que coloqué sobre las rodillas flexionadas, con la mirada perdida hacia delante. Las vistas de este lugar siempre me habían encantado y el silencio que había a estas horas del día, aún más.

Debían de ser ya sobre las siete y cuarenta de la mañana. Miré la hora cuando paré de correr al llegar aquí, después de ponerme la sudadera.

Me encontraba en un mirador que ofrecía una panorámica increíble. Estaba situado en lo más alto de la ciudad, por encima de un par más.

Durante un tiempo disfruté de estar sola, tiempo que utilicé para capturar definitivamente en mi cabeza todas las imágenes que representaban a mi ciudad. Al menos así había sido a lo largo de cuatro años y medio, a partir de mañana todo cambiaría.

Estiré las piernas para abrir la riñonera, en cuanto mi móvil sonó dentro. Lo saqué y vi que era mi amiga Emma.

—Buenos días, madrugadora —la saludé.

—¿Qué tienen de buenos? No son ni las ocho, por Dios.

Sonreí.

—Me has llamado tú. ¿Qué haces despierta tan pronto?

—¡¿Qué qué hago?! ¡¿En serio?! ¡¡Hoy es tu último día aquí!!

Tuve que retirarme el teléfono de la oreja, por lo fuerte que grito.

—¿Te has quedado a gusto? Porque debes haber despertado a la mitad de tus vecinos —hablé con diversión.

—Como si me importara —suspiró—. Ay, Xaira, ¿qué voy a hacer sin ti? Definitivamente estoy deprimida, a partir de ahora sí.

—Llevas diciendo lo mismo durante la última semana.

Me levanté de la hierba, me sacudí el pantalón corto deportivo por detrás y me agaché para coger la botella vacía de plástico.

Le di la espada a las vistas del mirador y me dirigí al camino que llevaba hasta las calles de la ciudad. Comencé a descender dando un paseo.

Hoy ya había hecho varias veces el mismo recorrido de esta ruta, durante mi rutina de ejercicio, por ese motivo ahora quería bajar con calma, para despedirme del lugar sin prisas, admirándolo y apreciando todos los detalles. Me había acompañado casi diariamente, a lo largo de los años.

—Cállate —me dijo Emma —, sabré yo cómo estoy… No quiero que te vayas, así que estoy deprimida. Cada vez más.

—Vale, pero te lo estás tomando como una separación definitiva y no lo es, en absoluto. Puedes venir a visitarme cada vez que puedas y quieras, las puertas de donde yo esté siempre estarán abiertas para ti. Y si te piensas que yo no voy a venir aquí…

—No me hagas llorar —susurró—. No es justo. Eres mi mejor amiga.

—Emma… joder, que para mí tampoco es fácil. Estoy intentado ser la fuerte de las dos, pero cada vez me lo pones más difícil.

—¿Y por qué te vas?

—Como si no lo supieras… No podía rechazar la oportunidad que me han dado en el trabajo. Estaría loca si no hubiese pedido el traslado, con ascenso incluido. Además, allí lo tengo todo.

—Todo.

—Menos a ti. Ya sabes a lo que me he referido.

—Sí.

—Puedo buscarte un trabajo.

—Si es mejor que el que tengo acepto —rio.

—Para eso no hace falta mucho. No sé porque te empeñas en seguir ahí.

—¿Por qué llevo un año y medio enviando currículums y no he conseguido nada? No es por gusto.

—Con el jefe de la empresa de aquí no hubo suerte, más estirado no puede ser el tío, pero a dónde voy…

—Bueno, paso a paso. Lo primero eres tú. ¿Qué haces?

—Bajar del último mirador.

—¿A qué hora has salido del piso?

Alzó la voz de nuevo, porque estaba lejos.

—A las seis menos veinte.

—¡Estás loca!

Ella jadeó y yo solté una carcajada.

—No he estado corriendo todo el tiempo. Casi no he dormido esta noche, como mucho habré cerrado los ojos una hora, pero he conseguido descansar menos de ese tiempo. Ya estaba cansada de dar vueltas en la cama y después de dos cafés seguidos, he decidido salir a correr para cansarme. Mañana viajaré con unas ojeras hasta el suelo.

—Seguro que esta noche te irá mejor; si no, el maquillaje es milagroso. Madre mía, ni loca salgo yo a esa hora un día de fiesta.

Bufó.

—¿Día de fiesta? Ni cualquier otro día —reí—. Por eso tú eres tú y yo soy yo.

—Uy qué graciosa para no haber dormido ni descansado.

Volví a reír.

—¿Nos vemos en la cafetería?

—Claro —contestó animándose.

—Tómatelo con calma, voy al piso a darme una ducha rápida.

—Ahora nos vemos.

La cafetería a la que íbamos los fines de semana era siempre la misma, desde hacía años, por lo que no hacía falta aclarar a qué sitio nos referíamos.

Guardé el móvil en la riñonera, mientras pensaba en todos los cambios importantes que se avecinaban.

Iba a echar muchísimo de menos a Emma. En realidad, ella era lo único y lo principal que me atacaba a esta ciudad. Lo principal. Por el trabajo no tenía que preocuparme.

La empresa para la que yo trabajaba era una multinacional y meses atrás, a muchos kilómetros de aquí, había abierto otra sede. Me ofrecieron la oportunidad y no dudé en pedir el traslado, por varios motivos de peso. El primero que encabezaba la lista era mi familia.

Al cabo de unos quince minutos andando a paso ligero, dejé el camino del mirador y entonces comencé a correr por las calles, sin forzarme y sin quitarme la sudadera que me puse para no coger frío.

Tenía ganas de llegar al piso, por lo que no paré hasta que estuve frente al edificio. Subí en el ascensor hasta la cuarta planta y fui directa hasta mi puerta. En cuanto cerré a mi espalda, dejando la llave en la cerradura, pasé por al lado de las maletas y las mochilas preparadas y me dirigí directamente a la habitación.

Ya lo tenía todo recogido, solo me faltaban las cosas de última hora, pero estas no las guardaría hasta el día siguiente, cuando estuviera arreglada para irme. Toda mi ropa iba entre las mochilas de viaje y las maletas. Era lo único que tenía de propiedad aquí, por lo que no necesitaba llevarme mucho más.

Había vivido de alquiler en este piso y desde el primer momento me lo encontré completamente amueblado y listo para entrar a vivir, incluso con ropa de cama nueva para estrenar. Tampoco le faltaba ni un detalle en electrodomésticos, tanto grandes como pequeños.

Era pequeñito, solo tenía una habitación, pero para mí había sido más que suficiente y perfecto. En cada viaje que mi familia había hecho para visitarme nos habíamos apañado muy bien. El sofá se convertía en cama, aparte de que la primera vez que vinieron compré dos colchones hinchables y un inflador, por si acaso.

En cuanto entré en el baño me quité la riñonera y me desnudé, para meterme en la bañera. Me sentó de lujo estar debajo del agua, que esta me cayera por la cabeza y arrastrara la pesadez del cansancio del ejercicio y el sudor.

Me duché rápido, de la misma manera que me sequé el cuerpo y el pelo.

En un lateral de la cama tenía la ropa que había dejado fuera de las maletas, para hoy y para el día siguiente. La de mañana era muy cómoda porque iba a estar horas al volante de mi coche, la de hoy un pantalón vaquero, una camiseta de manga tres cuartos y la cazadora. Además de lo básico, la ropa interior y los calcetines.

También tenía fuera las zapatillas deportivas de estilo casual, las que me puse sentada en el borde de la cama, después de vestirme. Las deportivas de correr iban en una de las mochilas que tenía en el salón, pero no las guardaría hasta la mañana siguiente, para dejarlas respirar.

Volví al baño para cepillarme el pelo, el que me dejé suelto, y después de perfumarme y de sacar el móvil de la riñonera, salí para ponerme la cazadora. Me fui de la habitación colgándome el bolso, en el que metí el teléfono.

Hasta la cafetería había menos de diez minutos caminando, por lo que tenía por delante un pequeño paseo tranquilo que no tardé en hacer. En cuanto llegué, al ver que Emma no había llegado todavía, ocupé una mesa de la terraza, para aprovechar el buen día que hacía.

Aún faltaba un mes y medio para el verano, pero la temperatura ya era muy agradable e incluso en las horas más calurosas del día sobraban capas de ropa.

Por el momento estaba estupendamente como iba vestida, la cazadora la dejé en la silla que quedaba a mi derecha. El bolso me lo coloqué sobre las piernas para tenerlo controlado.

—Buenos días, Xaira —me saludó una de las camareras, Verónica.

—Buenos días, guapa.

Nos sonreímos.

Como sabía de sobra que normalmente, por no decir siempre, durante años, Emma llegaba más tarde, lo habitual era que sin pedir nada me trajeran un café con leche para la espera. Verónica o cualquiera de los que trabajaban en la cafetería. Después de tanto tiempo nos conocíamos todos, en ciertos sentidos.

Verónica dejó sobre la mesa la taza, haciéndome un guiño.

—Gracias.

—A ti, preciosa.

Se fue tan silenciosa como llegó y comencé a beberme el café con leche, observando a la gente ir de un lado al otro.

Era sábado y me encontraba en una zona peatonal muy transitada, en la que había muchos comercios y tiendas.

Capítulo 2



—¿Nos movemos? —me preguntó Emma.

—No.

Reí.

Eran las siete y media de la tarde del sábado, llevábamos todo el día juntas.

—¿A la cocina? —le pregunté.

—Muy graciosa.

Bufó.

—Quiero hacer algo diferente contigo, ya hemos descansado bastante. Mañana te vas al poco de despertarte, así que…

—Eh, lo llevaremos bien —le dije sonriendo.

Le di un pequeño empujón en el brazo, con el mío, pero Emma continuó mirándome con tristeza.

Estábamos sentadas en el sofá de su piso, donde llevábamos toda la tarde sin movernos. Después de desayunar en la cafetería, en la que estuvimos bastante tiempo y me despedí de todos, dimos una vuelta por la zona peatonal.

Entramos en varias tiendas de ropa y al final en la última nos compramos dos camisetas iguales.

En ese momento…

—¿Qué haces? —le dije, cuando me quitó la bolsa al salir.

Se quedó con ella y me dio la suya.

—Ahora sí.

La miré extrañada, sin entenderla.

—Que ahora tú tienes mis camisetas y yo las tuyas, así tenemos algo de la otra y cada vez que nos las pongamos nos acordaremos más —dijo con una gran sonrisa.

—Mmm… Emma, ¿te has dado cuenta de que son exactamente iguales, incluso las tallas?

—¿No me digas? —rio con ganas— Hija que tengo ojos en la cara.

Puso los ojos en blanco y yo contuve una carcajada.

—¿Entonces qué sentido tiene lo que has hecho?

—¡Qué tienes las mías!

Se encogió de hombros.

—Y tú las mías —le dije, sonriendo.

—Exacto.

Dio una palmada.

Ese fue el intercambio por el que ahora teníamos dos camisetas de la otra.

Cuando nos entró hambre fuimos a comer a uno de nuestros restaurantes favoritos y al salir, vinimos al piso de Emma, para descansar y continuar la tarde haciendo otras cosas, entre ellas dormir un rato la siesta, ver una película y un capítulo de la seria que más nos gustaba.

Y ahora Emma quería salir a la calle, para ir a cenar y a tomarnos unas copas. Se lo veía en la cara.

—Me has dicho que no vas a madrugar para el viaje.

—Sí. Me apetece tomármelo con calma; además, no tengo ninguna prisa por llegar —le dije—. Me da igual estar allí al mediodía o al final de la tarde.

—Haces bien, sobre todo, no corras con el coche —me pidió.

Asentí mientras sonreía.

—¿Vamos a cenar al bar del moreno?

El bar del moreno era nuestro favorito, ponían unas tapas de escándalo. Todo estaba buenísimo.

Lo del moreno no era porque el negocio se llamara así, sino porque Jon era el dueño. Siempre que íbamos nos atendía personalmente y pasaba un rato con nosotras. Él era el moreno, aparte de nuestro amigo.

—Me gusta la idea —le confirmé—. Quería ver a Jon una última vez, aunque ya me despedí de él hace poco.

—Pues listo, vamos allí y el resto ya lo vamos viendo.

Se levantó del sofá de un salto y fue hacia el pasillo.

—Si quieres cambiarte de ropa o…

—Estoy bien, solo necesito cepillarme el pelo. Ahora iré a tu habitación, primero quiero hablar con mis padres.

—Vale, cariño.

Me lanzó un beso al aire, antes de desaparecer.

Me eché hacia delante para coger el móvil de la mesa de enfrente. Lo desbloqueé y entré en la aplicación de mensajes.

Los únicos que sabían que viajaba al día siguiente, para quedarme en mi destino, eran mis padres. El resto de mi familia no tenía ni idea, ya que quería que fuese una sorpresa.

Entré en el grupo que compartía con mis padres.

Xaira: *Voy a salir a cenar con Emma, así que no quiero que se me pase la hora y se haga tarde para escribiros, como me pediste, papá. Ya lo tengo todo preparado para irme mañana, en cuanto me tome el primer café del día.*

Aparecieron pasados unos segundos.

Mamá: *Hola, tesoro. ¿Cómo lo llevas?*

Papá: *Hola, cariño. Perfecto, pues disfruta con tu amiga. Mañana ten cuidado, ¿vale? Y haz paradas. Te llamaré varias veces.*

Xaira: *Está siendo más duro de lo que pensaba, mamá. Lo disimulo con Emma, porque ella no lo lleva bien, pero es que yo tengo algo dentro que me oprime.*

Xaira: *Vamos a disfrutar, sí. No preocuparos, ya le he dicho a Emma que voy a hacer el viaje sin ninguna prisa, me da igual llegar cerca de la noche. Y sí, no alargaré las paradas, papá* —le puse una cara haciendo un guiño—. *Tendré cuidado y me portaré bien. Tengo muchas ganas de veros. Os quiero.*

Mamá: *Ay, cariño, nosotros también. Aún no me creo que vuelvas, tengo ganas de llorar.*

Papá: *Deja las lágrimas para mañana, cuando la veas. Aquí te esperamos con los brazos abiertos, pequeña.*

Sonreí porque no era la pequeña de la familia, pero a mi padre le daba igual.

Xaira: *Os dejo ya, solo quería avisaros de que todo va bien. Emma ya mismo aparecerá para irnos. Estamos en su piso, llevamos todo el día. Hasta mañana.*

Bloqueé el móvil después de sus despedidas y me levanté para guardar el teléfono en el bolso.

Fui a la habitación de Emma, en la que me encontré con mi amiga.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Estupendamente —contesté sonriendo.

—Me alegro.

Sonrió también.

—¿Ya has terminado?

—No tenía que hacer mucho —me dijo con un guiño.

Me dirigí al baño y me cepillé el pelo delante del espejo. Cuando terminé fuimos al salón, directas a la mesa. En ella dejamos al llegar las chaquetas y los bolsos, los que nos pusimos para irnos.

Bajamos en el ascensor y una vez estuvimos en la calle nos agarramos de los brazos. Comenzamos a caminar por la acera hacia el bar de Jon, al que llegamos en menos de diez minutos.

—Hola, Lorenzo —saludó Emma, a uno de los camareros.

Él se giró hacia nosotras y nos sonrió.

—Hola, preciosas. Bienvenidas.

Nos hizo un guiño, mientras ocupábamos una mesa. Llegó a nuestro lado.

—¿Qué tal os va? —se interesó Lorenzo.

—Fatal —soltó Emma, haciendo una mueca.

—¿Y eso? —se extrañó él—. No me digas que hay un responsable porque solo tienes que darme un nombre.

—La tienes delante.

Emma me señaló, como si no lo hubiera dejado claro.

Lorenzo alzó una ceja, mirándome con la diversión reflejada en la cara. Él no sabía que me iba al día siguiente, Jon sí. Emma se lo contó enseguida y Lorenzo me observó sorprendido.

—Joder, te vas muy lejos.

—Sí —dijo Emma, con un bufido.

—No es para tanto —le quité importancia.

—Pero bueno, qué grata sorpresa.

La voz de Jon sonó a mi espalda y me giré hacia él, agradeciendo su intervención.

Emma y yo nos levantamos para darle un abrazo y un beso, después volvimos a sentarnos una frente a la otra. Jon lo hizo a nuestro lado. Esta vez Lorenzo sería el encargado de atendernos, y a su jefe también.

—¿Cervezas? —nos preguntó Jon.

Emma y yo asentimos.

—Trae tres jarras pequeñas —le pidió a Lorenzo.

—Enseguida, jefe —le dijo con un guiño—. Xaira, preciosa, voy a lamentar mucho no verte por aquí.

—Cuando venga, esta parada será obligatoria.

Me referí al bar, para verlos.

—Eso espero, porque como me entere que has venido a la ciudad y no te has pasado a saludarnos… —carraspeó y reí.

Se fue al interior del bar, a por las cervezas.

—Estáis preciosas, como siempre —nos dijo Jon.

Nos sonrió mirándonos, primero a una y después a otra.

—¿Todo bien? —se dirigió a mí.

—Sí.

Era una confirmación breve, pero Jon supo leerme entre líneas. Era algo que nos sucedía a ambos.

—¿Qué habéis hecho hoy? —Cambió de tema.

Le contamos la mañana que habíamos tenido después de desayunar, yendo de un lado al otro, recorriendo tiendas. También la tarde tranquila en el piso de Emma, hasta que salimos para venir al bar. En el transcurso del tiempo que nos llevó poner al día a Jon, Lorenzo regresó con las jarras de cerveza y aparte nos dejó una tapa.

—Voy al baño —nos dijo Emma.

Fue al cabo de un rato, cuando ya hablábamos de otra cosa.

—Emma desprende cómo se siente, no puede ocultarlo, pero ¿y tú? ¿Cómo lo llevas?

—Está costándome más de lo que imaginaba —contesté hablando más bajo—. A veces me pregunto si he hecho bien con lo del traslado, cuando aquí estaba muy bien. No tenía ninguna queja —dije pensativa.

—Para mejorar no hacen falta quejas ni que algo vaya mal, se trata de un crecimiento personal. Tomaste la decisión acertada, sino hubiese sido de esa manera te habrías arrepentido con el tiempo.

—Tal vez —susurré.

—Sabes que tengo razón, no le des más vueltas. Acuérdate cuando llegaste aquí, lo que te costó separarte de tu familia. Pues esta vez no será diferente, por Emma. Os costará a ambas, pero después de asimilar la distancia crearéis una nueva rutina, de llamadas y viajes.

Me hizo un guiño.

—Tú y yo tampoco vamos a perder el contacto, ¿eh?

—Por supuesto que no. Sabes cómo encontrarme y los mejores momentos para poder hablar sin prisas, así que cuando tú me digas ahí estaré.

Se refirió a que teníamos nuestros números de teléfono y estábamos en contacto, aunque no nos viéramos a diario.

—Cuenta con ello, aunque también espero que viajes para verme.

—Cuando puedas me das todos los datos y cualquier día te sorprendo apareciendo allí.

Me hizo un guiño y sonreí de oreja a oreja.

Cogí el móvil del bolso y le envié un mensaje a Jon, detallándole la dirección completa en la que iba a vivir. Al menos provisionalmente, porque en algún momento buscaría una vivienda propia.

Pero eso sería con el tiempo, no tenía ninguna prisa por acelerar las cosas.

—Estupendo —dijo al ver el mensaje.

—¿Te quedas con nosotras para cenar y tomarnos unas copas? Sé que hoy el bar se pondrá al completo, pero me encantaría que estuvieras conmigo mi última noche aquí —Miré hacia los lados.

—Última noche provisionalmente, porque te aseguro que, en otro momento del tiempo, en un futuro, recordaremos este instante sentados en esta misma terraza.

Sonrió.

—Me quedo con vosotras —me confirmó y me emocioné—. Los chicos pueden llevar perfectamente el bar y si no, con unos cuantos gritos lo arreglo.

Reímos y lo abracé, por encima de la mesa.

—Todo irá bien —me susurró y solté un suspiro, con los ojos cerrados.

Capítulo 3



Después de casi once horas paré el coche frente a mi destino. Lo único que me separaba de él era la verja cerrada delante de mí.

Estaba agotada de tantas horas conduciendo, de ir en la misma posición y de la pesadez de las carreteras y la circulación. Tenía el culo dormido y dolor de espalda.

Cada cierto tiempo había hecho paradas muy cortas, para descansar y estirar las piernas. La excepción fue el rato que paré para comer, ahí no me di ninguna prisa para volver al coche.

Una sonrisa tiró de mis labios cuando la verja comenzó a abrirse frente a mis ojos, al pulsar el mando.

Aceleré para traspasar la entrada y una vez dentro, esperé a que la verja se cerrara y encajara para continuar adentrándome en la propiedad.

Comencé a recorrer el camino asfaltado, nerviosa, por los meses que hacía que no veía en persona a mis padres. A algunos de los demás, mucho más.

Solté una carcajada cuando Timón y Pumba, nuestros perros, aparecieron corriendo. Se acercaron y me siguieron ladrando. Estaban dándome la bienvenida y yo estaba deseando poder abrazarlos.

Mis nervios aumentaron, junto a mis emociones, cuando la casa familiar apareció majestuosa frente a mí, a unos metros de distancia. Aceleré un poco más, con urgencia de llegar ya. Timón y Pumba se adelantaron y me esperaron.

Paré el motor frente a la puerta, para tener más facilidad para descargar el maletero. Lo llevaba lleno con las maletas, las bolsas de viaje y unas cuantas bolsas de plástico en las que metí las pocas cosas de comer que tenía en la nevera y en la despensa.

Al bajarme del coche Timón y Pumba se me echaron encima y caí al suelo riendo, mientras aceptaba sus muestras de cariño. Después de muchos lametones y abrazos y besos por mi parte, conseguí levantarme.

—Estáis preciosos —les dije.

Les di un beso en la cabeza y cogí una bocanada de aire, dispuesta a picar al timbre, pero antes de dar el primer paso hacia la entrada, la puerta principal de la casa se abrió de golpe.

Fue mi padre quien apareció, con una sonrisa de oreja a oreja, y mi madre pasó por su lado. Salió corriendo hacia mí y riendo, yo hice lo mismo.

Timón y Pumba me siguieron y comenzaron a saltar a nuestro alrededor, sumándose al reencuentro.

—Mi Xaira —me dijo emocionada, abrazándome con fuerza.

—Hola, mamá —susurré, aspirando su olor.

Mi madre olía a casa, a alegría, a familia y a amor.

—Bienvenida a casa, pequeña —me dijo mi padre.

—Papá.

Lloré cambiando de brazos, me lancé a los suyos que me acogieron al instante.

Él olía a protección, a estabilidad, a serenidad, a familia y a amor.

—¿Cómo ha ido el viaje? —me preguntó mi madre, acariciándome la espalda.

—Ya está aquí, lo demás puede esperar. Déjala respirar —le pidió mi padre, con cariño.

—Sí, sí… tienes razón —le sonrió ella, abrazándome de costado.

Me dio un beso en la mejilla y seguimos a mi padre, hasta el maletero del coche. Sacamos de él todo el equipaje y las bolsas de la comida, haciendo varios viajes a la casa.

—¿Llevo el coche al garaje? —le pregunté a mi padre—. He parado aquí porque es más directo, por todo lo que tenía que descargar.

—Tranquila, hay tiempo —me contestó con un guiño—. Yo me encargo.

Le di la llave y me pasó el brazo por los hombros, para entrar en la vivienda.

—¿No hay nadie?

La curiosidad estaba pudiendo conmigo, pero, sobre todo, los nervios por los reencuentros y las sorpresas que iba a dar.

—Has venido pronto, el único al que puedes ver ya es a Kevin. El resto hasta dentro de un rato no irán llegando.

Sonrió al ver mis ojos más brillantes de lo normal. Tragué saliva.

—Es que como no podía dormir he salido muy temprano.

Asintió.

—Me ha costado retener aquí a tu hermano, con lo insistente que se ha puesto con que había quedado con sus amigos —comentó, sonriendo—. Cuando te vea retirará todo lo malo que ha dicho de mí.

Reímos.

—Kevin no ha hecho eso, te respeta mucho.

—Como debe ser, y que por su bien siga cagándose en los demás.

Volvimos a reír.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

Llegamos a la cocina y ayudamos a mi madre a guardar las cosas de comida que habían viajado conmigo. Estábamos en ello, terminando, cuando el corazón se me aceleró al escuchar su voz.

—Bueno, ahora sí que me voy y nada ni nadi…

Mi hermano se quedó callado de golpe y fue en ese instante en el que me giré despacio, para encontrármelo con los ojos abiertos por la sorpresa. Me miraba fijamente, como si no se creyera que estaba delante de él, en la casa.

—¿Xai?

Se dirigió a mí como llevaba haciendo desde siempre, por el diminutivo de mi nombre.

Solté una carcajada y corrí. Corrí hacia él para que me cogiera en brazos, como tantas veces habíamos hecho. Salté encima de él y mi hermano me atrapó al vuelo. Me agarró con fuerza.

—Joder… —rio también— ¿Qué es esto? ¿En serio no me has avisado de que tenías previsto venir? —me preguntó, dando vueltas conmigo en brazos.

Yo no pude parar de reír, mientras que nuestros padres nos observaban sonrientes y abrazados. Mi madre muy emocionada.

—Quería que fuese una sorpresa —le dije cuando pude tranquilizarme.

Le di un beso sonoro en la mejilla y lo abracé con fuerza.

—Hola —susurré cerca de su oído.

—Hola, cariño —imitó mi tono de voz—. Me has dado una gran sorpresa, una enorme.

Me devolvió el beso y terminó haciéndome una pedorreta en la mejilla. Reímos por ello, cuando me soltó y mis pies tocaron el suelo.

—Me alegro —le dije satisfecha.

Le sonreí.

—Ven —le pedí.

Le agarré una mano y tiré de él. Mi miró con una expresión de interrogación, pero no le dije nada porque preferí darle la sorpresa definitiva, la que sería otro impacto, uno mucho más grande.

Cuando llegamos al salón le solté la mano y esperé.

—¿Qué…?

No llegó a hacer la pregunta, sus ojos se quedaron fijos en todas las maletas y las mochilas de viaje que estaban juntas en un lateral.

Mi hermano se giró hacia mí, sorprendido, y no necesitó confirmación por mí parte para saber qué significaba lo que acababa de ver.

—No me lo puedo creer.

—Tienes tiempo para acostumbrarte a mi presencia —dije.

Había comenzado a llorar, pero la sonrisa no desaparecía de mis labios.

—Joder, Xai.

Bufó y me agarró, para abrazarme con fuerza de nuevo.

—He vuelto —susurré contra su pecho.

Kevin apretó el agarre de sus brazos, con la barbilla apoyada en mi cabeza.

—Estoy flipando.

—Yo también me siento un poco descolocada, entre todo lo que he dejado atrás y lo de aquí.

—Déjame verte, bien.

Se separó de mí y me hizo dar varias vueltas completas, mientras yo me reía.

—¿Ya no tienes prisa, hijo? —le preguntó nuestro padre.

—No, voy a avisar a los chicos para que no cuenten conmigo.

—Ahora sí, ¿eh? Y la última vez que me has preguntado por qué tenías que esperar para salir, casi me arrancas la cabeza al decirte que tuvieras paciencia.

—Joder, después te preguntas de quién hemos sacado lo de ser exagerados —comentó Kevin.

Soltamos una carcajada los cuatro.

—Ya… exagerado —carraspeó nuestro padre.

Nuestra madre apareció cargando con una bandeja en la que traía tazas vacías, las cucharillas, el azucarero, y dos jarras, una con café y otra con leche. Antes de sentarse en el sofá nos dejó claro que si alguno quería otra cosa que fuese a la cocina.

Tanto mi padre, como Kevin y yo, aceptamos lo que había preparado. Cogimos una taza cada uno y nos preparamos los cafés a nuestro gusto.

Kevin se sentó en uno de los sillones y me hizo ponerme sobre sus piernas, de lado. Cuando estuve cómoda encima de él le di otro beso y me acarició un brazo, con cariño.

Aún estaba haciéndose a la noticia que le había dado, los ojos se le iban a mi equipaje.

Nuestro padre se sentó al lado de nuestra madre, en el sofá.

—Tienes que explicarme muchas cosas —dijo mi hermano—. Con todo lo que hablamos por teléfono y no tengo ni idea de lo que te ha hecho regresar.

—¿Importa?

—En absoluto, si es bueno. Pero igualmente quiero saberlo.

Sonreí.

—No podía decirte nada porque lo habrías sabido todo.

Negué sonriendo.

—Te echaba mucho de menos.

—Yo también —susurré.

—¿Es definitivo?

Me pidió con la mirada que le dijera que sí y por suerte pude hacerlo con palabras. No me gustaba decepcionar a mi hermano, cuando alguna vez había sucedido, por poco que fuese, yo lo había llevado fatal. Nunca había sido por algo importante, pero el sentimiento era intenso.

—Sí —le confirmé.

—Joder.

Sacudió la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja.

Kevín y yo éramos hermanos mellizos, teníamos veintiocho años y encabezábamos la lista de los hermanos, siendo los mayores. Él y yo teníamos una conexión especial, siempre habíamos bromeado con lo de que si hubiésemos sido gemelos no tendríamos tanta, por lo que debíamos ser la excepción.

—¿Cómo se ha quedado Emma? ¿Cómo lo llevas tú?

Hice una mueca, con la que le respondí a ambas preguntas sin tener que respondérselas.

Capítulo 4



Subí las escaleras detrás de mi hermano. Llevábamos a mi habitación el último equipaje, Kevin una maleta y yo una mochila.

En mi habitación las dejamos junto al resto y entonces me paré a mirar la estancia.

Las veces que había venido de viaje para estar con la familia estaba exactamente igual, pero ahora la veía de distinta manera. Volvía ser mía, sin tener que despedirme de todo.

Al menos por un tiempo, hasta que buscara una vivienda para independizarme. Pero como ya había comentado iba a tomármelo con mucha calma, porque después de haber disfrutado durante años de lo que era vivir sola, ahora lo que más me apetecía era disfrutar del tiempo con mi familia.

—¿Cómo se siente al regresar definitivamente? —me preguntó.

Sonreí y lo miré.

—Genial, pero me siento extraña en mi propia habitación.

—Es normal, sabes que no estás de visita, que es permanente. Cuéntame eso, todo —me pidió.

Fuimos a la cama, nos descalzamos y nos subimos a ella, para quedarnos sentados, con la espalda apoyada en el cabecero.

De esa manera nos habíamos hecho las mayores confesiones de nuestras vidas, las que dependiendo de la edad variaron en, por ejemplo: un compañero de clase me ha tirado el estuche al suelo y después se ha reído de mí, me gusta un chico, lo he hecho por primera vez con una chica, y muchas cosas más.

Por cierto, Kevin me defendió al día siguiente del chico que me tiró el escuché y se rio de mí. Fue a por él, para pelearse antes de llegar al colegio. Nunca supe lo que le dijo mi hermano, alguna amenaza, porque mi compañero nunca volvió a acercarse a mí.

—¿Cómo es que has dejado el trabajo? —me preguntó, adelantándose a mí—. Te encantaba, trabajabas en lo que te gustaba y cobrabas muy bien. Incluso podías ahorrar bastante, después de pagar el alquiler y asumir los gastos del mes.

—No lo he dejado —le dije, sonriendo.

Mi hermano frunció el ceño, comenzando a pensar en las posibilidades de mi respuesta.

Durante el tiempo que habíamos pasado en el salón no habíamos hablado del motivo que me había traído hasta aquí. Mis padres, los nuestros, sabían que quería ser yo la que se lo contara a Kevin.

—Me han trasladado a una sede que está recién inaugurada, por así decirlo. Todavía está arrancando, solo hace unos meses que la abrieron.

—¿En serio? ¿Y está por aquí?

Asentí.

—Joder —sonrió.

—Mi jefe sabía de donde era yo, por lo que me hizo ir a su despacho y me informó de la nueva apertura. Me dio la oportunidad y le pedí el traslado. Es que ni me lo pensé, primero porque podía volver aquí, a casa. Segundo, porque el traslado era con ascenso incluido.

—¿Te han ascendido? —se sorprendió.

—Sí. Ahora soy la jefa del mismo departamento en el que trabajaba, dirigiré al equipo que tenga a mi cargo.

—No me esperaba nada de esto —rio—. Enhorabuena, cariño.

Me abrazó.

—Gracias. Ha sido todo muy rápido, la oferta, mi decisión y organizarlo todo.

Suspiré.

—¿Y Emma? Por la cara que has puesto antes, mal.

—Sí. Desde que se lo dije no lo llevaba muy bien, pero ahora que me he ido…

—Me lo imagino, al igual que tú.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—No quería rechazar esto —susurré—. No podía.

—Y no sabes cómo me alegro de que no lo hayas hecho.

Me dio un beso en la cabeza y me rodeó con un brazo, acercándome más a él.

—Estaréis bien —me dijo—. Ya lo verás. Solo necesitáis acostumbraros y hacer que funcione vuestra amistad, sin poder veros cada vez que os apetezca.

—La echo mucho de menos y me despedí de ella anoche, después de pasar todo el día juntas.

—Es normal. ¿Y cuándo empiezas en el nuevo puesto?

—Me han dado unos días de vacaciones, por el traslado. Me llamarán antes de comenzar, para enseñarme la empresa, mi despacho y todo lo demás.

—Perfecto.

—¿Cómo es que estabas en casa? Cuando papá me ha dicho que te encontrabas en tu habitación me ha extrañado, aunque me he callado. ¿Y el trabajo?

El horario de Kevin era partido, de ocho de la mañana a una de la tarde y después de tres a seis. Yo había llegado a las cinco y cuarto, por lo que él debería haber estado trabajando.

—Como la última semana hemos podido hablar poco, y ahora entiendo el porqué de tus prisas por colgar… —reí— No te he contado que en mi empresa también ha habido cambios.

—¿Cuáles?

Me incorporé un poco y me aparté del cabecero, para girarme y quedarme sentada frente a él. Crucé las piernas flexionadas.

—El único cambio que me influye a mí es el horario, el que ha mejorado. Estoy encantado porque ahora trabajo de siete y media a dos, termino para comer y ya me olvido hasta el día siguiente. Todos los días de la semana.

—Joder, ¡qué guay!

—Sí.

Me hizo un guiño.

—Los demás cambios me dan igual y ni yo sé cuántos son. Me han contado algunos y no van conmigo, así que no me importan. No me tocan de cerca.

Se encogió de hombros.

—Pero ¿a qué vienen todo eso?

—El comienzo fue la renovación de todo el equipo directo, el dueño apuesta por un nuevo enfoque a la empresa. Con eso también ha conseguido quitarse de encima a varios que se lo tenían muy creído. Un dos por uno.

—¿La empresa iba mal? —Fruncí el ceño.

—No, pero según el jefe ahora irá muchísimo mejor y, en definitiva, es lo que se espera y se quiere de un negocio.

—Pues sí —sonreí—. Me encanta que hayas mejorado, tener todas las tardes libres es un subidón.

—Lo he experimentado esta semana, he ido de subidón en subidón.

Reímos.

—Yo quiero encontrarle aquí un trabajo a Emma —dije, mirando hacia la ventana—. Se merece mucho más que con lo que se conforma —suspiré—. No ha tenido suerte buscando durante más de un año.

—¿Tú crees que vendría para aquí? —preguntó con curiosidad.

—Sí, sin dudar —respondí con una gran sonrisa.

—Entonces adelante. —Me hizo un guiño—. Te lo he preguntado para que después no te llevaras una decepción, si ella se niega a la oportunidad.

—No lo hará —dije convencida—, pero, aunque no quisiera cambiar de trabajo para venir aquí, no me afectaría hasta ese punto. Estoy segurísima de que si le propongo un trabajo le dará un giro a su vida, la conozco.

Asintió.

—No quiero que esté sola.

Bajé la mirada a la colcha y comencé a tocarla.

—Tiene más amigos allí, no lo estará.

—Pero no es lo mismo. Dicho por ella —sonreí con tristeza—. Emma es muy hermética.

—No ha tenido una vida fácil.

—Lo sé. Por eso quiero que la tenga. —Tragué saliva.

—Pues ya sabes, a por ello.

Me acarició la mejilla y dejé caer la cara en su mano, para sentirlo más.

—Chicos.

Giramos las cabezas hacia la puerta. Habíamos dejado la puerta abierta y nuestra madre ocupaba el espacio.

—Eloy está aquí —nos avisó, con una gran sonrisa.

Ella y Kevin rieron cuando salté de la cama. No me paré a calzarme, con los calcetines tuve suficiente para bajar a la planta principal.

—Tranquila, tiene que llegar a la casa. Matilde acaba de avisarme de que Eloy ha entrado y que la verja está cerrada.

Matilde era la madre de Oliver, uno de los mejores amigos de mi hermano Eloy. Ella había recogido a su hijo, a mi hermano y a Teo del entrenamiento. Lo sabía de sobra, el trio era inseparable.

Matilde se turnaba con alguno de mis padres para ir a llevaros y a recogerlos y esta tarde le había tocado a la mujer.

Eloy tenía nueve años y era el menor de la familia. Con Kevin y conmigo había mucha diferencia de edad, pero nunca había supuesto una barrera entre nosotros. Todo lo contrario, Eloy desde muy pequeño siempre nos había seguido a todas partes, a las que había podido, y se empeñaba en parecerse a nosotros.

—¿Qué hora es? —le pregunté a mi madre.

—Cerca de las siete y media.

—Joder, sí que ha pasado el tiempo —dije sorprendida.

—Esa boca, señorita —me advirtió mi madre.

Reí y le di un beso al pasar por su lado. Kevin me siguió y ella vino detrás de nosotros. De esa manera, en fila de uno, bajamos las escaleras.

Mi padre sonrió al vernos. Estaba en el salón, sentado en uno de los sofás que quedaba de cara a nosotros. Cuando me faltaban un par de escalones para terminar de bajar, la puerta principal de casa se abrió de golpe.

No es que la viera, porque quedaba oculta desde mi posición, pero el sonido que hacía era inconfundible, así como el portazo que dio mi hermano y la presencia de Timón y Pumba, que iban a los lados de mi hermano.

—Papá —le dijo Eloy al verlo.

Me había parado de repente en la escalera, provocando que Kevin se pegara a mi espalda y mi madre a la de él. Los tres observamos cómo Eloy dejaba su mochila de deporte en el suelo e iba hasta nuestro padre.

—Hola, hijo —lo saludó él, devolviéndole el beso en la mejilla.

Eloy continuó sin vernos y yo no podía dejar de sonreír, mientras pensaba que había crecido mucho en poco tiempo.

Timón vino silencioso hacia nosotros, directo a mis piernas, y le acaricié la cabeza, pidiéndole silencio. Eloy tampoco se dio cuenta, todavía.

Capítulo 5



—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —le preguntó nuestro padre.

—Bien —le contestó Eloy, sonando más mayor de lo que era.

Sonreí por ello.

—El entrenador ha castigado a Oliver y a Teo sin jugar el próximo partido.

—¿Qué han hecho?

—Nada —respondió rápido.

Mi padre elevó las cejas.

—Yo no he visto lo que han hecho —se justificó Eloy.

—Me alegro de que no lo sepas y de que por una vez no estés involucrado con ellos —le dijo con un punto de ironía.

Los cuatro adultos sabíamos perfectamente que Eloy estaba encubriendo a sus amigos y que tan inocente no era, como quería hacer ver. Así era siempre, lo que hacía uno los otros dos amigos lo tapaban.

—Me he portado bien.

—Felicidades, hijo. Esta vez no has caído con ellos, no te quedas sin jugar.

—Gracias, papá.

Al decirlo pareció crecerse. Todos sonreímos al verlo, no me hacía falta mirar hacia atrás para saber que Kevin y mi madre estaban igual que mi padre y yo.

Pero algo debió notar mi padre porque…

—¿Qué pasa?

—Es que…

—¿Sí?

—En el próximo partido estaré solo —contestó desanimado.

—Tienes muchos más compañeros.

—No es lo mismo. Yo quiero a Teo y a Oliver conmigo.

Entonces Pumba eligió ese momento para ladrar y venir corriendo hacia los que no nos habíamos movido de la escalera, viendo la escena que se desarrollaba a unos metros de distancia.

Yo continuaba con la mano sobre la cabeza de Timón y cuando llegó Pumba hice lo mismo, acariciándosela.

Eloy se giró y nos vio. Al principio no reaccionó, lo único que hizo fue parpadear, mirándome solo a mí. Se quedó sin asimilar que yo estaba aquí, hasta que lo hizo.

Agrandó los ojos y soltó un grito. Yo reí, mientras terminaba de bajar los últimos escalones.

—¡Xai! —me llamó gritando.

Vino corriendo hacia mí y yo lo imité, para encontrarnos a medio camino. Ahí nos abrazamos con fuerza.

—Hola, cariño.

Le di un beso en la cabeza. Todavía tenía el pelo húmedo de la ducha en el vestuario.

—¿Qué haces aquí? ¿Hace mucho que has llegado? ¿Cuántos días te quedas? ¿Podrás estar para mi partido del siguiente fin de semana?

Solté una carcajada cuando terminó de hablar de carrerilla.

Me separé un poco de él para agarrarle la cara con las manos y se la elevé.

—Poco a poco, tenemos tiempo. —Le hice un guiño.

—¿Cuánto? —insistí en saber.

—A ver, voy a hacer cálculos.

Me puse un dedo en la barbilla y no miré a nadie de mi familia, para no reírme. Notaba como ellos estaban conteniéndose. Me hice la pensativa, mientras Eloy no me quitaba la vista de encima, emocionado y expectante por mi respuesta.

—Yo creo que, de aquí a muchos, muchos años. —Agrandó los ojos —. Aunque no viva siempre en esta casa, me quedaré muy cerquita.

—Eso será porque no quieres, hija —intervino nuestro padre y le sonreí.

—¿Muchos años? —me preguntó extrañado Eloy.

—Ven aquí, peque.

—No soy peque, voy a cumplir diez años.

—Todavía falta para ese momento. —Le revolví el pelo y como siempre sucedía cuando se lo hacía, sonrió de oreja a oreja.

Le encantaba y nunca se quejaba.

—Tengo nueve años, seis meses y cuatro días.

—¡Vaya! —exclamé, impresionada.

Miré a Kevin y ya no pudimos contenernos más, ambos soltamos una carcajada. Eloy se rio también, pero porque Kevin lo cogió en brazos y se lo colgó al hombro. De esa manera comenzó a correr por el salón, sin que nuestro hermano pequeño pudiera dejar de reír.

Mi madre y yo fuimos hacia la zona de los sofás. Había dos, eran largos y anchos, cómodos. Aparte de los sillones que se encontraban a los lados.

Mi madre se sentó al lado de mi padre y yo lo hice al lado de ellos, pero el otro sofá. Cuando Eloy se tranquilizó Kevin paró y vino hasta mí.

—Xai.

Le sonreí a Eloy.

Se sentó entre Kevin y yo y me abrazó. Le correspondí al abrazo con fuerza.

—¿Qué te dan de comer? Has crecido muchísimo —le dije.

Eloy soltó una carcajada.

—Porque tengo nueve años, seis meses y cuatro días —repitió y reí también.

—Todo un hombrecito. —Le di un beso en la cabeza.

—Te dije que había crecido y te envió una foto, para que lo vieras —dijo orgulloso.

Dejó de abrazarme para sentarse con la espalda recta. Sonreí.

—Pero no es lo mismo, por foto no se aprecia tanto.

—¿Entonces es verdad que estarás mucho tiempo aquí? ¿Desde ya? ¿No volverás a irte?

—He venido para quedarme, peque. Me han trasladado aquí en el trabajo, a otra sede que han abierto.

Esta vez no se quejó por lo de peque, estaba tan emocionado, nervioso e impactado que ni se dio cuenta.

—Podré ir a ver todos los partidos que quieras —le dije.

—¡Síííí! —Levantó los brazos—. Este fin de semana no, será al siguiente.

—Vale.

Le hice un guiño y me regaló una sonrisa preciosa.

—Te quedas —susurró.

Todavía no se lo creía y le sonreí asintiendo.

—Sube a tu habitación con la mochila de deporte y saca las cosas —le pidió nuestra madre.

—Vale —dijo animado.

Se levantó rápido del sofá, pero al escuchar la cerradura de la puerta se dejó caer de golpe.

—Que sí. Yo también, tonto.

Erea apareció hablando por teléfono. Ella tenía diecisiete años, después de Eloy era la segunda más pequeña en la lista de los hermanos.

Sonreí al verla caminar concentrada en su conversación. Por la sonrisa que tenía en los labios y las palabras que había escuchado, tenía claro que hablaba con Daniel, su novio desde hacía unos meses.

Me había hablado mucho de él. Era su primer amor correspondido e iba como en una nube siempre.

—Acabo de llegar a casa, dame unos minutos antes de venir a recogerme.

—Erea —la llamó nuestro padre.

Justo ahí se dio cuenta de que no estaba sola. Se paró para girarse hacia él y entonces nos vio a los demás.

—¿Qué…? Oh, joder. ¡Xai! —alzó la voz.

—La boca —la reprendió nuestra madre.

Pero Erea no la atendió, ni siquiera pareció escucharla. Vino directa hacia mí y me levanté del sofá con una sonrisa enorme. Nos fundimos en un fuerte abrazo.

—No sabía nada —me dijo, acelerada—. En esta familia no se me tiene en cuenta —se quejó y apreté los labios para no reírme.

—Señorita me siento aislada de la familia —se dirigió a ella nuestro padre, con diversión—. Ninguno de tus hermanos sabía nada, así que no te sientas diferente.

Terminó haciéndole un guiño.

—¿Ni tú? —le preguntó Erea a Kevin.

—Ni yo —le confirmó él, riendo.

—¿Por qué?

—Hija, porque así son las sorpresas —tuvo que decirle nuestra madre.

Ella volvía a estar emocionada. No sería diferente con el resto de los encuentros que faltaban.

—Ere, ¿sabes qué? —le preguntó Eloy, nervioso.

Me agarró de la mano y le di un apretón, sonriéndole.

—¿Qué? —Quiso saber Erea.

Nos miró a los dos.

—Que Xai no se va más, ha venido para quedarse con nosotros. Ya no tiene trabajo donde estaba —le contestó acelerado.

—¿Cómo? —gritó mi hermana.

—No me han despedido, solo he pedido el traslado a una nueva sede que han abierto aquí.

—¿En La coruña? —Jadeó.

—Sí —le confirmé.

Ahí vivíamos, en La Coruña, una ciudad portuaria de Galicia en la que todos mis hermanos y yo habíamos nacido. Nuestro padre era de aquí, pero nuestra madre era originaria de Irlanda.

Se conocieron en un viaje en el que mi madre vino a España, concretamente a esta ciudad. Por aquel entonces ella tenía dieciocho años y él veinte. Coincidieron en un bar una noche en la que ambos salieron y a partir de ahí, una cosa llevó a la otra y durante tres semanas intensas no se separaron.

Cuando se cumplió la estancia de mi madre aquí ella se fue, regresó a su país. Fue entonces cuando la relación de ellos se hizo más fuerte, porque mi padre se negó a dejar escapar a mi madre. Era algo que siempre habíamos escuchado decir a nuestros abuelos paternos, que mi padre luchó a contracorriente, hasta que consiguió a mi madre.

Nuestros abuelos maternos hacía unos años que nos dejaron.

—Joder, ¡qué pasada! —grito mi hermana, haciéndome reír.

Se lanzó a mi cuello, abrazándome con fuerza.

—¡Erea, la boca! —se quejó nuestra madre.

Sus hijos la ignoramos porque el Eloy nos abrazó a Erea y a mí y después se añadió Kevin, rodeándonos a nosotras y al pequeño. Terminamos los cuatro riendo, emocionados.

—Creo que te has olvidado de alguien —le dije a Erea carraspeando, cuando nos separamos.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

Divertida, tuve que señalarle el móvil para que se diera cuenta de que Daniel hablaba de vez en cuando. Se lo escuchaba preguntado si todo estaba bien.

—Oh, joder —reaccionó ella.

Me dio un beso sonoro en la mejilla y me pidió perdón con la mirada. Le sonreí y le señalé la escalera, con un gesto de la cabeza. Me dio otro beso, antes de salir corriendo hacia la escalera.

—Daniel, ya estoy aquí. No vas a creerte lo que me he encontrado al llegar a casa. Ay, que estoy muy nerviosa. ¿Has escuchado algo?

Su voz se perdió al llegar a la planta superior.

—Y esta niña con el joder siempre en la boca —se quejó de nuevo nuestra madre.

—Da gracias a que todavía lo tiene en la boca —soltó Kevin.

Lo miré y estallamos en carcajadas, al ver las expresiones de nuestros padres, por la referencia del sexo. Eloy no pilló el sentido de las palabras.

—¡Kevin! Eres el mayor, tienes que dar ejemplo —le dijo nuestra madre.

—¿Qué es tan gracioso? —nos preguntó Eloy, por la reacción de Kevin y la mía.

—Ya te lo explicaré, campeón —le dijo Kevin, con un guiño.

—Vale —aceptó rápido.

Capítulo 6



—No tienes paciencia.

Todos miramos hacia la puerta de la casa, otra vez.

Lo de la paciencia lo había dicho Lúa, mi hermana de veintidós años. Entró acompañada con Iago, mi otro hermano de veinticuatro. Eran los más grandes, por debajo de Kevin y de mí.

—Y tú tienes una calma para hacerlo todo que no es normal —le dijo Iago—. ¿Cómo voy a tener paciencia, si te espero para todo?

Él bufó, ella se cruzó de brazos. Ambos miraron hacia Timón y Pumba, los que entraron en la casa porque ya estábamos todos dentro.

No quedaba ningún hermano más por llegar, en total éramos seis, más nuestros padres y Timón y Pumba.

Siempre era igual, nuestros perros no paraban de salir y de entrar de la casa durante el día, pero en el momento que el último miembro de la familia llegaba por la tarde, ellos ya se quedaban dentro con nosotros.

Los volvíamos un poco locos cuando los mayores salíamos por las noches, porque ellos volvían a salir tantas veces como fuesen necesarias, para ir al encuentro de cualquiera de los que estaban fuera. Hacían el mismo camino incontables veces y no se cansaban nunca.

Al mirar hacia los perros también miraron en nuestra dirección, por lo que nos vieron a todos en los sofás.

Eloy todavía no se había movido de nuestro lado, su mochila de deporte continuaba en el suelo.

—Xai —dijo en tono bajo Lúa—. ¡Xai! —gritó, riendo.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Iago.

Ambos vinieron rápido hacia mí y nos encontramos a medio camino, porque yo también fui hacia ellos. Nos abrazamos.

—¡Qué alegría! —gritaron al unísono, Iago y Lúa.

Al igual que Kevin y yo, ellos siempre habían tenido una relación muy especial. Se llevaban cuatro años de diferencia, pero eran inseparables, por mucho que se quejaran el uno del otro. Ninguno les hacíamos caso en esos momentos.

Eloy se mantuvo junto a Kevin, pero no dejaba de mover los pies. Estaba conteniéndose para no unirse al abrazo, hasta que estiré un brazo hacia él.

Eso fue todo lo que necesito para unirse al abrazo en grupo.

—Pues ya estamos todos —dijo nuestro padre.

Todos lo miramos sonriendo, mientras él se levantaba del sofá.

—Papá, mamá —le dijo Lúa.

Se acercó a ellos para darles un beso, al igual que Iago. Los besos continuaron con Kevin, Eloy y conmigo.

—Menos mal que nos veis —habló nuestro padre, con diversión—. Vuestra madre y yo ya pensábamos que éramos invisibles, Erea ni se ha acercado.

—Hablando de ella… —dije riendo.

Erea bajó la escalera y vino directa hacia nosotros, pero solo para despedirse. Se había cambiado de ropa y seguramente se había duchado.

—No irás a salir… —le dijo nuestra madre.

—Daniel viene a recogerme, ya había quedado con él.

Hizo una mueca.

—Tu hermana ha llegado hoy.

—Mama… —le dije.

Erea me interrumpió.

—Pero no se va más, se queda aquí con nosotros. Además, mañana es sábado y podemos estar todo el día juntas.

—Ah, ¿que no quedarás también con Daniel?

—Quedaría, pero…

—Un momento —la interrumpió Lúa—. ¿Qué significa lo que has dicho? —le preguntó a nuestra hermana.

—¿El qué?

—Erea, has dicho que Xai no se va más, que se queda aquí con nosotros —repitió.

—¿Qué no entiendes de eso?

Erea continuó, al ver las cejas arqueadas de Lúa.

—Significa que Xai no ha venido de visitar, sino a quedarse para siempre en la ciudad. No va a irse, por lo que tenemos todo el tiempo del mundo por delante.

Se encogió de hombros, mirando a nuestra madre.

—¿Eso es cierto? —me preguntó Lúa.

—Sí —contesté sonriendo.

Lúa soltó un grito y se lanzó a mi cuello, para abrazarme con fuerza. A Iago le costó salir un poco de la impresión, pero cuando lo hizo nos abrazó a Lúa y a mí riendo con ganas.

—La familia al completo, de nuevo —dijo emocionado Iago.

Le retiré el flequillo de la frente, mientras le sonreía.

—Mamá —le dije—. Es normal que Erea salga un rato con Daniel. Todo lo que ha dicho es cierto, yo no voy a moverme de aquí. Bueno, claro que lo haré, pero ya me entendéis.

Bajé la mirada a Eloy. Se acercó para abrazarme por la cintura y le pasé un brazo por los hombros, sonriéndole. Le hice un guiño, antes de continuar.

—No la hagas sentir mal por salir —le pedí.

—Acabas de llegar y ya estás revolucionándolo todo con tus hermanos, ¿eh?

Se puso las manos en las caderas, mientras que mi padre se contenía para no reír.

Las palabras de mi madre no iban con mala intención, simplemente había hecho alusión a que tanto Kevin como yo siempre dábamos la cara por nuestros hermanos pequeños.

Le hice un guiño a mi madre y ella puso los ojos en blanco.

—¿Quieres que me vaya de la casa? —la piqué.

—Ay, no.

Vino hacia mí y me abrazó, mientras yo reía.

—Puedes pasar por encima de mí por ellos, todas las veces que quieras —dijo con una gran sonrisa, cuando se separó.

Todos soltamos una carcajada.

—Gracias, mami —le habló Erea.

—¿Mami? Te voy a dar yo a ti mami.

Erea salió corriendo y comenzó a dar vueltas por el salón, con nuestra madre detrás de ella. Mi hermana casi se cayó por la risa que le entró, mientras los demás las seguíamos con la vista, sin poder dejar de sonreír.

—Ahora resulta que eres una niña pequeña, pues no tienes edad para salir —le dijo nuestra madre.

—¡Nooo! —gritó Erea.

Se paró de golpe. Si no hubiese sido por nuestro padre, que frenó a su mujer en el último momento, esta habría caído encima de Erea y se habrían ido al suelo.

—¿Ya has hecho bastante ejercicio? —le preguntó él.

—Ay, amor, hoy necesito tus manos —le pidió ella, con la respiración entrecortada.

Nuestro padre soltó una carcajada y sonreí.

—Jo, qué asco con los tocamientos —soltó Eloy.

—¡Niño! —alzó la voz, sorprendida—. ¿En qué has pensado? ¡Qué tienes nueve años!

—Nueve años, seis meses y cuatro días —dijimos todos los hermanos a la vez, por Eloy.

Nos miramos y soltamos una fuerte carcajada.

—Pero bueno —rio mi madre también.

—¿Qué os parece si acompañamos todos a Erea hasta la verja? Así conoces a Daniel y lo saludamos la familia al completo.

En la última parte se dirigió a mí. Apreté los labios, mirando de reojo a Erea.

Ella no tardó en quejarse, en decirnos que ni se nos ocurriera, pero como solía suceder en esta familia, la ignoramos y todos salimos por la puerta de casa.

Algunos riendo y otros muy animados, divertidos. La única excepción fue Erea que no sabía dónde meterse, porque nuestro padre le quitó el móvil para que no pudiera avisar a Daniel.

—No es justo, solo queréis ponerlo nervioso —comenzó a decir.

—Pero si ya nos conoce —dijo Lúa, sin perder la sonrisa.

—De uno en uno, o como mucho de dos en dos. Los siete de golpe sois demasiados.

—No te olvides de Timón y Pumba —comentó Eloy, con una risilla—. Hace rato que nos han adelantado, ya deben estar en la verja.

—Estupendo —suspiró Erea.

Cuando llegamos Daniel se encontraba al otro lado de la verja, apoyado en un coche que no era el suyo. Obviamente, porque Daniel tenía la misma edad que Erea, diecisiete, por lo que todavía no tenía el carné de conducir.

—Ven aquí, muchacho —le pidió nuestro padre.

—Eh… claro —dijo él, cortado.

Caminó hasta nosotros y entró en la propiedad, después de que nuestra madre abriera lo suficiente la verja. Lo hizo extrañado, mirando nervioso a Erea.

Timón y Pumba enseguida comenzaron a olisquearlo y a dar vueltas a su alrededor. No eran perros pequeños, superaban un poco el tamaño mediano, por lo que Daniel se sintió intimidado.

Hasta que Kevin, al ser muy consciente de ello, silbó y los perros corrieron hacia él. Como estaba a su lado le acaricié la cabeza a Pumba, cuando se sentó junto a las piernas de mi hermano. Timón se quedó al otro lado.

—Hola —nos saludó Daniel.

—Hola —le correspondimos todos, al mismo tiempo.

—Mi familia quería saludarte —le dijo Erea, caminando hacia él.

—Ah.

Daniel pasó la mirada por todos, hasta que la dejó fija en mí.

—Ven.

Erea le agarró una mano y tiró de él. Se acercaron a mí.

—No hacen nada —le aseguré, refiriéndome a los perros.

—Vale —me sonrió.

—Ella es mi hermana Xaira, la única a la que no conocías en persona —me presentó mi hermana.

—Encantado, es un placer —me dijo él.

Sonreí cuando me ofreció una mano y le acepté el gesto.

—Igualmente, Daniel —le correspondí—. Me alegro de conocerte, he escuchado hablar de ti.

Le hice un guiño.

Con mis palabras conseguí que mi hermana se pusiera colorada y que riera nerviosa. Él la observó con una gran sonrisa y una mirada…

«Mmm… este chico a punta alto».

—Erea también me ha hablado de ti, te adora.

—Bueno, nos vamos ya —dijo ella, cada vez más nerviosa—. Ya podéis iros —nos animó a regresar a la casa.

—Daniel —lo llamó nuestro padre.

—¿Sí, señor?

—Son pasadas las nueve y media —continuó, sin mirar la hora—. ¿Crees que puedes traer a mi hija a la una?

—Claro, señor —le confirmó Daniel, nervioso.

—Papá, un poco más —se quejó ella—. Es viernes por la noche.

—Y tú tienes diecisiete años. A las doce y media —rectificó nuestro padre.

Erea soltó un bufido y se cruzó de brazos.

—Papá… —le dije.

—Yo creo que a la una está bien —comentó Kevin, echando una mano.

—Sí, es una hora muy razonable —se sumó Iago.

—Es viernes por la noche —repitió Lúa, divertida.

Nuestro padre sonrió de medio lado y miró a Erea.

—¿Tienes algo que decir?

—¿Por favor? —dije ella.

—Anda, iros ya, antes de que me lo piense mejor. A la una aquí.

—Gracias, ¡eres el mejor!

Erea soltó un grito después de hablar y abrazó a nuestro padre. Él le dio un beso en la cabeza y después ella pasó por nuestra madre y por cada uno de nosotros, sus hermanos.

La animamos a que se fuera rápido y así lo hicieron, después de que Daniel se despidiera de todos, casi a la velocidad de la luz.

Esta noche tenían tema de conversación para rato. Sonreí.

—La estamos perdiendo —me dijo Kevin, pasando el brazo por los hombros.

Solté una carcajada, negando.

—Como nos hemos perdido todos a su edad —hablé con diversión.

—Efectivamente —sonrió con picardía—. Mierda, esta vez no le he leído la cartilla a Daniel.

—¿En serio? ¿Cuántas veces lo has hecho?

—¿Kevin? Cada vez que lo ve y Daniel viene a recoger a Erea —me contestó Lúa.

Nos miramos y soltamos una carcajada.

Capítulo 7



—Hola, preciosa —saludé a Emma, por la pantalla del móvil.

Me había llamado por videollamada.

—¡Holaaa!

Se acercó a la cámara, para mostrarme su sonrisa de cerca.

Reí.

—Te veo genial —le dije.

—Buenooo… podría estar mejor teniéndote aquí.

—Nos veremos pronto.

—Pues no sé cuándo, porque dentro de unos días comienzas a trabajar y ya sabemos qué significa. Tendrás que adaptarte a todo lo nuevo.

—Sí, pero también tendré vida fuera del trabajo. No voy a hacer más horas.

Le hice un guiño.

—¿Al final has quedado con alguien para salir esta noche? —le pregunté—. Lo estabas pensando.

Dejé apoyado el móvil en la encimera y cogí un vaso del armario, para llenármelo de agua.

—¿Agua? ¿En serio? ¿Dónde ha quedado tu alma aventurera y fiestera de los sábados noche?

—Agua, sí, y creo que ya no me queda de eso.

Reímos.

—¿No vas a salir? —Quiso saber.

Tenía puesto el pijama y el pelo recogido en un moño mal hecho, así que mi plan saltaba a la vista.

—Yo he preguntado primero —le dije.

Me bebí el agua en varios sorbos y dejé el vaso vacío a un lado de la encimera. Con el móvil en la mano fui hacia la escalera, para volver a mi habitación.

Eran cerca de las ocho de la noche y la casa estaba casi en completo silencio.

Timón y Pumba hacía rato que se quedaron dormidos en sus camas del salón, y tres de mis hermanos estaban terminando de prepararse en sus habitaciones, para salir esta noche.

Ni siquiera Eloy estaría, lo que me hubiese encantado para ver alguna película con él en el sofá. Hacía bastante rato que nuestro padre lo llevó a la casa de su amigo Teo. Oliver también estaba con ellos, habían pasado la tarde juntos y así continuaría hasta el día siguiente, porque dormían los tres juntos.

Tenían fiesta de pijamas, por lo que no iba ser yo el motivo de cambiarle los planes a mi hermano pequeño. Con lo ilusionado que había estado hasta que nuestro padre se lo había llevado…

Mis padres tampoco estaban, habían salido a cenar.

—No tengo ningún plan —me contestó Emma—. Jon me ha dicho esta mañana de quedar, pero no me apetecía.

—¿Por qué? Seguro que a esta hora tienes ganas.

Entré en mi habitación y fui hacia la cama, en la que coloqué varios cojines para apoyar el teléfono. Después se senté frente a él, con las piernas flexionadas.

—Que va, continúa sin apetecerme —me dijo.

Se encogió de hombros.

—Te habría venido bien despejarte —le comenté haciendo una mueca—. Las salidas de los sábados solo nos las saltábamos si nos poníamos malas o una u otra no podía por cualquier otro motivo de peso. Lo necesitas para recargar pilas.

—Bah, sobreviviré —sonrió.

—Sabes que con Jon te lo pasarás genial, aparte, te levantará el ánimo si lo necesitas —insistí.

—Déjalo. —Me hizo un guiño, pero no me convenció—. ¿Por qué no sales tú? ¿Y cómo ha ido el día?

—Bien, tranquilo. Mis padres han ido a su restaurante favorito a cenar. Iago, Lúa y Erea están arreglándose para salir. Los dos primeros con sus amigos en común, así que salen juntos. Erea ha quedado con su novio Daniel y su grupo de amigos. Eloy está en una fiesta de pijamas con sus tres mejores amigos.

—¿Y por qué no sales con alguno de ellos? Con el pequeño no.

Reímos.

—Iago y Lúa me han pedido que vaya con ellos, a Erea no la he dejado terminar cuando iba a decírmelo, porque no quiero cortarle el rollo. El caso es que no me apetece moverme y he dicho que no.

Me encogí de hombros.

—¿No lo estarás haciendo por mí?

—¿Qué dices?

Reí, negando con la cabeza.

—¿Seguro? Porque te cuelgo ahora mismo.

—Me cuelgas y no descuelgo ni una llamada más tuya.

Elevé las cejas.

—Joder, cuánto dramatismo.

Rio y sonreí.

—Oye, me has nombrado a todos menos a tu mellizo. ¿Se queda en casa contigo?

—No está. Kevin se fue sobre las cinco y media, sus planes eran estar con sus amigos hasta después de cenar y al terminar venir para aquí.

—Pues vas a tener la casa sola para ti, por un tiempo. ¿Montamos una fiesta? —sonrió con picardía.

Solté una carcajada.

—Para fiestas estoy yo…

—Chica, no estás para nada —se quejó.

—Pues igual que tú.

—Vale me callo. Ahí le has dado.

Volvimos a reír.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunté.

—Limpiar el piso, ducharme, ponerme una mascarilla, leer, comer, dormir la siesta, leer, ver un capítulo de la serie que seguimos y ahora hablar contigo. Y no tardaré en cenar, tengo hambre.

—Buen resumen —sonreí—. Yo he salido a correr esta mañana.

—Uy, qué interesante.

Puso los ojos en blanco y solté una carcajada.

—Pues sí, listilla.

Miré hacia la puerta al notar la presencia de alguien. Le sonreí a mi hermana Erea.

—Ven —le pedí—. Estoy en videollamada con mi amiga Emma.

—Oh, quiero saludarla —dijo animada.

Se subió a la cama y su cara apareció en la pantalla.

—Hola, Emma —la saludó.

—Hola, guapísima. Guay, Erea, esta noche triunfas.

Reímos.

—Esa es la intención.

—Oye, tú y yo tenemos que hablar —le dije en broma.

—Daniel ya está en la puerta. Me voy ya, que no quiero llegar tarde —habló apresurada, en broma.

—Corre, huye de tu hermana —la animó Emma.

—Cállate —reí—. Cariño —me dirigí a mi hermana—, pásatelo muy bien y ten cuidado con todo. ¿Vale?

—Sí.

Nos abrazamos y la vi ir hacia la puerta. Estaba preciosa. Solté un suspiro.

Todos mis hermanos y mis padres conocían a Emma, la única excepción eran Timón y Pumba. Durante los años que había estado alejada de mi familia ellos habían venido a visitarme, por lo que, por supuesto les presenté a Emma. Aparte de todo lo que les había hablado de ella.

—Es una monada —me dijo, refiriéndose a Erea.

—Sí —sonreí—. Y está muy enamorada.

—Pues esperemos que el tal Daniel se comporte.

Elevó las cejas.

—Yo creo que por la cuenta que le trae lo hará.

—Cariño —me dijo Lúa.

Entró en la habitación seguida por Iago. Era lo que tenía dejar la puerta abierta.

—¿Ya os vais? —les pregunté.

—Sí —me confirmó mi hermano.

—Tengo a Emma en una videollamada —les informé.

Ambos se mostraron en la pantalla para saludarle y desearle buena noche, la disfrutara como la disfrutara.

—Igualmente, guapísimos. Estáis estupendos —les dijo mi amiga.

—Gracias, preciosa —le habló Lúa.

Me despedí de ellos deseándoles también que se lo pasaran genial, con un abrazo y besos. Antes de irse de mi habitación insistieron en si quería ir con ellos, por si había cambiado de opinión. Me dejaron claro que a ellos no les importaba esperarme, pero les dije que no.

—¡Fiesta! —gritó Emma.

Solté una carcajada.

—Ya soy toda tuya.

—¿Y Timón y Pumba?

—Deben estar entretenidos yendo a la verja y volviendo, siguiendo a mis hermanos.

Reímos.

—Ay, qué monos.

—Oye, ¿quieres que veamos un capítulo de la serie juntas? Podemos ponerlo en pausa para comentarlo.

—Me encanta la idea —dijo animada.

—Pero primero vamos a la cocina, toca preparar la cena. ¿Qué te apetece a ti?

Cogí el móvil y me levanté de la cama, para caminar hasta la puerta.

—No tengo mucha, con cualquier cosa rápida me apaño.

—¿Qué has comido este mediodía?

Bajé la escalera.

—Las lentejas que me sobraron de ayer —contestó.

—Qué buenas.

—Era lo que tenía, hoy me negaba a meterme en la cocina —rio.

—Lo he dicho de verdad, no era ironía —reí—. ¿Nos hacemos una pizza? Creo que tengo varias opciones diferentes.

—Vale. Yo de queso.

Se levantó del sofá y fue a su cocina, justo cuando yo entraba en la de la casa de mis padres.

Me dirigí directamente hacia el congelador y comprobé que estaba en lo cierto. Tenía varias para elegir.

—Yo de barbacoa —dije—. No hay de queso y las otras no me apetecen ahora.

Cogí la pizza barbacoa del congelador y la llevé a la encimera, donde también coloqué el móvil. Saqué la pizza de la caja de cartón, le quité la protección y la metí en el horno. Lo encendí y abrí la nevera, de donde cogí una lata de refresco.

Emma terminó al mismo tiempo y ambas nos fuimos al salón, para sentarnos en el sofá. Ella también con su bebida.

—Nos quedamos por el capítulo seis de la segunda temporada, ve al siete —me recordó.

—Sí.

Encendí la tele con el mando y pasé todas las pantallas, hasta que llegué que dejé el inicio del capítulo en pausa.

—Lo tengo —le dije.

—Yo también.

—Dale.

Sonreí al escuchar la risa de Emma.

—Xaira.

—¿Sí?

Miré la pantalla del móvil.

—Gracias. Me encanta este plan.

Volví a sonreír, con una sonrisa mucho más amplia.

—No me des las gracias, a mí también me encanta. Y vamos a repetirlo los fines de semana, tantas veces como queramos.

—No me importa compartirte con tu familia —me dijo con un guiño.

Solté una carcajada.

—Seguro que la próxima vez no estarás sola en ese sofá.

—No te digo que no.

—Acuérdate de las pizzas, a ver si se nos van a chamuscar.

—¿Por qué yo? —le pregunté divertida.

—Porque eres la que tiene más memoria.

—Mentirosa. Lo que pasa es que tú cuando estás viendo la serie te olvidas de todo.

—Pues eso, mi memoria se va.

Reímos.

—Calla, que empieza.

—Shhh… —le pedí silencio, divertida.

Comenzamos a ver el capítulo y después de quince minutos, ambas lo pusimos en pausa para ir a revisar las pizzas. Tuvimos que esperar un poco más para comérnoslas en el sofá, mientras continuábamos viendo la serie.

Fue una noche estupenda a la que se unió mi hermano Kevin, cuando volvió a casa de cenar con sus amigos. Llegó pasadas las diez y media, muy pronto para estar conmigo.

Se encontró con Emma de sorpresa en mi móvil y después de saludarla y de hacerse ambos las preguntas típicas, Kevin subió a su habitación para cambiarse de ropa.

Bajó con el pijama puesto y se puso cómodo a mi lado, en el sofá. Ninguno de los dos apartó la mirada del televisor.

Capítulo 8



La música se cortó de golpe al entrarme una llamada.

Paré de correr, para comprobar a través de la funda del brazo qué nombre aparecía en la pantalla del móvil.

Sonreí al ver que era Jon, mi amigo dueño del bar al que Emma y a mí tanto nos gustaba ir.

Me quité los cascos y saqué el teléfono, descolgué mientras me retiraba el sudor de la cara.

—Hola —lo saludé, con la respiración entrecortada.

—Hola, preciosa. ¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —reí. —Me has pillado corriendo, acabo de parar.

—Ah, no me he acordado de tu rutina. Es demasiado pronto para mí.

Me fijé que eran las ocho y cuarto de la mañana, lo que para Jon era muy temprano para ser sábado. Las noches de los viernes y los sábados el bar cerraba muy tarde, ya que tenía un permiso especial para alargar los cierres. Y después había que sumarle el tiempo que tardaban en limpiar el local y quitar la terraza.

Por eso a los días siguientes Jon no se despertaba antes de las diez.

—¿Qué haces despierto?

—Eres la salvación de mi vecino.

—¿Cómo?

—Hace un rato que me han despertado los martillazos del de arriba y te he llamado para no subir y tirar su puerta abajo. ¡¡Estoy hasta los cojones!! —gritó, para que lo escuchara.

—Joder, la gente no tiene consideración. No son ni las ocho y media. ¿A qué hora ha empezado? ¿Antes de las ocho?

—La gente solo quiere el respeto para ellos. No se paran a pensar en una mierda, por si lo que hacen ellos jode a los demás. No eran las ocho todavía, cuando me he despertado.

Bufó.

—Madre mía… Esta noche, cuando llegues de madrugada, ponte a cantar gritando o pon música alta —le sugerí.

Reímos.

—Lo he pensado. Algo haré. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —le contesté sonriendo.

Me acerqué a la baranda de madera, para apartarme del camino de correr. Apoyé los brazos en ella, con la vista hacia la imagen tan fantástica que tenía delante.

—Te encantaría estar en el lugar que estoy ahora mismo.

—¿Sí?

—Mira.

Hice una foto al mar, capturando en la imagen un poco del verde de la hierba, y se la envíe.

—Joder, qué pasada. Pues sí que me encantaría, pero no a estas horas.

Reímos.

—Jon.

—¿Sí?

—Sé que estás pendiente de Emma, pero ¿me harías el favor de estar más encima de ella?

—¿Te ha dicho algo? ¿No se encuentra bien?

—Siempre que hablo con ella está animada, pero sé que no es así —suspiré—. Se esfuerza para no preocuparme, pero que no saliera el sábado por la noche contigo, ni con nadie, me hace pensar que está peor de lo que imaginaba.

—Tranquila. La próxima vez no le preguntaré si quiere salir, me presentaré en su piso y la sacaré a rastras.

Sonreí.

—Gracias. Será un método infalible.

—Cuenta con ello. También es mi amiga.

—Lo sé.

Sonreí de nuevo.

—Es mejor que hablemos en otro momento, no quiero que cojas frío al estar parada.

—No pasa nada. Espera, me pongo la sudadera.

Dejé el móvil sobre la base plana de la barandilla de madera, para deshacer el nudo de las mangas que llevaba alrededor de la cintura, y me coloqué la sudadera para no coger frío.

—Ya está —le dije a Jon—. Ahora estoy perfecta, calentita.

—Estupendo.

—Voy a regresar a casa caminando, estaba a punto de parar cuando me has llamado —le informé.

Me despedí del mar, después de coger una bocanada de aire profunda y comencé a caminar un poco separada del paseo, para no entorpecer.

—Dales recuerdos a los chicos del bar.

—De tu parte. Quitando lo de Emma, te noto muy animada.

—Sí. Me ha venido genial regresar a casa, los echaba mucho de menos a todos.

—Me lo imagino, estáis muy unidos.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—No me tientes, preciosa.

—¿Por qué? Si es lo que pretendo.

Reímos.

—Cuando menos te lo esperes te diré, ábreme la puerta.

—Ojalá.

—¿Tanto me echas de menos? —me preguntó con diversión.

—Sabes que sí, después de Emma eres mi persona favorita de la que me he alejado.

—Tú también lo eres para mí, Xaira. Quiero cuadrarlo todo en el bar para escaparme unos días, Lorenzo se quedará al frente del negocio.

—Eso suena genial.

—Sí, pero por el momento no puedo decirte más.

—Es más que suficiente —sonreí—. Espera, voy a por un café.

Ya había dejado atrás el camino de correr y llevaba unos minutos recorriendo las calles. Al pasar cerca de una cafetería no pude resistirme a cruzar la carretera.

Entré en ella y le pedí al chico que estaba al otro lado del mostrador un café con leche para llevar. Mientras me lo preparaba y Jon se mantenía en silencio al otro lado de la línea, dejé el móvil en la barra y cogí varias monedas de la riñonera.

Siempre que salía a hacer ejercicio me gustaba llevar algo de dinero, preferiblemente un billete pequeño, pero en esta ocasión no había tenido y lancé en la riñonera las monedas suficientes por si tenía que comprar una botella de agua o como ahora, un café. A veces lo hacía, me gustaba bebérmelo mientras regresaba a casa caminando.

—Gracias —le dije al chico, cuando me puso el café en la barra.

—De nada —me sonrió.

Lo preparé a mi gusto y le puse la tapa, para salir de la cafetería llevándome el móvil a la oreja.

—Ya estoy —le dije a Jon.

Me llevé el vaso a los labios, disfrutando del primer sorbo.

—Yo me he levantado de la cama para prepararme uno. ¿Cuánto tardas en llegar a casa?

—A paso tranquilo, desde donde estoy, unos quince minutos.

—Un buen paseo.

—Sí.

—Ayer estuvo en el bar Erik.

—¿Y eso tiene que interesarme?

—Me preguntó por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Que hacía días que no te veía. Por mí no va a saber nadie que te has ido, ni mucho menos él. Ya avisé y advertí a todos los del bar que ese tema estaba prohibido.

Sonreí.

—Gracias.

—Que le jodan, va a venir ahora con el interés, preguntando por ti.

—Lo hizo para alterarte, porque sabe que das la cara por mí. Estoy segura.

Bebí otro sorbo de café.

—La próxima vez que se le ocurra aparecer por mi bar no permitiré que ocupe una mesa. Ayer me pilló de sorpresa, me lo encontré de golpe y no quise montar un numerito. La terraza estaba llena de clientes.

—Espero que no te molestara mucho.

Hice una mueca.

—Solo cuando me preguntó por ti. Ahí tuve que contenerme, pero el resto del tiempo que estuvo en el bar lo esquivé. Y tranquila, por mí no tienes que preocuparte.

Erik era una pareja que tuve unos meses atrás. Fuimos novios durante medio año, hasta que me dejó ver su verdadera cara y corté de un día para el otro.

Digamos que no se lo tomó muy, porque claro, se creía el dominante y el único que podía tomar decisiones. Ver para creer. En fin, que me lo quité de encima y me alejé de él.

De vez en cuando alguien conocido me comentaba que lo había visto y que Erik le había preguntado por mí. Como si me importara…

—A ver si no le da por ir más.

—Estaba con unos amigos. Cogí a uno de ellos cuando entró en el local para ir al baño y le dije, amablemente, que nunca más volvieran a mi bar, sino querían que hubiese problemas.

—Amablemente… —repetí y apreté los labios.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

Reímos.

—Lo importante es que lo pilló —me confirmó.

—Me alegro.

Sonreí.

—Empiezo a trabajar el lunes —le dije.

—Joder, ya era hora, ¿no?

—¡Oye! —reí.

—Después de una semana completa de descanso ya está bien. ¿O quieres más?

Habló con diversión.

—Semana que me ha venido genial y te recuerdo que me he reunido varias veces con el director general.

—¿Y te has cansado, hija?

Soltamos una carcajada.

—Eres muy tonto.

Sonreí.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—Lo que quiere decir bastante.

—Más o menos —reí.

—¿Por qué? El trabajo lo conoces de sobra y la forma de desarrollarlo también. La única diferencia es que ahora eres la jefa.

—Una jefa que no conoce a nadie.

—Lo vas a hacer de maravilla, te adaptarás rápido.

—Me encantaría verlo como tú —suspiré.

—Vamos, Xaira, que el lunes te saldrá redondo.

Sonreí.

—Empieza dando varios gritos y así reduces la tensión.

—¿En serio ese es tu consejo?

—El mejor, porque conseguirás que te respeten y no se atreverán a hablarte —rio—. ¿Tú sabes lo tranquila que estarás en tu despacho?

—Estás fatal.

—Normal, no tiene que ser saludable despertarse escuchando martillazos.

Reímos.

—Estoy llegando a casa —le dije.

—Qué rápido ha pasado.

—Pues sí. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Volver a la cama.

—¿Ya no hay ruido?

—No. A ver si puedo dormir un poco más.

—Descansa. Hablamos en otro momento.

—Gracias, preciosa. Cuenta con ello.

Alargamos un poco más la despedida y justo cuando colgué, me paré frente a la verja. Al poco de abrirla y de comenzar a andar por el camino, Timón y Pumba aparecieron corriendo para recibirme.

Los saludé con caricias y besos y fuimos los tres a la casa. Necesitaba un baño con urgencia y prepararme, aunque para esto último tenía tiempo, ya que hasta las once no me iba con mi familia a ver el partido de Eloy.

Capítulo 9



Miré la hora en el reloj de pulsera, sentada en el borde ancho de uno de los grandes maceteros que decoraban la entrada de casa.

A Timón y Pumba los veía de tanto en tanto, cuando pasaban cerca de donde me encontraba. Estaban recorriendo el terreno, jugando.

Delante de mí estaban los coches de mi madre y mi hermano Kevin, en ellos iríamos repartidos al lugar donde se celebraba al partido de Eloy.

Mi hermano pequeño llevaba varios días muy nervioso por este día y hoy, desde que se había levantado de la cama, su entusiasmo por el partido lo tenía alterado.

Mi madre me había dicho que era porque había coincidido que estaría yo, con el resto de la familia, al completo. Como era normal mis demás hermanos muchos fines de semana se saltaban esta cita, sobre todo, cuando jugaban fuera de la ciudad. Y en otras ocasiones iban algunos, pero no todos.

—¿Ya? —le pregunté a mi hermano Kevin.

Se puso a mi lado, pero él no se sentó. Se quedó apoyado en el macetero con el final de la espalda, de cara a los coches.

—Lo normal es que lleguemos cuando el partido está a punto de comenzar —me contestó con una media sonrisa.

—¿En serio?

—No sé de qué te sorprendes, con todos los que somos…

Su sonrisa se amplió.

—Al menos papá está allí —suspiré.

—Sí.

—Pero ¿cuánto les queda?

—No lo sé y tampoco lo he preguntado, porque para que me digan, unos segundos o unos pocos minutos, y no sea verdad…

Me hizo un guiño.

—Quería llegar con tiempo. Eloy me ha dicho esta mañana que miraría muchas veces a las gradas para verme. Me da pena no estar.

—Si nos vamos dentro de poco todavía llegaremos bien.

Asentí y esperamos, pero el único que salió de la casa fue Iago. Nuestra madre se asomó por la puerta varias veces, preparada, pero de Lúa y Erea no había rastro.

—Estás nerviosa —me dijo Iago.

—Sí —reí—. Joder, ¡es que no sé qué hacen dentro! Qué vamos a un partido, no a una boda.

Puse los ojos en blanco.

—Nosotros nos vamos —dijo de repente Kevin.

Se bajó de un salto del macetero, porque al final se sentó, cansado de esperar.

—¿Te vienes con nosotros o con ellas? —le preguntó a Iago.

—Me voy —aceptó riendo.

Yo también me reí cuando me cogió en brazos para bajarme del macetero. Le di un beso sonoro en la mejilla, antes de separarme de él.

Kevin fue hacia la puerta y comenzó a hablar en alto, gritando.

—¡Mamá, nosotros nos vamos ya! Se vienen conmigo Iago y Xai.

—¡Vale, cariño! —escuchamos la respuesta de nuestra madre, desde alguna parte de la casa.

Iago y yo nos miramos divertidos.

—¡Y estas niñas…! —se quejó ella— ¡Os voy a cortar la luz! ¡Dejad ya el puñetero secador! Señor, qué paciencia.

Mis hermanos y yo estallamos en carcajadas y después de que Kevin le dijera que tuviera cuidado en la carretera, nos despedimos de Timón y Pumba que vinieron hacia nosotros al intuir que nos íbamos.

Una vez nos montados los tres en el coche de Kevin, con él al volante, por fin salimos de la casa. Kevin tomó la dirección del polideportivo y durante una buena parte del trayecto, tanto él como Iago, me pusieron al día de cómo iba la clasificación este año y cuál era la fuerza de los equipos, de mayor a menor.

Sonreí porque en el que jugaba Eloy no iba muy mal en la clasificación, aunque estaba claro que no quedarían de los primeros ni cerca de ellos, al final de la temporada.

Por lo que me contaron el partido de hoy era importante, más por la rivalidad que siempre había entre los dos equipos. Estaban muy igualados e iban a por todas dentro del campo. Como debía ser, siempre que hubiese profesionalidad y compañerismo.

Eso era lo principal y que se lo pasaran genial jugando, por supuesto. Eran niños.

Cuando llegamos al aparcamiento del polideportivo estaba bastante lleno, lo que me sorprendió. No esperaba que fuese tanta gente.

Las voces altas se escuchaban nada más traspasar la puerta principal del polideportivo.

—¿Encontraremos sitio para estar todos juntos? —les pregunté.

—Lo dudo en este partido y con lo tarde que es —me contestó Iago.

Se encogió de hombros.

—Con suerte podremos sentarnos los tres juntos —comentó Kevin —. Tu primera experiencia va a ser fuerte.

Me hizo un guiño.

—No me esperaba esto —reí.

—Es porque juegan estos dos equipos, en el resto de los partidos no sucede lo mismo —dijo Iago.

—Joder, me tenéis intrigada.

Reímos.

Me sorprendí cuando accedimos a las gradas, de una pasada rápida no vi ni un hueco libre.

—Qué pasada —dije, cuando Kevin me agarró de la mano.

Comenzó a seguir a Iago y tiró de mí, de esa manera caminamos entre el poco espacio que había entre las piernas y los asientos. Había tanta gente que hasta estaban sentados donde no había asientos, directamente sobre el cemento en forma de escalones.

Mi hermano Iago consiguió encontrar tres asientos libres, sorprendentemente, y encima tuvimos la suerte de que estaban en una buena posición. Sentados veíamos perfectamente todo el campo y a muy buena distancia.

—No sé dónde van a ponerse mamá, Erea y Lúa —comenté, haciendo una pasada rápida visual.

—No me preocupa —rio Iago.

Lo miré con curiosidad. Estaba sentado a mi izquierda, Kevin a mi derecha.

—Lo que quiere decir es que, aunque te parezca mentira o increíble, te aseguro que ellas terminarán sentadas. No falla.

—Además, todavía quedan algunos escalones libres —añadió Iago.

—¡¡Guapo!! —grité de repente.

Mis hermanos fijaron la vista en el campo y vieron, como yo, a Eloy saludándonos.

Mi hermano pequeño tenía dibujada en la cara una sonrisa preciosa, por lo que acababa de decirle. Nos levantamos de los asientos y le devolvimos el saludo.

Iago le hizo varios gestos a Eloy, cuando miró las gradas para localizar a nuestra madre y hermanas. Gestos con los que le dejó claro que estaban de camino. Eloy asintió sin dejar de sonreír y se despidió de nosotros, para seguir a sus compañeros.

—Ay, qué mono —dije.

—Eso no lo digas delante de él porque te dirá que no es pequeño.

Reímos por las palabras de Iago.

Me emocioné al verlo con la ropa del equipo, parecía más grande que lo que era. Y sus gestos… mientras el entrenador les hablaba todos estaban serios, escuchándolo con mucha atención. Al final asintieron y soltaron un grito al unísono, juntando las manos en el centro del grupo.

—Una monada, ¿no? —me habló Kevin.

Reímos y choqué el brazo con el suyo.

—Oye, ¿y papá? ¿Está en las gradas? No lo he visto, hay mucha gente.

—Sube de vez en cuando aquí para estar con quienes estemos, pero la mayor parte del tiempo la pasa con el entrenador.

—Son buenos amigos —añadió Iago.

—Ah. Vale.

Asentí.

En la grada se levantaron bastantes personas, cuando el equipo rival salió al campo. Aplaudieron y silbaron, dándoles la bienvenida y ánimos. Sonreí, era bonito de ver y me imaginaba la emoción que debían sentir los niños.

En ese momento vi con claridad la división del público, el que estaba muy igualado por equipos.

Al cabo de pocos minutos todos comenzaron a calentar.

—Ay, qué empieza —dije, nerviosa.

Mis hermanos se rieron de mí, pero los ignoré. Sin dejar de sonreír, vi cómo Eloy se colocaba en su posición en el campo, como el resto de los niños, tanto de su equipo como del rival.

Él miró hacia donde estábamos y le lancé un beso al aire, haciéndolo sonreír. Me encantaba verlo tan feliz. También estaba muy nervioso, mucho, pero era parte de la magia del momento. Iago y Kevin le dieron ánimo y suerte con varios gestos.

Cuando Eloy miró hacia otra parte de la grada y dejó la vista allí, supimos que estaba mirando a nuestra madre y hermanas. Ya debían estar sentadas porque nosotros no conseguimos verlas, pero eso cambió cuando apareció nuestro padre y fue directo hacia donde estaban.

Nos saludamos desde la distancia, porque él les señaló dónde nos encontrábamos.

El árbitro dio comienzo al partido y me centré en ver el juego. En ello estaba cuando nuestro padre se acercó.

—Hola —le dije, después de darnos un beso.

—Hola —nos saludó—. Habéis conseguido un buen sitio.

—Por poco —comentó Kevin.

—Ya… vosotros no tenéis los superpoderes de vuestra madre y hermanas, yo tampoco ni sé cómo lo hacen.

Reímos sin alzar mucho la voz.

Se quedó un rato con nosotros, viendo el partido, hasta que se despidió.

—Os dejo, vuelvo abajo.

—Vale, papá. ¿Puedes hablar con Eloy en el descanso?

—Estoy cerca de él.

—Pues dile que lo está haciendo genial.

—Lo haré —sonrió—. Le encantará y se vendrá arriba, porque le cuesta verlo. Es muy exigente consigo mismo.

Kevin, Iago y yo asentimos, porque lo sabíamos muy bien.

Nuestro padre se fue y volvimos a quedarnos los tres solos, centrados únicamente en el juego.

Sufrimos con cada avance, para que consiguieran meter gol. Sufrimos con cada falta, fuese del equipo que fuese. Sufrimos cuando el equipo contrario se acercaba demasiado a nuestra portería. Y nos llevábamos las manos a la cabeza cuando alguno de los niños caía sobre la hierba.

—Mierda, esto es un sinvivir —me lamenté, haciendo reír a Iago y a Kevin.

Capítulo 10



—¡¡Eso es falta!! —grité, nerviosa.

Eloy estaba en el suelo, después de caerse de mala manera. Lo habían empujado cuando llevaba el balón y se aproximaba a la portería.

—¡No me lo puedo creer! —dije alterada—. Eloy…

—Está bien. Mira —me pidió Iago.

Los tres nos habíamos levantado, antes incluso de que sucediera la falta, cuando la vimos venir. Desde la distancia podía diferenciar la voz de mis hermanas, quejándose también.

Falta que todavía no había pitado el árbitro.

—¿Por qué no pita la falta? —les pregunté a mis hermanos, mientras no apartaba la vista de Eloy.

Durante unos segundos se quedó sentado sobre la hierba, con una mueca de molestia en la cara. Hasta que se levantó gracias a la ayuda de sus dos mejores amigos. Teo y Oliver fueron corriendo hacia mi hermano y no se habían separado de él.

—Es penalti —me aclaró Kevin.

—¿Y por qué no lo pita? —insistí.

—Porque lo están hablando, el árbitro no estaba atento y no ha visto lo que ha sucedido.

—Estupendo —dije con fastidio.

Bufé.

—¡Vamos, hombre! ¡Está clarísimo que ha sido penalti! Ha tirado a propósito a mi hermano, se merece el castigo. ¡Son las normas! —grité —. ¡Ese niño tiene que aprender lo que es la deportividad!

—¿Perdona? ¿Quién te crees que eres para hablar así de nadie? ¡Son niños!

Al escuchar la voz a mi espalda me giré, junto a mis hermanos. Kevin me agarró de un brazo, lo que no supe es si fue para tenerme controlada o para apartarme si el tío que me había hablado se lanzaba hacia mí. Este también estaba de pie.

—No me creo nadie especial, pero si tienes ojos en la cara has visto lo mismo que yo —le dije, tomándolo como mi objetivo para la rabia que sentía.

—Mi hermano sabe perfectamente lo que es la deportividad y no se merece un castigo —soltó.

Entrecerró los ojos.

—¿Eres el hermano del que ha empujado y tirado al mío? —Jadeé por la impresión.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Nada —intervino Iago—. Está claro que ha sido una mala jugada, pero se queda aquí la cosa. Los niños están bien, vamos a calmarnos.

—Claro que pasa —continué, ignorando a mi hermano. Volví a dirigirme al del asiento de atrás—. Si no sabes diferenciar que está mal lo que ha pasado, entonces entiendo que tu hermano lo haya hecho.

El pitido del árbitro nos hizo girarnos a mis hermanos y a mí. Le dimos la espalda al enemigo, al hermano mayor, para centrarnos en el campo de juego.

—¡Síííí! —Aplaudí, porque había sido penalti.

Cuando Eloy se posicionó para lanzarlo miró a la parte de las gradas en la que estábamos Kevin, Iago y yo.

Nuestro contacto visual duró tan solo unos segundos, pero fueron suficientes para que yo asintiera, sonriendo, y le levantara los pulgares.

Cuando me di cuenta el balón golpeó la red, dentro de la portería. Eloy había conseguido el primer gol para su equipo.

—Sí, sí, sí… —grité saltando y me colgué del cuello de Kevin, sin poder parar de reír.

Las personas de las gradas se levantaron y comenzaron a silbar, a gritar y a aplaudir. Nosotros nos unimos a ellos.

Pude sentir el peso de la mirada del de atrás y no fue una sensación equivocada porque cada vez que observaba de reojo al hombre, él estaba atento a mí. Eso sí, con cara de pocos amigos.

El partido continuó y todos ocupamos nuestros asientos, para no entorpecer la visión.

Fue emocionante y se mantuvo muy animado, aunque también nos llevamos algunos sobresaltos más hacia los amigos de Eloy, Oliver y Teo.

—Esto no es bueno para mí —les dije a mis hermanos, a pocos minutos de que la segunda parte finalizara, por lo tanto, el partido también.

Iago y Kevin soltaron una carcajada y me uní a sus risas.

—Lo vives con intensidad —comentó Iago.

—¿Intensidad? Eso se queda corto para ella —dijo Kevin, con diversión.

—Es que se sufre mucho —reí.

—Ya te hemos visto, ya… —Negó con la cabeza Iago.

—¡Oye! Que vosotros también habéis estado alterados.

Los empujé por los brazos.

—Es que hemos ganado y por el gol de nuestro hermano —me dijo Iago, con un guiño.

Ninguno de los dos equipos había marcado más goles. Por lo que iba uno a cero.

—No atraigas a la mala suerte —le pidió Kevin—. A ver si en el poco tiempo que queda se lía.

—Cuatro minutos —dije, al mirar la hora en el reloj.

Cuatro minutos que se hicieron eternos y que a mí estuvo a punto de darme algo, cada vez que había riesgo de perder.

Cuando el árbitro pitó el final del partido toda la grada se vino arriba, sin excepción. Casi pude sentir en el cogote la respiración del de atrás.

Solo habíamos tenido un primer encontronazo, desde ese momento no habíamos vuelto a cruzar ninguna palabra ni miradas. Pero no por eso había dejado de sentir su presencia.

Estaba claro que lo había ofendido y cabreado, y tal vez, solo tal vez, yo me había envalentonado por los nervios y la impotencia de ver a mi hermano pequeño en el suelo.

Había una pequeña parte de mí que lamentaba mi comportamiento, pero otra, la más grande, estaba satisfecha con la defensa a Eloy. Lo volvería a hacer, sin dudar.

Las personas de las gradas comenzaron a moverse hacia las dos salidas que había y Kevin me pidió que esperara un poco a que se despejara.

—Hasta dentro de un rato no lo veremos —me dijo Iago

Me puso la mano en la pierna que me subía y bajaba, para pararme el movimiento mientras me sonreía.

—Las felicitaciones tienen que esperar para cuando salga del vestuario —añadió Kevin.

—Ya, ya…

—Pues relájate —rio Iago.

—Valeee… ¿Me invitáis a un refresco de la máquina del pasillo? Tengo mucha sed.

—Ya podemos salir —dijo Kevin.

Nos levantamos y entonces me di cuenta de que el hombre de atrás ya no estaba. Éramos los únicos en esta parte de la grada.

Mejor, me dije, no tenía ganas de enfrentarme a su mirada de nuevo.

Mis hermanos y yo salimos de las gradas y bajamos las escaleras que nos llevaron al pasillo en el que vi la máquina para comprar agua y refrescos. Nos dirigimos a ella directamente y Kevin sacó tres latas.

—A ver si te estiras un poco la próxima vez, jefa de departamento —me picó.

Solté una carcajada.

—Cuando cobre mi primer sueldo —le dije con un guiño—. Hasta ese momento tienes que mantenerme.

Le saqué la lengua, haciendo reír a ambos.

—¡Te pillé! —gritó Erea en mi oído, al colgarse de mi cuello por la espalda.

Si no hubiese sido porque Iago nos hizo de barrera al estar delante de mí, nos habríamos ido contra la máquina de la bebida. Reímos.

—Qué bruta eres, hija —le dijo Lúa, con diversión.

—En esta familia sois muy exagerados. —Puso los ojos en blando Erea—. ¿Habéis visto que partidazo de Eloy?

—Igual que tú —le contestó Kevin, riendo.

—Tonto.

Le dio un golpecito en el brazo y se apoyó en él. Kevin la abrazó por los hombros, acercándola a él.

Para mí Kevin era especial por ser mi mellizo, ya lo he comentado, pero para el resto de mis hermanos también era un pilar muy importante. Lo respetaban como a nuestros padres, por lo que representaba para todos. Era confidente, protector, amigo y hermano.

Salimos del edificio para que nos diera el aire, después de que nuestra madre, Lúa y Erea sacaran sus bebidas. Para nuestro padre y Eloy tampoco faltaron.

—Xai casi llega a las manos con un tío —dijo Iago, apoyándose en una baranda.

Me hizo un guiño, mientras se llevaba la lata a los labios.

—Madre mía, qué exagerado.

Negué sonriendo.

—Si te hubiéramos dejado es lo que habría sucedido —carraspeó Kevin.

—¿Por la entrada que le han hecho a Eloy? —me preguntó Lúa y asentí— No me extraña.

Bufó.

—Joder, ya te digo. Nos ha faltado poco para saltar al campo.

Soltó una carcajada y los demás sonreímos, menos nuestra madre.

—Erea, esa boca —le llamó la atención, por la palabrota.

—Mamá, que tengo diecisiete años. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y? Cómo si tienes cuarenta. —Elevó las cejas, dejándole claro que le daba igual la edad que tuviéramos todos.

Erea tomó la mejor decisión, callarse. Los demás intentamos no reír.

—Nosotras también hemos reaccionado a lo de Eloy, pero estábamos en el bando bueno, el del nuestro equipo, rodeadas de todos los familiares —comentó Lúa—. Vosotros os habéis mezclado con el enemigo.

Sonrió.

—Con razón, porque el tío de atrás, con el que casi llego a las manos según ellos, es el hermano del que ha provocado que Eloy cayera —comenté.

—¡Qué mala suerte! —Agrandó los ojos Erea.

—Tampoco ha sido para tanto —sonreí.

—Pues él parece que continúa teniéndote ganas —dijo Iago.

—¿Qué?

Lo miré y después dirigí la vista hacia donde me indicó con un gesto. Ambos disimulamos para hacerlo.

Vi de refilón cómo el que había estado sentado detrás de mí continuaba mirándome, pero en este momento no tan directamente. Lo hacía de vez en cuando, mientras hablaba con otros dos hombres.

Parecían tener la misma edad los tres. Le di la espalda para evitar la tentación y el impulso de hacer como él.

Nuestra madre entró un momento al edificio y cuando salió venía acompañada por nuestro padre y Eloy.

El pequeño vino corriendo hacia nosotros y yo fui la primera en abrazarlo, porque se lanzó para que lo cogiera.

—Lo has hecho genial, cariño —le dije y le di un beso.

—¿Te ha gustado? —me preguntó ilusionado.

—Me ha encantado y me lo he pasado bomba.

Le hice un guiño.

Sonrió de oreja a oreja y volvió a abrazarme con fuerza, antes de pasar por los brazos de los demás.

—Vamos a celebrarlo—dijo nuestro padre.

—Hemos reservado en un restaurante para comer —nos informó nuestra madre.

—¡Sí, vamos a celebrar la victoria! —alzó la voz Eloy, levantando los brazos.

Kevin lo cogió para echárselo al hombro y el pequeño rio con ganas. De esa manera fuimos hacia el aparcamiento, para irnos en los coches hacia el restaurante.

Capítulo 11



Cian

—Deja de mirarla porque al final va a pensar que te interesa de otra forma —me dijo Jake.

—Déjalo, está abriéndose paso en cortejo —comentó Barry.

—¿Estáis tontos o qué os pasa?

Los miré con los ojos entrecerrados.

—De la única manera que estoy mirando a esa chica es con rabia.

—Pues ya te quedará poca rabia, ¿no? —me preguntó Jake— Porque yo más bien noto que te la comes con la mirada.

—Ya va siendo hora de que vayas al oculista.

Sacudí la cabeza.

—El proceso del cortejo es lento, esperemos que en el del apareamiento nuestro chico esté más avanzado.

—Joder, estáis insoportables hoy. Y yo de vosotros no me llevaría más al límite —les advertí.

Bufé.

—Vamos, tío, ¿Dónde te has dejado el humor hoy? —Quiso saber Barry—. Estamos de broma.

—Pues no me hace ni puñetera gracia. Esa chica me ha alterado y no me ha quedado más remedio que tenerla delante hasta el final del partido.

—Te has quedado con las ganas de decirle más cosas, ¿eh?

—Pues sí. ¿Qué pasa? ¿Algún problema? Me ha tocado los cojones que hablara mal de mi hermano, cuando el suyo no es ningún santo. Son niños, joder.

—Relájate. Ahí viene el peque —me dijo Jake.

Al moverme para girarme me di cuenta de que la chica se había ido, junto a los demás que estaban a su lado. Suponía que algunos eran familia, los demás amigos.

En cuanto vi a mi hermano acercarse rápido a nosotros se me quitó todo: el cabreo, la mala leche y el agobio que no entendía porque lo sentía, pero así era.

—Hola, campeón —le dije, abrazándolo.

—Hola —me correspondió hablando muy bajo, con la cara escondida en mi camiseta.

—¿Eh? Mírame —le pedí.

Me separé de él y le agarré la cara con las manos. Estaba triste porque no habían ganado.

—No pasa nada por perder. Todo lo contrario, es perdiendo dónde se demuestra de qué clase son las personas. Las derrotas tienen que servirte para superarte, como motivación.

—Me lo dices siempre, pero es que hoy pensaba que ganaríamos —susurró.

—Tampoco pasa nada por equivocarse. No podemos ser perfectos en todo, ¿no?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios y le hice un guiño.

Le quité la mochila y me la colgué al hombro.

—Has estado genial, campeón —le dijo Barrry, revolviéndole el pelo.

A Brian no le importó. Sonrió.

—Ya te digo. Has jugado muy bien —lo animó Jake.

—Tienes que sentirte orgulloso de ti —le dije, rodeándole los hombros con el brazo—. Aunque la entrada que has hecho no ha estado nada bien, la que ha terminado en penalti. No quiero que lo repitas.

Era muy consciente de la verdad de mis palabras, porque lo que había defendido frente a la mujer que se había largado, era a mi hermano, no a lo que había hecho él.

Como he dicho eran niños y por lo tanto debían aprender. Hoy había sido el primer día que Brian había actuado de esa manera contra un rival, no era agresivo.

—Lo siento. —Bajó la cabeza y miró al suelo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque me ha parecido que se burlaba de mí.

Tuve que inclinarme hacia él para entenderlo, de lo bajo que habló.

—¿Te ha parecido que se burlaba de ti? —Fruncí el ceño.

Mi hermano asintió.

—¿O se ha burlado de ti? —reformulé la pregunta—. Hay mucha diferencia, Brian.

—No lo sé —dijo con una mueca.

—A lo mejor no lo ha hecho —comentó Barry—. Yo no he visto al chico de esa manera, solo metido de lleno en el partido.

—A mí tampoco me ha dado la sensación de que fuese buscando guerra —habló Jake—. A veces todo se confabula para jugarnos una mala pasada.

Mi amigo le acarició la cara, en un gesto afectuoso. Brian soltó un suspiro.

—Lo mismo… lo mismo me he equivocado y él sus amigos se reían de otra cosa, no de mí.

—¿Por qué iban a reírse de ti? —preguntó pensativo Barry— Vuestros partidos son los mejores, cada vez que jugáis es una pasado, así que lleváis mucho tiempo siendo rivales.

—¿Me he equivocado? —me preguntó mi hermano, tragando saliva.

—En actuar como lo has hecho sí, porque no son formas de enfrentar las cosas. —Lo apreté a mi costado—. En lo otro no sé si te has equivocado al juzgar que ese chico estaba burlándose de ti, no lo sabes ni tú que te ha pasado.

—Lo siento —susurró.

—Está bien, pero con quién tienes que disculparte es con ese chico. La próxima vez que haya partido te acercas a él y te quedas tranquilo. ¿Vale?

Asintió. Me incliné para darle un beso en la cabeza.

—Y ahora vamos a la mejor parte del día, a comernos unas maxi hamburguesas —dijo Jake.

—¡Sí! —gritó mi hermano.

Sonreí cuando Barry lo separó de mí para caminar unos pasos por delante. Jake y yo los seguimos, escuchándolos hablar del partido.

—Si la chica te hubiese escuchado hablar con tu hermano tendría que retirar todo lo que te ha dicho —comentó con diversión.

—No me la recuerdes.

Puse los ojos en blanco.

—Solo era para destacar un hecho —rio—. Se acabó.

Asentí, agradecido.

—Vamos a disfrutar de la comida con el peque, se lo merece.

—Sí. Mi hermano se lo merece todo.

—Lo sé, tío.

Jake me dio un breve abrazo, antes de alejarnos del polideportivo.

En el aparcamiento no quedaban muchos vehículos cuando nos subimos al de Barry. Hoy le había tocado hacer de chófer y venir a buscarnos a Brian y a mí, así como también a Jake.

Mi coche estaba en el taller, llevaba haciendo el tonto una buena temporada, hasta que el jueves, dos mañanas atrás, no arrancó.

El mecánico, un amigo, no me había dicho todavía lo que tenía y lo que suponía en dinero, estaba a la espera porque si la reparación costaba mucho no iba a invertir más en él. El coche tenía muchos años como para gastarme un dineral.

Hasta ahora había pagado por todas las averías que había tenido, pero porque eran pequeñas, algo razonable, más o menos. Si tenía que invertir en algún vehículo sería en la compra de uno más nuevo, me negaba a tirar el dinero.

Barry nos llevó a nuestra hamburguesería preferida y como éramos de costumbres fijas, los cuatro pedimos las hamburguesas de siempre, con una buena ración de patatas para cada uno.

Me encantaba ver disfrutar a mi hermano y fue lo que hizo con cada bocado.

Reí cuando se manchó de kétchup y mayonesa y Jake se rio de él. Brian nunca se tomaba a malas las bromas de mis amigos porque sabía lo que lo querían. Así era, porque Barry, Jake y yo éramos como hermanos, aunque no compartiéramos la misma sangre. Por lo tanto, Brian estaba protegido por los tres.

—¿Quieres algo más? —le pregunté.

—No —rio y sonreí—. Estoy muy lleno.

—Eso está bien.

Le hice un guiño.

—¿Nos vamos? —nos preguntó Barry, al llegar del baño— Ya he pagado —nos informó, al ver la intención de Jake y mía.

—Joder, qué rápido has sido —comentó Jake, levantándose de la silla.

—Con vosotros o lo soy o pierdo la oportunidad —rio Barry—. Hoy quería invitaros por lo bien que lo ha hecho nuestro chico.

Le hizo un guiño Brian.

—No lo miméis tanto —les pedí, pero en broma.

Yo era el primero que ponía a mi hermano por delante de todo.

—Lo que tienes es envidia y miedo de que nuestro campeón quiera pasar más tiempo con nosotros que contigo —me dijo Barry.

—¡Eso no va a pasar! —habló claro mi hermano.

Chocamos las manos y nos reímos. Mis amigos se unieron a las risas.

Volvimos a montarnos en el coche de Barry, quien dejó primero en su casa a Jake. Nos despedimos de él, yo y Barry hasta la noche para salir.

Los siguientes fuimos nosotros.

—Gracias, tío —le dije con un abrazo.

Nos habíamos bajado los tres del coche porque Barry había podido aparcar cerca del edificio en el que vivíamos Brian y yo.

—No digas tonterías —sonrió—. Eh, campeón. Pasa lo que queda de día muy bien, ¿vale?

Brian asintió.

—Así me gusta. Me enteraré si no es así, esta noche le preguntaré a tu hermano y como me diga que no has disfrutado del sábado, mañana vendré y te haré cosquillas como castigo, hasta que me ruegues que pare.

—Nooo…

Sin parar de reír, después de soltar una carcajada, Brian salió corriendo hacia la puerta del edificio.

—Joder, me he quedado sin beso y sin abrazo —se lamentó Barry.

Reí.

—Eso te pasa por hablar antes de actuar.

Sacudí la cabeza.

—Nos vemos a las ocho —le dije.

—Aquí estaré —me confirmó, con una sonrisa.

—Para que no te vayas deprimido…

En cuando terminé de hablar lo abracé y le di un beso en la mejilla, los que le habían faltado de mi hermano.

Lo dejé riendo en la acera, mientras que yo, sin dejar de sonreír, iba hacia Brian.

Fuimos en el ascensor hasta la segunda planta, porque según mi hermano no podía subir las escaleras. Sus piernas necesitaban descansar.

Capítulo 12



—¡Abuelo!

Brian entró en el piso gritando, yendo directo al sofá donde estaba nuestro abuelo.

Sonreí al verlo correr y lanzarse a sus brazos.

Cerré la puerta y dejé caer la mochila de deporte al suelo, para ir al sofá.

Me senté en un lateral, con una pierna flexionada en el asiento, mientras Brian le contaba precipitadamente cómo había ido el partido y los nervios que había pasado.

—Me alegra verte tan animado, aunque no hayáis ganado.

—Es lo que me decís siempre Cian y tú, abuelo.

Sonreí.

—Así es, hijo. ¿Habéis comido?

—Síííí... Hamburguesas.

—Vaya, entonces os habéis puesto las botas.

—Sí —rio mi hermano.

—¿Tú has comido, abuelo? —le preguntó.

—Hace rato. —Le revolvió el pelo—. Deshaz la mochila y échate un rato en la cama.

—Estoy cansado.

—Por eso —sonrió nuestro abuelo.

—Vale.

Brian se puso de pie y fue hacia su mochila, la que había dejado yo junto a la puerta. La abrió y sacó de ella toda la ropa sucia y la toalla, para llevarlas al lavadero.

Hizo un segundo viaje para llevar la deportivas, para que se airearan. Cuando regresó vino a darnos un beso y se fue hacia su habitación con la mochila.

—¿Qué tal, hijo? —me preguntó.

—Bien.

Sonreí y me acerqué a darle un beso, después volví a mi lado del sofá.

—¿No vas a descansar?

—Cuando vayas tú —le contesté.

—Os estaba esperando, sabía que pararíais a comer los dos gamberros.

Los gamberros eran mis amigos, Barry y Jake.

Reí porque así era como les gustaba pincharlos mi abuelo, cuando no era verdad que pensara de esa manera de ellos. Ni mucho menos, principalmente porque no eran unos gamberros.

—Puedes estar contento, hemos comido de gratis —le dije a modo de broma.

—Ya me caen un poco mejor.

Sonreímos.

—¿Te has tomado las pastillas? —le pregunté.

—Sí. No te preocupes por mí.

—Claro, lo que tú digas.

Negué con la cabeza.

—¿Has salido a dar un paseo?

—Con Alfonso.

Asentí. Alfonso era su amigo y por suerte vivía cerca de nosotros. Se hacían compañía mutuamente.

Mi abuelo tenía setenta años, con una apariencia muy cuidada, al igual que mimaba su alimentación. Yo también mimaba eso, desde que le diagnosticaron una enfermedad rara que le provocaba mucho cansancio.

El momento que el médico nos confirmó qué le pasaba, fue un duro golpe. La vida de mi abuelo cambió radicalmente y durante mucho tiempo yo me pasé las noches en vela, para vigilar su sueño y que todo estuviera bien.

La enfermedad podía derivar en un ataque al corazón en cualquier momento y era algo que a mí me daba pánico. Me había costado mucho asumir y asimilar que no podía estar en un sinvivir constante, esperando lo peor durante las veinticuatro horas del día.

Por suerte la medicación que se tomaba parecía mantenerlo bien, estable, solo debía tomársela y cuidarse mucho. De ahí la buena alimentación y que saliera a caminar de manera obligada, por las mañanas y por las tardes.

Eran recomendaciones del médico, el que le dijo que se lo tomara como obligaciones. Aunque había días que no podía, le dolía tanto el cuerpo y le fallaban tanto las fuerzas, que no podía moverse de la cama. Eran episodios fuertes que no siempre se daban, pero cuando sucedía era el peor recordatorio.

Tampoco podía alterarse ni ponerse nervioso, por lo que tenía prohibido asistir a los partidos del pequeño. Pero no se quedaba sin verlos, yo siempre se los grababa para que pudiera ver a su nieto pequeño jugar al deporte que tanto le apasionaba.

—Estás cansado —me dijo y entreabrí los ojos.

Se me habían cerrado sin darme cuenta.

—Esta noche he dormido poco y Brian vino a mi cama muy temprano.

—¿Qué tal ha ido tu experiencia del partido?

—Ha sido buena, con un pequeño percance que no ha llegado a nada.

Me encogí de hombros.

—Brian ha tirado a propósito a un jugador del equipo contrario y ha terminado siendo penalti.

—¿Por qué? —se extrañó, ya que como he comentado no era el comportamiento de mi hermano.

—Me ha dicho que le ha parecido que se metía con él.

—¿Es cierto?

—Brian no está seguro, por lo que no tengo ni idea. En todo el tiempo que ha durado el partido yo no he visto ninguna actitud rara por parte del otro, la verdad. Pero tranquilo, ha quedado en nada y le he dicho que la próxima vez que lo vea se disculpe con él.

—Has hecho bien.

Asintió.

—Eso ha supuesto la derrota para nuestro equipo porque el único punto del partido ha sido el del penalti.

—Vaya…

—No pasa nada, han hecho un buen juego.

—Estoy orgulloso de ti, Cian.

Me agarró una mano y yo ejercí un poco de presión en la suya, rodeándosela por el dorso con la otra.

—Gracias, abuelo. He aprendido del mejor —sonreí.

—Muchacho…

—¿Vamos a descansar? —lo interrumpí.

—Claro —suspiró.

Me levanté y lo ayudé a ponerse en pie. No es que lo necesitara en este momento, pero me nacía solo. Cuando mi abuelo estaba bien, sin un episodio fuerte, podía moverse en facilidad y por él mismo, aunque se cansaba.

Cerré la corredera del balcón y fuimos al pasillo, el que recorrimos para separarnos en las puertas de nuestras habitaciones. La de él y la mía estaban una frente a la otra, la habitación de Brian se encontraba seguida de la mía.

Le di un beso a mi abuelo y entré en mi habitación. Me quité la ropa yendo hacia la cómoda, de la que saqué una camiseta fina y un pantalón de pijama ancho y cómodo.

Me vestí y entré un momento al baño. Cada habitación tenía el suyo.

Cuando estuve preparado salí de la habitación para ir a la de Brian. Abrí la puerta despacio y sonreí al verlo tumbado bocarriba en su cama, encima de la colcha. Entré negando con la cabeza y lo tapé con la manta fina que tenía a los pies de la cama.

Le di un beso en la cabeza y me fui dejando la puerta entornada. Por último, me asomé a la habitación de mi abuelo y como siempre, me quedé unos minutos observando cómo su pecho subía y bajaba, rítmicamente, sin parar.

—¿No te cansas muchacho?

Reí, sin alzar mucho el volumen, pero reí porque me había pillado.

—Que descanses, abuelo.

—Tú también, anda vete ya.

Sonreí.

Dejé la puerta como la de Brian, al igual que la mía, y fui directo a tumbarme en mi cama. Me tapé con la sábana la colcha y levanté los brazos hacia la almohada. Los flexioné sobre ella y apoyé la cabeza en los brazos cruzados, con la vista fija en el techo blanco.

Intenté mantenerme despierto, pero el cansancio fue poco a poco venciéndome. Estaba a punto de dormirme cuando el sonido de mi móvil me hizo entreabrir los ojos.

—No me fastidies. Joder.

Bufé y me levanté.

No me había acordado de coger el teléfono y cuando lo hice vi un mensaje de Estefanía, una chica con la que había quedado un par de veces para pasar unos buenos ratos.

Solté un suspiro mientras regresaba a la cama y una vez estuve tumbado de nuevo, puse el modo silencio para que no volviera a sonar y leí lo que me había escrito.

Estefanía: *Hola, guapo. ¿Tienes planes para esta noche? Te propongo uno, hace mucho que no nos vemos. ¿Qué me dices? Sabes que no te arrepentirás.*

Cian: *Hola, preciosa. La propuesta es muy sugerente, pero debo rechazarla. Esta noche ya he quedado.*

Estefanía: *¿No puedo hacer nada para convencerte? ¿Quieres que te envíe una foto de lo que estoy haciendo ahora mismo, pensando en ti?*

Cian: *No hace falta, me hago una buena idea de ello. Te aseguro que nada va a hacerme cambiar de idea, esta noche ya tengo plan.*

Estefanía: *Eres malo, hace mucho que no nos vemos.*

Cian: *¿Para ti es mucho unas semanas? Para mí no.*

Estefanía: *Está bien, no te insisto más. Espero que la próxima vez aceptes quedar conmigo, sé que en el fondo lo estás deseando. Te envío un regalito, adiós guapo.*

El último mensaje fue la foto que adjuntó. Me hizo sentir que me sobraba toda la ropa, la que me tapaba de la cama y la que yo llevaba puesta. Solté un pequeño jadeo, sintiendo cómo mi miembro se venía arriba con la panorámica tan perfecta del sexo húmedo y brillante de Estefanía.

Estaba claro lo que estaba haciendo y yo no pude ni quise contenerme. Me bajé el pantalón y me agarré con fuerza el miembro. Cerró los ojos con esa imagen muy nítida en mi cabeza, la de la foto que acababa de ver.

Mi mano se deslizó sola por todo el largo de mi erección y me tragué los primeros gemidos, mientras bombeaba con fuerza.

Esta noche había quedado con mis amigos, pero, aunque no fuese así, Estefanía, sin darse cuenta, me había impulsado a tomar la decisión de que no iba a volver a quedar con ella.

La siguiente vez que me hablara se lo dejaría claro para que no insistiera más, porque en mí no iba a encontrar lo que buscaba. Su tenacidad solo podía significar una cosa y por mi parte no era correspondido.

No quería hacerle daño, desde el principio ambos quedamos en que solo sería sexo, pero en algún punto eso había cambiado para ella. No me iba la intensidad ni los agobios, no quería pareja precisamente para evitar eso mismo.

Aparte de que no había encontrado a nadie que me complementara ni me hiciera perder la cabeza, hasta el punto de enamorarme. Creía que eso no era para mí; además, mi vida la completaban mi hermano, mi abuelo y mis amigos, no necesitaba nada más.

Bastante ocupado estaba ya con mis responsabilidades, a las que le sumaba mi trabajo.

Aumenté la velocidad de la mano y retiré a tiempo la ropa de cama y subí mi camiseta, para correrme sobre la barriga. Me tragué los gemidos de placer y una vez terminé del todo, me levanté de la cama con pereza y fui a lavarme al baño.

La siguiente vez que caí en la cama fue la vencida, me dormí tan rápido que ni me di cuenta.

Capítulo 13



Xaira

Saqué el pan de la tostadora y lo coloqué en un plato. Lo dejé enfriando y fui a la cafetera, para prepararme el café con leche.

—Sabía que eras tú.

Me giré hacia Lúa, sonriendo.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días, suplantación de hermana.

—¿Qué dices?

Reí.

—Tú no puedes ser mi hermana. —Soltó un quejido—. No puedes estar tan feliz, activa y animada un lunes a las siete y media de la mañana. En esta familia eso no se lleva, no es normal.

Reí con más ganas.

—Pues si te digo a qué hora me he despertado y he salido a correr.

—Joder. No lo hagas que me entran ganas de llorar.

Bufó.

Nos quedamos en silencio y mientras ella se preparaba un bocadillo pequeño, yo le hice el café con leche y endulcé el suyo y el mío. Después le eché tomate natural a mi tostada, un poco de aceite y sal, y nos sentamos a la mesa de la cocina con nuestros desayunos.

—¿No te pones embutido?

—La como muchas veces así, me encanta —le dije levantando la tostada.

Le di un mordisco y cuando tragué, bebí un sorbo de café.

—¿Cómo llevas los nervios del primer día? ¿Has descansado? —me preguntó.

—Por ahora bastante bien y he dormido como cada noche. No me hagas pensar mucho que no quiero tener que ir corriendo al baño.

Reímos.

—Te irá genial, tienes madera de sargento.

—¿En serio? —Elevé las cejas.

—Claro, con cuatro hermanos por debajo de ti ya me dirás.

Me hizo un guiño y sonreí.

—Hermanos que me adoran —dije con diversión.

—Eso está clarísimo, no hay ninguna duda. Y ya tu mellizo no te digo nada…

Timón y Pumba entraron en la cocina y vinieron a saludarnos.

Al cabo de unos minutos bajaron juntos Iago y Kevin.

De los hermanos éramos los que trabajábamos. Obviamente a Eloy le quedaba muchos años para meterse en el mundo laboral y a Erea le faltaban unos meses para terminar primero de bachillerato y una vez finalizados los dos cursos iría a la universidad.

Aunque llegado ese momento podía compaginar la carrera con algún trabajo por horas, pero no sería lo mismo que nosotros cuatro.

—Buenos días —nos saludaron al unísono Iago y Kevin.

Lúa y yo les sonreímos y les correspondimos.

—¿Qué tal? —me preguntó Kevin.

—Dejadlo ya —reí—. No estaba nerviosa, pero me estáis poniendo.

Negué con la cabeza.

—Solo nos preocupamos por ti —me dijo Iago, con un guiño.

—Lo sé y os lo agradezco, pero prefiero que me preguntéis a última hora del día, cuando haya pasado.

—Hecho —habló Lúa—. ¿El horario es de ocho y media a dos? No me acuerdo muy bien.

—Lo has dicho bien. —Asentí.

—Está guay. Es muy parecido al de Kevin.

—Oye —me dirigí a Kevin, extrañada—. Es verdad. ¿Qué haces aquí todavía? A esta hora entras a trabajar y no te veo correr porque vas tarde, ni alterado porque te has quedado dormido.

—Perdona, soy un tío responsable y nunca me quedo dormido. —Se hizo el ofendido.

—No me hagas hablar —le dijo Lúa.

—Cállate —le pidió Kevin, divertido.

—Pues eso mismo.

Reímos.

—Hoy entro más tarde, obviamente. —Se señaló y después a la cocina—. Tengo una reunión a las nueve y el jefe me dijo que podía entrar un poco antes.

—Qué bien —sonreí.

—Sí, pero no voy a retrasarme tanto. Iré sin prisa, pero estaré allí antes.

—Anda que si a mí me dijera eso mi jefe iba a presentarme por voluntad propia antes —rio Lúa—. Llegaría a las nueve menos un minuto.

—Por eso yo soy el responsable de la familia —la picó Kevin, con una media sonrisa.

Carraspeé y rectificó.

—Somos —rio—. De algo nos tienes que servir ser los mayores.

Iago y él se sentaron con nosotras a desayunar, después de prepararse sus desayunos.

Timón y Pumba regresaron, iban por libre y eran tan silenciosos cuando querían, que no me había enterado cuándo se fueron de la cocina. Pero entraron de nuevo, para saludar a Iago y a Kevin.

Cuando llegó el momento me despedí de mis hermanos, por última vez esa mañana y montada en mi coche, frente a la entrada de la casa. Salimos todos al mismo tiempo, pero yo me adelanté un poco para recorrer el camino e ir hacia la verja.

Y como no, Timón y Pumba me acompañaron corriendo a los lados de mi coche. Les quedaban unas carreras más, hasta que todos estuviéramos fuera de la propiedad.

La nueva sede de mi empresa no se encontraba a mucha distancia de la casa de mis padres, tardé únicamente diez minutos en llegar. Y no fui con prisa.

Los nervios me entraron de golpe cuando saqué la llave del contacto. Me quedé observando la entrada de la empresa, desde mi plaza de aparcamiento. En cuanto llegué fui directa a ella, ya que el último día que me reuní con Esteban me informó de cuál era. Él era el director general.

Cogí una bocanada de aire y me animé a mí misma a salir del coche. Fuera me ajusté el pañuelo al cuello y me cerré la chaqueta, ya que el día estaba fresco.

La temperatura había cambiado bastante, el día estaba muy nublado. Tenía pinta de que iba a llover, por lo que caminé ligera para ponerme a cubierto. No me apetecía llegar el primer día pasada por agua.

En cuando entré en el edificio me dirigí a la recepción, para saludar a Adela, la recepcionista. Nos presentó Estaban, el primer día que vine a la empresa. También fue mi primer contacto con Esteban.

—Buenos días, Xaira —me saludó con amabilidad y una gran sonrisa.

—Buenos días, Adela.

—Me alegro de verte por aquí.

—Gracias. A ver cómo me va el primer día.

Le hice un guiño.

—Seguro que genial.

Me devolvió el gesto, exagerando el movimiento, y reímos.

—Oye, ¿te apetece un café? Así puedo ponerte al día de los que haya en la cafetería. Seguro que hay varios de la empresa, yo los conozco a todos, no se me escapa ni una cara.

Miré la hora en el reloj de pulsera.

—Has venido muy pronto, falta media hora para el inicio de tu jornada.

—Los nervios.

Sonreí.

—Lo imagino, aunque no creo que seas de llegar justa de tiempo. Para las reuniones con Esteban te presentabas aquí con mucha antelación.

—Crees bien. Vamos a tomarnos unos cafés, invito yo.

—Ah, no. Ni hablar —dije, levantándose rápido—. Lo he dicho yo, te invito. Así la próxima vez te sientes obligada a invitarme tú y volvemos a pasar un rato juntas.

—Vale. Gracias, Adela.

—¿Puedes ausentarte de tu puesto? —Señalé la recepción.

Se puso la chaqueta y cogió el bolso, para rodear el mostrador y ponerse a mi lado.

—Siempre que esto vaya conmigo, sí.

Se tocó una oreja y entonces me fijé que llevaba un auricular.

—Es de largo alcance. Está pensado para eso, para que yo pueda tener movilidad. Si no fuera así no podría moverme de la silla, ni para desayunar.

Se encogió de hombros.

Salimos del edificio y fuimos a la cafetería, la que se encontraba justo enfrente, en la otra acera.

Al entrar ocupamos una mesa y una camarera vino a atendernos enseguida. Adela le pidió un capuchino y yo un café con leche.

—No has conocido a ningún jefe de departamento más, ¿verdad?

—No. Las veces que me he reunido con Esteban ha sido en su despacho y hemos estados solos.

—Pues el que está a la derecha, en la cuarta mesa contando la mesa, es Miguel, el jefe del Departamento Financiero.

—Ah.

Miré de reojo hacia él.

—Esteban te presentará en algún momento a todos los jefes de departamento, como tú.

Sonrió.

—Supongo, sino los iré conociendo poco a poco, por mi cuenta. La verdad es que no es algo que me preocupe.

—Uy, mira, esos dos que acaban de llegar a la mesa de Miguel son Ismael y Víctor. El primero es el jefe del Departamento de Recursos Humanos y el segundo, el del Departamento de Compras.

Observé divertida a Adela, que, sin que se diera cuenta, continuó a lo suyo. Se metió por completo en darme información, me habló un poco de cada uno de los tres jefes de departamento y después de los cuatro trabajadores que había repartidos por la cafetería.

—¿Qué te parece? —me preguntó cuando terminó.

Apreté los labios.

—Solo me acuerdo de los primeros minutos —reí al ver su cara de sorpresa—. Me has dado mucha información, de golpe y de buena mañana, y sinceramente no me va el cotilleo ni me interesa saber ciertos detalles de la vida de los demás. Soy de ir a lo mío y no me meto en nada, siempre y cuando no vaya contra mí.

—Joder, y a mí se me ha secado la garganta de tanto hablar. Para nada.

Reímos.

La camarera nos trajo el capuchino y el café con leche y Adela le pagó, antes de que se fuera.

Cuando Adela se entretuvo con su móvil, porque le sonó, yo cogí la taza con las manos y me la acerqué a los labios, para soplar, mientras observaba a través de la cristalera.

La tenía justo al lado, a mi izquierda.

Yo me distraje viendo a la gente de la calle y la entrada de la empresa. No dejaban de entrar personas, trabajadores, por la hora que era.

Bebí un pequeño sorbo, pensando en lo que iba a encontrarme en el Departamento de Marketing y Publicidad. Ese era mi departamento, del que era jefa. Una planta completa del edificio a mi cargo.

Capítulo 14



Cogí una bocanada de aire, justo antes de que las puertas del ascensor se abrieran en mi planta, donde estaba mi equipo y mi despacho.

Todavía no lo había visto, pero sabía por Esteban que se encontraba al fondo, en línea recta.

Eran las ocho y veinte, por lo que faltaban diez minutos para el inicio de la jornada. Por ese motivo muchas mesas estaban vacías, faltaban trabajadores por llegar.

El ir a ciegas no me gustaba, me creaba ansiedad, pero por suerte quedaba poco para conocerlos a todos, aunque fuese en una presentación grupal. Después ya tendría tiempo de reunirme con ellos, uno a uno, porque así sería.

Me gustaba saber quién formaba parte de mi equipo, en quienes podía confiar más o menos, y, por supuesto, en quiénes podía confiar por completo, desde el inicio. Esperaba que sucediera esto último, no había cosa que más me gustara que trabajar en una misma dirección y la que predominaba el respeto y la profesionalidad.

Nadie me prestó atención mientras caminaba por el pasillo central, con hileras de mesas a ambos lados. De las personas que había repartidas por el espacio algunos hablaban entre ellos y otros estaban quitándose las chaquetas y guardando sus cosas, para estar preparados para el inicio de la jornada.

La gran mayoría de ellos, incluyendo los que faltaban, comenzaron a trabajar aquí cuando abrió la sede. Ya había pasado casi un mes, estando a las órdenes del jefe del Departamento Comercial.

Desde hoy eso cambiaba y Pablo, que era el jefe comercial, lo sabía. Era del único que conocía el nombre porque Estaban me habló de él, aparte del propio Estaban y de Adela.

Si se fijaron en mí cuando abrí la puerta de mi despacho, no tuve ni idea. No me giré para comprobarlo, ya que Esteban debía estar al llegar.

Cerré tras de mí con una gran sonrisa, mientras recorría con la vista el espacio en el que iba a pasar muchas horas.

Caminé hasta la mesa, era grande y rectangular, acompañada por una silla que se veía muy cómoda, acolchada.

Acaricié el respaldo y me fijé en todos los detalles que había sobre la mesa. La habían preparado para mí y había una caja de plástico, con muchas cosas de material de oficina.

Me dirigí al armario, el que abrí para dejar la chaqueta colgada y el bolso sobre una balda. Cogí el móvil antes de cerrar las puertas y lo llevé a la mesa.

Con las manos libres me acerqué a uno de los grandes ventanales que había. Eran impresionantes, permitían que entrara mucha luz porque terminaban a unos centímetros por arriba y por abajo y por los laterales. Eran como paredes de cristal, pero sin serlo en realidad.

Me acerqué con precaución porque por mucho que me gustara la sensación y las vistas desde lejos, no podía estar tranquila aproximándome mucho. Tenía vértigo, por lo que me paré a unos metros de distancia. No quería que en este momento me diera un vuelco el estómago.

Levanté la vista y giré sobre mí misma, para seguir observando el despacho.

Aparte del escritorio y la silla, también había un sofá de tres plazas en el lateral contrario al del armario. Al sofá lo acompañaban una mesa pequeña cuadrada y dos sillones.

Me pregunté para qué iba a necesitar esa parte, no me veía utilizándola, pero estéticamente quedaba precioso. Tal vez para alguna reunión, pero eso lo vería sobre la marcha.

Tal a Esteban, el director general, le gustaba hacer visitas a los cargos inferiores a él, y estar cómodo en sus despachos. A saber.

Unas puertas más allá de la mía, hacia la izquierda, estaba la sala para las reuniones con el equipo. Era grande, lo suficiente para que nos acogiera a todos sentados.

Los baños estaban saliendo hacia la derecha, al igual que el archivo y la pequeña sala en la que se guardaba todo el material de oficina. Esteban me contó que cada planta estaba distribuida de manera idéntica, en lo único en lo que se diferenciaban eran en los despachos de los jefes de departamento. Yo me lo había encontrado montado, pero por lo visto el resto pudo decorarlo a su gusto.

Yo no tenía ninguna queja, estaba encantada con mi despacho.

Solté un suspiro al sentarme en la silla. Efectivamente era muy cómoda. Sonreí.

Aparté la caja con el material de oficina, para ponerme con ella más tarde, y cogí la agenda que estaba al lado del teclado.

La abrí y comencé a hojear las páginas, viendo que me habían escrito los números de las extensiones y a quiénes pertenecían. También había un papel doblado. Dentro de él estaban las instrucciones de cómo grabar en el teléfono inalámbrico las extensiones.

Para las que más se utilizaban estaba muy bien.

Memoricé las dos primeras y las últimas, por ahora. El número uno se lo llevó el director general y la recepción, Adela.

Continué mirando la agenda y llegué a una página en la que detallaba la contraseña del ordenador, la que estaba al lado de un número de teléfono. Ponía informático y di por hecho que era para las dudas y las preguntas.

No iba a tener ningún problema, ya que conocía muy bien el programa informático. Era el mismo que había utilizado en la otra sede de la que venía, durante años, así que lo dominaba a la perfección.

Encendí el ordenador para ir adelantando y tecleé la contraseña. En cuanto estuvo encendido lo primero que hice fue cambiar la contraseña, ya que la misma predeterminada para todos los equipos. Los trabajadores debían cambiar, poniendo una suya propia.

Así lo hice, justo cuando terminé golpearon varias veces la puerta. Levanté la mirada.

—Adelante —di paso, mientras me levantaba.

Como esperaba, fue Esteban quien entró. Dejó la puerta entornada y se acercó a mí, sonriendo.

—Buenos días, Xaira.

—Buenos días, Esteban —le devolví el saludo y la sonrisa.

—¿Qué tal la primera impresión?

—Estupenda. Me encanta el despacho.

—Me alegro.

Asintió.

—¿Preparada?

—Claro.

Rodeé la mesa y fui a su lado.

—Pues vamos a presentarte y que empiece el juego —me dijo con un guiño.

—Mientras que no sean los del hambre me llevaré bien contigo y con todos —hablé con humor.

Esteban soltó una carcajada, de esa manera salió del despacho, riendo.

La zona abierta de trabajo estaba ya al completo, había pocas mesas libres, unas cuatro, pero tampoco tenían sillas, por lo que nadie las ocuparía. Por el momento.

La risa de Esteban los alertó y cuando me di cuenta todas las cabezas estaban giradas en la misma dirección, con los ojos puestos en nosotros.

—Buenos días —los saludó Esteban.

—Buenos días, jefe —le correspondieron.

Las voces fueron sumándose como en una escala, hasta que se quedaron en silencio.

—Desde que abrimos habéis sido el único departamento que no ha tenido jefe, pero eso como he dicho, habéis, hoy queda en pasado. Ya ha cambiado, ella es Xaira, vuestra jefa y la dueña de ese despacho. —Lo señaló a nuestras espaldas—. Así que estáis a su cargo y sois su responsabilidad. Confío en que le haréis la vida más fácil.

—Por supuesto, jefe.

—Cuenta con ello, jefe.

—Me gusta, una mujer contra los demás jefes. Ja, ja, ja…

—Ja, ja, ja… tienes razón.

—Bienvenida —dijeron muchas voces.

—Gracias por el recibimiento —me dirigí a ellos, un poco menos nerviosa—. Me gustaría conoceros personalmente, tomarme unos minutos con cada uno, así que os pido que os organices para cuando os diga que vayáis pasando por mi despacho.

—Yo haré una lista para seguir un orden, así nadie se despista —dijo una chica, dando un paso al frente.

—Perfecto Belén, gracias —le dijo Esteban, desvelando su nombre —. Por ahora ya podéis ocupar vuestros puestos de trabajo, Xaira hablará con cada uno de vosotros. Os aseguro que en mejores manos no podría dejaros. Me hablaron muy bien de Xaira, como persona y como profesional, y he tenido el placer de corroborar por mí mismo que todo es cierto.

Lo miré agradecida.

—Así que se acabó el tiempo de descanso, a trabajar —dijo con diversión.

Se escucharon risas, lo que terminó de dejarme una sensación muy bien. Todo había salido genial.

—Belén, Bruno, vosotros quedaros un momento —les pidió Esteban.

Ya sabía otro nombre, el del chico.

Les sonreí.

—Xaira, ellos serán tus manos, tus ojos o lo que necesites —me dijo con un guiño Esteban—. Bruno y Belén estarán siempre cerca de ti, para darte apoyo en todo. Son tu equipo de trabajo más directo y reducido, no dudo de que tendréis mucha confianza.

—Con razón nos cambiaste de mesas, jefe —le dijo Bruno.

—Antes estábamos por el centro de esta zona —me explicó Belén, al ver mi cara—. Desde hace unos días ocupamos las mesas que están más próximas a tu despacho, jefa.

—Sí. Esas dos.

Bruno me las señaló y asentí.

Pues sí que estaban cerca, a pocos metros de la puerta. Sus mesas se encontraban una frente a la otra, separadas por el pasillo central.

—Vale —sonreí—. ¿Os va bien venir a mi despacho ahora? Quiero empezar por vosotros.

—Genial —dijo ella.

—A mandar —comentó él—. Lo he dicho en el buen sentido —añadió y reímos.

Me caían muy bien y también opinaba como Esteban, porque me daba a mí que íbamos a llevarnos genial y a tener mucha confianza.

—Hola.

Esa simple palabra en alto nos interrumpió y anticipó un cambio del que no fui consciente, hasta que me giré para quedarme de cara a la persona que había hablado.

Ni siquiera recordé la voz, imposible cuando la escuché muy poco unos días atrás, y lo más importante, porque me parecía imposible oírla aquí, en la empresa y en mi zona de trabajo.

Agrandé los ojos al encontrarme con la última persona que esperaba ver.

Abrí la boca y la cerré, un par de veces, pero no supe qué decir. ¿Qué hacía ese hombre aquí? ¿Y por qué caminaba hacia nosotros, sin apartar la vista de mí?

Después de quedarse tan paralizado como yo por la sorpresa, al recordarme, y de observarme durante unos segundos casi sin pestañear, con el ceño fruncido, se movió para caminar por el pasillo.

Tragué saliva porque mis nervios regresaron. ¿Qué digo? Se dispararon sin remedio, mientras me hacía muchas preguntas.

Capítulo 15



Media hora antes…

Cian

—Que vaya bien el día, campeón —le dije a mi hermano.

—Gracias. A ti también.

Sonreí y le revolví el pelo. Brian huyó de mi mano, riendo.

Me esperé frente a la puerta del colegio, con los brazos cruzados, viendo cómo se juntaban varios amigos y entraban todos juntos.

Brian se giró hacia mí en el último momento y se despidió por última vez, como cada día de lunes a viernes. Levantó una mano hacia mí y lo imité, antes de que corriera con sus amigos hacia la entrada del colegio.

Levanté el brazo, para mirar la hora en el reloj de pulsera. Iba un poco pasado de tiempo, más del habitual porque de por sí siempre llegaba tarde al trabajo. No pasaba nada, lo tenía controlado.

Cuando perdí de vista a mi hermano, comencé a caminar por la acera, para volver a la parada de autobús en la que nos habíamos bajado. Esa era nuestra rutina desde que no tenía el coche, al igual que cuando venía a recogerlo por la tarde.

Para compaginar bien los horarios con mi trabajo Brian se quedaba a comer en el comedor. No me daba tiempo a recogerlo y sin coche menos. Él se quedaba feliz, con varios de sus compañeros, aparte de que entendía que yo no podía dividirme más de lo que lo hacía.

Al pensar en el coche saqué el móvil, lo desbloqueé y busqué el número de teléfono de mi amigo el mecánico.

—Cristóbal —dije su nombre, cuando descolgó.

—Hola, tío.

—Hola. Me tienes muy abandonado.

—Joder y no sabes cómo lo siento. —Bufó—. Te aseguro que he pensado mucho en ti, tengo un agobio…

—No sé si eso es bueno o malo para ti, por si acaso no puedo darte amor.

Soltó una carcajada.

—Una pena, tío, porque estás muy bueno.

Chasqueó la lengua, siguiéndome la broma.

Cristóbal estaba casado, llevaba diez años con Elisa. Algunas veces se unían a Barry, a Jake y a mí y salíamos a cenar o a tomar algo. Nos llevábamos muy bien todos y Cristóbal era nuestro mecánico oficial.

—No te he llamado porque me he puesto hoy con tu coche. Tuve que cerrar un día el taller y al siguiente era domingo, así que voy con retraso.

—¿Y eso?

Llegué a la parada de autobús y comprobé que el próximo llegaba en un par de minutos. Podía coger cualquiera porque todos hacían una ruta principal, hasta que se desviaban para tomar direcciones diferentes. Pues mi empresa estaba dentro de esa ruta principal, por suerte.

—Me encontré fatal, Cian. No me acordaba lo que era ponerse tan malo.

—Joder. ¿De qué?

—Un virus.

—¿Te has recuperado con tan pocos días?

—No, pero al menos por ahora lo llevo más o menos bien para trabajar. Solo tendré abierto hasta el mediodía, no me veo con fuerzas para hacer el día completo. Igualmente tengo las puertas cerradas, parece que no esté. Paso de contagiar a quién le dé por entrar.

—Tendrías que haber descansado un día más, como mínimo.

—Ya, pero tengo mucho trabajo acumulado y solo estoy yo.

—Lo entiendo, pero puede ser peor porque como recaigas con más fuerza.

—Si Elisa continúa bien me conformo con lo que me venga a mí. Al menos esta mañana se encontraba como siempre cuando se ha ido a trabajar.

—Me alegro. A ver si dura porque los virus son jodidos.

—Dímelo a mí que no sé ni cómo estoy de pie.

—Olvídate de mi coche, ponte con otros trabajos más urgentes.

—Cian, el tuyo también lo es. No me toques las narices que estoy malo.

—¿Quieres mimitos?

—Pues no me vendrían mal.

Reímos.

Vi acercarse el autobús y me preparé para subir, levantando una mano para que no pasara de largo. Era el único que estaba en la parada.

—Con lo poco que he visto de tu coche lo que puedo decirte por ahora es que no me gusta la pinta que tiene.

Solté un suspiro en el mismo momento en el que subí al autobús. Metí la tarjeta y fui directo a un asiento que estaba al lado de la salida.

—Perdona, acabo de subir al autobús. He dejado a Brian en el cole y voy para el trabajo. ¿Tan mal lo ves?

—Joder, tío, con la falta que te hace. Mal, pero mal.

—Tú dime lo que tiene y cuánto costaría, si es mucho no voy a hacer nada Cris.

—Es lo que iba a recomendarte, es tirar el dinero.

—Qué putada.

Me pasé una mano por el pelo.

—No adelantemos nada, que lo mismo lo reviso un poco más y me doy cuenta de que la avería va por otro sitio.

—Ojalá, pero tengo la corazonada de que mi coche está perdido.

—Si es así puedo buscar unas buenas ofertas. Hay coches con un año o dos que están muy bien.

—Eso es lo que me interesa, siempre y cuando no suba mucho de precio. Me niego a malgastar el dinero, lo necesito para Brian.

—Tranquilo, lo sé. Si sucede lo peor te buscaré uno que merezca la pena y que al mismo tiempo sea asequible.

—Si, por favor. Necesito tener facilidad de movimiento para llevar y recoger a mi hermano, y para podamos salir con mi abuelo los fines de semana. Le apetece mucho ir a la playa, pero necesita ir en coche para no cansarse más de la cuenta.

—Cuenta con ello, tío.

—Gracias.

—Y si necesitas el coche algún día o el fin de semana, solo tienes que llamarme. ¿De acuerdo?

—Sí.

Sonreí, mirando por la ventanilla.

—Barry y Jake también me han dicho y repetido que solo tengo que quitarles las llaves —dije con diversión.

—¿Con está ese par?

—Como la última vez que los vistes.

Sonreí.

—A ver si me recupero del virus y quedamos.

—Cuando te encuentres bien solo tienes que decírnoslo.

—Y que hayan pasado unos días sintiéndome bien, que no me fío. Oye…

—¿Qué?

—¿Qué tal le fue el partido a Brian? ¿Ganaron?

—No, perdieron. Quedaron uno a cero.

—Bueno, a la próxima irá mejor.

—Exacto, y si no tampoco pasará nada.

—Por supuesto. Lo importante es amar el deporte y la ilusión con la que entrenan y salen al campo.

—Mi hermano va sobrado de todo.

—¿El próximo partido dónde es?

—Todavía no lo sabemos, hasta mitad de semana no dan la información.

—Me apunto al siguiente que jueguen aquí o cerca.

—A Brian le hará ilusión que estéis.

—Bueno, tío, voy a seguir con tu coche que a este paso vuelvo a encontrarme mal y me veo forzado a irme.

—No te hagas el valiente. Si tienes que dejarlo todo, lo dejas.

—¿Te queda mucho para llegar?

—No, estoy cerca. Cuídate, que es lo principal.

—Gracias, tío. Hablamos.

—Hasta pronto.

Colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo interno de la cazadora. Apoyé la cabeza en el respaldo y la giré para ver las calles pasar. Estaba a pocas de llegar, faltaban dos paradas para bajarme en la mía.

Intenté relajarme, mientras le daba vueltas al tema del coche. Esperaba poder asumir el coste de lo que fuese, lo necesitaba, pero tampoco podía hacer milagros.

Cerré los ojos unos segundos y cuando los abrí tuve que levantarme de un salto, porque ya había llegado. Tuve suerte de que alguien más picara la parada, porque si no habría perdido más tiempo al bajarme en la siguiente.

Bastante tenía con el día como estaba y para colmo me había comenzado a molestar la cabeza. Tanto pensar no era bueno, en absoluto. Le estaba dando muchas vueltas a lo del coche, pero es que para mí era muy importante disponer de vehículo.

A mi abuelo podía pasarle algo en cualquier momento, eso no dejaba de perturbarme, y que yo me viese imposibilitado y no poder llevarlo al hospital, a la hora que fuese…

Sacudí la cabeza caminando por la calle y me presioné el puente de la nariz, para aliviar la sensación.

Respiré varias veces profundo y accedí a la propiedad de la empresa, caminando por el camino que separaba en dos partes el césped.

En cuanto traspasé la puerta del edifico saludé a Adela y me reí cuando le eché un piropo y me lo devolvió.

Con lo tarde que llegaba no me paré en la recepción con ella, fui directo al ascensor. Estaba en la planta principal, por lo que las puertas se abrieron al instante.

Llegué a mi planta de trabajo fastidiado, poque me acordé y me di cuenta de que me había dejado la fiambrera con la comida en la encimera de la cocina.

Había salido con tanta prisa con Brian, para no perder el autobús, que ahí tenía el resultado. Hasta este momento no había caído en ello.

—Estupendo, joder —susurré.

Negué con la cabeza y al hacer ese movimiento algo llamó mi atención. El jefe, el director general, porque éramos el único departamento que no tenía jefe directo, pues el director se encontraba a unos metros por delante, parado en el mismo pasillo central por el que iba yo.

Antes de desviarme para ir a mi mesa de trabajo, me paré para saludarlo. Estaba con mis compañeros Bruno y Belén, y otra mujer que no reconocí. Me daba la espalda.

—Hola —saludé.

No pude anticipar lo que daría de sí esa breve palabra.

Todos me miraron. Esteban asintió ligeramente hacia mí y Bruno y Belén me sonrieron. La sorpresa fue mayúscula cuando me fijé en la cuarta persona, en la mujer que actúo de la misma manera que yo.

Tardé unos segundos de más para que mi cabeza registrara y asimilara que la mujer que se quedó de cara a mí era la misma del partido del sábado, en el que se enfrentaron nuestros hermanos y hubo tensión entre nosotros en más de un momento, aunque solo nos enfrentáramos verbalmente antes del penalti que le pitaron a mi hermano.

Ambos nos quedamos sin saber reaccionar, entre la sorpresa y el desconcierto. Me quedé paralizado por unos segundos, porque en cuanto miré a la mujer que no conocía fui consciente de que ese pensamiento era un gran error.

A ver, en realidad no la conocía, pero no éramos unos completos desconocidos. Ninguno de los dos se había olvidado del otro, al menos de vista.

«¿Qué cojones hace aquí? ¿Quién es?».

La vi abrir y cerrar los labios, varias veces, pero de ellos no salió ningún sonido. Con el ceño fruncido, sin entender una mierda, me moví. Comencé a caminar hacia el grupo de cuatro, sin apartar la mirada de la del partido.

Con satisfacción, la vi tragar saliva. Estaba claro que se encontraba peor que yo, nerviosa.

Capítulo 16



Xaira

—¿Llegas ahora? —le preguntó Esteban al recién llegado.

Yo todavía no había podido moverme.

—Sí —le confirmó él.

—Hola, guapo —lo saludó Belén.

—Hola, preciosa —le correspondió.

—¿Todo bien? —le preguntó Bruno.

—Ya te contaré, pero sí.

—A ver si os ponéis al día de vuestras cosas a la hora del desayuno —dijo a modo de reprimenda Esteban.

Lo miré y me sorprendió que sonriera. Debía saber el motivo por el que ese hombre había llegado tarde al trabajo.

—Venid los cuatro conmigo —nos pidió Esteban.

Nos dio la espalda y caminó hacia mi despacho. Belén fue la primera en seguirlo y después lo hizo Bruno, tirando del otro.

El del partido del sábado me miraba otra vez, hasta que Bruno le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó. Me quedé sola en mitad del pasillo y, aun así, me costó moverme y reaccionar.

—Joder —susurré.

—Jefa, ¿necesitas algo?

Giré la cabeza hacia la derecha y me encontré con un chico.

—Soy Nico.

—Encantada, Nico.

Conseguí sonreír.

—Te he llamado jefa, espero que no te moleste.

—Claro que no.

—Vale. ¿Necesitas algo? Puedo ayudarte.

—Te lo agradezco, pero Esteban me espera en mi despacho.

—Ah, que el jefe supremo no se ha ido —comentó con diversión—. Me callo.

Se alejó de mí y entonces, gracias a la intervención de Nico, volví a tener el control sobre mí misma.

—¿Qué te ha pasado para quedarte así? —me pregunté, con un bufido.

Caminé rápido hacia el despacho y en cuanto entré todos me miraron. Estaban de pie.

—Cierra la puerta, por favor —me pidió Esteban.

Lo hice, como no, aunque de repente encontraba el espacio de mi despacho muy, pero que muy pequeño.

—Hemos venido aquí porque eres el único que no lo sabes. Por llegar tarde.

Esteban solo constató un hecho, no lo regañó.

—¿El qué no sé? —le preguntó el otro.

Ignoró el comentario de que había llegado tarde, lo que me dio a entender que yo estaba en lo cierto. Esteban estaba informado de su tardanza, por el motivo que fuese. Eso o tenía tanta confianza en ese hombre que se lo dejaba pasar.

Lo mismo era de los que hacían muchas, horas una vez finalizado el horario laboral. Qué sabía yo. Además, estaba dando por hecho que él trabajaba aquí.

¡Pues claro que trabaja aquí! Si no qué hace en tu despacho y porque lo conocen y hablan con él con tanta familiaridad, me dijo una vocecilla en mi cabeza.

—Te presento a la nueva jefa de este departamento, tu jefa más directa. Se llama Xaira y se ha incorporado hoy.

—No me jodas. —Fue la reacción de Cian.

—¿Cómo? —le preguntó Esteban con una ceja alzada, por su contestación.

—No tenía ni idea —susurró Cian.

—Nadie sabía nada —le dejó claro Esteban.

—Esteban la ha presentado en la zona de trabajo y Xaira ha dicho unas palabras para todos —dijo Belén.

—Vaya qué pena, me lo he perdido.

La ironía brilló en cada una de sus palabras.

—No te preocupes… ¿cómo te llamas? —me dirigí a él.

Entrecerró los ojos.

—Cian —contestó.

No le quedó más remedio.

—Cian —repetí, saboreando cómo sonaba su nombre—. Como decía, no te preocupes. Te pongo al día de lo que te has perdido, no es gran cosa porque no me ha dado tiempo a mucho.

Hice una pausa. Todos me miraban y estaban atentos a mí, sin que se dieran cuenta de la tensión que continuaba habiendo entre Cian y yo. Ahora que sabía su nombre era peor.

Era una puñetera broma de mal gusto que su nombre definiera perfectamente el color de sus ojos. Mierda.

Me concentré en continuar hablando, aunque me costó.

—Cuando Esteban me ha presentado he dicho que me gustaría conocer a todos personalmente, para tomarme unos minutos con cada uno. Por eso he pedido que os organicéis para ir pasando por mi despacho, en el momento en el que yo lo pida.

—Y yo he dicho que haré una lista con todos los nombres, así seguimos un orden y nadie se despista —dijo Belén, sonriéndole a Cian.

—Pues muy bien —dijo el, como si nada.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón y volvió a mirarme fijamente.

—Estarás contenta con tus trabajadores —me dijo Esteban—. Incluido Cian, es muy bueno.

Ah, pues algo debía haber notado el hombre para hacer esa aclaración. ¿Se notaba la tensión en el despacho, entre él y yo? Había creído que…

—Ya irá conociéndome —soltó Cian.

Una sonrisa de medio lado apareció lentamente en sus labios.

¿Es que en este hombre todo era llamativo?

—Por supuesto, trátamela bien —le pidió Esteban.

—Jefe, ¿por quién me tomas? —se hizo el ofendido Cian.

Esteban rio, esa fue su contestación. A continuación, se despidió de todos y salió de mi despacho, para ir al suyo. No se fue sin antes decirme que no dudara en descolgar el teléfono para llamar a su extensión, tantas veces como necesitara.

—¿Vosotros no os vais? —les preguntó Cian a Bruno y a Belén, al ver que no se movían.

—No, vamos a tener una pequeña reunión con la jefa —le contestó Bruno.

—Guau, la primera nada más llegar —silbó Cian.

—¿Tú te quedas? —le preguntó Belén.

—No he sido invitado, preciosa —le respondió con una sonrisa de medio lado.

Sin más, comenzó a caminar hacia la puerta.

—Cian —lo llamé.

Se paró con la mano en la manilla y me miró por encima del hombro.

—A partir de ahora espero que llegues puntual al trabajo.

Apretó la mandíbula y frunció el ceño.

—Y si tienes algún problema con eso y ves que no vas a llegar a tiempo, espero que me mantengas informada.

—Claro, jefa —dijo, remarcando las palabras.

Abrió la puerta de golpe y desapareció. Di un pequeño bote cuando cerró con fuerza, de un portazo.

Entrecerré los ojos, con ellos fijos por donde se había ido.

—Cian tiene un carácter un tanto especial

Lo justificó o defendió Belén. Fue ambas cosas.

—Es un buen amigo y compañero, solo tienes que conocerlo —añadió.

—Y no te lo pondrá fácil, solo deja acercarse y entrar a quién él quiere.

—Ya… —susurré—. Pero resulta que soy su jefa y que trabaja directamente para mí.

Rodeé la mesa y cuando llegué junto a mi silla, me senté en ella. Me hubiese encantado dejarme caer de golpe, pero me contuve.

Les pedí que ocuparan las sillas de enfrente, cuando se quedaron de pie. En el momento que estuvieron sentados continué.

—Lo siento —tuve la necesidad de disculparme con ellos—. No soy una jefa que impone las cosas a la fuerza, puede que haya sonado mal lo que he dicho, pero es que…

—Te hemos entendido —me interrumpió Belén, sonriendo.

—Tranquila, jefa —me pidió Bruno—. No es ni la primera ni será la última vez que Cian te frustrará. Solo te pedimos que tengas paciencia con él.

Se encogió ligeramente de hombros.

—En eso soy una experta —suspiré—. Tengo cinco hermanos, cuatro más pequeños, así que imaginaos la paciencia que he desarrollado.

Sonreí.

—Joder, ¿sois seis hermanos? —preguntó con sorpresa Belén.

—Sí —reí—. Al final parece que vosotros sois los jefes, solo hablo de mi vida yo.

Reímos.

—Me gustas, jefa. Me caes muy bien —me dijo Belén, con un guiño.

—Me alivia saberlo.

Sonreí.

—Lo mismo digo. —Se sumó Bruno—. Esteban ha tardado en ocupar este despacho, pero presiento que ha dado en la diana contigo.

—Bueno, ya vale —reí—. Vais a sacarme los colores.

—Ya estas ruborizada —dijo riendo Bruno.

Negué con la cabeza.

—Sobre Cian…

Miré a Belén.

—Es lo último que digo de él, por ahora. —Asentí—. Si no comprendes algo sobre el trabajo referente a Cian, como por ejemplo porque ha llegado tarde hoy, habla con Esteban antes de tomar decisiones precipitadas.

—Lo tendré en cuenta —comenté pensativa.

—Bien.

—Pues ya está, ha llegado el momento de que dirijas tú la reunión o lo que sea esto —habló con gracia Bruno y reímos.

—Empecemos —les pedí, pasando la mirada de uno a otro, sonriendo.

Bruno y Belén estuvieron en mi despacho casi una hora, tiempo en el que me pusieron al tanto de todo lo relacionado con nuestro departamento. Me hablaron de todos sus compañeros y de la función que hacían cada uno.

Me actualizaron toda la información de los trabajos que estaban llevando para delante y los que tenían pendientes. Les pedí que, sin prisa, me lo trajeran todo para echarle un vistazo. Necesitaba organizarme para poder distribuir el trabajo de otra manera, una vez que finalizaran lo que hacía cada uno.

Les comenté que Nico se había presentado antes de que viniera al despacho y que había quedado con Adela en la recepción, a la hora del desayuno.

—Esta mañana hemos tomado el primer café juntas —les dije.

—Adela es estupenda —sonrió Belén—. Un encanto.

—Si nos aceptáis podemos unirnos a vosotras —comentó Bruno.

—Claro. Me encantaría —dije.

—Los jefes de departamento suelen juntarse todos en una mesa —me informó Belén—. Por si te dicen algo.

—Gracias. Está bien saberlo.

Le hice un guiño.

—Pero ni me preocupa ni lo hará en algún momento. Cada uno desayuna con quien le da la gana. Sé diferenciar muy bien lo que es el trabajo y la amistad.

Solté una carcajada cuando ambos se levantaron para aplaudirme.

Cuando los dejé libres y fueron a sus puestos de trabajo, les pedí que dejaran la puerta abierta y comencé a ponerme al día.

Bruno me trajo las primeras carpetas y me puse a trabajar con lo que contenían. Se me pasó el tiempo volando y cuando golpearon a mi puerta abierta me sobresalté, por lo concentrada que estaba.

Levanté la vista y vi a Belén ocupando el hueco. Nos sonreímos.

—¿Bajamos? Es la hora de desayunar.

—¿Ya?

Miré la hora en la pantalla del ordenador.

—Sí —rio.

Me levanté de la silla negando con la cabeza y dejé la mesa tal y como estaba, para cuando regresara continuar por donde lo había dejado.

Fui al armario a por la chaqueta y el pañuelo para el cuello, me los puse y cogí el monedero del bolso y el móvil de la mesa. Ambas cosas me las guardé en los bolsillos internos de la chaqueta, mientras caminaba hacia Belén.

Cerré el despacho y caminamos por el pasillo central, directas hacia el ascensor.

—¿Y Bruno? —le pregunté con curiosidad.

Desde que los había conocido, a él y a Belén, siempre los había visto juntos. Incluso cuando se levantaban de vez en cuando.

Al trabajar con la puerta abierta había tenido una buena visión de ellos, incluso de Cian. Para mi mala suerte, porque su mesa de trabajo ya podría haber estado más apartada. Dirigí la vista hacia ella.

Estaba vacía y recogida.

—Con Cian —me contestó Belén, mirándome divertida.

Se había dado cuenta dónde me había quedado mirando.

—Muy bien —carraspeé.

Capítulo 17



—Bruno quería hablar un rato con él, se nos unirá en la cafetería. Han ido allí con Cian.

—Estupendo.

—¿Tienes algo con Cian? —me soltó de golpe.

—¿Qué dices?

Mi voz sonó aguda y alcé la voz por la sorpresa. Miré alrededor y por suerte no teníamos a nadie cerca.

—Me he referido a si te ha caído mal o yo qué sé, por las caras que pones cuando escuchas hablar de él. Si vieras tus reacciones…

Me miró con mucha curiosidad y diversión.

—¿Qué has creído que te he preguntado?

—Eh, no sé.

—Sí que lo sabes.

Chocó su hombro con el mío, paradas frente a las puertas del ascensor.

Solté un suspiro al mismo tiempo que pulsé el botón para que viniera a nuestra planta.

—¿Tú que pensarías si te pregunto si tienes algo con Bruno?

Arqueé una ceja. Ella rio.

—Joder, hoy está siendo un lunes estupendo —comentó—. Pues habría pensado lo mismo que has pensado tú, pero con la diferencia que yo me hubiese reído con ganas porque yo adoro a mi mejor amigo.

Me hizo un guiño y negué con la cabeza, siguiéndola al interior del ascensor cuando las puertas se abrieron.

—Cian no tiene pareja.

—No me interesa su vida personal.

—Como jefa debes saberlo todo de tus empleados.

Apretó los labios.

—Si hombre…

Bufé.

—No tiene pareja ni la quiere, está centrado en su vida tal y como la tiene —continuó.

—Belén…

—Ya está. —Levantó las manos—. Era para darte más información.

Rio al ver mi cara de agobio y agradecí que se olvidara del temita que me había puesto nerviosa.

Mierda, me había quedado en evidencia tan fácilmente. ¿Por qué me afectaba tanto ese hombre? ¿Qué tenía para ponerme tan nerviosa que perdía el control de mí? Me cagué en todo, mentalmente.

Adela ya nos esperaba en medio de la entrada y cuando me vio con Belén se ilusionó.

Salimos del edificio y fuimos a la cafetería de la calle de enfrente, yo preparándome mentalmente por quién había dentro.

Solté un suspiro y seguí a las chicas, las que se dirigieron a una mesa que estaba cerca de la cristalera. Conseguimos un buen sitio porque había muy pocas libres. La nuestra tenía platos y tazas vacías, seguramente acababan de irse los anteriores clientes.

Controlé de reojo las personas que había, por lo que supe rápido que Bruno y Cian no estaban. Debían haberse entretenido porque todavía no habían llegado.

Una camarera vino para recoger y limpiar la mesa, cuando colgábamos las chaquetas en los respaldos de las sillas. Yo también me quité el pañuelo del cuello, el que dejé sobre mis piernas.

Le pedimos a la chica tres desayunos. Yo elegí un café con leche con un bocadillo pequeño vegetal, ya que llegaría a casa pasadas las dos. Con eso tendría suficiente para aguantar.

—¿Cómo te está yendo la mañana? —me preguntó Adela.

—Muy bien. Estoy muy contenta y satisfecha —le contesté sonriendo—. Con el recibimiento y con todo lo demás.

—Me alegro —me devolvió la sonrisa Adela—. Cuídamela, ¿eh? —le pidió a Belén, la que la miraba divertida.

—Por supuesto, con mi vida.

Reímos.

—Ahí vienen los dos tíos más guapos de la empresa.

Caí en mirar hacia la cristalera, para darme cuenta de que Adela se había referido a Cian y a Bruno.

Belén rio, mientras los ellos acortaban la distancia con la entrada de la cafetería.

Justo cuando entraron la camarera regresó con nuestros desayunos. Le hubiera dado un beso como agradecimiento, por la distracción que me dio.

Cuando la chica se fue me centré en endulzar mi café y en removerlo. El bocadillo tenía una pinta estupenda, se me hizo la boca agua, a pesar de que salí de casa con la tostada con tomate en el estómago.

—Hola, chicas —nos dijo Bruno.

Levanté la mirada sonriendo, pero el gesto se me borró cuando me di cuenta de que no se habían parado para saludarnos, sino que habían ocupado la mesa de al lado.

¿En qué momento se habían ido los anteriores clientes? Joder.

De esa manera Bruno no tenía que dejar a Cian y tampoco venir a nuestra mesa, porque estábamos todos juntos y revueltos.

—Hola, guapos.

Vi por primera vez a la mujer que habló.

—Es la dueña. Se llama Cecilia —me susurró Belén.

La tenía sentada a mi derecha, yo estaba al lado de la cristalera, así que Belén y Adela eran las que estaban cerca de los chicos.

—Y se vuelve loca cada vez que viene Cian —continuó.

Tendría que haberla frenado porque no me importaba ni iba conmigo, pero es que, en realidad, sí quería saber más. ¿En qué lugar me dejaba eso, cuando nunca en mi vida había sido cotilla ni me había interesado la vida de nadie?

Me mantuve callada y Belén siguió hablando.

—Cada vez que Cian está aquí ella revolotea a su alrededor. Es exagerado. Mírala, no sabe qué hacer para que la mire.

—Pues él no parece estar muy por la labor, no aparta la vista del móvil —susurré.

—Porque no lo está —sonrió con picardía.

No comprendí cómo me miró ni el guiño que me hizo, pero no le pregunté.

—¿Lo de siempre, cariño? —le preguntó Cecilia a Cian.

Bruno ya había pedido.

—Sí. —Fue la respuesta escueta de él.

—¿Tengo que rogarte una miradita? —le preguntó con descaro.

Con la taza en los labios, vi de reojo cómo Cian, desde que había llegado, apartaba por primera vez la vista de su móvil. Levantó la cabeza y la giró hacia la dueña de la cafetería.

—¿Contenta? ¿O quieres también que te haga un paseíto?

Ella soltó una carcajada, pero no perdió el tiempo en acariciarle la mandíbula. Fue muy breve, pero sucedió.

—Ya me has puesto contenta —le dijo ella, con un guiño—. Enseguida vuelvo con los desayunos.

Cecilia se fue y entonces Cian miró hacia nuestra mesa.

—Hola —saludó.

No me miró a mí.

Le correspondimos al saludo, yo en un susurro. Total, no iba a darse cuenta y tampoco esperaba nada de mí.

—Tú debes de ser Xaira.

Busqué al dueño de la voz que me había hablado. Todos miramos hacia él, incluso Cian.

Un hombre alto, rubio y con una sonrisa de anuncio me observaba con atención. Era Ismael, el jefe del Departamento de Recursos Humanos.

Me acordaba de todo lo que me contó Adela por la mañana, mientras nos tomábamos los cafés. En ese momento me habló de los jefes de departamento que estaban sentados cerca de nosotras e Ismael era uno de ellos.

No tenía ni idea de que podía intuir quién era yo, por la mañana él no se fijó en mí. Normal, aunque tampoco hubiese conseguido saber quién era yo. Por eso me llamó mucho la atención que me llamara por mi nombre y se dirigiera a mí.

Yo no había ido a recursos humanos, a su territorio. Mi antiguo jefe se encargó del trámite de mi traslado y del ascenso, firmé toda la documentación el último día que trabajé en mi antiguo puesto, por lo que llegué aquí con todo hecho.

—¿Qué me ha delatado? —le pregunté intrigada.

—Esteban nos ha puesto al día de que hoy era tu primer día. No eres una cara conocida y estás con ellos.

—Podría haber sido cualquier otra persona.

Sonreí.

—Podrías, pero no es así.

Sonrió de medio lado.

—Yo soy Ismael, el jefe del Departamento de Recursos Humanos.

Adela me dio una patada por debajo de la mesa y tuve que contener la mueca y la queja, porque no controló la fuerza y me dio en la espinilla.

—Encantada.

—Los demás hemos ocupado otra mesa, si te apetece venir un…

—¿Cuánto tarda el desayuno hoy? —preguntó Cian de manera inesperada, girándose hacia la barra.

—Mucho, ¿verdad? —habló Bruno.

No entendí porque parecía estar conteniéndose para no reír.

—Bueno, lo dicho —continuó Ismael, después de la interrupción de Cian—. Que aproveche.

—Gracias. Igualmente —le correspondimos todos.

Al menos eso me pareció, tampoco presté mucha atención.

—Te has pasado —le dije a Adela y todos la miraron.

Ella soltó una carcajada.

—Joder, ya verás el morado que me sale.

Puse los ojos en blanco.

Me encantaba que se sintiera tan a gusto conmigo que se mostrara como era, pero joder, todavía no entendía porque me había dado una patada.

—No lo pillo —dijo Belén.

—Me ha dado una patada en la espinilla.

Bufé.

—Se me ha ido el pie —dijo entre risas Adela.

—Ya te vale. ¿La estabas avisando de que ricitos de oro le estaba haciendo ojitos?

—¿Qué dices? —pregunté sorprendida.

Me giré hacia Belén, con la cara ardiendo por la vergüenza.

—Mírate —sonrió—. Eres encantadora.

Me hizo un guiño.

—Ismael no me ha hecho ojitos. —Negué con la cabeza—. ¿Y por qué lo llamáis ricitos de oro? Es rubio, pero no tiene ni un rizo.

Ellas estallaron en una carcajada y entonces miré a la mesa de al lado, para ver cómo Bruno también reía, mientras que Cian repiqueteaba los dedos en la mesa, mirando su móvil.

—No estás pensando en los pelos correctos, cariño —me dijo Belén.

—¿Cómo?

La miré extrañada. De verdad que no lo pillé, hasta que fue demasiado tarde.

—¿Te estás haciendo la tonta a propósito?

La pregunta de Cian me dejó más sorprendida. Su intervención acalló todas las risas y yo al final fruncí el ceño.

—¿Tú de qué vas?

—De nada. —Elevó las cejas—. Dentro del edificio de la empresa eres mi jefa, pero fuera eres como cualquier otra mujer.

—Como cualquier otra —repetí.

—Eso he dicho. ¿Tienes problemas de entendimiento?

—Cian… —lo llamó Bruno, sin éxito.

—Estás pasándote —le advertí.

—Como si me importara.

Apretó la mandíbula.

Cecilia, la dueña de la cafetería, apareció de nuevo con el desayuno de los chicos e incluso ella, que venía dispuesta a otro acercamiento y coqueteo con Cian, decidió que era mejor estar callada e irse rápido.

Cian tenía cara de muy pocos amigos, por no decir ninguno.

—No es mi problema nada de lo que te importe o no —le dije.

Me levanté de la silla cabreada y sin apartar la mirada de la suya. Me puse la chaqueta y el pañuelo, antes de beberme el café de una vez. Cogí el bocadillo pequeño y lo enrollé en varias servilletas, para llevármelo.

Dije un adiós susurrado y me largué de la cafetería, a pesar de las miradas de Belén y Adela que me pedían que me quedara, que no me fuese de esta manera. Continué a lo mío, rodeé las mesas y me alejé lo máximo que pude sin mirar a nadie más.

Salí del local con un nivel de cabreo que me empujaba a estallar. Estaba a punto, tan cerca, por eso había tomado la decisión acertada de irme, porque un choque más y habría saltado sobre Cian.

Y era mi primer día y tampoco quería dar esa cara.

Impresentable.

Capítulo 18



Entré en el edificio de la empresa como un vendaval y fui directa a las escaleras.

Tenía un agobio tan grande que descarté meterme en el ascensor.

Las subí rápido, deseando llegar a mi despacho y encerrarme en él. No estaba huyendo ni me escondería, eso no iba conmigo.

Todo lo contrario, lo que intentaba era tranquilizarme y necesitaba un espacio en el que nadie me molestara. Y llamar a mi tabla de salvación.

Tenía varias, pero la lisa la encabezaba mi hermano Kevin.

Cuando llegué a mi planta y a la zona de trabajo me la encontré desierta. No había nadie.

Fui directa a mi despacho y una vez que cerré, con llave, apoyé la espalda en la puerta y solté un grito de frustración y rabia.

—Vale, mucho mejor —dije al cabo de unos segundos, con los ojos cerrados y la respiración alterada.

Solté un suspiro, echando la cabeza hacia atrás. Durante un rato no me moví, hasta que noté que me había tranquilizado lo suficiente para comerme el bocadillo y que no se me indigestara.

Oh, porque iba a desayunar, y tanto que sí. A mí ese tío no iba a quitarme el hambre, ni nada.

Caminé hasta la mesa y al lado de la silla me descalcé los zapatos. Dejé el bocadillo en la mesa y fui al armario, descalza.

El suelo no estaba frío, era de madera y la sensación era muy agradable.

Me quité la chaqueta y el pañuelo, los dejé guardados y regresé a la mesa con el móvil.

Una vez sentada, desenvolví el bocadillo y le di el primer mordisco. Ni siquiera me había dado tiempo a probarlo en la cafetería.

—Mmm…

Estaba riquísimo, o tal vez era porque a mí los disgustos me abrían el apetito y todo me parecía exquisito. No, era verdad que estaba muy bueno y me lo comí muy rápido. Demasiado por lo pequeño que era, me supo a poco.

Cuando terminé giré la silla y me impulsé hacia el gran ventanal que quedaba en línea recta con mi mesa y la puerta.

Las ruedas de la silla me deslizaron por el suelo del despacho, hasta que frené con los pies, a un metro del ventanal. Si no estaba de pie la sensación de vértigo disminuía, no me daba tanto miedo porque no se me iba el cuerpo. Por eso y porque no veía hacia abajo.

Bajé la mirada a mi móvil y lo desbloqueé, para entrar directa en la aplicación de mensajes. Pulsé en la conversación de mi hermano Kevin.

Xaira: *Hola. ¿Te has olvidado de mí? Me parece raro que no me hayas escrito para saber cómo me está yendo el primer día. ¿Estás muy liado? Espero no molestarte.*

Coloqué el teléfono sobre las piernas y esperé a que me respondiera. Mientras tanto dirigí la vista hacia delante, que no hacia abajo, a través del ventanal.

Dejé el móvil en un reposabrazos y subí los pies al asiento de la silla. Me abracé las piernas flexionadas y cerré los ojos, solo con la intención de dejar la mente en blanco, de desconectar de todo y todos.

No supe cuánto tiempo pasó, pero me di cuenta de que me había quedado dormida cuando me despertaron varios golpes en la puerta.

—¿Xaira?

Era Belén.

—¿Estás ahí? —Hizo una pausa—. Sé que estás ahí —confirmó—. Vale, no quieres hablar. He subido antes por si querías, aquí fuera todavía no hay nadie.

—Otro día. Gracias, Belén —dije lo suficientemente alto para que me escuchara.

—Gracias por responder. Solo una última cosa. ¿Estás bien?

—Perfectamente. No te preocupes.

—Vale.

La escuché suspirar.

—Hasta luego.

—Hasta luego —repetí.

Me hubiese gustado quedarme callada, por el simple hecho de que no me apetecía hacer el esfuerzo de hablar. No tenía nada que ver con Belén y como me había sabido mal preocuparla, por cómo me había ido de la cafetería después de lo que había pasado, pues me obligué a hacerle saber que todo estaba bien.

Porque lo estaba, claro que sí, aunque ahora lo que necesitara era estar sola.

Por el único que giraría la llave en la cerradura para abrir la puerta sería Esteban. Y porque era el director general, que, si no, también se quedaba fuera.

Miré el móvil y vi que mi hermano me había respondido hacía unos minutos. Solo había dado una cabezada.

Kevin: *Hola, cariño. ¿Cómo voy a olvidarme de ti? Te recuerdo que somos mellizos, que yo salí unos segundos antes que tú y que me empujaste para que fuera rápido, para seguirme.*

Reí.

Kevin: *No te he escrito porque no quería molestarte de ninguna manera, estaba haciendo tiempo. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo te sientes? ¿Qué tal con los que trabajan en tu departamento?*

Xaira: *Te empujé porque decidiste salir el primero, yo tendría que haber sido la hermana mayor.*

Kevin: *Envidiosa. Ja, ja, ja… ¿Quieres el puesto? Lo decidimos en secreto y nadie más que nosotros lo sabrá. Te cedo el papel de hermano mayor.*

Xaira: *No lo quiero, porque ¿entonces con quién hablo cuando me sienta mal?*

Kevin: *Hablarías conmigo, igualmente. ¿Qué te pasa?*

Xaira: *Me siento rara.*

Kevin: *Es normal, cariño. Ahora es todo nuevo, pero ya verás que rápido le pillas el punto.*

Xaira: *Eso no me preocupa. Ya le he pillado el punto, aunque tengo que ponerme muy al día.*

Kevin: *¿Entonces? Me he perdido. ¿De qué estamos hablando?*

Xaira: *Echo de menos Emma.*

Kevin: *Vale, ahora sí. Pero no solo la echas de menos, también estás preocupada por ella. ¿Me equivoco?*

Xaira: *No.*

Kevin: *¿Por qué no vas este fin de semana a verla? Pero en avión. Coge un vuelo para el viernes y regresas el domingo.*

Xaira: *Me encantaría, pero este sábado es la exhibición de patinaje artístico de Erea y está muy ilusionada porque voy a estar. No puedo fallarle.*

Kevin: *Mierda, es verdad.*

Xaira: *¿Qué le pasa a nuestra familia con el deporte?*

Kevin: *Ja, ja, ja… y me lo dice tú que te levantas tempranísimo cada mañana para salir a correr. Anda que… Di más bien a la mitad de nuestra familia, porque Iago, Lúa y yo somos tranquilos en ese aspecto.*

Xaira: *Tú vas al gimnasio, eso cuenta.*

Kevin: *Claro, al gimnasio que hace meses que no piso. Anda que…*

Xaira: ¿En serio? Pues te conservas genial.

Kevin: *Es todo genética. En eso, de los dos, también me llevé la mejor parte.*

Xaira: *Eres tonto y no te lo crees ni tú. Ja, ja, ja… yo soy la guapa, tú vas muy por detrás de mí.*

Kevin: *Ja, ja, ja… Vale, ahora que ya te has relajado un poco cuéntame qué te pasa. La verdad, porque antes te he seguido el rollo. Por mucho que te afecte lo de tu amiga Emma tú no eres de venirte abajo porque sí. Estás decaída porque te ha sucedido algo más y ha sido hoy.*

Xaira: *Ahora entiendo porque saliste el primero.*

Kevin: *Ja, ja, ja… Va, ahora en serio. Suéltalo.*

Xaira: *Prefiero contártelo en casa, ahora solo necesitaba hablar contigo.*

Kevin: *Dime únicamente si te encuentras bien.*

Xaira: *Me encuentro bien, de verdad. No quiero que te preocupes.*

Kevin: *Vale, pues entonces puedo esperar.*

Xaira: *Te quiero.*

Kevin: *Te quiero. Prométeme que si esa sensación rara aumenta me llamarás.*

Xaira: *Te lo prometo, pero no va a pasar.*

Kevin: *De acuerdo. Nos vemos en casa para comer. Escríbeme cuando vayas a salir.*

Xaira: *Vale. Hasta luego.*

Salí de la aplicación y me impulsé con los pies, para deslizarme con la silla hasta la mesa.

Frené con las manos y subí las piernas al asiento, para cruzarlas, con la tranquilidad de que estaba echada la llave. De ese modo no tenía que estar bien sentada ni calzada, para continuar trabajando por donde lo dejé antes de bajar a desayunar.

Ese pensamiento me llevó a otro y se me encogió algo por dentro, pero obvié la sensación y se me pasó enseguida.

Las únicas pausas que hice en el trabajo fueron para atender el teléfono inalámbrico, en diferentes momentos.

El primero que me llamó fue Esteban, para saber si me iba bien. Le dije que sí, que ya estaba a tope. La segunda llamada que recibí vino de Belén. Ella me preguntó una tontería de trabajo, digo tontería porque conocía perfectamente la respuesta. Su intención era saber cómo continuaba.

La tercera vez que me sonó el teléfono al descolgar me encontré con Bruno. Él me preguntó si quería algo, un café, un refresco, agua… lo que también fue una excusa para conseguir que le dijera que sí y de esa manera tendría que verme.

Y, por último, hablé con Adela. Ella me entretuvo un poco contándome algo de dos clientes importantes que llegaron a la empresa cuando hablábamos. Sinceramente ya no me acordaba de más de la mitad de lo que me dijo, pero me sirvió para desconectar y reír.

El tiempo pasó y el final de la jornada llegó. Por fin. Con lo bien que comenzó el lunes no pensé que al final deseara que terminara pronto.

En realidad, faltaban unos minutos para la hora de la salida, pero me dio exactamente igual.

Después de apagar el ordenador y de colocar bien los papeles dentro de sus carpetas, las guardé en un cajón y me levanté de la silla.

Hice una mueca al ponerme los zapatos y fui hacia el armario, para colocarme la chaqueta y el pañuelo. Cogí el bolso y fui con él hasta la mesa despejada.

Agarré el móvil para enviarle un mensaje a mi hermano Kevin, como me pidió.

Xaira: *Ya estoy preparada, voy para el aparcamiento. Nos vemos ahora. Te quiero.*

Le di a enviar y no esperé su contestación, porque sabía que mi hermano solo lo leería al momento. Ya debía estar conduciendo.

Llegué a la puerta y giré la llave en la cerradura, mientras pedía mentalmente que cierta persona se hubiera ido. Complicado cuando todavía no era la hora.

Una vez desbloqueada, agarré la manilla y la bajé con fuerza, para salir sin mirar a ningún lado. Me quedé de espaldas a la zona de trabajo, de cara a la puerta, mientras echaba la llave. No vi a nadie, pero sí noté el peso de miradas, de varias. No me importó, subí los muros a mi alrededor. Era una experta en ello.

Cuando metí el llavero en el bolso me giré y entonces sí que vi a Belén y a Bruno, en primer lugar. Como ya sabía me observaban.

Caminé con determinación en línea recta y me despedí de ellos al llegar a sus mesas.

—Nos vemos mañana —les dije.

—Por supuesto —afirmó Bruno.

Ambos me sonrieron con una mezcla de preocupación y nerviosismo, pero les devolví la sonrisa para que se tranquilizaran. Después de desearles que el resto del lunes les fuese bien, volví a caminar.

Recorrí el pasillo central notando otra mirada, pero esa la ignoré por completo.

Agradecí que al llegar al ascensor este abriera las puertas. Esperé a que saliera una chica y después entré yo.

Cuando me moví y miré hacia delante, antes de que las puertas se cerraran, me dio tiempo a ver a Cian. Se había levantado, estaba parado en el pasillo central de cara al ascensor.

Me quedé con las ganas de enseñarle el dedo corazón, pero eso estaba fuera de lugar porque no era profesional. ¿O sí?

Capítulo 19



—No duermas más, bella durmiente.

Al escuchar la voz de Kevin sonreí, antes de abrir los ojos.

—Estoy relajada.

Lo miré.

—Ya.

—Se está genial aquí.

—Si. Hazme sitio.

—Nos vamos a caer.

—Te caerás tú, a mí no me mueve nadie de la tumbona.

—Eres tonto.

Riendo me eché hacia un lado, para que Kevin se tumbara a mi lado en la tumbona.

Estábamos en el jardín, yo había salido hacía un rato.

Cuando llegué del trabajo Kevin ya estaba en casa. Me encontré con él en la cocina y lo ayudé a terminar de preparar nuestra comida, pero hasta ahora no habíamos podido estar solos.

Nuestra madre se nos unió y al poco apareció por sorpresa Lúa. Mi hermana no se encontraba muy bien, por ese motivo se fue del trabajo. Ahora estaba encerrada en su habitación, un poco más recompuesta, pero sin llegar a estar bien, aunque estaba trabajando un rato a distancia.

Lo sabía porque antes de bajar pasé por su habitación, cuando salí de la mía al despertarme de la siesta.

A pesar de que su cara reflejaba que le pasaba algo, Lúa comió con nosotros y lo más importante, le sentó bien.

—¿La sensación rara que sentías por la mañana ha desaparecido?

Mi hermano sacó el tema.

—Sí

Me acomodé de lado y lo abracé. Kevin colocó bien la manta sobre nuestras piernas, la que antes solo me tapaba a mí. la subió hasta la cintura y lo abracé, apoyando la cara en su pecho. Él me rodeó con un brazo y en esa postura nos sobró tumbona por los lados.

—Cuéntame qué te ha pasado.

Me dio un beso en la cabeza y sonreí.

—En realidad ha sido una tontería. Rabia por la impotencia de no pegar unos cuantos gritos y lanzarle algo a alguien —suspiré—. Lo que pasa es que me ha pillado desprevenida o sin fuerzas. A primera hora ha sucedido algo que me ha impactado y como no me lo esperaba me ha costado hacerme a ello.

—¿El qué?

No lo vi, pero supe que había fruncido el ceño. Sonreí.

—No puede ser una tontería si has sentido rabia y querías gritar y pegarle a alguien.

—Yo no he dicho pegar.

—Has dicho lanzarle algo a alguien, lo que en nuestro idioma es lo mismo.

Reímos.

—Vale —acepté.

—¿Y? ¿Qué te ha pillado desprevenida y porque no tenías fuerzas? ¿Qué te ha impactado?

—Cuando he llegado a la empresa he ido directa a mi despacho. Me hacía ilusión verlo. Me ha gustado mucho, es una pasada.

—Me alegro.

Comenzó a hacerme caricias en el brazo que tenía colocado sobre su barriga.

—Al cabo de un rato ha venido a por mí Esteban, el director general. —Asintió—. Y hemos salido a la zona de trabajo. Esta se compone de mesas distribuidas por un espacio muy amplio, con un pasillo central que va desde mi despacho al ascensor y las escaleras. O a la inversa, según en qué dirección vayas.

—¿Qué habéis hecho ahí? Por cierto, ¿cuántos años tiene Esteban?

—No se lo he preguntado, ni lo voy a hacer —contesté riendo.

—Vale, he formulado mal la pregunta —carraspeó—. ¿Lo ves joven, puede tener tu edad o unos cuantos años más, o pasa los sesenta?

—Yo diría que debe tener unos cincuenta años —le respondí divertida.

—¿Y se acerca mucho a ti?

—Estás muy tonto, ¿eh?

—Ya… sabré yo lo que digo.

Bufó.

—En la zona de trabajo Esteban me ha presentado oficialmente a todos los trabajadores del departamento y el primer contacto ha ido muy bien. Me han hecho sentirme a gusto y bien recibida, por lo que me he quedado muy satisfecha y contenta.

—Eso es estupendo. ¿Entonces?

—El problema ha venido después, cuando hemos terminado. Yo no sabía que faltaba un trabajador por llegar y cuando ha aparecido…

Levanté la cabeza y apoyé la barbilla en su pecho, para mirarlo a la cara.

—¿Qué? ¿Te ha dicho algo malo cuando ha sabido quién eres?

Buscó mis ojos.

—Que lo conocía.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Quién es?

—No vas a creerte la coincidencia.

—Suéltalo.

—El hermano del jugador del equipo contrario al que se enfrentó el equipo de Eloy el fin de semana pasado, hace dos días. El pequeño fue quien empujó y tiró a Eloy.

—El… —dijo pensativo e imaginé que terminó la frase en su cabeza, para darle forma y entender bien lo que acaba de decirle—. No me jodas.

Se incorporó en la tumbona, sentado, y yo hice lo mismo, después de soltar todo el aire de golpe.

—Jodida estoy yo.

Solté una carcajada.

—¿De verdad el tío con el que te enganchaste en las gradas, el que teníamos detrás, trabaja en tu empresa y para rematarlo, para ti directamente? ¿Eres su jefa?

—Sí a todo.

Hice una mueca.

De todas las formas que creí que reaccionaría mi hermano eligió la que estaba más abajo en mi lista. Comenzó a reír con ganas y yo puse los ojos en blanco. Tuve que esperar a que se tranquilizara, tiempo en el que me crucé de brazos y solté varios bufidos.

—Eso es un problema —me dijo, calmado.

—¿No me digas? Fíjate, no me había dado cuenta.

Negué con la cabeza.

—Habéis chocado ya, otra vez.

Lo confirmó.

—Cada vez que abre la boca chocamos.

—Qué fuerte. ¿Cómo os habéis quedado al veros? Habrá sido un *shock* para los dos.

—Paralizados por la sorpresa y el impacto. Te puedes hacer una idea —suspiré.

—Y lo más importante, ¿cómo ha reaccionado él después y qué ha hecho para que te pongas mal?

—Nada en concreto, ha sido todo. Es un listillo que siempre busca destacar y quedar por encima de los demás. Para colmo ha llegado tarde y Belén y Bruno no han tardado en defenderlo, incluso sin que yo hiciera un comentario al respecto. Se lo he dicho a Cian porque va con él, nada más.

—¿Quiénes son Bruno y Belén?

—Dos personas que tendré muy cerca en el trabajo. Esteban los ha juntado conmigo, para que me den apoyo constante. Trabajan para mí y hemos encajado muy bien, he desayunado con ellos.

—¿Y Cian?

—El del sábado del partido se llama así.

—Ah.

—Adela también me cae muy bien —sonreí—. Voy a tener buenos amigos, con ella me he tomado un café antes de entrar y también ha estado en el desayuno con nosotros.

Lo miré de reojo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada, todavía estoy pensando en todo lo que acabas de contarme y en lo que puede suponer para ti.

—No va a suponer nada, ni, aunque ese tío fuese alguien importante fuera de la empresa. Me da igual, dentro está bajo mis órdenes.

—Sé que no hace falta que te lo diga, porque tú nunca sobrepasas tus límites, pero antes de actuar, si pasa algo, pregúntate cómo tratarías a Cian si lo hubieses conocido en la empresa, como al resto de los trabajadores.

—No hace falta, no.

—Eso es. No le pongas etiquetas, Xai. Sé justa en todo momento y no te dejes llevar por ningún impulso. Eso es ser una buena jefa, planta cara a todas las situaciones, desde la tranquilidad y la profesionalidad, aunque por dentro te estés cagando en quien tienes delante. Deja que sea él quien se exponga si actúa mal, tal vez te sorprenda y todo. En positivo.

Sonreí.

—Tranquilo, no…

—¡Hola!

Al escuchar a Iago ambos nos giramos hacia él. Caminaba hacia nosotros por la hierba.

—¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó.

—Charlando.

—Qué bien vivís —nos dijo con un guiño.

—Míralo, el que acaba de llegar desde que salió del trabajo a las tres —comentó Kevin.

Se levantó y le dio una colleja que hizo reír a Iago.

—Me he encontrado con papá y Eloy en la verja —nos informó.

—Vamos a saludarlos —hablé.

Me incorporé y después de darle un beso a Iago, fuimos los tres hacia el porche, para acceder a la casa por el salón.

Así lo hicimos y recorrimos el interior, siguiendo las voces de nuestro padre y hermano pequeño.

Llegamos a una puerta y nos paramos al verlos juntos.

—¿De acuerdo?

—Sí, papá.

—Está, portaos bien —sonrió.

Mi padre y Eloy no estaban solos, había otro niño con ellos. Estaba de espaldas, pero supe que no eran ni Oliver ni Teo, sus amigos.

Cuando mi padre nos miró a nosotros, los pequeños se giraron. Fue entonces cuando agrandé los ojos, sorprendida.

—Joder, hoy llevas doblete —dijo Kevin, con asombro.

—¡Hola! —nos saludó Eloy.

Vino corriendo hacia nosotros y nos abrazó, pasando de unos brazos a otros.

—Él es Brian, mi nuevo amigo —nos presentó al niño de su edad que no se había movido del lado de mi padre.

—Id a jugar —lo animó este, acariciándole el pelo.

Brian levantó la cabeza para mirarlo y asintió, con vergüenza. Se acercó a nosotros y los saludamos, presentándonos. Le dimos un beso y se fueron corriendo, hacia la escalera.

Nuestro padre también nos dejó solos, después de darnos un beso. Fue en busca de nuestra madre.

—¿Qué has dicho de doblete? —le preguntó Iago a Kevin, mientras caminábamos hacia la cocina.

Mi mellizo no le hizo caso, estaba muy entretenido mirándome a mí por la coincidencia.

—Es la primera vez que viene —me aseguro Kevin, sabiendo perfectamente lo que pasaba por mi cabeza.

—Papá lo ha arreglado todo. Me lo ha explicado.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, con el ceño fruncido.

Entramos en la cocina y Kevin sacó tres botellines de cerveza, con los que nos sentamos a la mesa. Ambos miramos a Iago, esperando a que continuara.

Capítulo 20



—Después de lo que pasó el sábado ha querido que los chicos se conozcan y hagan las paces, para que la cosa no vaya a peor al sumar más encuentros —dijo Iago.

—Bien pensado —comentó Kevin.

Bebió un sorbo de su cerveza y yo hice lo mismo. La garganta se me había quedado seca de repente.

—¿Cómo lo han conseguido? —pregunté.

—A través de los entrenadores. Papá es muy amigo de Damián y después de hablar con él del tema, Damián se ha puesto en contacto con el entrenador del otro equipo y este, una vez le han explicado lo que querían conseguir, le ha facilitado a Damián el número de teléfono de un familiar de Brian.

—Se lo ha currado —dijo Kevin, sonriendo.

—¿Con qué familiar ha hablado papá? —pregunté.

—Con el hermano mayor de Brian.

Desvié la mirada al botellín de cerveza.

—¿Y ha aceptado sin más esto? —Quiso saber Kevin.

—Sí, porque él también quiere hacer las cosas bien y que esto sea una buena lección para su hermano pequeño.

Volví a mirar a Iago.

—Así que papá ha quedado con Cian, que así se llama el hermano mayor. Cuando papá ha recogido a Eloy del colegio le ha explicado lo que pasaría esta tarde, y entonces han ido a buscar a Brian a su colegio, donde también se encontraba Cian. Se han presentado y papá ha venido aquí con los niños. A las ocho llevará a Brian a su casa.

—Me alegro de que haya salido bien —susurré.

—Sí. Papá me ha dicho que el encuentro de los pequeños ha sido bonito, porque lo primero que ha hecho Brian al ver a nuestro hermano ha sido pedirle disculpas, por lo del partido, y se han dado un abrazo. Papá tiene claro que su hermano mayor habló muy bien con él del tema.

—Estupendo, ¿no? —se dirigió a mí Kevin— Cian no es tan mal tío. La educación de Brian habla por sí sola.

Sonrió de medio lado, al ver cómo yo ponía los ojos en blanco.

—El sábado todos nos alteramos —dijo Iago, recordando el momento de las gradas—. Estábamos en caliente.

—Correcto —estuvo de acuerdo Kevin—. ¿Quieres saber por qué he dicho lo del doblete?

—Claro —le dijo Iago, con interés.

—Vas a flipar con las coincidencias —rio Kevin.

Iago me miró a mí. Me encogí de hombros y dejé que fuese Kevin quien hablara, ya que tenía tantas ganas. Y eso fue lo que hizo, contarle a nuestro hermano menor lo que me había pasado en la empresa, la sorpresa que me esperaba en ella.

—Joder —dijo Iago—. Qué casualidad.

—Ya ves —comenté.

—Lo que veo y parece es que tú y Cian no podéis ser un ejemplo para vuestros hermanos pequeños, cuando se trata de vosotros dos.

Arqueó una ceja.

—Yo solo reacciono, es él el que me provoca —me defendí.

Bufé.

—A lo mejor él piensa lo mismo de ti o está esperando una disculpa por tu parte, por lo del sábado. Tan simple como eso —comentó Kevin —. Como ha hecho su hermano pequeño con el nuestro.

—A ti tampoco te habría sentado bien escucharlo a él hablar de nuestro hermano, como lo hiciste tú del suyo —añadió Iago.

—No fue para tanto —me justifiqué.

Fruncí el ceño.

—Vais a tener que llegar a un entendimiento porque a partir de ahora os veréis cada día, durante muchas horas —dijo pensativo Iago.

—Lúa ha llegado al mediodía mala del trabajo.

Cambié de tema.

—Lo sé, me ha enviado un mensaje para decírmelo. He subido a su habitación nada más llegar, pero la he encontrado durmiendo en la cama. Después he bajado y os he visto en el jardín.

—Cuando he ido yo estaba trabajando —le dije.

—Tenía el ordenador a un lado de la cama, encendido. Supongo que se ha empezado a encontrar mal y lo ha dejado.

Asentí.

—Voy a ver si se ha despertado y si quiere algo de comer o beber —hablé pensativa.

Me levanté de la silla, pero las palabras de mi madre me hicieron sentarme de nuevo.

—Vengo de ahí —nos dijo, refiriéndose a la habitación de Lúa—. Está adormilada y con décimas de fiebre. No tiene mucha. Con la pastilla que voy a subirle ahora se le parará rápido, también voy a llevarle una infusión.

—Joder, con los virus —se quejó Kevin.

—No os pido que no vayáis a su habitación porque no me haréis caso, pero no estéis mucho tiempo y que ventile —nos pidió.

—Vale —respondimos al unísono.

—¿A qué hora llega Erea? —pregunté.

—Hoy da clases de balé, llegará más tarde —me contestó mi madre.

Erea llevaba unos años centrada en el patinaje artístico, en ese deporte encontró el desahogo y la ilusión que perdió cuando, después de muchísimos años dedicada al balé, desde muy pequeñita, tuvo que abandonarlo por una lesión en un pie.

Por más que se cuidó y fue a rehabilitación no curó bien, por lo que tuvo que decirle adiós al balé, porque ciertos movimientos no podía soportarlos, la hacían llorar. El patinaje fue el sustituto perfecto para ella, porque el buen futuro que tenía en el balé se le truncó de un día para el otro.

El sueño de mi hermana era el de ser bailarina profesional y era su meta. La entrenadora con la que creció siempre tuvo claro que lo conseguiría, ya que tenía un don innato. Fue duro para todos, porque los demás sufrimos al verla a ella sufrir.

Por suerte el patinaje artístico llegó a su vida y todo cambió. Las ilusiones y las ganas regresaron poco a poco, hasta que se hicieron fuertes. Y encima le salió la oportunidad de dar clases de balé a niñas, dos veces por semana. Lo llevaba todo para delante, incluidos sus estudios.

Timón y Pumba entraron en la cocina y se acercaron a la mesa.

—Hola, guapos —les dije.

Los agarré de las cabezas y les di un beso. Pumba subió las patas a mis piernas y reí, abrazándolo.

—¿Dónde han estado? —le preguntó Iago a nuestra madre.

Era verdad que no los veía desde que subí a mi habitación para echarme una siesta, después de comer. No habían aparecido en el jardín y era raro.

—Con los perros del vecino, cuando se juntan pierden la noción del tiempo —contestó ella.

—Qué fuerte, mis perros son más sociables que yo —dije con diversión.

Soltamos una carcajada.

—Voy con Lúa —nos dijo nuestra madre.

—Te acompaño —se apuntó Iago.

Cogió de la encimera la bandeja que ella había preparado, con una taza de infusión, un vaso de agua y la pastilla para la fiebre.

Sonreí porque ya había pasado demasiado tiempo que Iago estaba alejado de Lúa. Por mucho que se quejara de que ella lo ponía nervioso, no podían vivir el uno sin el otro. Tenían que estar siempre cerca, sobre todo, cuando uno de los dos se encontraba mal.

—Dentro de un rato iré —les dije.

—Yo también —se sumó Kevin.

Nosotros también salimos de la cocina y fuimos al salón, donde nos encontramos a Eloy con Brian.

Tenían un juego sobre la mesa pequeña de enfrente del sofá y ellos estaban sentados en el suelo, sobre cojines.

—¿Qué tal, chicos? —les preguntó Kevin, mientras él y yo nos sentábamos en el sofá de enfrente.

—Mal —contestó Eloy.

—¿Y eso? —me interesé, aunque sabía la respuesta.

—Porque voy perdiendo —dijo con el ceño fruncido, observando el tablero.

—No pasa nada —sonreí.

Brian no habló, se mantuvo en silencio con una sonrisa tímida. Siendo la primera vez podía ser por vergüenza o porque ese era su carácter. Yo apostaba a que era por lo primero, con el tiempo lo sabría.

Era increíble lo que se parecía a Cian. Brian era como el hermano mayor, pero en miniatura. Se veía buen niño, dulce e inocente, sin la picardía que muchos otros niños tenían.

Y yo que el día del partido pensé que debía ser un pieza de cuidado, por la falta que le hizo a Eloy. Falta que provocó mi enfrentamiento con Cian y que terminó en penalti, con la victoria del equipo de mi hermano.

Qué mal lo juzgué e interpreté la situación. Me sentía mal por ello.

Visto en frío, con el paso de los días, tuve claro que por el calor del momento todo se sacó de contexto y se agrandó. Al menos por mi parte, aunque a mí favor diré que Cian no ayudó con su actitud y sus palabras hacia mí, en aquel instante tenso.

—¿Habéis merendado? ¿Tenéis hambre? —les pregunté a los chicos.

—¿No quieres que mañana su hermano mayor te salte encima, por haber dejado a su hermanito sin comer? —me susurró Kevin al oído.

—Idiota —susurré de la misma manera.

Él apretó los labios y yo suspiré.

—Mamá nos ha preparado batidos de fruta —me contestó Eloy.

—Qué rico —dijo Kevin.

—Sí —confirmó Brian, hablando por primera vez.

—Ya mismo tiene que irse —nos informó Eloy—. Voy a acompañar a papá a llevarlo a dónde vive.

—¿Te lo has pasado bien, Brian? —le pregunté.

—Sí.

—Le he dicho a Brian que puede venir aquí cuando quiera —nos dijo Eloy.

—Claro. Eso está muy bien. —Asentí.

—Se nos ha hecho corto —habló Brian.

Lo miré sonriendo. Ya iba soltándose.

—Jugar y pasarlo bien es lo que tiene —comentó Kevin.

—Eloy también puede venir al piso de mi familia, pero es mucho más pequeño que esta casa. Y no tiene jardines.

Más pequeño que la propiedad de mis padres eran muchas cosas, dado el tamaño de la vivienda y los metros cuadrados de los jardines que rodeaban la casa.

El piso en el que viví de alquiler se podía reducir a mi habitación de aquí, con baño incluido, a la cocina y muy poco más.

—Si estáis en tu piso os lo pasaríais igual de bien, Brian —le dije con cariño—. Lo importante no es el dónde, sino el con quién.

Le hice un guiño.

—Es verdad.

Se sentó más recto, como si se hubiera hinchado de orgullo por lo que él tenía.

—Que nunca te intimide lo que ves —se dirigió a él Kevin—, pero sí lo que notes y percibas en el lugar que estés. Si te sientes incómodo o tienes miedo, huye. Si te sientes a gusto, protegido y en familia, quédate. Esta regla sirve para todo en la vida y conforme vayas creciendo tienes que utilizarla, adaptándola al momento que vivas.

—Gracias —susurró Brian.

—Cada vez lo entenderás más y tranquilo, te aseguro que tu hermano piensa como yo. Al menos en esto.

Kevin le sonrió. Yo también porque Brian era adorable. Eso sí, no veáis las faltas que hacía el tío y no lo parecía.

Capítulo 21



—Menudo día hace —dijo Belén.

Aparté la vista de la calle para mirar a mi nueva amiga y después a mis otros dos nuevos amigos.

Eran las ocho y diez de la mañana, estaba en la cafetería tomando el café de antes de iniciar el día de trabajo con Belén, Bruno y Adela.

Ya había pasado casi una semana de trabajo desde que comencé en esta sede. Quedaban las horas del viernes, pero era final de semana, refiriéndome a lo laboral, por lo que daba por superada mi primera semana como jefa de departamento.

Estaba contenta porque una vez pasado el lunes y ciertas sorpresas, los siguientes días hasta hoy habían sido muy tranquilos y llenos de armonía. Ya habían pasado por mi despacho todos los trabajadores que tenía a mi cargo, los conocía un poco más y eso me gustaba, a la par que me hacía estar un poco más tranquila.

El ambiente de trabajo fuera de mi despacho era muy bueno y en particular para mí, era estupendo porque Belén y Bruno siempre me ofrecían una mano para liberarme de la carga que se me acumulaba. Eran un gran apoyo, como me dijo Esteban.

Y todo lo anterior había funcionado de maravilla porque Cian se había mantenido distante y apartado. En definitiva, que más no había podido ignorarme, y eso que pensé que con el acercamiento de nuestros hermanos pequeños y con lo de que pasó la tarde en la casa de mis padres, la actitud de Cian aflojaría. De verdad que lo creí, pero nada que ver con la realidad.

Estaba claro que Cian no podía ni verme, por eso me esquivaba. Ni siquiera me miraba directamente y, aunque me fastidiaba, mucho, muchísimo, y me hubiera costado reconocerlo, su comportamiento me afectaba. Descubrí rápido que no me gustaba que pasara de mí, en cambio, a cualquier otra persona que se acercaba a hablar con él la recibía con una sonrisa.

A estas alturas ya había aprendido a identificar sus sonrisas por compromiso, las que venían a decir: muy bien, di lo que tengas que decirme y déjame en paz. También tenía caladas sus risas verdaderas, las sinceras, las que le iluminaban la cara.

Con todos era simpático, hacía bromas y se relacionaba hasta con los que no trabajan en nuestra planta. Conocía a muchas personas de este edificio, sino a todas, pero me sobraban dedos de una mano para contar las personas con las que sí, con las que era él en estado puro.

Lo demás era una fachada, un compañerismo durante el horario laboral de: te soporto porque remamos en el mismo barco, pero no me interesa conocerte en lo personal.

Al menos esa era la impresión que me había dado en el trascurso de los días. Y no es que hubiera estado analizándolo constantemente, era cosa de las coincidencias.

—Tiene pinta de que lloverá todo el día —continuó hablando Adela del tiempo.

—A mí no me disgusta —comentó Bruno.

—A mí tampoco —dije, sonriendo—. De hecho, me encanta.

Me encogí de hombros.

—¿Te gusta que llueva? —me preguntó Adela.

—Sí —reí, al ver su cara—. Me relaja.

—¿Y si diluviara y te pillara en la calle? —Quiso saber Belén, sonriendo.

—A ver, está claro que en ese caso es un rollo, más que nada porque acabaría empapada, pero si es una lluvia normal o ese diluvio y estoy a cubierto, me sigue gustando.

—Soy de los tuyos —dijo Bruno.

Chocamos las manos por encima de la mesa y reímos.

—Lo que sois es muy raros. —Negó con la cabeza Adela—. A mí me deprimen estos días, necesito el sol.

—A mí también me gusta el sol —dije con diversión—. Cada momento tiene su encanto.

—Claro que sí.

Bufó y reí.

Me llevé la taza a los labios para darle varios sorbos seguidos al café.

—Mira, otro jefazo —comentó Adela.

Ella y Bruno estaban de cara a la puerta, Belén y yo le dábamos la espalda.

—¿Quién? —preguntó Belén.

—El que ha entrado es Ismael, por ahora —contestó Bruno.

Cuando Adela nos susurró que Ismael miraba nuestra mesa, lo saludamos levantando las manos. Después nos quedamos en silencio bebiendo de nuestros cafés.

—Oye, ¿os apetece quedar esta tarde? —habló Adela—. Estaría guay.

—Yo no puedo hoy —me adelanté—. Mañana una de mis hermanas tiene una exhibición de patinaje artístico y lleva repitiéndome varios días que esta tarde-noche toca sesión de dulces y charlas con todos los hermanos.

Sonreí.

—Oh, qué guay. ¿Cuál de ellas?

—La pequeña, Erea. Teniendo en cuenta que tiene diecisiete años y Lúa veintidós.

—Tiene que ser una pasada tener tantos hermanos —comentó Belén.

—Sí, para lo bueno y para lo malo.

Reímos.

—Pero otro día me apunto para salir —les dije—. Me encantaría que cogiéramos una rutina de quedar algún día del fin de semana, fuera del entorno del trabajo. Si es que podéis.

—Y tanto que sí. —Me hizo un guiño Bruno—. Contad conmigo, siempre que lo sepa con tiempo. Salgo con mis amigos los fines de semana.

—Yo claro que puedo —se unió Belén—. Y Adela también porque lo ha propuesto.

—Estupendo. Qué ilusión —les dije.

—Xai —me llamó Adela.

Cuando estábamos solos los tres habían cogido la costumbre de llamarme por el diminutivo de mi nombre, como mi familia y Emma.

—¿Qué? —le pregunté.

—Ismael mira mucho para aquí.

—Joder, ¿cómo te das cuenta? No te he visto en ningún momento mirar hacia él, ni de reojo, y te tengo en frente.

—Es uno de sus superpoderes —soltó Bruno.

Reímos.

—El caso es que lo sé y no me equivoco —sonrió Adela.

—Podría acercarme un rato, ahora que sigue solo. Desde que se acercó el primer día y me lo propuso he pasado de ir —comenté.

—No creo que te diga algo sobre eso, pero si saca el tema dile que no lo has visto en ningún momento solo en la cafetería —dijo Belén.

—No me preocupa lo que pueda o no decirme —sonreí—. Tenéis razón, voy a ir a su mesa un rato y así me quito el compromiso de encima.

—Suerte —me deseó Adela.

—Pues como no sea para no tropezarme, no sé para qué —reí.

Dejé a las chicas riendo y a Bruno entre divertido y serio.

No me paré a analizarlo, me levanté y cogí mi taza de café, para ir a la mesa de Ismael, sorteando las demás.

—Hola —lo saludé al llegar—. ¿Puedo? ¿Te viene bien?

—Eh, qué sorpresa.

Sonrió.

—Perdona por tardar tanto en venir un día, desde que me lo dijiste, pero no te he visto solo en ningún momento en la cafetería. No quería molestar ni pasar vergüenza —le dije, devolviéndole la sonrisa.

Decidí sacar el tema yo, para zanjarlo.

—No pasa nada, Xaira. No tienes que disculparte, no me lo he tomado mal.

—Gracias. Es bueno saberlo.

—¿Cómo te ha ido la primera semana? —se interesó.

—Genial. Mi departamento es el mejor —lo piqué.

Soltó una carcajada y oculté mi sonrisa detrás de la taza de café. Le di un sorbo.

—No lo creo.

—Te lo demuestro cuando quieras.

Le hice un guiño.

—Estaré encantado de ver esa demostración —dijo con diversión.

—Quitando de que mi equipo es el mejor… —Volvió a reír—. De verdad que me ha ido genial. Estoy muy contenta y satisfecha.

—Me alegro mucho.

Asintió.

—¡Cian, tío!

Al escuchar la voz de Bruno, en alto, o más bien, al escuchar el nombre de Cian, giré la cabeza hacia la mesa de mis amigos.

Lo hice extrañada porque como ya he dicho, Cian me esquivaba, y este lugar, la cafetería, no era una excepción para él.

Me di cuenta de que Bruno le había hablado a través del móvil, lo tenía en la oreja, mientras que él miraba hacia la cristalera.

Observé hacia la calle y me sorprendí al ver a Cian con un paraguas en la acera, de cara a su amigo Bruno. Belén y Bruno eran dos de las personas con las que le salía la sonrisa verdadera a Cian, Esteban era otro.

El paraguas no le hacía nada, lo único que parecía tener seco era del pecho hacia arriba, el resto de su ropa estaba mojada.

Otra de las cosas que me extrañó es que hubiese llegado ya. Cian nunca aparecía puntual en el trabajo y yo, para no empeorar más nuestra situación, no me había atrevido a preguntarle porque llegaba cada día pasadas las nueve menos veinte, más de diez minutos después del inicio de la jornada.

En ese sentido yo también había evitado discusiones con él, porque Cian no vino a contarme el motivo por el que llegaba tarde, como le pedí mi primer día de trabajo, en mi despacho. Su confirmación de que lo haría fue una mentira bien grande.

—Vamos, tío, entra un rato —le pidió Bruno—. Estás empapado y todavía queda para entrar a trabajar.

Cian parecía no escuchar a su amigo, a pesar de que también tenía el teléfono en la oreja. Su mirada estaba fija en mí y yo no aparté la mía de la suya, aunque me sentí muy extraña.

Parpadeé varias veces rápido, para salir de momento, cuando Cian dirigió la vista a Ismael. Estuvo pocos segundos observándolo, hasta que se movió y para mi sorpresa entró en la cafetería.

Dejó el paraguas en el paragüero y saludó a todos los que conocía, conforme iba a la mesa de nuestros amigos. Una vez saludó a Bruno, a Belén y a Adela, ocupó mi lugar, la silla que yo había dejado libre.

—¿Quieres ir con ellos?

—¿Qué?

Dirigí la atención a Ismael.

—Te agradezco que hayas venido a hacerme un poco de compañía, ha sido breve, pero me ha gustado mucho, pero entiendo que quieras volver con ellos.

—Ah. Sí, claro. En unos minutos voy.

A pesar de decirlo no lo tenía yo tan claro. Siempre podía sentarme encima de Cian y si se quejaba decirle que… ¿Y por qué no encima de Bruno, Adela o Belén? Joder…

Las ganas que tienes del otro, me dijo una vocecilla en mi cabeza, sorprendiéndome.

—Con ellos estoy siempre —le hablé a Ismael, sonriendo.

Necesitaba quitarme la sensación rara.

—Vale. No voy a insistirte.

Me hizo un guiño.

Cogí la taza y me la llevé a los labios, notando el peso de una mirada puesta en mí. No pude evitar girar la cabeza hacia la mesa de la cristalera, para encontrarme con los ojos de Cian.

No entendí a qué venía esto, a tener su atención de repente. Los nervios se me dispararon.

Capítulo 22



Cian

—Gracias —le dije a Cecilia.

Acababa de dejarme el café con leche delante.

—No hay de qué, guapo. ¿Seguro que no quieres ir al baño a secarte un poco? Tienes la ropa empapada, puedo dejarte una toalla.

—Prefiero perder tiempo de trabajo —le dije, con un guiño.

Sonrió de oreja a oreja.

—Ya veo que piensas en todo —rio—. Os dejo que terminéis tranquilos. Cualquier cosa ya sabéis dónde estoy.

Señaló hacia el pasillo, mirándome. Imaginé que se refería a su despacho, pero no iba a preguntarle.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Adela.

Arqueé una ceja.

—Hola y gracias —le dije.

—Tonto —rio—. Me refiero a que es muy pronto para ti.

Sonrió.

—Es verdad. ¿Le ha pasado algo a Brian? —Fue el turno de Belén de preguntar, con el ceño ligeramente fruncido.

Ellas y Bruno eran de las pocas personas de la empresa que sabían cómo debía que distribuirme el tiempo y por qué.

—Anoche empezó a sentirse mal. Ha pasado muy mala noche y cuando he ido esta mañana a ver como estaba tenía fiebre. Al no llevarlo al colegio he podido coger el autobús directamente hasta aquí, desde la parada que está cerca de nuestro piso.

—Ay, pobre Brian —dijo Belén y curvó los labios hacia abajo.

—Cada vez escucho más casos de virus —comentó Bruno, negando con la cabeza—. Joder, pobrecito.

—No quería irme —dije pensativo—. No me gusta que mi abuelo tenga que ocuparse de Brian. No quiero que se exponga tanto entrando en su habitación, porque si él cae enfermo, con lo delicado que está…

Apreté la mandíbula.

Unas carcajadas me hicieron seguir la dirección de los sonidos y mi tensión aumentó al ver que los que se reían eran Xaira e Ismael, los dos *jefecitos*.

No me sorprendí porque antes de verlos ya intuí que eran ellos los escandalosos. Tampoco es que estuvieran exagerando, pero…

Mierda, no sabía por qué cojones sentía tanta rabia. ¿Rabia de qué? Esa mujer podía hacer con su vida lo que le diera la santa gana, siempre y cuando se mantuviera alejada de mí.

Agarré la taza con fuerza y bebí un sorbo de café, sin apartar la mirada de la *parejita*.

—Oye, Cian.

Me fastidió apartar la vista de ellos, para centrarla en Belén.

—¿Qué?

—¿Por qué no hablas con Xaira?

—¿Perdona?

Agrandé los ojos, cuando otra puñetera carcajada conjunta me hizo apretar con más fuerza la taza.

—Ya sé que no te cae bien.

—Yo no diría tanto —carraspeó Bruno.

Cuando lo miré me hizo un gesto casi imperceptible que solo entendí yo. Me pidió que me relajara y automáticamente solté la taza, agradeciéndoselo con la mirada.

—La ocasión lo merece, ¿no? —me preguntó Adela—. Sé a lo que se ha referido Belén y tiene razón.

—Exacto. Cian, Xaira es buena. No sé porque empezasteis con tal mal pie, enfrentándoos, ni porque os picáis tanto y huis del otro, sobre todo, tú, pero los tres podemos asegurar que Xaira tiene buen corazón, que es buena persona.

—Lo que están queriendo decirte con tantas vueltas… —dijo Bruno, con un tono de voz divertido—. Es que le digas a Xaira que tienes que irte porque tu hermano pequeño está malo y tu abuelo se encuentra muy delicado de salud, como para estar todo el día expuesto a tantos virus, ya que si no estás tú él tiene que cuidar a Brian.

—No me dará el día libre —susurré.

—¿Por qué lo dices tan seguro? —me preguntó Belén—. No lo sabes.

Me sonrió con cariño.

—Si Xaira conociera a Brian… —suspiró Adela—. Con lo bonito que es ella misma te empujaría para que te fueras.

—Xaira ya conoce a mi hermano.

—¿Cómo?

—¿Qué?

Preguntaron al unísono ambas, alzando la voz. Bruno no reaccionó de ninguna manera porque él era el único que lo sabía desde hacía días. Le conté lo que hizo el padre de Xaira para que los niños se llevaran bien y no estuvieran enfrentados.

A mí me pilló tan de sorpresa…

Lo último que me esperaba era que el entrenador de Brian le facilitara mi número de teléfono al padre de mi jefa. Me quedé descolocado cuando descolgué la llamada, sin conocer el número de teléfono, y escuché la explicación del hombre que se presentó y me habló con serenidad.

Y fue una grandísima sorpresa, una muy gratificante. Cuando Román, así se llama el padre de Eloy y de Xaira, aparte de más hermanos, me propuso que los niños se hicieran amigos, que los acercáramos, me pareció una gran idea que ni en sueños hubiese imaginado que sucediera de la manera que se dio.

Ese hombre me dio un toque de realidad porque uno no puede hacerse una idea preconcebida de alguien o de una familia al completo, sin conocerlos.

Acepté y fue la mejor decisión, porque cuando trajeron a Brian a casa solo tuve que ver su cara los primeros segundos, en el momento que bajó del coche de Román, para saber lo contento e ilusionado que volvía.

Fue un momento muy bonito y divertido, en el que los pequeños se prometieron que en el campo lucharían, pero sin hacerse daño. Y si sucedía, porque a veces era inevitable, después quedarían fuera del campo para comerse un helado.

Lo del helado fue cosa de mi hermano, mientras que Eloy le dijo que vale, pero que también podían comer chucherías y palomitas, para hacer las paces.

Así de simple y de inocente. Román y yo los observamos divertidos y satisfechos, antes de despedirme del hombre con un fuerte apretón de manos.

Le di las gracias por lo que había hecho y él le quitó importancia. Me comentó que si me parecía bien los pequeños volverían a quedar pronto y como no, le dije que, por supuesto. Se fue diciéndome que tuviera bien guardado su número de teléfono porque me llamaría en unos días.

También me abrió las puertas de su casa a mí, Román me repitió que podía ir cuando quisiera, que era bienvenido.

Les conté a las chicas cómo es que Xaira conocía a Brian y me escucharon con las bocas abiertas, porque eso me llevó al momento clave, al primero encuentro o enfrentamiento que tuvimos Xaira y yo, la primera vez que nos vimos en el partido de nuestros hermanos.

Entonces comprendieron a qué venía nuestra actitud tirante y esquiva, así como nuestros intercambios de palabras desde el inicio.

—Joder, qué fuerte —dijo Belén.

—Estoy alucinada —rio Adela.

—Cian, pues con más razón tienes que contarle a Xaira lo que te pasa. En cuanto sepa que Brian…

—No me dará el día libre —repetí, porque de verdad lo creía.

—Tío, ¿qué pierdes por intentarlo? —me preguntó Bruno y después señaló disimuladamente hacia la mesa donde estaban Xaira e Ismael—. Además, así la apartas de ese, que todo lo malo se pega.

Sonrió de medio lado y yo puse los ojos en blanco, porque sabía muy bien que el motivo que acababa de decir no era el verdadero por el que me pedía alejar a Xaira de Ismael.

Sacudí la cabeza.

Miré por la cristalera. Había dejado de llover con fuerza, ahora el agua caía muy fina y poca, casi ni se notaba.

Me moría de ganas de volver con mi familia, para encargarme de ella. Necesitaba estar con mi hermano y mi abuelo, para estar tranquilo. Sabía que, si no era así, igualmente mi mente estaría con ellos, por lo que no iba a centrarme en el trabajo.

Solté un suspiro y dirigí la vista hacia Xaira, preguntándome si sería posible que se pusiera de mi lado y me dijera que podía irme. No quería forzar más las cosas, si ella me decía que no, obviamente obedecería, pero podía suponer que comenzara otra guerra entre nosotros.

O quizás no, me refiero a que no la obedecería y me largaría, sin importarme su negativa.

Me froté la nuca y dejé la mano quieta ahí, pensando.

—No le des más vueltas —me pidió Belén.

La miré de reojo y después volví a observar a Xaria, directamente.

Pensé en mi hermano, en todo lo que me contó cuando regresó de la casa de su nuevo amigo, cuando nos pusimos cómodos en su cama. Me explicó que jugó mucho con Eloy, que se lo pasaron muy bien y que la madre les preparó un batido de fruta que le gustó mucho.

Me habló de que conoció a tres de sus hermanos mayores, a Kevin, a Iago y a Xaira. Eloy tuvo que repetirle sus nombres varias veces, para que los recordara. Por lo visto había otra hermana en su habitación, Lúa. Y una última, Erea, pero esta no se encontraba en la casa porque Eloy le dijo que llegaría tarde de dar clases de balé.

Debo reconocer que aproveché para hacerle algunas preguntas a mi hermano, disimuladamente, y me gustó varias de las palabras y los consejos que le dieron Xaira y Kevin, al menos de las pequeñas partes que se acordó de decirme mi hermano.

Brian me hizo un resumen perfecto de dónde vivían, de la gran verja de la entrada, de los jardines y de la zona arbolada por la que se pasaba para llegar a la casa.

Me detalló que vivían en una vivienda enorme de dos plantas, con mucho terreno alrededor. Vio una piscina, una barbacoa y zonas con tumbonas y sofás en el jardín.

Lo que no me sorprendió, después de conocer al padre que tenía Eloy, fue que Brian me dijera que su nuevo amigo no se burló de él en el campo, cuando jugaban. Ese fue el motivo por el que Brian empujó a Eloy y se dio cuenta de que se equivocó al hacerlo. Eloy se sorprendió cuando mi hermano le preguntó con sinceridad y quedó claro que fue un malentendido por parte de mi hermano.

La familia era enorme, seis hermanos, dos padres y dos perros, ni más ni menos. De estos últimos también me habló mucho Brian. Nos reímos cuando me dijo que se llamaban Timón y Pumba. Y sin pretenderlo, cuando mi hermano se durmió al final porque estaba rendido, me di cuenta de que había entrado en la familia de mi jefa.

—Deseadme suerte —les dije a mis amigos.

Tomé la decisión y me levanté de la silla, de donde cogí la cazadora.

—Ay, qué bien —se animó Adela.

Me puse la cazadora y me terminé el café.

Bruno me hizo un guiño y asintió, dándome ánimos en silencio. Belen tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Dale muchos besos a Brian y dile que esperamos que se recupere pronto —me pidió Belén.

—Lo haré —sonreí.

Me guardé el móvil en un bolsillo interno de la cazadora y me despedí de ellos, porque saliera mal o bien la conversación con Xaira, no me quedaría más tiempo en la cafetería.

Caminé entre las mesas y conforme me acercaba escuché con más claridad la voz de Xaira.

—¿Podemos hablar? —le pregunté, al pararme a su espalda.

Xaira se giró en la silla, sorprendida.

—Ismael —le dije a él, a modo de saludo.

—Cian —me correspondió de la misma manera, sumando un asentimiento de cabeza.

Una vez quedé bien, solo me centré en Xaira.

—Ya veo que estás muy bien y cómoda aquí, pero insisto ¿puedes atenderme? No te quitaré mucho tiempo, para que puedas seguir divirtiéndote.

—No estoy… ¿Qué quieres?

—Te espero fuera —le dije, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Si no sales entenderé que no te interesa lo que tengo que decirte y no se me ocurrirá nunca más hablar contigo.

Esas fueron mis últimas palabras, por el momento. Me giré y caminé hacia la puerta, de donde cogí el paraguas del paragüero. Salí a la calle tranquilamente, cerrando bien el paraguas. Ya no llovía nada.

Bueno, eso de tranquilamente era un decir.

Esperé de espaldas a la puerta, a unos pasos de ella. Me negaba a observar cómo Xaira se quedaba sentada frente a Ismael porque lo prefería a él, antes que perder el tiempo conmigo.

Cogí una bocanada de aire y al cabo de un breve tiempo, cuando pensaba que ya había pasado demasiado para que Xaira saliera, comencé a caminar por la acera.

Lo hice cabreado conmigo mismo y con todo, con un agobio impresionante y planteándome el largarme por mi cuenta.

El problema era que quería hacer las cosas bien con Xaira, al menos por esta vez, ya que lo tenía muy fácil para irme sin darle explicaciones. Solo tenía que descolgar el teléfono para llamar a Esteban, el director general, y este no me pondría ningún problema para irme.

Pero eso sería pasar por encima de ella y era lo que no quería.

—¿Te vas?

La voz y la pregunta de Xaira me hicieron pararme de golpe.

—¿No querías hablarme de algo? —insistió.

Capítulo 23



Xaira

Escuchaba a Ismael y no podía dejar de sonreír.

A pesar de que los ojos se me iban de vez en cuando a la mesa de mis amigos, Ismael estaba consiguiendo que estuviera cada vez más pendiente de él.

Era divertido y simpático, muy agradable escucharlo.

Me había llevado una sorpresa porque no me lo imaginaba como estaba mostrándose ante mí.

Iba a hablar para seguir la conversación, pero me quedé con la palabra en la boca y con los labios entreabiertos cuando escuché una voz a mi espalda. Una voz que desde hacía días reconocería en cualquier parte.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

Me giré sorprendida, porque era Cian y se dirigió a mí. Joder, se había acercado para decirme algo, cuando parecía que no existía para él.

—Ismael —le dijo Cian al jefe del Departamento de Recursos Humanos.

—Cian —le correspondió mi acompañante por un rato.

Una vez hecho ese intercambio de saludos, el que fue raro e incluso tenso, por lo que percibí, Cian bajó la mirada para encontrarse con la mía. Yo todavía no me había movido, estaba tan asombrada que no había reaccionado aún.

—Ya veo que estás muy bien y cómoda aquí, pero insisto ¿puedes atenderme? No te quitaré mucho tiempo, para que puedas seguir divirtiéndote.

—No estoy… ¿Qué quieres?

Iba a decirle que no estaba divirtiéndome. A ver, que sí, que estaba pasando un buen rato con un compañero de trabajo, pero de ahí a la diversión a la que Cian se refería…

Porque no sabía si él era consciente de lo transparente que había sido con su comentario, al menos para mí. Había pillado el significado real.

Lo dejé estar y le pregunté directamente qué quería, porque no tenía sentido que lo rectificara, diciéndole que no estaba divirtiéndome de la manera que él pensaba, por mucho que pudiera parecerlo desde fuera.

Tampoco quise hacer sentir mal a Ismael con algún comentario que pudiera ser desafortunado, sin pretenderlo, por lo que preferí quedarme callada al respecto.

—Te espero fuera —me dijo Cian.

Él ya estaba preparado, había venido con una intención clara. Llevaba puesta la cazadora que le sentaba tan bien y metió las manos en los bolsillos del pantalón, antes de volver a hablar.

—Si no sales entenderé que no te interesa lo que tengo que decirte y no se me ocurrirá nunca más hablar contigo.

¿Qué le decía? ¿Le soltaba una de las mías? ¿Me ponía a su nivel y volvíamos a enfrentarnos? Joder, con Cian todo era muy complicado y él me impulsaba a saltar al vacío, cuando no debía.

Me obligué a no moverme y a quedarme callada, lo que pareció no gustarle. Lo que él no supo fue que lo hice por él, para no empeorar nuestra situación.

Cuando se alejó de mí, después de darme la espalda, solté un suspiro despacio. Lo vi coger el paraguas del paragüero y salir a la calle. Parecía calmado, pero yo sabía que era una fachada muy bien construida.

Ya no llovía, por lo que se quedó esperándome en la calle, de espaldas a la cafetería.

Miré hacia la mesa de mis amigos y me los encontré a los tres observándome sonrientes. Elevé las cejas y Bruno me hizo un pequeño gesto con la cabeza, hacia la cristalera. Estaba claro lo que me pedía, que saliera con Cian.

Me puse bien sentada, frente a Ismael.

—Voy a salir a ver qué necesita Cian. Sé que es algo de trabajo porque si no, no me habría molestado aquí —le dije a Ismael, con una pequeña sonrisa—. Me ha encantado el rato que hemos pasado.

—Y a mí. Espero que se repita.

—Claro, aunque en otro momento que no esté con mis amigos. Soy fiel a ellos.

Le hice un guiño y rio.

—No esperaba menos de ti.

Me devolvió el guiño.

—Gracias por acercarte —me dijo mientras me levantaba de la silla.

—Por favor, no me des las gracias por eso.

Negué.

—Ve tranquila, yo en breve me voy para la oficina.

—Hasta otro momento —me despedí.

—Sí. Hasta pronto.

No me salió añadir a la despedida un beso en la mejilla. Si hubiese estado en otra situación e Ismael no fuese uno de los jefes, le habría dado el beso sin pensar porque era algo que me salía solo. Pero con él no me atreví, lo sentí forzado y actué en base a como me sentía.

Dejé la taza vacía en su mesa y fui a la de mis amigos.

—Salgo un momento a hablar con Cian, me ha pedido que…

—Tranquila —me interrumpió Belén, con una gran sonrisa.

—Hoy estás muy solicitada, ¿eh? —habló Adela—. Quién fuera tú, chica.

Rio y sonreí, pensando en que si ella supiera…

—¿Me hacéis el favor de pagarme el café con leche? En el desayuno os invito yo —les dije, mientras me ponía la chaqueta.

Lo último fue colocarme el pañuelo en el cuello, dándole varias vueltas, y colgarme el bolso cruzado.

—No digas tonterías y vete tranquila —me pidió Bruno y le sonreí.

—Gracias. Nos vemos ahora en la empresa.

Los tres asintieron y después de comprobar que tenía el móvil, caminé hacia la puerta para saber qué quería Cian.

Debía ser algo importante para que se hubiese acercado a mí, después de todo lo que me había ignorado días atrás.

Cuando salí de la cafetería me sorprendí porque se iba.

Joder, qué poca paciencia. No he tardado tanto, pensé.

—¿Te vas? —alcé la voz.

Al escucharme se paró de golpe, pero no se volvió hacia mí.

—¿De qué va? —me pregunté a mí misma, susurrando.

No lo comprendía, pero insistí. Él había dado el primer paso y yo no pensaba renunciar a dar los siguientes. Solo unos cuantos, que tampoco había que pasarse.

—¿No querías hablar conmigo?

Volví a alzar la voz, insistiendo.

Entonces sí que se giró hacia mí y me puse en tensión y en alerta al instante, cuando vi su expresión de enfadado y… algo más que no supe descifrar.

Me acerqué caminando, alejándome de la cafetería. Me quedé a menos de dos pasos de Cian, delante de él.

—¿Por qué te ibas? —le pregunté.

—Estaba pensando en largarme por mi cuenta, sin decírtelo —contestó.

Fruncí el ceño.

—¿Te vas de verdad? ¿De aquí?

—Ahora me dirás que no puedo porque eres tú la que tienes que autorizarlo.

Se cruzó de brazos.

—Pues sí. Exactamente. ¿Qué pasa? Soy tu superior.

—Ya… pero ¿sabes qué pasa? Que no te necesito para nada.

—¿Cómo? —pregunté con voz aguda.

—Ha sido un error interrumpirte con Ismael, con lo bien que estabais. Vuelve dentro con él y olvídate de que te he pedido que salgas.

Dio un paso atrás.

—Ya te he dicho no te necesito para nada, lo que significa que estaba a punto de llamar a Esteban para decirle que tengo que irme.

—No te atreverás a pasar por encima de mí, a ignorarme más —le advertí.

—¡Sorpresa! —exclamó con una sonrisa de medio lado.

—¿Eres tonto o qué te pasa? ¿Cuántos años tienes?

Me acerqué a él, señalándolo con un dedo. Me aproximé tanto que él tuvo que bajar la cabeza para continuar mirándome a los ojos y yo me vi obligada a subirla para lo mismo, para no perder el contacto visual.

Mientras tanto, la punta de mi dedo chocó con su pecho sobre el jersey y ahí la dejé.

—No me trates como si fuese idiota —susurró con un siseo.

—¡Pues no los seas, joder! —le pedí furiosa.

Bufé.

—¿No podemos hablar como dos adultos? Al menos en el trabajo.

—Todavía no estamos en horario laboral —contestó—. Ve con…

—Oh, cállate —lo corté, alzando la voz— ¿Quieres dejar de hablar de Ismael? ¿De mencionarlo? No has interrumpido nada…

—No te he preguntado. No quiero saberlo.

—…Estábamos bien, sí, pero como unos compañeros que se dan cuenta de que se caen bien. No voy a volver dentro de la cafetería con él, primero porque no quiero, segundo porque no me da la gana obedecerte, y, tercero, porque he salido para hablar contigo. Me lo has pedido y aquí estoy.

Hice una pausa para coger una bocanada de aire.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Estábamos tan cerca del otro… Joder, respirábamos uno encima del otro.

Cian fue el primero en apartar la vista, para bajarla hacia mi dedo. No había dejado de tocarle el pecho y lo aparté en ese instante, al darme cuenta. Dejé caer la mano a mi costado y di un paso atrás, para tomar distancia.

Necesitaba tener el control de la situación.

—No me has preguntado lo último que te he dicho, las explicaciones que te he dado, pero ibas a repetir el comentario, así que te lo he aclarado.

Me encogí de hombros.

—Y me da igual que no quisieras saberlo en realidad. No todo gira en torno a ti —añadí.

Entre nosotros se creó otro silencio.

—¿Vas a decirme de qué querías hablar? —le pregunté hablándole normal, calmada— ¿Qué pasa? No quiero que me ignores como jefa. Puedes hacerlo como persona fuera de la empresa, pero me tomo muy en serio mi trabajo y quiero…

—Necesito irme —me interrumpió.

—¿Puedo saber a dónde?

Me crucé de brazos.

—Al piso en el que vivo —me contestó.

—¿Por qué?

Solté un suspiro y levanté las manos, cuando no me respondió y apretó la mandíbula.

—Te pido saber el motivo como se lo pediría a cualquier otro que trabaja para mí. No es porque seas tú ni quiera cotillear sobre tu vida, esas cosas no van conmigo. Si hicieras por conocerme, aunque sea un poco…

—Mi hermano está malo.

—¿Brian? —me sorprendí.

—Solo tengo uno. —Elevó las cejas.

—Vale —suspiré.

Capítulo 24



—Claro, como tú estás acostumbrada a que tus hermanos sean tantos…

—¿Eso ha sido una especie de broma? —le pregunté.

—No.

Lo negó, pero vi el inicio de una pequeña sonrisa.

—¿Qué le pasa?

—Anoche empezó a encontrarse mal y ha pasado mala noche. Cuando he ido a verlo esta mañana tenía fiebre.

—¿No hay nadie que pueda quedarse con él? —le pregunté con suavidad.

—No tenemos padres, si es lo que estás preguntado.

—No he preguntado nada, Cian. Tu respuesta podría haber sido una vecina, por ejemplo.

—Nuestra madre murió y nuestro padre es un alcohólico que quiero bien lejos de nosotros. Por suerte lo está.

No me atreví a interrumpirlo ni a decirle la palabra que tiraba por salir de mis labios: lo siento. Sabía que Cian se enfadaría, que no consentiría que le tuviera pena ni que se la mostrara, por lo que simplemente esperé a que continuara.

Me parecía mentira que estuviese abriéndose tanto conmigo.

—A la única vecina que le dejaría a mi hermano, con la que tenemos una relación más cercana, es mayor y no voy a exponerla.

—Lo entiendo.

Asentí.

—Brian y yo vivimos con nuestro abuelo, pero…

—¿Qué?

—Que está muy delicado de salud. Está enfermo y me da miedo que coja el virus y su enfermedad empeore. Por eso quiero volver a casa, no tendría que haber salido. Necesito ocuparme de ellos y que mi abuelo se mantenga lo más alejado posible de Brian. Sé que es complicado estando en el mismo piso, pero la carga vírica no sería la misma si…

—También lo comprendo —lo interrumpí con tacto—. ¿Por qué no has empezado por todo esto? Habría sido mucho más fácil.

Su respuesta fue encogerse de hombros y mi reacción poner los ojos en blanco. Vi otro amago de sonrisa en sus labios.

—Puedes irte y si el lunes Brian todavía no se ha recuperado, o tu abuelo o tú os encontráis mal, no hace falta que vengas. Eso sí, envíame un correo electrónico al de la empresa, para avisarme e informarme.

—Gracias.

Habló sorprendido.

—No me las des. No soy tan ogro como piensas.

Negué.

—Gracias —repitió, como si no lo creyera.

Sonreí.

—Dile a Brian que por la tarde lo llamará mi hermano. En cuanto le diga a Eloy que su nuevo amigo está enfermo querrá hablar con él. Sé que mi padre tiene tu número de teléfono. —Asintió—. Yo lo puedo conseguir fácilmente, pero no quiero tenerlo si no me lo das tú.

Hice una pausa, sintiéndome muy nerviosa.

—A tu hermano le vendrá bien distraerse, pueden hacer una videollamada —añadí.

—Me parece bien.

—Vale. Pues ya está.

Durante unos segundos, o quizás fueron minutos, ninguno de los dos se movió. Nos quedamos observándonos fijamente, en silencio, mientras las personas pasaban por nuestros lados.

—Me voy —me dijo.

—Claro.

Se giró y comenzó a caminar, lo que me extrañó por la dirección que tomó.

Fruncí el ceño.

—¿A dónde vas? El aparcamiento de la empresa está en sentido contrario.

—A la parada de autobús. Llevo días sin coche —me contestó, mirándome por encima del hombro.

—Perdona, no sé porque he dado por hecho… ¿Ese es el motivo por el que siempre llegas tarde?

—Ese es el motivo por el que siempre llego más tarde lo que llegaba antes.

—¿Me puedes explicar eso? —le pedí y volvió a quedarse de cara a mí.

—Nunca entro a mi hora porque tengo que dejar a Brian en el colegio. Es imposible que llegue a tiempo, entre el tráfico y esperar a que abran las puertas del colegio. Mi hermano entra a primera hora, no dejan antes. Cuando tenía mi coche me retrasaba, pero no tanto, desde hace unos días nos movemos en autobús y es más locura aún.

Joder, con razón, me dije.

Sabía que debía haber una explicación.

—Te llevo a dónde me digas —le dije.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Que te llevo en mi coche a tu dirección.

—No.

—Joder, ¡no voy a utilizar esa información para nada! —dije a modo de queja, porque había vuelto a levantar el escudo contra mí.

—No lo he dicho por eso. —Elevó las cejas—. Te recuerdo que tu padre y tu hermano hace días que saben dónde vivimos. Muy secreto no es.

—Ah, es verdad —carraspeé—. Entonces… ¿No quieres llegar cuanto antes para estar con tu hermano?

Le di dónde más le dolía. Yo también sabía cómo jugar.

—No me cuesta nada y tú te ahorrarías ¿cuánto? ¿Veinte minutos?

—Un día como hoy, con las calles mojadas, más —dijo.

—Pues más a mi favor. No me deberás nada por llevarte a tu casa, me he ofrecido y lo haré encantada porque estoy preocupada por Brian. Y ya de paso, por tu abuelo.

—No vivo en una casa.

—Era un decir, Cian. Casa de hogar. ¿Qué más da?

Al ver que estaba pensándoselo demasiado, insistí.

—¿Qué me dices? —le pregunté.

—Si me llevas serás tú la que entres tarde al trabajo.

—Soy la jefa.

Frunció el ceño.

—Era una broma.

Bufé, divertida, y continué hablando.

—No pasa nada. Voy a escribirles a Bruno y a Belén, tenemos un grupo para comunicarnos más rápido. Les digo que hablen por mí con Esteban. Y tranquilo, les pediré que no le digan el motivo, de eso me encargo yo cuando vuelva.

—Bruno, Belén y Adela ya lo saben. No me importa que Esteban también lo sepa, me conoce muy bien.

—De acuerdo. Pues mejor.

Sonreí.

Saqué el móvil del bolso y les escribí un mensaje a los chicos, diciéndoles que iba a retrasarme para llevar a Cian a su casa. Me despedí pidiéndoles que avisaran a Esteban y guardé el móvil, para mirar a Cian.

—Ya está. ¿Vamos?

Asintió y caminamos en silencio, uno al lado del otro.

A la altura de la cafetería cruzamos a la otra acera y accedimos al aparcamiento de la empresa, yendo hacia mi plaza de estacionamiento.

—¿Este es tu coche? —me preguntó cuando lo abrí con el mando.

—¿Eso qué significa? —Arqueé una ceja.

—Tranquila, fiera.

Entrecerré los ojos y él soltó una carcajada.

No lo mostré variando mi expresión, pero sonreí por dentro al verlo reír y tranquilo. Hoy había dejado de ser un viernes cualquiera.

Abrí la puerta y me monté. Cian hizo lo mismo, en el asiento del copiloto.

—Esperaba un coche de lujo —me dijo, mientras nos poníamos los cinturones de seguridad.

—¿Por qué? —Arranqué y salí de la plaza, comenzando a circular por el aparcamiento.

—Porque eres pija.

—¿Perdona? —Jadeé, por la sorpresa— ¿Qué tengo yo de pija?

—Todo —contestó con una media sonrisa—. El que seguro que no tengo nada soy yo.

—Eso no es verdad. No me conoces.

Negué con la cabeza.

—Tengo este coche normal, he vivido muchos años sola, en un piso de grande como mi habitación y la cocina de la casa de mis padres. Pequeñito, pero muy mono y más que suficiente. Mi vida es muy tranquila y sin excesos. El dinero que gano y tengo ahorrado lo he conseguido con mi trabajo, así que me siento muy orgullosa de ello. Me sacrifiqué muchos años por los estudios y te aseguro que nadie me ha regalado nada, Cian. Tampoco lo hubiese querido.

—¿Por qué?

Noté cómo me miraba. Yo no me atreví a girar la cabeza hacia él en este momento, porque sabía que me afectaría ver y sentir la intensidad con la que me observaba. Lo notaba.

—Porque mis padres siempre nos han enseñado a mis hermanos y a mí a valorar lo importante, a esforzarnos para conseguir nuestros propios logros. Sí, ellos tienen el privilegio de vivir en una propiedad enorme, en una casa increíble rodeada de metros y metros de vegetación, pero nunca verás ni oirás a mis padres alardear de lo que poseen. No importa cuánto dinero tenga mi familia.

—Conozco un poco a tu padre y me dio esa impresión, la de que es una persona sencilla y cercana —me dijo y asentí orgullosa.

—Joder, yo pija —reí.

Lo miré de reojo para ver cómo sonreía.

—No me has dicho hacia dónde tengo que ir —le dije.

—Por ahora vas bien, hasta que te avise.

—Vale —suspiré—. ¿Es mucho si pregunto por qué llevas días sin coche? ¿Crees que puedes soportarlo?

Soltó una carcajada y esta vez fui yo la que sonreí.

—Lo tengo en el taller, pero voy a darlo de baja —me informó.

—¿Por una avería? ¿No tiene arreglo? —Fruncí el ceño, observándolo de reojo.

—Sí —contestó hablando más bajo. Miró por la ventanilla—. Llevaba una racha de averías y cada vez eran peor, hasta que ha llegado la definitiva. Tiene arreglo, pero el mecánico, un amigo, me pidió que me olvidara de ello. Me hizo el presupuesto y no me merece la pena la inversión. El coche ya tiene sus años.

—Entiendo. —Asentí—. Es mejor en invertir en uno nuevo.

—Sí, aunque no lo quiero nuevo. Pierde valor enseguida y es tirar el dinero. Al menos es mi pensamiento. Encontraré una buena oferta en la que el coche no tenga muchos años.

—Seguro que sí.

—Pero hasta que llegue toca movernos en autobús y llegar tarde al trabajo.

—Ya llegabas tarde teniendo coche. Tú mismo lo has dicho —le recordé.

—Exacto, me he referido a llegar más tarde de lo normal.

Giré la cabeza hacia él y el guiño que me hizo me dejó fuera de juego durante unos segundos.

—Gira a la izquierda —me pidió al cabo de un rato.

Eso mismo hice y cambiamos de dirección. Había muchos vehículos circulando, por lo que nos llevó más tiempo del normal llegar frente al edificio en el que vivía Cian. Según me dijo él, a lo del tiempo me refiero.

Capítulo 25



Aparqué en el primer hueco que encontré.

—Cian…

—¿Sí?

—Lo siento.

—¿Qué…? ¿Por qué? —Frunció el ceño.

No me pasó desapercibido que se puso en tensión, como si esperara oír algo que no iba a gustarle. Tampoco era para tanto lo que iba a decirle, solo un poco de información.

—Creo que mi hermana Lúa contagió a Brian el día que estuvo en nuestra casa. Ella llegó al mediodía encontrándose mal y, aunque se encerró en su habitación después de comer, supongo que los virus se quedaron por la casa —suspiré.

—Han pasado días desde eso.

Volví a mirarlo y me sorprendió ver una sonrisa en sus labios, tan bonita y que tan bien le quedaba.

—Brian puede haber estado incubando el virus, hasta que le ha salido.

—No pasa nada, Xaira. Estas cosas pasan. Si no hubiera sido en tu casa se habría contagiado en el colegio. Es hablar por hablar porque no lo sabemos, lo mismo sí que ha cogido el virus en el colegio.

—Tienes razón, pero me siento mal.

—Pues no lo hagas, no tiene sentido ni merece la pena.

Se encogió de hombros y volvió a hablar.

—Los virus son así y por si no te has dado cuenta, yo puedo habértelo pasado ya a ti. Debo tener muchos bichos de esos del virus danzando por mi cuerpo.

—¿Bichos?

Reí.

—Ya me has entendido.

Sonreí.

—Sí. Poco podemos hacer contra esos bichos. ¿No? —le dije divertida.

—Así es, solo cagarnos en ellos y esperar a no ponernos muy malos.

Me hizo otro guiño y algo dentro de mí dio un vuelco.

—¿Alguno más de tu familia se ha puesto malo? —me preguntó.

—Por ahora no. Mi madre ha tenido a mi hermana casi en aislamiento —comenté con diversión.

—Tal vez Lúa enfermó por otra cosa. Por cierto, ¿cómo está?

—Lo que fuese lo cogió fuerte o era muy agresivo, porque todavía está recuperándose. Pero se encuentra mucho mejor, ya solo le dan décimas, aunque se siente débil. Trabaja desde casa. Gracias por preguntar.

Asintió.

—Bueno, me voy —me dijo.

—Claro. Que vaya bien y no te preocupes por nada, olvídate del trabajo.

—Gracias, Xaira —susurró, con la voz más grave de lo normal.

Sonreí.

—No hay de qué. —Asentí.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas.

—¿Y si…? —comencé a preguntar, pero me callé.

Conseguí frenar un impulso provocado por un pensamiento loco.

—¿Qué? —me preguntó.

—Nada.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué ibas a decir? —insistió.

—Iba de decirte que quería ver a Brian, pero eso sería ya demasiado.

Negué.

—En cualquier otro momento te diría que sí.

Sus palabras me sorprendieron, porque me esperaba una negativa.

—Pero ahora no voy a hacerlo —continuó—. Si subes tienes muchas posibilidades de ponerte mal y ya bastante has tenido con estar cerca de mí.

—Lo mismo soy inmune, si Lúa tuvo lo mismo que Brian.

—Tal vez, pero no quiero arriesgarme —dijo serio.

Hice una respiración profunda sabiendo que no iba a conseguir nada de él.

—Está bien. Gracias.

—Puedes hablar con él cuando se llamen nuestros hermanos.

—Sí.

Sonreí.

—Hasta pronto, Xaira.

—Hasta pronto, Cian.

Nada más pronunciar su nombre abrió la puerta y se bajó del coche. Noté el vacío que dejó como un peso aplastante y me pregunté cómo era posible. ¿Qué tenía Cian para que me afectara tanto?

Precisamente la ausencia que sentí, la que anticipé antes de que se fuera, fue el motivo por el que había querido alargar el tiempo a su lado. Con virus incluido.

Cian caminó con pasos firmes y rápidos hacia la entrada del edificio. Abrió la puerta con la llave y, antes de entrar, se giró hacia mí. Fue tan breve que no me dio tiempo a levantar una mano.

Entró y despareció tras la puerta, cuando esta se cerró.

Me quedé dentro del coche, mirando el edificio, por no sé cuánto tiempo. Pensé, pensé mucho, siendo Cian el protagonista de cada uno de mis pensamientos, aunque algunos de esos pensamientos derivaran en cualquier persona el continuaba estando presente.

El sonido de una llamada me sobresaltó. Busqué el móvil dentro del bolso y sonreí al ver que mi amiga Emma estaba llamándome. La echaba muchísimo de menos.

—Hola, preciosa —la saludé al descolgar.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va todo?

—Tengo cositas que contarte —le dije.

—¿De las que me gustan o de las que me duermen?

Solté una carcajada.

Arranqué y maniobré para salir del aparcamiento. Me incorporé a la carretera y tomé la dirección de la empresa.

—De las primeras, de las que te gustan.

—Pues ya puedes empezar.

—Vas a tener que esperar hasta esta tarde.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¿Y para qué me dices nada?

—Para tenerte entretenida pensando —reí—. Ahora no puedo, porque quiero que hablemos tranquilamente. He tenido una mañana movidita.

—Pero si acaba de empezar. Ah, no, perdona, que tú te levantas a unas horas prohibidas para correr.

Volví a reír.

—Para tu información hoy no, me he quedado en la cama.

—Joder, ¿te encuentras bien?

—Que yo sepa sí —sonreí—. Me he despertado a la hora de siempre, pero estaba tronando y no me ha apetecido salir para mojarme. Al final ha comenzado a llover cuando he llegado a la cafetería de enfrente del trabajo, me he librado por los pelos. ¿Cómo se te presenta el día?

—Aburrido —suspiró.

—¿Y la noche? ¿Has quedado?

—No quería, pero al final no sé cómo me ha convencido Jon —rio—. He quedado con él que iré a su bar, cuando llegue estará conmigo.

—Guay. Me gustaría mucho estar con vosotros, os echo de menos.

Emma me acompañó al teléfono durante más de medio trayecto. Nos despedimos quedando para el día siguiente, el sábado, para volver a tener otra sesión de sofá, palomitas, película o serie, o tal vez viésemos una película y algún capítulo o varios de la serie que nos gustaba.

Antes de colgar me dijo que le deseara mucha suerte a mi hermana Erea, para la exhibición de patinaje. Le prometí a Emma que la llamaría por videollamada, en un momento en el que estuviéramos los seis hermanos juntos.

También le comenté que le enviaría las grabaciones que hiciera de la pista de hielo, de los momentos más bonitos, al igual que la actuación completa de mi hermana. Colgó la ilusionada.

Tardé bastante en llegar al aparcamiento de la empresa, el tráfico era una locura. Cuando estacioné en mi plaza llovía de nuevo, así que me bajé y corrí hacia la protección de la entrada.

No tenía paraguas en el coche y, a pesar del día como estaba desde que me desperté, se me olvidó cogerlo del armario de mi habitación.

Saludé a Adela desde la distancia, para no retrasarme más.

—En unos minutos te llevo un café con leche —me dijo alzando la voz.

—¡Eres la mejor!

—Lo sé.

Reímos.

Subí en el ascensor, a que esta hora lo encontré vacío en la planta baja. Al llegar a la mía fui directa a mi despacho, saludando a mi equipo de departamento.

Al caminar por el pasillo central pasé entre las mesas de Belén y Bruno, las últimas antes de llegar a mi despacho.

La silla de Bruno estaba vacía, Belén me recibió con una gran sonrisa.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó.

—Bien —sonreí—. Muy bien, la verdad.

Amplié la sonrisa.

—Se nota —me dijo con un guiño—. ¿A que hoy es un día maravilloso?

—Sí.

—¡Lo sabía!

Rio levantando los brazos y me contagió las risas.

—No sé qué sabes —carraspeé en plan broma.

—Hazte la tonta, jefa, pero si aceptas un consejo, se te da fatal.

Volvimos a reír.

—¿Y Bruno?

—Con Esteban, lo ha llamado a su despacho.

Asentí.

—¿Le habéis contado lo que ha pasado y que yo llegaría tarde?

—Sí, tranquila —me confirmó.

Sonrió.

—¿Qué ha dicho? —me interesé.

—¿Esteban?

—Sí. Vamos a mi despacho —le pedí.

Cuando Belén entró detrás de mí y cerró la puerta volvimos a hablar.

—Espero que Esteban no se haya molestado porque faltáramos Cian y yo.

—Tú estás aquí.

—Pero no a primera hora.

—Lo que a Esteban le da exactamente igual, te lo aseguro. No es así con todo el mundo, solo con quien tiene su confianza.

—Yo soy nueva, por así decirlo.

Fui hacia el armario, donde guardé el bolso y el abrigo. El pañuelo me lo dejé en el cuello y cogí el móvil del bolso, antes de cerrar la puerta del armario.

Me dirigí a la mesa y dejé encima el teléfono.

—¿Tienes frío?

—Ahora mismo un poco.

—¿Sabes que puedes regular la temperatura de aquí? En todos los despachos.

—No tenía ni idea.

Mire las paredes, pero ya sabía que no había ningún termostato para la calefacción.

—No vas a encontrarlo —me dijo riendo.

—Ya…

—Pensaba que Esteban te lo había dicho, se le pasaría. Mira.

Caminó hacia una de las paredes laterales y se paró frente a un cuadro. Eso pensé que era, hasta que Belén partió la imagen en dos al abrir las puertas pequeñas de lo que era un armario de llaves. Ahí estaba el termostato.

—Joder, qué bien escondido —dije sorprendida.

Me acerqué y subí la temperatura, hasta que entrara en calor.

Belén se quedó un rato conmigo, las dos sentadas con la mesa entre nosotras. Los primeros minutos estuvimos hablando de Cian, pero después nos pusimos a trabajar.

Adela apareció en mi despacho con mi café con leche y le preguntó a Belén si quería uno, que no le importaba ir a por otro.

—No te preocupes, cariño —le dijo Belén—. Te lo agradezco, pero me espero al desayuno.

Adela se fue y Belén y yo continuamos hablando de trabajo, con algunos silencios mientras revisábamos la información de varias carpetas.

Bruno se nos unió al cabo de un rato.

Capítulo 26



—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté a Kevin.

—A que son las dos del viernes y tengo hambre. ¿Te parece poco?

Habló con diversión.

—Hoy has llegado a casa más pronto de lo normal.

—Porque soy un chico listo y me he escabullido —rio.

—Pues sigue siéndolo y no me esperes para comer.

—Va, que estoy de broma. Claro que te espero, pero ¡sal ya!

Reí.

—Joder, me has pillado recogiendo. Ya mismo estoy de camino.

—Erea llegará después de comer, para estar descansada para lo de mañana, así que necesita a sus hermanos mayores. A ver si hemos acabado de comer para entonces.

—Si vamos con retraso creo que podrá esperar unos minutos —dije divertida.

—Va, te cuelgo para que no te retrases. Ten cuidado.

—Vale. Hasta ahora.

—Hasta ahora, cariño.

Colgué la llamada y negué con la cabeza, sonriendo.

Era cierto que mi hermano me había pillado recogiendo, de hecho, ya había terminado. Tenía la mesa libre de papeles y carpetas, y el ordenador apagado.

Me levanté de la silla con el móvil en una mano y fui hacia el armario. Guardé el móvil, me puse la chaqueta, el pañuelo y me colgué el bolso, para ir a la puerta. El termostato ya hacía horas que lo puse como estaba al principio, por lo que salí del despacho.

Cerré con llave y me acerqué a las mesas de Bruno y Belén.

—¿Al final vais a salir esta tarde-noche con Adela?

Durante el desayuno volvieron a sacar el tema de coger la costumbre de quedar un día al final de la semana, para salir. Al final no sabía cómo habían quedado.

—Lo hemos dejado para cuando tú puedas —me contestó Bruno.

—Sí. No hay prisa —comentó Belén.

Se encogió de hombros.

—Gracias, pero no hacía falta que me esperarais.

Sonreí.

—Claro que sí, jefa —dijo Bruno.

Me hizo un guiño.

—Que tengáis un buen fin de semana —les deseé.

—Igualmente —me habló animada Belén—. Y que a tu hermana le vaya genial en la pista de patinaje.

—Joder, es verdad. Mucha suerte —añadió Bruno.

—Gracias, chicos. Me voy ya que mi hermano ya ha llegado a casa y está un poco desesperado —comenté con humor.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Belén.

—Mi mellizo.

—Qué pasada —suspiró.

Solté una carcajada.

Terminé de despedirme de ellos con un beso que me devolvieron y fui hacia el ascensor, despidiéndome también de todos los trabajadores y compañeros que me encontré al recorrer el pasillo central.

Una vez montada en el coche me llevó unos doce minutos llegar a casa. Me paré frente a la verja y esperé a que se abriera despacio. Timón y Pumba ya me esperaban para recibirme y saludarme, y para acompañarme hasta el garaje. Corrieron a los lados del coche.

Al bajarme les di su ración de mimos, con abrazos y besos, y fuimos del garaje a la casa. En cuanto cerré la puerta del garaje se separaron de mí, para adelantarse. Entraron en la cocina.

—Ya estoy aquí —dije en alto para que Kevin me escuchara, antes de verme.

Sabía que estaba en la cocina, como cada mediodía. Por eso Timón y Pumba habían ido, abriéndome el camino. Kevin salía media hora antes que yo de su trabajo, aparte de que tardaba menos que en ir y venir.

—Ho…

No llegué a saludarlo, porque me quedé sin palabras y con los ojos abiertos al máximo, por la sorpresa.

—¿Qué…? No me lo puedo creer. ¿Qué haces aquí? —grité de felicidad.

—Joder, menudo recibimiento —dijo con diversión mi amiga Emma.

Estaba sentada a la mesa de la cocina y se levantó despacio, con los ojos nublados por las lágrimas.

—¡Em!

Corrí hasta ella. Ambas corrimos para encontrarnos a la mitad del camino. Nos abrazamos con fuerza y comenzamos a saltar y a reír, en el centro de la cocina.

Kevin, apoyado en la encimera con los brazos cruzados, nos observaba sonriendo. Timón y Pumba nos rodeaban a Emma y a mí, saltando felices y ladrando.

—¡Qué fuerte! Hemos hablado esta mañana y me has dicho que esta noche habías quedado con Jon, en su bar —dije riendo.

—Ya estaba aquí. Iba en el coche con tu hermano, ha venido a recogerme al aeropuerto.

Señaló a Kevin y lo miré asombrada, por todo lo que había callado mi hermano. Aunque todavía no sabía hasta qué punto era cierto.

—He tenido el día libre para no dejarla sola —me contó Kevin.

—Gracias —le dije emocionada.

Él me hizo un guiño.

—Xai —me llamó Emma.

—Qué fuerte —repetí y reí de nuevo, abrazándola otra vez.

Necesitaba tocarla para creerme que era verdad.

—Xai —repitió.

—¿Qué? —le pregunté separándome.

La miré de arriba abajo, estaba preciosa y con un brillo especial en la mirada.

—Quiero enseñarte algo.

—Claro.

—Id tranquilas, a la comida aún le quedan unos minutos —nos dijo mi hermano.

Le lancé un beso con la mano y lo dejamos en la cocina, con Timón y Pumba.

Emma me agarró de una mano y tiró de mí. La miré divertida y alucinada.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—A la habitación que me ha dado tu hermano. Está muy cerca de la tuya.

Sonrió y le devolví la sonrisa.

—Aún no me creo que estés aquí. Joder, qué sorpresa.

—Comiendo te cuento como ha ido todo. Yo tampoco termino de creérmelo —rio—. Mañana estaré apoyando en persona, en la pista de patinaje, a Erea.

—¡Es verdad! Ya verás cuando te vea hoy.

Nos paramos frente a una puerta que estaba muy cerca de mi habitación, como me había dicho.

—Ya están vacías, me ha cundido el tiempo desde que llegué, pero mira —me pidió.

La observé con curiosidad.

Abrió la puerta de la que sería su habitación por el tiempo que quisiera y señaló hacia un lateral. Allí vi las cuatro maletas grandes y varias mochilas de viaje que me hicieron agrandar los ojos, por la sorpresa.

—¿No has venido para el fin de semana? —le pregunté, mirándola a los ojos.

—No.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Qué tal, toda la vida.

Solté un jadeo por la impresión y me llevé una mano al pecho.

—¿Cómo? —grité.

—He venido para quedarme, Xai. No me voy más, a no ser que sea de viaje por vacaciones, claro.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Sí.

Se frotó las manos, nerviosa.

—¿Qué te parece? —me preguntó intranquila.

—¿En serio, Em? ¿Qué qué me parece? Por Dios, se me va a salir el corazón del pecho.

Reí.

La abracé fuerte y sin dejar de reír, comencé también a llorar.

—Joder, me parece tan increíble. No sabes lo feliz que estoy.

Me separé, agarrándole la cara con las manos.

—Cariño —susurré—. Madre mía, no vamos a separarnos más. Estoy flipando.

—Y yo —lloró Emma—. Ha sido todo gracias a tu hermano, me lo ha facilitado todo. Yo solo he tenido que hacer las maletas —Hipó—. Aunque no he podido traérmelo todo.

—No te preocupes, iremos con mi coche para hacerlo todo de un viaje.

—Vale —sonrió.

—Vamos —le pedí con urgencia.

Esta vez fui yo la que tiré de ella para ir hacia la escalera y a la cocina, para que Kevin me lo contara todo. Necesitaba escuchar a mi hermano, con urgencia.

—¡Kevin! —lo llamé al entrar en la cocina.

Él se giró hacia mí con un cucharon en la mano. Fui corriendo hacia él y lo abracé, apoyando la cara en su pecho. Mi hermano me correspondió al abrazo al instante.

—Gracias. Gracias. Gracias —susurré, muy emocionada.

—Sabes que eso sobra entre nosotros.

Me dio un beso en la cabeza.

—Quiero saberlo todo —le pedí riendo, mirándolos a los dos cuando me separé de mi hermano.

—Ahora, pero antes…

Señaló la olla de la comida y asentí. Emma y yo pusimos la mesa de la cocina y Kevin sirvió la comida en los platos.

—¿Timón y Pumba? —pregunté.

—Comiendo y después a su rollo.

—¿Y mamá? —continué.

—En la organización, con su amiga Rocío.

—Ay, es verdad. Me lo dijo hace unos días —comenté al acordarme.

—Sí.

La organización era una benéfica a la que mi madre y su amiga iban a menudo, aparte de que hacían donaciones y también galas, de tanto en tanto, para recaudar fondos.

Cuando iban estaban allí el día completo.

Nos sentamos a la mesa, con los platos delante.

—¿Lúa no está? —me extrañó.

—Sí, pero trabajando en su habitación. Tenía una reunión, por eso no te he dicho que estaba, para que no fueses.

—Ah, vale. ¿Ya ha comido?

—Ha terminado cuando yo comenzaba a preparar nuestra comida. Ella no podía esperar por lo de la reunión y ha comido el guiso que sobró de ayer. —Asentí—. Se ha disculpado por no hacernos la comida, pero no le daba tiempo.

Sonreí negando.

—Bueno, contádmelo todo —les pedí.

—Ya te he dicho que he venido para quedarme —empezó Emma—. Lógicamente no aquí, en esta casa —sonrió un poco ruborizada—. Estaré un tiempo, pero después buscaré un piso de alquiler.

—No hay prisa, Emma —le aseguró mi hermano y lo miré con cariño—. Ya te he dicho que te lo tomes con calma y mis padres te dirán lo mismo.

—Gracias.

—Yo también voy a quedarme una temporada aquí —dije.

Reímos.

—Kevin tiene razón. —Le agarré una mano por encima de la mesa —. Estás en tu casa, así que sin presión.

—Parad que estoy a nada de no poder parar de llorar —rio nerviosa.

Kevin y yo sonreímos.

—¿Y tu trabajo? —me interesé—. No querías dejarlo, a pesar de que no era lo mejor que podías conseguir.

—Tengo un nuevo trabajo, en esta ciudad.

Agrandé los ojos.

—¿Qué me dices? ¿Dónde? ¿Y cuándo y cómo lo has encontrado?

—Dónde, en la empresa de tu hermano. Esto responde también al cómo —sonrió mirando a Kevin.

Yo también miré a mi hermano, aún más alucinada.

Qué callado había estado, porque la conversación sobre Emma y su trabajo, la de encontrarle un trabajo aquí para que se viniera, giró en torno a mí y mi empresa. En ningún momento Kevin hizo algún comentario al respecto, lo que no quiso decir que no lo pensara y comenzara a trabajar en ello.

—Fue hace tres días —siguió hablando Emma—. Me llamó para decirme que en su empresa estaba el puesto de trabajo perfecto para mí. Me habló del sueldo y del horario, pero eso me dio igual porque se me abrieron las puertas y las ventanas —rio— a la posibilidad de venir aquí, contigo.

—Joder…

—Sí. Así que tu hermano es el responsable de que haya venido con lo poco que tengo y de que me quede a vivir para empezar una nueva vida.

—Madre mía —susurré.

Me retiré la humedad de la cara, no me había dado cuenta cuando había comenzado a llorar.

Me levanté de la silla haciendo un puchero y Kevin retiró su silla, para que me sentara en sus piernas. Fue exactamente lo que hice, para abrazarlo con fuerza.

—Gracias —tuve la necesidad de decirle otra vez, haciendo fuerza con los brazos en su cuello.

—Ya puedes estar tranquila —me susurró al oído—. La tienes aquí, para siempre.

Me dio un beso en la cabeza y cerré los ojos. Así permanecimos durante un tiempo, sin importarnos la comida. Emma no nos interrumpió, podía escucharla llorar contenida.

—Hay más —dijo al cabo de un rato.

Al oírla me senté recta en las piernas de Kevin y la miré.

—Jon llega mañana, sobre las dos. Lo sabe todo, que ya no vuelvo.

Agrandé los ojos.

—¿De verdad?

—Sí. Quería acompañarme hoy, pero tenía pendiente hacer unos trámites del bar y no ha podido. Por eso viaja mañana. Se quedará unos días en la ciudad.

Sonrió de oreja a oreja.

—Joder. Voy a teneros a los dos conmigo —dije sobrepasada.

Solté una carcajada que los hizo reír también.

—Jon también se queda aquí —dije girándome hacia mi hermano.

Él levantó las manos a los lados, pero con una sonrisa pícara. Kevin y Jon se conocían, como no, de todo lo que yo les contaba a ambos y de las veces que mi hermano viajó para verme y se quedaba en mi piso.

Me incorporé y regresé a mi silla, al lado de Emma. Apoyé la cabeza en su hombro, olvidándome de nuevo de la comida. No tenía hambre con tantas emociones.

Capítulo 27



—No podemos salir todavía —le dije a Emma.

—Adoro a tu familia —rio sin alzar la voz.

Sonreí.

Estábamos en mi habitación, sentadas en la cama con las piernas estiradas y las espaldas apoyadas en el cabecero.

Miré la hora en el móvil que tenía en la mesita de noche, eran las nueve de la mañana.

Hoy tampoco había salido a correr y en esta ocasión no podía echarles la culpa a los truenos o a un temporal, por primera vez en mucho tiempo no me había apetecido moverme de la cama para madrugar un sábado.

Lo primero que había hecho Emma había sido tocarme la frente y palparme la cara, mientras me repetía que estaba mala, que debía tener fiebre.

No pude parar de reír, hasta que dejó de tocarme.

—¿Jon te ha escrito? —me preguntó.

—Sí. Hace media hora, iba para el aeropuerto.

—Guay. Yo me he dejado el teléfono en la habitación. ¿Tú crees que si salimos nos arrollarán en el pasillo?

Solté una carcajada.

En la casa de mis padres todo estaba patas arriba. Y todo, es todo, incluso mi familia.

Se escuchaban ir de un lado al otro por el pasillo, así como los gritos desde una punta a otra, pero no gritos de enfado, sino nerviosos y apresurados.

Emma y yo ya estábamos arregladas para irnos, lo único que nos faltaba era calzarnos cuando dejáramos la cama.

A pesar de todo, todavía quedaba media hora para irnos hacia la pista de patinaje. Erea estaba librándose del caos que había en la casa porque estaba en la pista. Ya había pasado una hora desde que una de sus compañeras y amiga vino a recogerla con su madre.

Aunque mi hermana estaba pasando por los peores nervios.

La tarde anterior estuvo cargada de muchos sentimientos y emociones. Comenzamos con la sorpresa de Emma, la que se fueron encontrando mis hermanos conforme llegaron a casa. Los únicos que sabían de su llegada eran nuestros padres, desde el principio, al igual que todo lo que había hecho Kevin.

Después saltamos a la noticia del viaje de Jon, al que todos apreciaban mucho y conocían de una manera u otra. Y, por último, nos centramos en Erea y en su exhibición.

Hablé con mi hermano pequeño para contarle que su amigo Brian estaba malo. Tuve que frenarlo para que lo llamara un poco más tarde. Lo hizo, claro que sí, hablaron y se vieron en una videollamada que le hizo Eloy. Todos los hermanos y Emma aparecimos en la pantalla, para saludar a Brian y para desearle que se recuperase pronto.

El pequeño se emocionó y le hizo ilusión ver a tanta gente. Es que éramos un montón, porque también se sumaron nuestros padres y Timón y Pumba. Conseguimos hacer reír a Brian, a pesar de que se notaba que tenía fiebre y que se esforzaba para poner buena cara.

Y cuando apareció Cian en pantalla a mí me empezó a temblar todo. Lo vi guapísimo, mi hermana Lúa no se cortó a la hora de piropearlo, y es que la sudadera que llevaba y el pelo despeinado le sentaban de maravilla. No supe si en algún momento me buscó con la mirada, a través de la cámara no pude diferenciarlo, pero pensé que no, por mi paz mental.

Los adultos nos retiramos y dejamos a los pequeños hablar de sus cosas. Eloy subió a su habitación con la videollamada activa, mientras lo escuchábamos decirle a Brian que quería presentarle a sus amigos Teo y Oliver. Sus voces se perdieron en la planta superior.

Entre todas esas emociones, sumadas a que la exhibición de patinaje artístico cada vez se acercaba más, mi hermana pequeña no había conseguido dormir casi nada. Los nervios la habían mantenido despierta durante gran parte de la noche. Lo sabía porque vino a mi cama.

En ese momento…

—¿Xai? ¿Estás despierta? —me preguntó desde la puerta, hablando muy bajo.

Me pilló que estaba quedándome dormida, por lo que la invité a entrar.

—No. Ven aquí.

Di varios golpecitos en la cama y Erea caminó rápido y se metió debajo de la ropa, de lado y de cara a mí.

Encendí la tenue luz de la lamparita de la mesita de noche.

—¿Estás nerviosa o no te encuentras bien?

—Son nervios. Estoy cansada de dar vueltas —susurró.

Busqué su mano por debajo de la sábana y se la agarré.

—Mañana lo harás muy bien, como siempre, dando lo mejor de ti, cariño. Intenta controlar los nervios para ir descansada.

—Ya me he tomado una infusión y varias gominolas para dormir, pero no consigo quedarme dormida ni que los nervios aflojen. Y estoy cansada —suspiró.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a apagar la luz y tú tienes que cerrar los ojos. ¿Vale?

Asintió.

Estiré el brazo para apagar la lamparita y cuando volví a la posición, comencé a acariciarle la cara y el pelo, sin soltarle la mano.

—No tienes que preocuparte por nada cariño —le hablé en un tono que esperé que fuese relajado y tranquilo—. Sé que lo vas a hacer genial. A mí me da que estás más nerviosa de lo normal porque Daniel estará viéndote. Seguro que sí, pero es lógico.

Continué hablando, contándole lo feliz que me sentía por todos los cambios que estaba viviendo. Hablé más para mí que para mi hermana, porque ella no escuchó una gran parte de lo que dije.

Conseguí que se quedara dormida. Esa fue la primera vez de varias durante la noche.

—Parece que se han calmado —me dijo Emma, sacándome de mis recuerdos.

—Sí. No se oye nada —comenté y agrandé los ojos—. ¡A que se han ido sin nosotras!

—¿Qué dices? ¿Cómo se van a olvidar o a no darse cuenta de que faltamos? —me preguntó sorprendida.

Solté una carcajada, mientras me levantaba de la cama. Emma hizo lo mismo y nos calzamos. También cogimos las chaquetas y los bolsos.

—A nuestro padre le pasó una vez, cuando Eloy tenía dos años —le conté, caminando hacia la puerta.

—Joder —rio.

—Salió de casa tan alterado y agobiado, que hasta la mitad del camino no se dio cuenta de que faltábamos Kevin y yo, los mayores.

—Madre mía, nada más y nada menos que dos hijos.

Reímos.

—Por suerte la mitad del camino era el de casa, no del trayecto. No llegó hasta la verja —sonreí—. Si no le habría dado algo a mi padre. Después estuvo años pasando lista cada vez que nos montábamos en el coche.

—No me extraña, se quedaría traumatizado.

Asentí.

Salimos al pasillo y efectivamente, no había nadie ni se escuchaba nada. Emma fue un momento a su habitación, para coger el móvil, y bajamos las escaleras.

Nos dimos cuenta enseguida que no se habían ido sin nosotras. Los encontramos en el salón, esperándonos. Mi amiga y yo nos colocamos las chaquetas y los bolsos y seguimos a todos hacia la entrada principal.

Timón y Pumba nos esperaban junto a los coches y ladraron al vernos. Recibieron caricias de todos, antes de dividirnos en dos coches. En el que conducía mi padre se montó mi madre, Iago y Lúa. Ella todavía no estaba recuperada, le fallaban las fuerzas porque el virus se las había llevado todas, pero no quería perderse por nada la exhibición de Erea.

En el coche de Kevin nos montamos Emma, Eloy y yo. Mi hermano pequeño estaba muy nervioso por Erea, al mismo tiempo que mientras hablaba con Emma sobre el patinaje artístico, se notaba el orgullo que sentía por su hermana.

Salimos de la propiedad para ir hacia la dirección de la pista de hielo, que tal y como nos dijo Kevin, estaba a unos quince minutos en un día de tráfico normal. Por suerte fue lo que encontramos.

Antes de llegar saqué el móvil del bolso, para entretenerme, pero cuando desbloqueé la pantalla y vi una notificación de un correo electrónico del trabajo, el corazón me dio un vuelco al ver que me lo había enviado Cian. Me había escrito.

De: Cian Álvarez
Para: Xaira Figueroa.

Buenos días, jefa.

He pensado que te gustaría saber el parte de cómo van los bichos en mi casa y en mi familia.

Te informo de que mi hermano continúa como lo viste ayer por la tarde en la videollamada. Le mantengo la fiebre controlada, pero aguanta muy poco sin tener.

A mi abuelo lo aislé en cuanto llegué al piso. Bueno, lo de aislar es un decir porque se me escapa a veces para hablarle desde el pasillo a Brian. Mi hermano tampoco quiere que se acerque para que no se ponga malo.

Y así estamos, por ahora mi abuelo bien, mi hermano recuperándose, aunque no veo ningún cambio, y yo, pues al frente del piso, de los bichos y encargándome de los dos. Espero no caer.

Seguiré actualizándote la información.

P.D. Gracias, porque ayer hicisteis muy feliz a mi hermano. La sonrisa no se le borró hasta bastante tiempo después de colgar, a pesar de que no se encontraba nada bien. Ah, se me olvidaba, ayer estabas muy guapa en la videollamada, jefa, aunque seguías pareciendo pija.

Solté una carcajada y lo releí, sonriendo, pero también sonrojada por el piropo. Las pulsaciones se me dispararon.

Capítulo 28



—¿Qué estoy perdiéndome? —me preguntó Kevin.

—¿Qué?

Giré la cabeza hacia él. Mi hermano continuó mirando hacia la carretera.

—Que debo estar perdiéndome algo porque no tengo ni idea de por quién sonríes de esa manera.

—¿De qué manera? —le pregunté divertida, feliz.

—No vas a jugar a eso conmigo —comentó divertido—. Lo sabes de sobra, tienes una cara de felicidad…

Me miró de reojo y volví a reír.

—Cian me ha escrito —dije bajando la voz.

Mientras comíamos les expliqué a él y a Emma todo lo que me había pasado con Cian. Mi amiga ya estaba informada de quién era él.

Emma y Eloy hablaban en los asientos de atrás, en este momento de los partidos de mi hermano.

—Te ha escrito —dijo Kevin, sonriendo de medio lado—. ¿Y qué te dice?

—Eres un cotilla —reí.

—Soy protector. Por eso necesito saberlo, por si tengo que ir a por Cian.

—También eres muy tonto.

—De nacimiento, como mi melliza.

Soltamos una carcajada.

—Le pedí que me escribiera al correo de la empresa el lunes, pero se ha adelantado para pasarme el parte médico. Me ha dicho que por ahora siguen igual, Brian sin remontar, pero sin empeorar, su abuelo bien y él también. A ver si no cogen el virus, sobre todo, su abuelo.

Hice una mueca.

—Esperemos que no. —Asintió.

A Kevin y a Emma también les había contado que el abuelo de Cian y Brian estaba muy delicado de salud, lo que fue el motivo principal por el Cian quiso volver a su piso, para encargarse de su familia.

—En unos minutos estamos, aprovecha y contéstale antes de llegar —me pidió—. Lo estás deseando

Asentí con una gran sonrisa y me centré en el teléfono. Le di a responder.

—Hacedme un favor, ¡a ver si os modernizáis! —me dijo Emma.

Se había enterado de la conversación.

—¿Vais a hablar por correo? ¿En serio? —continuó.

Mi hermano soltó una carcajada y yo me giré hacia los asientos de atrás, para sacarle la lengua a mi amiga. Eloy rio al verme.

Le hice un guiño a mi hermano y después volví a mi móvil.

De: Xaira Figueroa
Para: Cian Álvarez

Buenos días, señor Bichos.

Pues sí, has pensado bien. Me ha hecho mucha ilusión recibir tu correo.

Dentro de lo malo me alegro de que Brian esté estable y de que tu abuelo y tú no estéis afectados. Espero que dure y aguantéis.

Acuérdate de ti, de cuidarte de la misma manera que cuidas a los demás.

También me alegro mucho de que pusiéramos contento a Brian en la videollamada, aunque estoy segura de que la mayor parte del mérito fue de mi hermano Eloy. Estuvieron horas juntos.

Mi amiga Emma acaba de reírse de mí, bueno, de nosotros, por hablar por correo electrónico. Me ha dicho que le hagamos el favor de modernizarnos. Ja, ja, ja…

Estoy en el coche de mi hermano Kevin, vamos de camino a la pista de hielo. Mi hermana pequeña, de diecisiete años, participa en una exhibición de patinaje artístico.

Es un día muy importante, asisten personas muy influyentes del mundillo del patinaje, así que Erea está un poco histérica. Sé que le irá genial una vez que las luces se apaguen, solo la pista se ilumine y la música comience a sonar. Entonces solo serán ella y la pista de hielo, como siempre que hace magia patinando.

Solo por si lo quieres y te parece bien, sino es así ignora esto. Te pongo mi número de teléfono por si te interesa modernizarte conmigo.

P.D. Ayer no parecía pija, porque nunca lo soy. Ja, ja, ja… por Dios, si llevaba puesto un pijama de nubes. Tienes muy mal concepto de mí, pero te perdono por lo que has dicho antes de lo de pija.

Lo último que tecleé fue mi número de teléfono, antes de salir de la aplicación y bloquear el móvil.

—¿Bien? —me preguntó Kevin.

—Sí —suspiré.

—Xai, ¿estás enamorada del hermano de mi amigo?

Me giré hacia mi hermano Eloy, sorprendida, y miré a Emma.

—Me ha preguntado con quién hablabas, porque sonreías mucho, y se lo he dicho —se justificó ella.

—¿Ves? Si te lo he dicho —dijo Kevin—. Te ha delatado la sonrisa.

Rio cuando le di un pequeño empujón.

—No estoy enamorada —le contesté a Eloy.

—¿Por qué?

—¿Eh? ¿Cómo qué por qué?

—Sí. ¿Por qué no estás enamorada? Cian es muy guapo, Brian me ha contado que muchas mujeres se le acercan mucho y cuando está con él, más. ¿A ti no te gusta?

—Sí, es muy guapo y claro que me gusta. Tengo ojos en la cara para reconocer quién es guapo, pero de ahí a enamorarme…

—Brian me ha contado que Cian y tú trabajáis juntos, que eres su jefa.

—Sí.

—¿Es por eso por lo que no quieres enamorarte? ¿Por qué le mandas?

—Eh, nooo… quiero decir…

—Hemos llegado —dijo Kevin.

—Joder, menos mal —susurré, sentándome bien.

Eloy se bajó rápido, olvidándose de la conversación. Se fue al coche de nuestros padres, cuando ellos bajaban del vehículo.

—Sabes que no se le va a olvidar, ¿no? —me preguntó Kevin.

—Sí. —Bufé—. Mierda, ¿cómo he llegado a hablar con Eloy de amor?

Emma soltó una carcajada desde los asientos de atrás.

—Amiga, se te nota demasiado que Cian consigue que te palpite todo, todito.

Se bajó del coche riendo y se reunió con los demás de la familia. Miré a Kevin, quien me observaba sonriendo.

—Eloy tiene razón. ¿Por qué no? —Elevó las cejas— Si quieres engañarte y decirte que Cian no te gusta, que no te pone, que no te sientes muy atraída por él, vale, pero que sepas que en un momento u otro eso te estallará.

Hizo una pausa en la que no dejamos de mirarnos.

—Está claro que sientes algo por él, hasta Eloy se ha extrañado de tus negativas. Solo hay que verte la cara cuando alguien pronuncia su nombre o habla de su hermano pequeño, Brian.

—Cian no… no estaría nunca con alguien como yo. Piensa que soy una pija y encima soy su jefa.

—Eso lo dices tú. ¿Acaso se lo has preguntado a él? Lo de estar contigo. —Arqueó una ceja—. Y si piensa que eres una pija hazle cambiar de opinión, demuéstrale quién eres en realidad.

Mi móvil sonó sobre mis piernas, varias veces, y bajé la mirada.

—Es…

—¿Qué?

—Cian. En el correo le he dicho la broma de Emma, sobre que estábamos anticuados, y le he puesto mi número de teléfono —susurré —. Acaban de llegarme unos mensajes de texto de él.

—Ahí lo tienes.

Busqué los ojos de mi hermano, por la satisfacción con la que habló.

—Suerte. Tómate tu tiempo.

Quitó la llave del contacto y me la dio. La agarré y se bajó del coche, dejándome sola, después de darme un beso en la frente.

Lo primero que hice fue memorizar el número de Cian y después leer su mensaje, nerviosa. Hacer esto era dar otro paso, porque ya no parecía que estábamos en contacto de modo profesional.

Cian: *Hola, señorita no pija. Ya ves que te he obedecido, aquí estoy.*

Sonreí.

Cian: *No podemos permitir que tu amiga, a la que espero conocer algún día para decirle unas cuantas palabras muy modernas, nos deje como antiguos.*

Reí.

Cian: *Me alegro de que te haya alegrado recibir mi mensaje, era mi intención.*

Cian: *Suena muy bien lo del patinaje, espero que le vaya muy bien la exhibición a tu hermana Erea. Que vaya muy bien y pasadlo mejor.*

Cian: *¿Qué es lo que me perdonas exactamente? No me queda claro, no me acuerdo de lo que he dicho antes de lo pija y ahora no me apetece mirarlo.*

Cian: *Por cierto, pija o no, el pijama te quedaba estupendamente.*

Nerviosa, comencé a escribirle.

Xaira: *Hola. Quién diría que eres así de obediente para todo.*

Xaira: *Gracias por no hacerme quedar mal con Emma, ahora puedo callarla antes de que me vuelva loca.*

Cian está escribiendo…

El corazón me dio un vuelco al ver ese aviso.

Cian: *Tú dime todo lo que tengo que hacer para que tu amiga te deje tranquila, porque no quiero que mi jefa se vuelva más loca. ¿Alguna queja que tenga que salir por aquí, sobre mi obediencia?*

Reí.

Xaira: *¿Más loca? ¿Me has llamado loca? Aún no sé lo obediente que eres porque no te he pedido nada directamente, en el trabajo, así que…*

Cian: *Soy todo tuyo el próximo día que vaya a trabajar. Utilízame y comprueba mi nivel de obediencia, contigo.*

Me mordí el labio inferior.

Xaira: *¿Estás seguro de lo que acabas de escribir?*

Cian: *Segurísimo. ¿Tú crees que los bichos del virus se me han metido dentro y me están haciendo desvariar?*

Reí.

Xaira: *¿Te encuentras mal?*

Cian: *Estoy genial ahora mismo.*

Xaira: *Pues entonces es poco probable que los bichos estén afectándote.*

Cian: *Yo también he llegado a la misma conclusión, debe ser otra cosa la que me está afectando.*

Xaira: *Debe ser, sí.*

Cian: *Aclárame lo que has dicho de que me perdonas.*

Xaira: *Sabes muy bien porque lo he dicho.*

Cian: *No lo tengo muy claro y no querría sacar las cosas de contexto.*

Xaira: *Te he dicho que te perdono lo de pija por lo que has escrito antes.*

Cian: *¿Qué es…?*

Xaira: *¿En serio? Míralo en tu correo. Ja, ja, ja…*

Cian: *Si me lo dices tú no tengo que molestarme en hacer esfuerzos innecesarios.*

Xaira: ¿*A mover los dedos para escribir le dices esfuerzos innecesarios? Porque, por si no te has dado cuenta, llevas un rato sin dejar de moverlos.*

Cian: *¡Qué va! Es mi abuelo el que está escribiendo, yo solo le digo lo que tiene que poner.*

Xaira: *¡¿Qué dices?! Estás de broma, ¿no?*

Cian: *Joder, ahora quiero ver tu cara. Ja, ja, ja… Claro que es broma.*

Xaira: *Eres…*

Cian: *irresistible, lo sé. Ja, ja, ja…*

Xaira: *Tengo que irme. Mi familia hace rato que ha entrado a la pista de hielo, las exhibiciones están a punto de comenzar.*

Cian: *De acuerdo. Que le vaya muy bien a tu hermana.*

Xaira: *Gracias. Cuida de tu familia, pero no te olvides de ti. Hablamos en otro momento.*

Xaira: *Y gracias también por esto y este momento.*

Cian: *Gracias a ti, por muchas cosas. Hablamos, Xaira.*

Me bajé del coche con un suspiro y cuando lo cerré con el mando a distancia y me guardé el llavero del coche de mi hermano en el bolso, me atreví a enviarle un último mensaje a Cian, antes de olvidarme del teléfono.

Xaira: *Te he dicho que te perdono lo de pija porque antes pusiste que ayer estaba muy guapa en la videollamada de nuestros hermanos. Tú también lo estabas, por cierto, aunque eso ya lo sabes porque te ganaste un piropo de Lúa. Ahora sí me voy, llego la última.*

Capítulo 29



—Daniel —lo llamé.

El novio de mi hermana estaba sentado a cuatro asientos de los escalones que yo estaba subiendo. Mi familia estaba unas filas más arriba, desde donde debía verse la pista estupendamente desde todos los ángulos.

—Hola, Xaira —me saludó.

—Hola. ¿Me he perdido algo interesante?

Se levantó y vino hacia mí. Nos quedamos en la escalera.

—Todos los patinadores han estado hasta hace poco en la pista, calentando y repitiendo los pasos más complicados. Se han repartido por las zonas del hielo, pero Ere no ha salido —me informó intranquilo.

—¿No?

Negó y me giré para mirar hacia las zonas de fuera de la pista, las que estaban a pie de esta. Ahí estaban todos los participantes con sus entrenadores, habían puesto bancos extras separados los unos de los otros. Después de recorrer con la mirada hasta la última persona, no localicé a mi hermana.

—No sé si ha entrenado antes, supongo que sí porque ha llegado aquí muy temprano —me habló de nuevo Daniel.

—Seguro que es una tontería por lo que todavía no ha salido —quise quitarle importancia.

—No he podido hablar con ella, no sé cómo está.

Miré hacia arriba, hacia la fila de asientos que ocupaba mi familia y Emma. El único que faltaba era Kevin, los demás estaban sentados y demasiado serios.

—Kevin ha ido a ver qué le pasa a Erea, pero ya hace bastante. Iba a ir Lúa, pero cuando le ha pedido a Kevin que la acompañe, este ha visto que estaba más floja para moverse y la ha obligado a quedarse en las gradas. Han decidido que solo fuese él, porque como os movierais todos…

—Ya, somos muchos —sonreímos—. Está bien. Yo voy a colarme también en el vestuario.

Si no estaba fuera había pocas opciones donde mirar: el largo pasillo o el vestuario.

—Tu padre me ha dicho que a los familiares no les ponen problemas para acceder. Yo… no puedo.

—Pues vas a venir conmigo. Eres de la familia.

Le hice un guiño.

—¿En serio?

Se le iluminó la cara.

—Por supuesto. Además, me da a mí que lo que más necesita mi hermana es estar contigo. Pero después de verla yo, ¿eh?

—Claro —sonrió.

Le hice un gesto a mis padres y asintieron, sonriendo.

—Ahora vengo —le dijo Daniel a un amigo que lo había acompañado.

—Tranquilo.

Lo agarré de la mano y tiré de él, para bajar los escalones. Fuimos hacia una de las salidas de las gradas y una vez estuvimos a pie de pista, la rodeamos para llegar a la zona donde estaban los participantes y los entrenadores.

Nadie nos prestó atención y si lo hicieron a mí me dio exactamente igual. Iba a llegar hasta mi hermana como fuese.

Abrí la puerta que daba acceso a los vestuarios y caminamos por el pasillo alargado. Estaba solitario, así que solo quedaba un sitio donde mirar. Sabía muy bien cuál era el vestuario que siempre utilizaba mi hermana, por lo que me dirigí directa a él.

Daniel me soltó la mano cuando nos paramos frente a la puerta.

—Entra tú primero que si no la próxima vez no contarás conmigo.

—Chico listo —le dije con un guiño, a modo de broma, y él sonrió—. Gracias.

Lo sorprendí al darle un beso en la mejilla, pero es que me nació. Le hubiera dado un abrazo también si no me hubiera urgido entrar en el vestuario. Fue lo que hice al empujar la puerta y me aseguré de dejarla entornada, para que Daniel no se quedara al margen de lo que sucedía dentro.

En el interior me encontré con mi hermana sentada en un banco de madera, con los pies descalzos, porque los patines descansaban a un lado. Estaba vestida y peinada para la exhibición.

Al otro de ella estaba sentado Kevin, quien le hablaba en tono bajo. Al escuchar entrar a alguien ambos miraron hacia mí.

—Xai —susurró Erea, al mismo tiempo que se retiraba las lágrimas de la cara.

Kevin soltó un suspiro y después me hizo un guiño. Asentí.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

Caminé hacia ella.

—Que la última vez que me enfrenté a algo parecido, a la posibilidad de cambiar mi futuro, me hice mucho daño y lo perdí todo —me contestó con los labios temblorosos—. Pensaba… pensaba que lo tenía controlado.

Me senté a su lado y le acaricié la espalda.

—Esto no es el balé, cariño. No tiene nada que ver y tú tampoco eres la misma. Pueden pasar muchas cosas en la pista de hielo, no te digo que no, pero nunca lo mismo que viviste hace años.

—Me da igual que alguien se fije en mí, yo… lo único que no quiero es dejar de patinar. Nunca.

—Por eso mismo tienes que salir a la pista a brillar como solo tú sabes. Olvídate del resto del mundo, hasta de nosotros, tu familia, piensa únicamente en el hielo. Solo estáis él y tú, disfruta de su frialdad, de cómo el corazón se te acelera cuando deslizas las cuchillas por él y también de lo que te hace sentir: libre.

El di un beso en la mejilla, antes de que mi hermana se lanzara a mis brazos. La apreté fuerte con los míos y continué hablando, mientras notaba el temblor de su cuerpo.

—Tienes que ser libre, cariño, porque tienes razón. A la mierda los ojeadores o quién narices esté en las gradas observando para captar a los mejores patinadores. ¿A quién le importa? Ahí fuera solo tenéis que existir tu pasión y tú. No dejes que nadie se interponga entre la pista de hielo y tus patines, Erea. Brilla, vuela, pero porque te dejas llevar con libertad, no por algo más.

—Vas a hacerlo genial, peque —le habló Kevin, sonriéndome a mí.

—Olvídate del pie, no vas a lesionarte de nuevo —le susurré—. Y si alguna vez ocurre, volverás a recuperarte y a luchar por tus sueños. Aunque tengas que crear nuevos, eso es continuar y vivir, cariño.

—Vale —susurró.

—Llevas aquí horas, ¿has calentado y practicado algo?

—Sí, mucho. Elena y yo teníamos la pista para nosotras solas.

Se refirió a su amiga.

—Estupendo, habéis acertado al venir tan temprano. He traído una sorpresa conmigo, la tengo fuera del vestuario.

Le retiré las lágrimas cuando nos separamos.

—¿Cuál?

Sonreí.

—Te la doy, pero no puedes tardar en salir. La exhibición debe estar a punto de empezar.

—Sí.

Asentí, la abracé, le di un beso en la mejilla y me levanté. Kevin hizo lo mismo cuando se lo pedí con la mirada. Ambos caminamos hacia la puerta y cuando la abrí del todo Daniel entró.

—¡Daniel! —lo llamó mi hermana sorprendida, llorando otra vez.

Ella se alejó del banco, él fue a su encuentro. Se encontraron a la mitad y se lanzaron a los brazos del otro.

Kevin y yo nos miramos sonriendo, satisfechos, y los dejamos solos. Pero antes…

—Erea.

—Gracias —me dijo y asentí.

—Acuérdate de brillar para ti, es lo único importante hoy y siempre.

—Sí —susurró.

Cerré la puerta del vestuario y recorrimos el pasillo.

—Has estado genial —me dijo Kevin.

Me pasó el brazo por los hombros.

—Perdona, soy genial, la mejor de nuestra relación de mellizos.

Soltó una carcajada y sonreí.

—Esta vez no tengo nada que decir al respecto.

—No me lo puedo creer. ¿Me das la victoria? —le pregunté.

—No te vengas muy arriba que no te durará mucho —me picó.

Le saqué la lengua.

Cuando llegamos a las gradas y junto a nuestra familia y Emma, les contamos rápido lo que había sucedido y, sobre todo, los dejamos tranquilos diciéndoles que habíamos dejado bien a Erea, en compañía de Daniel.

Él, Daniel volvió a las gradas unos minutos después. Dirigió la mirada hacia nosotros y asintió, sonriendo, antes de ocupar su asiento al lado de su amigo.

Me senté entre Lúa y Emma, ambas me agarraron de una mano cada una cuando Erea salió a pie de pista y se acercó a su entrenadora. Hasta desde donde estábamos pudimos ver el alivio de la mujer al ver a mi hermana.

Después de una presentación rápida en la que todos los participantes dieron una vuelta a la pista de hielo, comenzó la exhibición. Erea salía en cuarto puesto, por lo que tuvimos que aguantar y controlar los nervios hasta que llegó su turno.

Cuando mi hermana se paró en la entrada de la pista todos contuvimos la respiración. Les apreté las manos a Emma y a Lúa y me emocioné cuando mi hermana pequeña hizo su primer deslizamiento sobre el hielo. En ese momento volví a respirar.

Las luces volvieron a apagarse y el lugar se quedó en completo silencio de nuevo. La pista se iluminó siendo el único foco de luz que había y la música comenzó a sonar con mi hermana en el centro de la pista.

Durante toda la actuación tuve la piel erizada y los ojos nublados por las lágrimas. Porque sí, porque mi hermana fue libre sobre el hielo y brilló, brilló como nunca mientras se mecía, se deslizaba y hacía piruetas en la pista, como si el hielo y ella fuesen una extensión del otro.

—Joder, qué maravilla —susurró Emma, emocionada también.

—Sí —reí, sin poder parar de llorar.

Cuando la actuación llegó a su fin todas las personas de las gradas se levantaron para aplaudir. Toda mi familia, Emma y yo nos subimos a los asientos, para que Erea nos viera por encima de todos los demás.

Aunque daba igual que nos viera, porque nuestros silbidos y gritos los escuchó perfectamente. Nos miró muy emocionada y asintió hacia nosotros, con la mano en el pecho. Antes de ir hacia la salida de la pista dirigió la vista hacia su novio.

Daniel miró hacia atrás con los pulgares hacia arriba y reí, haciendo lo mismo.

Capítulo 30



—¿Por qué tarda tanto en salir? —me preguntó Emma.

Estábamos frente a la salida por la que tenía que aparecer Jon, en el aeropuerto. Eran las dos de la tarde.

Kevin nos había traído a Emma y a mí, ya que habíamos venido directamente desde la pista de patinaje. Eloy se había quedado con los demás, iría con nuestros padres, y Erea en el coche de Daniel.

Mientras que nosotros habíamos venido a recoger a nuestro amigo, mi familia había ido al restaurante en el que comeríamos para celebrar el día de Erea. Teníamos una mesa reservada y para sorpresa de Daniel, mi padre le pidió que se uniera a nosotros.

Así que el novio de mi hermana también estaría con la familia. El amigo de este lo acompañó hasta que Erea salió del vestuario, porque después rechazó la invitación de mis padres, la de que viniera también a comer. A mis padres les supo mal dejarlo fuera y al final se llevaron el agradecimiento del chico.

Erea al final hizo dos actuaciones de patinaje en total, a cada cual más perfecta y brillante. Nos sentíamos tan orgullosos de ella, de lo que había conseguido, y no estoy refiriéndome a hacerlo mejor o peor, no, sino al logro de superación que había alcanzado.

Erea terminó pletórica, recibiendo halagos de muchas personas. Su amiga Elena también acabó muy contenta y satisfecha con sus actuaciones, y la entrenadora feliz y muy orgullosa de ambas.

Si alguien se había fijado en ellas lo sabríamos en cuestión de días, quizás en alguna semana. En ese caso se pondrían en contacto con la entrenadora, pero ninguno, ni siquiera Erea, le quitábamos segundos al tiempo para pensar en eso.

La suerte estaba echada y el destino también.

—¡Ahí está! —gritó Emma.

Me centré en las personas que salían al mismo tiempo y sonreí al ver a Jon. Él también sonrió al vernos. No tuvo problema en localizarnos, por la efusividad y emoción de Emma.

Esta fue corriendo hasta él para abrazarlo. Jon soltó la maleta para corresponderle y después se acercaron a mi hermano y a mí.

—Jon.

—Kevin.

Se sonrieron antes de abrazarse.

—¿Ya no me quieres ni un poquito? —me preguntó mi amigo, cuando fue mi turno.

—Tonto —reí, lanzándome a sus brazos.

—Hola, preciosa —susurró.

—Hola —hablé contra la curva de su cuello—. Tienes que enamorarte de esta ciudad, para que también te quedes a vivir —le pedí, con un pequeño puchero.

Jon soltó una carcajada y Kevin se le unió, mientras que Emma y yo nos mantuvimos serias porque ella pensaba igual que yo. Había dicho una verdad muy grande.

—Venga, vamos que nos están esperando —nos pidió Kevin.

—No he podido escoger mejor día para venir —dijo con humor Jon.

Me pasó un brazo por los hombros y me hizo un guiño. Yo apoyé la cabeza en su cuerpo y solté un suspiro.

—Quien sabe, sabe —comentó Emma, riendo.

Jon estaba informado de que íbamos directos a un restaurante, donde estarían el resto de mis hermanos y mis padres.

—Vas a conocer al novio de Erea, se llama Daniel —le informé.

—Mmm… interesante. ¿Voy a estar sentado al lado de él?

Reímos.

—No lo pongas nervioso que es un buen chico —le pedí.

—La pequeña se nos hace mayor, ¿eh?

—No lo digas que ya bastante tengo con verlo a diario. —Bufó Kevin.

Jon rio.

—Joder, que con la llegada y lo demás se me ha pasado. ¿Cómo le ha ido la exhibición?

—Genial —le contesté—. He grabado las dos actuaciones que ha hecho, ahora en el coche te las enseño.

—Me alegro y estoy deseando verlas.

Sonrió.

Cuando estuvimos montados en el coche, con la maleta de mi amigo en el maletero, Kevin salió del aparcamiento y se dirigió al restaurante.

Le contamos a Jon la pequeña crisis que tuvo Erea antes del inicio y después vio las grabaciones, con las que silbó y todo lo que dijo fue muy bonito.

—Es una artista —comentó, devolviéndome el teléfono.

—Tiene un don, como le sucedía con el balé —dijo Kevin.

—Ya te digo —estuvo de acuerdo Jon.

—¿Qué tal el bar? ¿Te has ido tranquilo? —le pregunté.

—Lorenzo está a cargo de él y sí, me he ido tranquilo. Mañana no sé cómo estaré.

Reímos.

—¿Cuántos días te quedas? —Quiso saber Emma.

—Por ahora una semana, si es más dependerá de mis conversaciones con Lorenzo, sobre el bar. Voy a sentirme raro porque hace mucho tiempo que no tengo tantos días libres seguidos.

Negó con la cabeza.

—¡Qué bien! Es muchísimo más de lo que pensaba, aunque me gustaría que te quedaras indefinidamente —suspiré.

—Nunca se sabe, lo mismo si me dais bien de comer y me enseñáis la zona… todo puedo plantearse.

Me hizo un guiño.

—Yo te cebo a comer hasta que explotes y te llevo a dar vueltas por toda la ciudad, tantas veces como quieras —le dije.

—Joder, he dicho comer bien, no hasta vomitar.

Soltamos una carcajada.

—Preciosa, ¿tú sabes diferenciar lo que es la calidad de la cantidad? ¿Mmm?

Reímos durante un rato más, hablando entre risas, y de esa manera el trayecto se nos hizo muy ameno. Emma le contó cómo se había adaptado a estar aquí, lo rápido que había sido, y yo lo puse al día de cómo me iba el trabajo y de las últimas novedades. En definitiva, que le hablé de Cian.

Por suerte al llegar a la calle del restaurante Kevin encontró rápido dónde estacionar.

Nos bajamos y no tuvimos que dar muchos pasos para entrar en el restaurante. Kevin dio el nombre de nuestro padre y el chico que lo atendió nos pidió que lo siguiéramos. Fue lo que hicimos, hasta que nos llevó a la gran mesa que ocupaba mi familia y Daniel.

Las caras de felicidad de la parejita destacaban por encima de todo lo demás. Sonreí y les hice un guiño.

—Jon, bienvenido.

Mi padre fue el primero en saludarlo, con un abrazo. Mi madre le siguió y después el resto de mis hermanos. Por último, Erea se lo presentó a Daniel.

—Primero de todo, enhorabuena, Erea —le dijo Jon, cuando estábamos sentados a la mesa—. He visto tus actuaciones y solo puedo decirte que me quito el sombrero. Eres magia sobre los patines, en la pista de hielo.

—Gracias, Jon. —Se ruborizó.

—Chico, cuidado, que tienes un tesoro a tu lado —se dirigió a Daniel.

Todos reímos, hasta Daniel, porque las advertencias en esta familia volaban. El pobre las recibía todas.

—¿Y tú, preciosa? ¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Lúa.

Todos nos dimos cuenta de la diferencia de dirigirse a cada una de mis hermanas. Con la última, con Lúa, lo de preciosa destacó muchísimo. Ella se sonrojó un poco y le sonrió, antes de contestarle.

—A punto del desmayo, pero aquí estoy —dijo con gracia.

La avalancha de preguntas y la preocupación llegaron de golpe.

—¿Te sientes mal?

—¿Por qué no has dicho nada?

—¿Estás mareada, cariño?

—Lúa, estás pálida.

—Tenemos que llevarla a urgencias, no es normal que tarde tanto en recuperarse, joder.

Todos hablamos a la vez.

Lo último lo dijo Iago, cabreado y agobiado. Tenía razón, pero mientras que todos entendíamos que Lúa había pasado por un virus muy fuerte que la había dejado debilitada, él, Iago, lo único que veía era que su hermana inseparable no se encontraba bien y tenía mal aspecto.

Por suerte, no sabía cómo, pero los demás de la familia nos habíamos librado de contagiarnos del virus. Estaba claro que habíamos sido inmunes a él, porque expuestos estuvimos mucho.

—Joder, qué velocidad —dijo con asombro Jon, por todos los comentarios seguidos que habíamos dicho—. No me ha dado tiempo ni abrir la boca.

Soltamos una carcajada.

—Te acostumbrarás —le aseguró Lúa—. Y por favor, no preocuparos tanto por mí —miró directamente a Iago, el que continuaba con el ceño fruncido—. Me siento muy floja, sí, pero estoy segura de que es el final del virus. Que no tenga fiebre ni un malestar fuerte no significa que lo haya eliminado del todo del cuerpo. Estoy bien, solo necesito más reposo del normal.

—Y hoy te estás excediendo —intervino nuestro padre—. Tendríamos que haber pedido la comida en casa, no he caído en eso.

Sacudió la cabeza.

—Papá, puedo estar aquí perfectamente. Después, si me cuesta moverme, con que alguien me lleve en brazos hasta el coche ya estará solucionado —dijo con diversión.

—Yo me ocupo de ti, preciosa. Te llevaré en brazos.

Jon no perdió el tiempo y todos los miramos.

—¿Qué? Soy el recién llegado, voy a comer gratis en este maravilloso restaurante y me habéis abierto las puertas de vuestra casa, para quedarme el tiempo que esté aquí. ¡Qué menos que colaborar en todo lo que pueda! —se justificó Jon.

Todos sonreímos y ninguno le creímos. Incluso Iago, que defendía y protegía a Lúa como nadie, y eso ya era mucho decir en esta familia, incluso él sonrió de oreja a oreja.

Jon le gustaba y le agradó aún más notar el interés que estaba mostrando por Lúa.

Cogimos las copas para hacer un brindis y al terminar, los recién llegados elegimos la comida y la añadimos al pedido que ya habían hecho los demás.

Mientras nos esperaban a que llegáramos del aeropuerto, mis padres hablaron con el camarero que atendía nuestra mesa y todos pidieron la comida, pero con la condición de que no la trajeran hasta que no estuviera la mesa al completo, con los que faltaban en ese momento. O sea, nosotros, Kevin, Emma, Jon y yo.

—¿A qué ha venido lo de mi hermana? —le pregunté a Jon, inclinada hacia él.

En todo el tiempo que hacía que lo conocía nunca había visto que tuviera interés por Lúa. Se conocieron años atrás, la primera vez que mi hermana vino con Kevin a visitarme a la otra ciudad, donde vivía en el piso.

Después de esa vez hubo más, aparte de todas las ocasiones que se habían visto por videollamada, porque Jon se encontraba en ese momento conmigo. Jon tenía cinco años más que mi hermana.

Mi amigo me miró de reojo y escondió hacia los demás la sonrisa, con los labios rozando el filo del cristal de la copa.

—¿No querías que le diera la enhorabuena?

—Oh, no te hagas el tonto. No estoy hablando de Erea —susurré.

Puse los ojos en blanco.

—Solo quería que Lúa sintiera mi cariño —me dijo con un guiño.

Hice una mueca, porque no estaba siendo sincero.

—Aquí no. ¿Vale?

—Vale —acepté suspirando.

—¿Cuándo te he ocultado algo? —Arqueó una ceja.

—No tengo ni idea porque si me lo has ocultado, ¿cómo voy a saberlo?

—Buen punto.

Reímos.

—Vamos a disfrutar de la comida, que tengo que coger fuerzas para sacar a tu hermana de aquí en brazos.

Me hizo un guiño y sonreí negando.

Le di un beso en la mejilla y nos unimos a la conversación de los demás, la que en este instante giraba en torno a la exhibición de patinaje artístico.

En mi hermana ya no quedaba ni una pizca de nervios ni de tristeza, rebosaba felicidad con Daniel sentado a su lado. Verlos era muy bonito, se notaba el amor, la complicidad y la ilusión que desprendían, aunque con lo jóvenes que eran solo el tiempo diría si sus vidas continuarían unidas.

Capítulo 31



Casi una semana más tarde…

—¿Tenéis alguna duda? —les pregunté a todos.

Estaba en el trabajo y hacía una hora que comenzamos la reunión en la sala específica para ello.

La teníamos en nuestra planta del departamento, a unos metros de distancia de mi despacho.

—No, jefa —me contestó Fran.

Pasé la mirada por todos, para detectar alguna expresión de duda, pero no vi ninguna.

En cambio, lo que encontré fueron unos ojos que me observaban fijamente.

Durante toda la reunión había evitado cruzar la mirada con la Cian, porque podía quedarme al descubierto fácilmente.

Estábamos al final de la semana de trabajo, era viernes y hoy era el primer día de Cian. Había regresado a la empresa, a pesar de que le insistí en que se incorporara el lunes, porque por un día más no pasaba nada. Obviamente no me había hecho caso, porque lo tenía a unos metros de mí.

Brian también había vuelto hoy al colegio. El pequeño hacía unos días que ya dejó atrás los síntomas fuertes del virus, pero al final Cian cayó enfermo el domingo, al día siguiente de la exhibición de patinaje de Erea, y no había podido salir del piso.

Por suerte el abuelo había conseguido librarse, por lo bien asilado que habían estado sus nietos. Brian y Cian se coordinaron para no coincidir con su abuelo en las zonas comunes y con una buena ventilación las veinticuatro horas del día, habían ido salvando la situación.

Durante los días que habían pasado Cian y yo habíamos estado en contacto por mensajes.

Todavía no era la hora del descanso para el desayuno, quedaba media hora, por lo que no había podido hablar con él en persona.

No me quedó más remedio que dejar de mirarlo, para volver a centrarme en todos los demás y en el final de la reunión.

—De acuerdo —carraspeé, al apartar la vista—. Igualmente, si os surge alguna duda durante el proceso ya sabéis dónde estoy. Ya hemos terminado.

Sonreí.

Todos dijeron que sí, mientras se levantaban de las sillas. Comenzaron a salir de la sala y en poco tiempo solo nos quedamos en ella Belén, Bruno, Cian y yo.

Me sorprendió que Cian no se fuera con los demás.

—¿Alguna duda? —le pregunté.

—No.

Sonrió de medio lado.

—Sinceramente me he enterado de muy poco —añadió.

—Eso significa que no te has enterado de nada —le dijo Belén y rio.

—Morena, no me delates —le pidió él, divertido.

—La morena tiene más peligro… —comentó Bruno.

—Oye, ¿qué has querido decir con eso?

—Está claro, que eres peligrosa —le contestó Cian.

Rieron y me contagiaron las risas. Estábamos en ello cuando nos interrumpieron, con lo que me llevé una sorpresa.

—Vaya, así da gusto trabajar.

Bruno, Cian y Belén se giraron hacia la puerta de la sala. Yo estaba frente a ella, aunque bastante separada.

—Ismael… ¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Estaba buscándote —contestó sonriendo—. Vengo a invitarte a un café.

—Pero… no queda mucho para ir a la cafetería a desayunar —comenté.

—Precisamente por eso. Como me dijiste que allí eras fiel a tus amigos…

Sonrió.

—Si vamos ahora cuando ellos lleguen a la cafetería te dejaré libre. —Me hizo un guiño—. Además, es el momento perfecto, después de una reunión.

Miré a mis amigos, para ver que ellos se miraban entre sí. Cian, después de los primeros segundos observando a Ismael, se giró para quedarse bien sentado, de cara a mí.

Sabía que había estado observándome todo el tiempo, mientras yo hablaba con Ismael.

—Si me esperas unos minutos…

—Claro. Estaré frente al ascensor. Adiós, chicos.

—Adiós —le correspondieron Bruno y Belén.

Cian no se molestó ni en mirarlo otra vez, mucho menos iba a hablar.

—Cuando subamos de desayunar ya hablaremos para organizar con lo primero que os pondréis a trabajar —les dije a Belén y Bruno.

—Claro —carraspeó Bruno.

—¿Por qué? —me preguntó Cian.

Me sobresalté por su tono de voz. Dirigí la vista hacia él.

—¿Por qué qué? —le devolví la pregunta.

—Eso me gustaría saber —dijo, dejándome igual de descolocada.

—No entiendo que…

—Déjalo, no vale pena —me interrumpió.

Se levantó de la silla y caminó hacia la salida.

—Cian —lo llamé—. ¿Puedes quedarte para hablar un momento?

—Lo siento, *jefa*. Tengo mucho trabajo acumulado de los días que he faltado y tú tienes una cita.

—Yo no tengo ninguna cita —le dejé claro—. Solo voy a tomar un café con un compañero de trabajo.

—Que te aproveche. Seguro que de ahí a su cama va muy poco.

Agrandé los ojos por la sorpresa, pero cuando me recompuse y fui a hablar, Cian cerró la puerta de un portazo.

—¿Qué… ha querido decir? —pregunté susurrando.

Una presión extraña se me instaló en el pecho.

—Se le pasará —me dijo Belén.

Me sonrió con cariño.

—No he hecho nada —dije, más para mí que para ellos.

—Y Cian lo sabe —comentó Bruno—. Es solo que no ha sabido…

—¿El qué no ha sabido? —alcé la voz, alterada— ¿Qué mierda no ha sabido, Bruno? ¿Eh? Porque que yo sepa no somos nada, nos tratamos como dos amigos.

—Sabes que eso no es del todo cierto —me habló serio—. Puede que no hayáis hablado directamente de lo que hay entre vosotros, pero joder, es tan evidente para los demás…

—Perdona. —Cogí una bocanada de aire—. Joder, lo siento, Bruno. Tú no tienes la culpa y te he gritado a ti. Perdóname.

—Está bien, no pasa nada, Xai. De verdad —insistió, al ver que yo no me encontraba mejor.

—Podéis dejarme sola —susurré, sentándome en la silla que hasta ahora no había utilizado.

—Xai… —me llamó Belén.

—Por favor.

—Vámonos —le pidió Bruno a Belén.

Lo miré con pesar, pero él me miraba con una de sus sonrisas reservadas a decir que todo está bien, como me había dicho con palabras.

—Nos vemos en la cafetería en un rato —continuó Bruno.

—Sí —susurré.

Los seguí con la vista, hasta que salieron de la sala. Cuando me quedé sola apoyé los brazos en la mesa y la cara en ellos.

¿Qué mierda había sucedido? Hacía tantos días que estaba deseando ver a Cian… tantos como habían pasado desde que me despedí de él frente al edificio en el que vivía.

—Joder…

Cerré los ojos con fuerza, antes de levantarme.

—¿Es que esperaba que le dijera a Ismael que no? —pregunté al aire— No puede ser, seguro que ha habido algo que se me ha escapado. Sí, eso es, lo que sea le ha sentado mal.

Solté un suspiro y caminé hacia la puerta, dándole vueltas en la cabeza a los últimos minutos.

Al salir me dirigí a mi despacho, donde me puse la chaqueta, cogí el monedero y el móvil, para dejar cerrado con llave.

Bruno y Belén no estaban en sus mesas, Cian tampoco. Sentí en mi interior un pinchazo, al imaginarlos a los tres hablando, o más bien a Belén y a Bruno intentando que Cian entrara en razón. Al menos esperaba lo último.

Recorrí el pasillo central pensativa, hasta que llegué junto a Ismael. Tal y como me había adelantado me esperaba en la zona del ascensor, más concretamente bloqueaba las puertas para que no se fuera de la planta.

Entré seguida por él.

—Gracias —le dije.

—No ha de qué, preciosa.

Lo miré de reojo. Era la primera vez que me decía preciosa, nunca había mostrado ese tipo de cercanía hacia mí. Y yo no le había dado tal libertad, por lo que me molestó que me lo dijera. Si alguien lo escuchaba…

—Me gusta mi nombre. Te agradecería que no me dijeras preciosa ni nada parecido, mucho menos en el trabajo —solté, lo más suave posible.

—Perdona, me ha salido solo. No sabía que te molestaría.

Noté su mirada, pero no aparté la mía de la puerta.

—Tranquilo, hay muchas cosas que no conoces de mí. Nuestra amistad es muy reciente —dije con mucha intención—. Esta es una de las cosas, no me gusta ese tipo de confianzas.

Qué mentira más grande acababa de soltar, pero claro, no podía decirle que lo que no me gustaba, ni un poco, era que él me dijera preciosa o algo parecido. Mejor cortar de raíz la situación, para que no se repitiera.

—Lo lamento de verdad, no volverá a ocurrir.

—Relájate —lo miré sonriendo, porque me dio pena cómo se había quedado—. No estoy enfadada.

—¿Seguro?

Las puertas del ascensor se abrieron frente a nosotros y salimos.

—Y tanto —reí—. Te aseguro que si estuviese enfadada no tendrías dudas de que lo estoy. Digamos que soy muy, pero que muy transparente.

Le hice un guiño, consiguiendo que sonriera.

—Está bien saberlo. Para huir a tiempo y esas cosas.

Soltamos una carcajada.

A pesar de las risas y de que Ismael me hacía sentir muy bien, siempre, exceptuando el pequeño detalle que ya estaba aclarado, a pesar de todo no terminé de encontrarme bien.

Hasta cuando llegamos a la cafetería tuve que esforzarme por no dejar solo a Ismael, para regresar a la empresa y plantarle cara a Cian, para obligarlo a hablar conmigo.

Pero no hice lo que necesitaba. Primero porque Ismael no se lo merecía. Joder, que solo quería invitarme a un café y lo de *preciosa* no había tenido mayor importancia porque se suele decir a menudo, como yo digo bonita, cariño, guapa… la lista era larga.

Y segundo, porque yo no había hecho nada para merecerme la reacción que Cian había tenido. No lograba comprenderlo porque lo único que me venía a la cabeza lo descartaba al instante, ya que era que se había puesto celoso. Eso no podía ser y punto, Cian jugaba al despiste a veces, pero de ahí a…

—Xaira.

—¿Sí?

—¿Café con leche o prefieres otra bebida? —me preguntó Ismael.

Entonces me di cuenta de que Celia, una de las camareras, esperaba sonriendo mi respuesta.

—Café con leche. Gracias —le sonreí.

—¿Qué tal se presenta el fin de semana? —se interesó Ismael, cuando nos quedamos solos.

—Genial, con mis amigos y mi familia.

—Suena muy bien.

—Sí.

Jon no se había ido, por lo que iba a disfrutar de él el máximo tiempo posible. Al día siguiente ya hacía una semana que llegó y desde entonces no habíamos vuelto a hablar de cuándo se marcharía.

Yo no había querido sacar el tema, por miedo a la respuesta. Él no había comentado nada, solo sobre el bar. El negocio iba muy bien, Lorenzo lo hacía estupendamente. Había hablado con él varias veces y también nos habíamos visto, en una videollamada que le hizo Jon.

Y por si tenéis alguna duda, sí, Jon sacó en brazos del restaurante a mi hermana Lúa. Nos reímos mucho con las protestas de ella, pero nos reímos mucho más porque mientras se quejaba se agarraba con fuerza a Jon, como si no quisiera separarse de él.

Capítulo 32



Cian

—¿Cian?

Solté un suspiro al escuchar a Belén. No me apetecía ver a nadie, ni siquiera a mis amigos. Y no venía sola, Bruno la acompañaba.

Los vi de reojo, cómo se acercaban caminando hacia mí.

—Es una mierda que os enseñara este sitio —les dije a modo de queja, con la vista perdida hacia delante.

Estaba sentado en un muro bajo de la pequeña terraza del edificio, con la espalda apoyada en una pared. Para todo lo grande que era el bloque este lugar era muy reducido.

No se utilizaba para nada, ya que los trabajadores no sabían que existía. Cuando querían despejarse salían a la calle, no subían en el ascensor hasta la última planta, donde estaba el acceso cerrado de esta terraza.

Yo tenía la llave porque Esteban me la dio años atrás. Era un privilegiado y quise compartir ese privilegio con mis amigos, pero en este momento me arrepentía de haberlo hecho.

Quería estar solo, pensar.

—No tendrías que haber venido hoy, no tienes buena cara todavía —me dijo Belén, preocupada.

—Vaya, gracias —dije con ironía.

—Has pasado por mucho en poco tiempo.

—Esa cara no es por el virus —comentó Bruno.

Se sentó frente a mí, imitando mi postura. Flexionó las piernas y apoyó los brazos en las rodillas.

—Dejadlo ya —le pedí.

No quería que ellos pagaran la mala leche que sentía.

—Esa cara es porque le ha jodido que Ismael apareciera y, por supuesto, lo que más ha sido que Xaira aceptara su invitación.

Sacudí la cabeza y la apoyé en la pared, con los ojos cerrados.

—Te has puesto celoso —afirmó Belén.

Bufé.

—Xaira no ha hecho nada malo —continuó Bruno—. El problema es que no sois sinceros con vosotros mismos y ahora voy a hablar solo de ti. No le has dicho que te gusta, más que eso, y estás jugando a un juego muy peligroso porque Ismael está al acecho y quiere ganar terreno con Xaira. Tú tienes el poder de frenarlo.

—¿En serio, Bruno? ¿Qué mierda de poder tengo yo? —Entrecerré los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso? —me preguntó Belén— ¿No lo ves? Claro que sí y no solo eso, también lo sientes. Xaira y tú habéis estado hablando todos estos días, durante largos ratos, lo único que os falta es dar el último paso.

—He llegado hoy.

No supe ni porque me justifiqué.

—Sí, pero has huido a la primera de cambio —comentó Bruno.

—No me toques los cojones —le advertí.

—No es mi intención.

Sonrió de medio lado.

—Lo que tengo con Xaira es… no lo sé, pero ella no es para mí —dije pensativo.

—Pero ¿Qué dices? ¡Si sois perfectos el uno para el otro! —exclamó Belén.

—Tío, ¿de qué tienes miedo? ¿Qué te frena?

—Joder, y que tenga que ser yo quien lo diga.

Bufé, pasándome las manos por el pelo.

Belén se sentó muy cerca de mí.

—No vayas a decir lo que creo que vas a decir —me advirtió Bruno —. No me jodas, hombre, ¿de verdad? ¿Te piensas que a Xaira le importa más el dinero que los sentimientos? ¿En serio vas a ponérselo todo en bandeja a Ismael porque él es otro jefe de departamento, como ella? No puede ser.

—Mierda, claro que no puede ser —dijo asombrada Belén.

—Xaira ha tenido la oportunidad de elegir y lo ha hecho.

—¿Elegir el qué? —habló Belén, con un pequeño jadeo—. Tú no le has propuesto nada para que ella decidiera. Te has ido de la sala dejándola desconcertada, porque no veas con la perlita que le has soltado con lo de que del café a la cama de Ismael va muy poco.

Bufó, mientras que yo me frotaba la cara.

—Lo he dicho sin pensar —susurré—. No quería hacerle daño, pero he sentido tanta rabia… joder. Estaba deseando venir, por eso no he esperado al lunes, pero habría sido mejor que me quedara en casa.

Sacudí la cabeza, antes de levantarme.

—Eh, ¿te has mareado?

Mis amigos se incorporaron también y me agarraron de los brazos.

—Estoy bien, solo me he levantado muy rápido —dije con los ojos cerrados.

—Todavía no has recuperado las fuerzas —comentó Bruno.

—Me siento estupendamente.

Me zafé del agarre de los dos y apoyé la espalda en la pared.

—Cian, tío, no pierdas la gran oportunidad que tienes al alcance —me pidió Bruno, mirándome con cariño—. ¿Por qué no te vas a casa? Tómatelo con calma hoy, nosotros podemos decirle a Xaira que te has mareado y que necesitabas un poco más de tiempo. Ella misma te repitió varias veces que no vinieras hoy.

—Puedo trabajar.

Negué.

—Sí, pero es más recomendable que descanses un poco más.

—Bruno tiene razón.

—De acuerdo, pero yo hablo con Xaira. Ahora le escribo un mensaje.

—Estupendo. Eso está mucho mejor —dijo Bruno—. Piensa bien en estos días de descanso.

Me apretó un hombro y después de unos abrazos rápidos, nos despedimos los tres hasta el lunes. Les deseé que tuvieran un buen fin de semana, antes de que se fueran de la terraza.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y lo desbloqueé. Dudé por un segundo, pero al final hice primero una llamada.

Me llevé el teléfono a la oreja, mientras los tonos sonaban.

—Eh, Cian. ¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó Barry.

—Más o menos, flojo de cojones —suspiré.

—Normal, mira que te dijimos que necesitabas quedarme un poco más en casa.

—Déjalo porque ya está hecho. ¿Qué haces ahora?

—He salido a que me dé el aire, estoy tomándome un café en la terraza de una cafetería.

Mi amigo Barry no había ido hoy a trabajar porque tenía fiesta.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunté.

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Que vengas a por mí, me largo de la empresa.

—Joder, joder, entonces sí que estás mal.

—Qué va, pero voy a haceros caso a todos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan obediente? —habló con diversión.

—No me toques las narices.

Soltó una carcajada.

—Ya voy para allí, en unos seis minutos llego. Estoy cerca.

—Joder, ya te digo. No me has dado tiempo a decirte que te bebieras tranquilo el café.

Negué, sonriendo.

—Tarde, me lo he bebido de golpe —rio—. Ahora nos vemos.

—Sí. Hasta ahora.

Colgué la llamada y entré en la aplicación de mensajes, para acceder a la conversación que tenía con Xaira.

Cian: *¿Puedo irme a casa?*

Ya, no mejoré una mierda la situación entre nosotros, al ser tan directo y escueto, pero yo era de dejarme llevar por los impulsos.

Xaira: *¿Te encuentras mal?*

Vale, me merecía que ella me correspondiera con la misma frialdad.

Cian: *¿Puedo o no puedo?*

Xaira: *¿Puedes comportarte como un adulto?*

Cian: *¿Quieres que haga lo que me dé la gana y salte por encima de ti, jefa? Porque solo te he preguntado para respetarte.*

Xaira: *Joder, Cian… ¿Cómo hemos retrocedido tanto?*

Buena pregunta, me dije, con la mandíbula apretada.

Xaira: *Respóndeme a si te encuentras mal.*

Cian: *Si les preguntas a Bruno y a Belén sí, estaba con ellos, sentado, y al levantarme me he mareado. Si la respuesta es mía te diré que estoy bien, aunque sin fuerzas. Me pesa el cuerpo y me cuesta tirar de él, solo necesito descansar un poco más. Ha sido un error venir hoy, podría haberme ahorrado mucho.*

Xaira: *Vete a casa, Cian, y aprovecha que Brian está en el cole para descansar todo lo que puedas.*

Cian: *Gracias.*

Xaira: *No hay de qué. Cuídate y ya… ya hablaremos.*

Cian: *Hasta el lunes, jefa.*

Xaira: *Hasta el lunes.*

Me quedé mirando el final de la conversación, mientras me contenía para no preguntarle si continuaba con Ismael o ya estaba con Bruno, Belén y Adela.

Salí y bloqueé el móvil, pero justo cuando estaba guárdamelo en el bolsillo, me sonó una llamada.

Sonreí al ver quién era.

—Hola —dije al descolgar.

—Hola, Cian. ¿Te pillo en buen momento?

—Claro, dime.

—Quería preguntarte si esta tarde puedes venir a mi casa.

—¿Cómo?

La sorpresa se reflejó en mi voz.

—Tengo algo que puede interesarte y me gustaría enseñártelo. ¿Qué me dices? ¿Paso a recogerte?

—¿Sobre qué hora?

—A la que te vaya bien, a mí me da igual.

—Mi hermano sale del entrenamiento a las siete y cuarto.

—Envíame un mensaje con la dirección exacta y estaré ahí a esa hora.

Le di la dirección, mientras caminaba hacia la puerta de la terraza. Cerré con llave desde dentro del edificio y me acerqué al ascensor.

—¿No vas a decirme de qué se trata? ¿Ni siquiera un pequeño adelanto?

—Es una sorpresa. Nos vemos esta tarde, Cian.

—Adiós.

Colgué preguntándome a qué venía la llamada y entonces me di cuenta lo que acababa de aceptar.

—Joder —susurré.

Me pasé una mano por el pelo, agobiado, pero ya estaba hecho.

Cogí una bocanada de aire cuando las puertas del ascensor se abrieron para mí. Fui a la planta de mi departamento, directo a mi mesa, la que dejé recogida antes de ponerme la cazadora. Me aseguré de no dejarme nada y para no esperar otra vez el ascensor, bajé por las escaleras hasta la planta baja.

En cuanto estuve en la calle la mirada se me fue hacia la cristalera de la cafetería. Ahí estaban Adela, Bruno, Belén y Xaira, ocupando una de las mesas que estaban pegadas a la cristalera. Hablaban animados entre ellos, pero Xaira de repente miró hacia la calle, como si hubiera sentido que la observaba o mi presencia.

Nuestras miradas conectaron, hasta que la voz de mi amigo me hizo buscarlo con la vista.

—¡Cian! —gritó Barry.

Se había parado a unos metros de donde estaba yo, en doble fila. Asentí hacia él, para que supiera que lo había visto, y antes de moverme para ir hasta su coche, volví a mirar hacia la cristalera.

Xaira alternó la mirada entre el coche, Barry y yo. Sabía que tenía muy buena memoria, así que di por hecho que supo que era mi amigo, uno de los que estaban conmigo la primera vez que ella y yo nos vimos en el polideportivo en el que se enfrentaron los equipos de nuestros hermanos.

Caminé hasta el coche y me monté en el asiento del copiloto.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Barry.

—Mucha, esta es mi hora del desayuno.

—Lo sé. Por eso te lo he preguntado, pero no sabía si te encontrabas lo suficientemente bien como para ir a algún sitio a desayunar.

—Ahora mismo solo quiero alejarme de aquí —susurré.

Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos.

—Joder. Cuando acabemos de desayunar iré a un sitio que venden productos naturales. Voy a comprarte unas ampollas que son vitaminas, las que me tomo yo de vez en cuando y me van bien. Necesitas recuperarte a marcha forzada.

—No estaría mal. Cuando me venga arriba, un poco, te actualizo lo *bien* que me ha ido en la empresa —le dije con ironía—. Lo he jodido todo en tiempo récord.

—No fastidies. ¿Con Xaira?

—Sí.

—Mierda.

Tanto él como Jake, mis mejores amigos, estaban informados de todo lo que me había sucedido con Xaira, partiendo del inicio en el que ambos estuvieron presentes, junto a mí en el partido de mi hermano.

Lo sabían todo, absolutamente todo, y no os digo la sorpresa que se llevaron cuando les conté que era mi jefa.

No abrí los ojos en ningún momento, mientras Barry se incorporaba a la carretera y pasaba por delante de la cafetería.

Capítulo 33



Xaira

El portazo de la puerta principal resonó en toda la casa, tanto que di un salto en el sofá.

Eso fue lo primero que me sobresaltó, lo segundo, los gritos de mi hermano Iago.

—¡Puedes irte a la mierda! ¡No vuelvas a acercarte a mí! —gritó y colgó la llamada, con rabia.

Jon, que estaba sentado a mi lado no se movió, aunque no apartó la vista de Iago. Yo me levanté del sofá y me acerqué a él.

—Eh, cariño, ¿qué te ha pasado? —le pregunté preocupada.

Era muy raro que Iago perdiera los nervios y el control, por muy enfadado que estuviera nunca pasaba ciertos límites. Ahora acababa de pasar unos cuantos de ellos.

—Lo siento —dijo.

Se pasó una mano por el pelo y tiró de él, con los ojos cerrados.

—Iago.

Le agarré el brazo y se lo bajé, para abrazarlo después con fuerza.

—Shhh… Sea lo que sea se solucionará —le susurré, apretándolo fuerte a mí.

—Un amigo me ha traicionado. ¿Cómo se arregla eso?

—Lo primero que debes tener claro es que si ha hecho eso es porque nunca fue tu amigo, aunque te lo hiciera creer. Así que, a pesar de lo que te duele ahora mismo, es lo mejor que ha podido pasarte, que salga su verdadera cara.

Me separé lo suficiente para retirarle varias lágrimas de la cara y agárrasela con las manos. Iago no dejó de abrazarme por la cintura.

—¿De verdad quieres arreglar algo así? ¿Tener a tu lado a una persona que es capaz de hacerte tanto daño?

—Solo quiero que deje de doler —susurró y apretó la mandíbula.

—Cariño, para eso es necesario que pase el tiempo. Ojalá pudiera decirte que si cierras los ojos cuando los abras ya habrá pasado todo. Durante un tiempo, hasta que el dolor se calme y de paso a la indiferencia, tendrás que convivir con lo que sientes. Pero te prometo que cada día será un logro e irá a mejor, aunque des pasos cortos.

—Iago —lo llamó Jon.

Se había acercado a nosotros sin que nos diéramos cuenta.

—¿Quieres una copa?

Lo miré sorprendida, pero mi hermano asintió sin dudarlo ni un segundo.

—Si es lo que necesitas… pero cuidado, ¿vale? —les pedí.

—Sí, mamá —me dijo Jon, con un guiño—. Yo me encargo del pequeño.

—Tío, que solo eres mayor por un año —se quejó Iago y sonreí.

—Pues eso, eres más pequeño que yo —sonrió de medio lado Jon.

Iago negó con la cabeza porque no podía hacer otra cosa que callarse, Jon tenía veinticinco años y el veinticuatro.

—¿Te unes? —me preguntó mi hermano.

—Dentro de un rato, Emma está a punto de llegar.

Asintió y se inclinó hacia mí, para abrazarme.

—Gracias —me susurró al oído.

Me dio un beso en la mejilla y pasó por mi lado.

—No lo dejaré beber mucho —me dijo en tono bajo Jon—. Pero le ha venido bien creer que calmará sus pensamientos.

—Gracias.

Le di un beso en la mejilla.

—Iago —lo llamé.

—¿Sí?

—¿Podemos saber qué te ha hecho el tío ese? —le preguntó Jon.

Se anticipó a mí, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Se ha encaprichado de la chica de la que yo llevo enamorado un año y medio, y no conforme con eso, ha quedado con ella esta tarde. Ya sé cómo va a terminar. No quiero volver a ver a ninguno de los dos —soltó con rabia.

No tenía ni idea de que mi hermano llevara tanto tiempo enamorado, en silencio, por lo que en cuanto Lúa llegara a casa le preguntaría quién era ella. Lúa era la única que podía saberlo y estaba segura de que así era. Iago y ella se movían por los mismos grupos de amigos y salían juntos.

—Qué cabrón —dijo Jon—. Es una tontería lo que voy a decir… ¿Él lo sabía?

Iago soltó una carcajada que sonó demasiado fría. No reconocí a mi hermano en ella.

—Él era mi confidente, así que os podéis hacer una idea de cuántas veces me he desahogado con él.

—Pero ¿por qué no has hecho nada en todo el tiempo que llevas enamorado? —pregunté sorprendida.

—Porque cuando la conocí y se unió a nuestro grupo de amigos ella acababa de trasladarse aquí con sus abuelos y venía de una relación muy complicada y dura con sus padres. No podéis llegaros a hacer una idea y yo solo pude acercarme como amigo. Era lo que más necesitaba, estaba mal.

—Ese tío no ha perdido el tiempo.

—Pero ella no está preparada todavía y él no va a saber tratarla como se merece.

Se puso en tensión.

—Retiro lo dicho. —Jon me miró—. Y tanto que voy a dejarlo beber y lo acompañaré, tu hermano necesita sacarlo todo fuera.

Jon se alejó de mí después de hacerme un guiño.

—¿En la cocina, en el salón o en tu habitación? —le preguntó mi amigo.

—En mi habitación —contestó Iago—. Vamos a por la bebida.

Solté un suspiro cuando entraron en la cocina, de la que salieron enseguida. Me dijeron que me esperaban, que subiera con quien quisiera menos con nuestros padres. Esto fue idea de Jon e hizo reír a Iago. Yo sonreí, porque sabía que muchas de las cosas que decía y hacía eran para animar a mi hermano.

Los perdí de vista cuando llegaron arriba de la escalera y volví al sofá. Me dejé caer en él, pensativa.

Miré la hora en el reloj de pulsera, pensando en que Emma y mi hermano Kevin debían estar a punto de llegar. Kevin la había llevado a una reunión con su jefe, porque el próximo lunes comenzaba a trabajar en la misma empresa que mi mellizo.

Cuando llegaran me enteraría de si Kevin había estado presente en la reunión o había esperado a Emma en la calle.

Mi amiga estaba muy nerviosa antes de irse, e ilusionada. Mucho. Yo no tenía ninguna duda de que le iría genial.

Eran las siete y media de la tarde y decidí matar el aburrimiento comiendo palomitas. Era eso o unirme a beber con Iago y Jon, y como que no tenía a esta hora el cuerpo para tanto.

Fui a la cocina, me preparé las palomitas, y cuando las tuve en un bol, regresé al salón. No me dio tiempo a llegar al sofá cuando unas risas me hicieron girarme.

—Eh. Hola —saludé a Brian.

Mi hermano Eloy y su amigo entraron por la puerta del garaje, riendo y corriendo.

—Hola, Xaira —me devolvió el saludo, con una pequeña sonrisa.

—Como me gusta verte así de fuerte.

—Gracias. He podido con el virus.

—Claro que sí.

—Yo también quiero palomitas —dijo mi hermano.

Vino hasta mí para darme un abrazo y un beso, y Brian lo imitó.

—Os las preparo —les dije.

—Sí, todavía tardarás un rato en irte. Seguro —le habló Eloy a su amigo.

—Claro, si acaba de llegar —comenté.

—Es que ha venido con su hermano y cuando termine de hablar con papá se irán.

Me costó entender las palabras de Eloy, no las procesé hasta que ya fue demasiado tarde.

Levanté la mirada al escuchar la voz de mi padre y me llevé la sorpresa de verlo acompañado de Cian. Ambos caminaban hacia nosotros, desde el garaje.

—Piénsalo, Cian. Es una grandísima oportunidad —le dijo mi padre.

—Lo sé. Me lo has puesto muy fácil para aceptar, pero no sería justo que…

—Hija.

Mi padre lo interrumpió en cuanto me vio. Llegó frente a mí sonriendo, mientras que Cian se quedó retrasado unos pasos, por la sorpresa.

Estaba en mi casa, ¿qué esperaba? ¿Qué no estuviera? ¿No verme? Bueno, eran posibilidades, pero, aun así…

—¿Puedo comer palomitas con Eloy? —le preguntó Brian a su hermano mayor.

Él no apartó la mirada de la mía.

—Claro que sí, hijo —le contestó mi padre—. Tu hermano también va a hacerme caso y va a probar el coche.

Colocó una mano en el hombro de Cian y él lo miró.

—No tenía ni idea de que mi hija estaba aquí, pero es perfecto. Ella puede acompañarte a dar una vuelta con el coche, ¿verdad, cariño? —se dirigió a mí.

¿Cómo que no tenías ni idea de que yo estaba aquí, papá?

No hice la pregunta, se quedó en mi cabeza porque claro que mi padre sabía que yo me encontraba en casa. Cuando se fue se despidió de Jon y de mí, ambos estábamos en ese momento en el sofá y mi padre sabía perfectamente que no teníamos ninguna intención de salir. Yo continuaba en chándal y con un moño mal hecho sobre la cabeza.

—¿Una vuelta en el coche? —pregunté porque no estaba muy centrada.

—Cian te lo explicará. —Me hizo un guiño—. Y vosotros venid conmigo. Os preparo las palomitas y podéis ir a jugar hasta que ellos regresen del paseo —se refirió a Cian y a mí, que no dejábamos de mirarnos.

Justo en ese momento la puerta principal de la calle se abrió y Emma y Kevin entraron, riendo.

—Vaya —dijo mi amiga, acercándose con una sonrisa pícara.

Era la primera vez que veía a Cian en persona, pero lo reconoció al instante de la videollamada en la que apareció él. Fue la que le hizo Eloy a Brian, el día que le dije que su amigo estaba malo, el mismo día que llegó de viaje Emma.

Cuando llegaron junto a nosotros Kevin y Cian se saludaron y Emma se presentó.

—Mira, perfecto —dijo mi padre.

—Pero… —fui a quejarme, pero no me dio tiempo.

Me dejó con la boca abierta cuando me quitó el bol de palomitas y se lo dio a Brian.

—Solucionado, ya tenéis palomitas —les dijo a los niños. Después se dirigió a mí—. Cariño, cuando vuelvas del paseo te las comes recién hechas.

—Guay. Gracias Xai —me dijo Eloy.

Me agaché para recibir su beso en la mejilla y el de Brian, antes de que ambos ser fueran hacia las escaleras y las subieran.

—Parece que el jefe de la casa ha decidido, ¿no? —habló por primera vez Kevin.

Su diversión quedó flotando en el aire.

—Joder, ya te digo. Me he quedado sin palomitas, por la cara —dije.

Soltamos una carcajada a la que también se unió Emma. Mi padre tenía una gran sonrisa y Cian estaba claro que se esforzaba por no sonreír.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté a mi amiga.

Necesitaba recomponerme de la impresión de tener a Cian en mi casa, en el hogar de mi familia, en mi lugar seguro y a tan solo unos pasos de distancia.

Sobre todo, obviar lo guapo que estaba con un pantalón vaquero y una sudadera.

—Muy bien —me contestó emocionada Emma y miró a Kevin.

—Me alegro —hablé emocionada.

—Se ha ganado al jefe nada más entrar en su despacho —comentó mi hermano y rio.

Sonreí.

—¿Has podido estar con ella? —le pregunté feliz.

—Claro, mi jefe me adora —me confirmó Kevin.

—Siento interrumpiros —llamó nuestra atención nuestro padre—, pero podéis hablar y poneros al día más tarde. Es mejor que salgáis ya. —Me miró—. Así aprovecháis la luz del día, aunque regreséis de noche. Quiero que Cian pruebe bien el coche.

—¿De qué va esto? —Quiso saber Kevin.

—A mí mejor no me preguntes, soy una simple espectadora. —Levanté las manos.

—Ahora os lo cuento —le dijo nuestro padre—. Ve a calzarte y a por la chaqueta —me pidió.

Miré a Cian. Se mantenía callado y esperé a saber si él quería que lo acompañara. Lo último que quería era que se sintiera incómodo por lo que había sucedido entre nosotros esta mañana, y tampoco presionado por un compromiso hacia mi padre.

—¿Me acompañas? —me preguntó, por fin.

Pocas palabras, pero más que suficientes para que yo asintiera.

—Estupendo —dijo mi padre y lo miré con las cejas elevadas.

—Venid, chicos, vamos a ponernos al día —les habló a Kevin y a Emma.

Les pasó los brazos por los hombros y caminó con ellos hacia el sofá.

—Kevin —lo llame.

—¿Sí?

Me miró por encima de su hombro, conteniendo la risa.

—Cuando puedas ve al cuarto de Iago.

Con esas palabras y con un gesto que solo él vio, supo lo que me había callado. Frunció ligeramente el ceño.

—De acuerdo —comentó como si nada, para no llamar la atención de nadie.

—Cian, ¿si quieres unirte a nosotros mientras Xaira baja…?

—Vale —contestó él.

—No tardo, solo tengo que calzarme, peinarme y ponerme la chaqueta —le dije.

—Tranquila, no tengo prisa.

—Vale —susurré.

Le di la espalda y caminé hacia la escalera, sintiendo su mirada en mi espalda.

Dejé salir el aire despacio y me centré en subir cada escalón, para que no me fallaran las piernas por lo nerviosa que me había puesto. Solo de pensar que iba a estar metida en un coche con Cian, él y yo solos…

Capítulo 34



Cian

Me llevé a los labios el vaso de agua que Kevin acababa de darme y bebí un sorbo, para dejarlo después sobre el posavasos, en la mesa baja de enfrente.

—Luego nos vemos, Cian, cuando volváis —me dijo, apretándome un hombro.

—Vale.

Él estaba de pie y yo sentado en el sofá.

Hacía unos minutos que Xaira había subido a su habitación.

—Voy a ponerme cómodo y a saludar a mi hermano Iago —me contó.

—Tranquilo.

Sonreí, asintiendo.

Emma y Román hablaban entre ellos y Kevin les dijo que ahora bajaba, antes de ir hacia la escalera.

—Sube tú también —le pidió Román a Emma—, para quitarte la ropa de calle —le sonrió.

—Sí —le dijo ella y después mi miró a mí—. Cuidado con mi amiga que solo tengo una, a ver qué haces con el coche —me advirtió y rio, mientras se levantaba del sofá.

—Nos la devolverá de una pieza —comentó con tono divertido Román.

—Para vuestra tranquilidad hace muchos años que me saqué el carné.

—Es bueno saberlo. —Me hizo un guiño Emma—. Nos veremos luego, ¿no?

—No lo sé. Supongo. Entraré para buscar a mi hermano —le contesté.

—Guay.

—Sube tranquila que todos veréis a Cian —habló Román.

La puerta principal de la casa se abrió dando paso a Evie y a Lúa, a madre e hija.

—Hola —las saludó animada Emma—. Mirad quién ha venido a visitarnos. —Señaló hacia mí.

—Vaya, Cian —dijo Lúa, sonriendo.

—Hola —las saludé, levantándome del sofá.

Me acerqué a ellas para darles un beso y hablamos unos minutos en los que me preguntaron cómo me encontraba después del virus, al igual que se habían interesado Emma y Kevin, cuando nos sentamos en los sofás. Román me preguntó en cuanto me vio, al recogernos a mi hermano y a mí en el polideportivo en el que había entrenado Brian.

Fue Román quién me llamó esta mañana, antes de irme de la empresa. Me invitó a su casa y mantuvo la sorpresa hasta el final, la que había merecido la pena, muchísimo.

Emma y Lúa se fueron hacia la escalera y se cruzaron con Xaira, que bajaba preparada para irnos.

Incluso al pensarlo todavía no me lo creía. ¿Cómo había llegado hasta este momento? Román se había encargado de todo, yo no lo había visto venir y solo me había dejado llevar.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —le sonrió ella, antes de darle un beso—. ¿Os vais? —nos miró a su hija y a mí.

Xaira estaba preciosa. No se había quitado el chándal, se había calzado unas deportivas y puesto una chaqueta. También se había peinado con otro moño, pero bien hecho, aunque lo llevaba suelto.

—Sí —le contestó ella.

—No llegaremos tarde —dije, levantándome del sofá.

—Que vaya bien chicos —se dirigió a nosotros Román—. Disfruta Cian. —Me hizo un guiño—. Vamos, cariño —le dijo a su mujer—. Te acompaño a la habitación y así te cuento cómo me ha ido la tarde.

—Nos vemos luego —se despidió de nosotros Evie.

Asentí y Xaira le sonrió. Cuando nos quedamos solos reinó el silencio, como si la casa estuviera vacía.

—¿Vamos? —me preguntó—. Donde quiera que sea que tengas pensado.

Se encogió de hombros.

—Claro —carraspeé.

Cogí la chaqueta que me quité al sentarme en el sofá y caminé hacia el garaje, como si estuviera en mi casa. Xaira se puso a mi lado y me acompañó callada.

—¿No vas a preguntarme de qué va lo del coche?

La miré de reojo.

—Creo que lo sé —contestó.

Entramos en el garaje y cogí la llave del coche que minutos antes Román había colgado en un armario de llaves. Caminamos hacia el vehículo.

—¿Crees? —le pregunté al abrir con el mando, con una ceja arqueada.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

Abrí la puerta de atrás para dejar la chaqueta y después me monté frente al volante. Xaira me siguió sentándose en el asiento del copiloto, después de quitarse su chaqueta. La lanzó hacia atrás.

Abrí la puerta del garaje desde el mando y metí la llave en el contacto, para arrancar.

Nos mantuvimos en silencio en todo momento.

Salí del garaje y me dirigí al camino que llevaba hasta la verja. Ver la propiedad desde fuera me había impresionado, pero estar dentro de ella era una pasada.

Había un bosque en miniatura que la rodeaba y la protegía. la vivienda estaba rodeada de jardines. La casa era de dos plantas, enorme y preciosa, pero en su interior no destacaba el lujo excesivo, como llegué a pensar.

Para nada, todo se veía muy natural, sencillo, aunque con un encanto increíble.

Al traspasar la verja esperé a que se cerrara, para incorporarme a la carretera. Comenzamos a circular, era una gozada hacerlo con este coche.

—¿Y los perros? —le pregunté al acordarme.

No los había visto ni escuchado.

—En la casa del vecino, con otros perros que son sus amigos —me contestó.

—Ah.

Sonreí.

Volvimos a estar otro rato en silencio, tiempo en el que Xaira se relajó y se acomodó más en el asiento.

El atardecer dio paso a la noche sin que me diera apenas cuenta. Me sentía tan a gusto conduciendo que el tiempo se me pasó volando, aunque tampoco era muy tarde. Todavía no había una oscuridad absoluta.

—¿Dónde quieres ir? —me preguntó.

—A ningún lado —respondí—. Solo…

—Estás disfrutando. Se te nota, no dejas de sonreír.

—Yo no he sonreído.

—Anda que no. —Bufó—. Casi desde que nos hemos ido de mi casa.

Sonrió también.

—No hace tanto de la última vez que conduje, pero lo he echado más de menos de lo que creía.

Sacudí la cabeza.

Me desvié hacia una parte que conocía bien y a la que hacía semanas que no venía. En ella me gustaba perderme cuando algo me superaba. Subimos una carretera de curvas, hasta que volví a desviarme reduciendo la velocidad para acceder a una zona de gravilla.

—Hace mucho tiempo que no vengo, ni me he acordado desde que volví —susurró.

Avancé por la tierra, alejándome de la carretera, y me paré a unos metros del final del mirador.

—Viví años en otra ciudad, hasta que mi jefe me habló de la sede de aquí y no me lo pensé, pedí el traslado. Fue una suerte que la abrieran tan cerca de mi casa —suspiró—. En la ciudad que vivía antes iba a diario a un mirador parecido a este, me gustaba correr temprano por esa zona y cuando terminaba me pasaba un buen rato admirando las vistas. Me servía para evadirme y pensar.

—Yo vengo mucho a este —admití—. Me sucede lo mismo, aquí desconecto de todo.

—Sí.

Apagué el motor para que las luces de los faros y del interior no nos entorpeciera para ver el cielo estrellado. Había algunas nubes, pero se veía bien.

—¿Cuándo le dijiste a tu padre que yo necesitaba un coche? —le pregunté— Porque sé perfectamente que la llamada que me ha hecho hoy, al igual que la oferta por este coche, ha sido cosa tuya.

Sonrió.

—Hablé con él hace unos días, pero te aseguro que no tenía ni idea de que te llamaría hoy. Lo único que me dijo fue que él se encargaba de todo. Me he llevado la misma sorpresa que tu al verte en mi casa. No me lo esperaba, para nada, porque pensé que iría a verte con el coche. Yo qué sé.

—No tendrías que haberlo hecho, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué? —me preguntó extrañada— Cian, lleva meses encerrado en el garaje, mi padre estaba pensando en venderlo. Es una oportunidad perfecta porque te aseguro que el coche está nuevo, de motor y el interior ya lo ves. Cuando me dijiste que definitivamente no ibas a arreglar el tuyo porque tenías que invertir mucho dinero, enseguida me vino a la cabeza este coche.

—Y te lo agradezco, pero no voy a pagarle a tu padre el dinero que me ha pedido.

—¿Cuánto te ha pedido?

—Dos mil euros, Xaira, y eso deben valer solo las puñeteras llantas —negué.

—Te has pasado exagerando —rio y sonreí.

—Es un decir, pero que dos mil euros es como si me lo regalara.

—¿Y? ¿Qué problema hay en eso?

—Que no puedo aceptarlo. Tu padre puede venderlo por muchos miles de euros.

—No quiero que te tomes mal lo que voy a decir ahora, es solo una realidad. Mi padre, por suerte, no necesita el dinero, Cian. Y estoy segura de que te ha dicho dos mil euros porque ya te conoce un poco y nunca aceptarías que te lo regalara.

—Por supuesto que no.

—Pues eso.

Se encogió de hombros.

—Piénsalo al menos. Lo necesitas para tu hermano y tu abuelo —me pidió—. Y estás encantado con el coche, ¡si no has dejado de sonreír mientras lo conducías!

—Yo no…

Me quedé callado por varios motivos, los principales por su cercanía y su contacto. Se inclinó hacia mí para ponerme un dedo sobre los labios, para que no hablara más.

—Piénsalo —repitió susurrando—. Por favor. Si no lo compras el coche se tirará otra larga temporada en el garaje, eso o mi padre te perseguirá hasta que aceptes y te aseguro que puede ser muy, pero que muy pesado.

—No prometo nada, pero lo pensaré —susurré.

—Gracias.

Xaira no se apartó para volver a sentarse bien. Tampoco quitó el dedo de mis labios y yo no me atreví a moverme, para no romper el momento.

Este se rompió solo cuando un coche que circulaba por la carretera tocó el claxon, entonces ella retrocedió.

Nos quedamos en silencio durante un rato, observándonos.

—¿Cuántos años estuviste lejos de aquí? —le pregunté.

Necesitaba volver a escucharla.

—Cuatro años y medio.

—Con la unión que tienes con tu familia debió de ser muy duro.

Me quité el cinturón y me giré en el asiento hacia ella. Xaira me imitó en todo y nos quedamos mirándonos de frente.

—Sí, fue muy duro. Cada día los echaba muchísimo de menos, pero en la otra ciudad encontré a personas maravillosas que, si no me hubiese atrevido a irme de mi hogar, nunca habría conocido. Sobre todo, hablo de Emma y de Jon. A él no lo conoces, llegó el sábado pasado, el día de la exhibición de patinaje de Erea. Está en casa de mis padres también, cuando lleguemos te lo presentaré.

—Me gustaría —dije.

Asintió sonriendo.

—Bueno, ahora que lo pienso no sé si Jon estará en condiciones de una presentación.

Apretó los labios.

—¿Y eso? —La miré con curiosidad.

—Mi hermano Iago ha llegado a casa mal, muy afectado, y Jon ha subido con él a su habitación, con bebida. Espero que ya hayan parado de ahogar las penas.

Negó.

Me contó lo que le había pasado a Iago y comprendí como debía sentirse, después de la traición del que consideraba un amigo y del desamor de la chica de la que estaba enamorado.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó, cambiando de tema— ¿Has podido descansar?

—Te dije que solo tenía agotadas las fuerzas. Y sí, he descansado. En cuanto llegué al piso me tumbé en la cama. He estado en ella hasta que mi abuelo me ha despertado para comer y al terminar me he echado otro rato, hasta que he tenido que activarme para ir al polideportivo donde entrena Brian. Lo llevó la madre de uno de sus mejores amigos. Después tu padre vino a recogernos y fuimos directos a vuestra casa.

—Me alegro de que estés un poco más recuperado.

—Gracias.

—Cian…

—Xaira…

Hablamos al unísono y nos miramos sonriendo.

—Quiero pedirte perdón, Xaira. Esta mañana me he excedido, no te merecías que te tratara como lo he hecho. No he reaccionado bien.

—No quiero pelear más —susurró.

—Yo tampoco, pero después llega el imbécil de Ismael en el trabajo y jode todo lo que hemos conseguido.

—¿Por qué? ¿Qué hace él para que le tengas tanta manía? ¿Ya se la tenías de antes?

Capítulo 35



Xaira

—Si te digo que Ismael va detrás de todo en lo que yo me fijo, ¿me creerías?

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No sé si te has dado cuenta, pero Esteban tiene debilidad por mí.

—Sí. Lo vi desde el principio —le confirmé.

—Eso es solo porque soy como un hijo para él y si tengo que considerar a alguien en esta vida como mi padre, ese es Esteban.

—No tenía ni idea de que llegaba a tanto.

Ahora entendía muchas cosas del trato hacia Cian.

—Yo era el mejor amigo de su hijo. Crecimos juntos, aunque mi vida familiar era una mierda teniendo un padre biológico alcohólico. Por ese motivo siempre mantuve a Cristian alejado de mi casa. Así se llamaba mi amigo, el hijo de Esteban.

—¿Eras? ¿Se llamaba?

—Murió hace años.

Apartó la mirada de la mía, para observar hacia delante.

A pesar de la oscuridad, por la falta de luces artificiales, pude apreciar perfectamente la tristeza en su cara.

—Lo siento —susurré.

Lo sentí tanto por él, porque era evidente que seguía doliéndole. Y por Esteban, porque solo de imaginar lo que sufrió y sufría por la pérdida de su hijo…

—Tuvo muy mala suerte. —Apretó la mandíbula—. Una noche que salió se vio metido en una pelea que no buscó. De repente estaba en el centro, resultó herido y murió en el hospital.

—¿Estabas allí?

—No. —Cogió una bocanada de aire—. La puñetera tarde de ese día que sucedió mi padre llegó muy borracho a casa y me peleé con él, como solía hacer cada vez que intentaba acercarse en ese estado a mi hermano. Brian era muy pequeño. El resumen es que me dio una paliza, por eso no salí con Cristian. Y ya no volví a ver más a mi amigo, si hubiese sabido que había una mínima posibilidad de que le pasara algo malo habría salido arrastrándome.

—No puedes culparte.

—Durante años lo hice, pero ya no. Y es gracias a Esteban.

—Os volcasteis el uno en el otro, fuisteis vuestra salvación.

—Sí. —Tragó saliva—. Esteban se enteró tarde de cómo vivíamos Brian y yo, era algo que yo mantenía muy en secreto. Me daba miedo que me separaran de mi hermano o que mi padre pudiera quedarse con él y a mí me enviaran a otro lado.

—¿Y vuestro abuelo?

—Para él también todo era normal, yo no sabía por aquel entonces que él podía hacerse cargo de nosotros. Aparte de que mi padre me tenía amenazado con mi hermano —suspiró—. Mi única meta era sobrevivir viviendo con nuestro padre, hasta que consiguiera el dinero suficiente para llevarme a Brian conmigo. Pero nada es fácil.

—¿Cómo salisteis de esa situación?

—Fue el día que mi abuelo se enteró por casualidad de que su hijo era un borracho y que me pegaba día sí, día también. El resto del tiempo era como si no existiera, mientras yo trabajaba en todo lo que podía, compaginándolo con los estudios.

—¿Qué pasó?

—Mi padre siempre ponía reglas a todo y una de ellas era que no aceptábamos visitas en el piso en el que vivíamos, fuese quien fuese. Pero ese día mi abuelo ignoró esa regla y se presentó en el piso, porque yo llevaba dos días que me inventaba excusas para no ir a verlo. Se olió algo y cuando me vio se le cayó el mundo al suelo. Por suerte mi padre estaba casi inconsciente tirado en el sofá.

Le agarré la mano que tenía más cerca de mí. Él necesitaba el contacto, lo pedía a gritos, pero es que yo no me encontraba mejor.

—Mi abuelo nos sacó de allí con lo puesto y nunca más volvimos. Bueno, solo nos llevamos los libros, y yo el móvil y el cargador. Ya está. Y hasta hoy día hemos vivido con nuestro abuelo y crecido con él.

—¿Y vuestro padre? ¿Ha intentado alguna vez…?

—Hace tiempo intentó acercarse a Brian, pero el colegio avisó a mi abuelo y él no se contuvo más. Mi abuelo le pegó a su hijo en la calle y también lo amenazó para que no se acercara más a nosotros, ni que lo intentara.

Hizo una pausa, pensativo, antes de continuar.

—No sé bien lo que sucedió o cómo fue, pero alejó a ese hombre de nuestras vidas. Mi abuelo me dijo ese día que su hijo estaba muerto para él, desde el día que me vio a mí mal, y yo decidí que para mí también lo estaba. Ninguno de los dos lloramos.

—Siento por todo lo que has tenido que pasar —susurré.

—Gracias, pero no te lo he contado para dar pena.

—Lo sé, y no es eso lo que siento.

Me miró.

—Y sobre Ismael…

—¿Tanto te interesa hablar de él? —Frunció el ceño.

—Para nada, si pudiera sacarlo de todas nuestras conversaciones lo haría, pero si te pregunto por él es porque necesito saber a qué persona tengo delante. ¿Entiendes? Es difícil conocer a alguien en tan poco tiempo y, como a todo el mundo, imagino, no me gusta que me engañen.

—Ismael, como algún otro de la empresa, jefecillo o empleado, no soporta la relación que tengo con Esteban. Aunque debo decir que a una gran mayoría les caigo bien.

—Lo he visto, yo diría que les caes bien a todos, exceptuando a esas personas contadas que mencionas. Veo a diario como se acercan a ti, cómo interactuáis.

Asintió.

—Te prometo que Esteban no me trata con favoritismos. Sí, tengo libertad de horario y no tengo que preocuparme por llegar tarde, pero es que recupero cada puñetero minuto, a pesar de que Esteban me tiene dicho que no lo haga.

—También lo sé. Te recuerdo que soy tu jefa —sonreí.

—Como te gusta decirlo…

Reímos.

—Esteban también me apoya mucho, pero joder, lo hace con todo el mundo. Contigo también.

—Desde el principio, sí. Está en su naturaleza.

—Pues eso, ni él me regala nada ni yo lo aceptaría. Que nuestra relación es especial y daríamos la cara o lo que hiciese falta por el otro, sí, pero en el día a día en la empresa él es el director general y yo un trabajador más.

—¿Cómo estás tan seguro de que Ismael te tiene envidia? ¿De qué quiere todo lo que tú tienes o te interesa?

—Porque lo ha dejado ver más de una vez, Xaira. Puedes preguntarles a Bruno, a Belén y a Adela, incluso a algunos de mis compañeros del departamento. Todas las sonrisas que ves en Ismael son falsas y están destinadas a conseguir algo.

Sacudió la cabeza.

—Ismael habla fatal de mí, corre la voz de cosas inventadas y su último lio sonado fue con una chica con la que yo me acosté varias veces. Toda la empresa lo sabe. Pretendía joderme, pero yo y esa chica solo tuvimos sexo. Le di la enhorabuena por llevarse mis sobras.

—La chica no escucharía eso, ¿no? —Agrandé los ojos.

—Sí, pero ya estaba avisada. Hablé con ella antes y le pedí que no se tomara a malas nada de lo que saliera de mi boca con respecto a ella, que no se lo creyera. Ella sabía cuál era mi situación con Ismael.

—¿Y aun así estuvo con él?

—Solo fue sexo.

Se encogió de hombros.

—Joder.

—No tienes que creerme si no quieres, pero solo te pido que lo observes todo muy bien para que no te engañe y utilice. Ve con cuidado.

—Te creo —dije convencida de ello.

Volvimos a quedarnos mirándonos fijamente.

—Tengo… tengo que llamar a mi abuelo.

—Claro —sonreí.

Su olor me llegó con intensidad cuando se quedó muy cerca de mí. Pasó el cuerpo entre los asientos, para coger de la parte de atrás su chaqueta, de la que sacó el móvil.

—Abuelo —le dijo cuando descolgó.

Apoyé la cabeza en el asiento, sonriendo. Pude escuchar la voz del hombre, al otro lado de la línea.

—¿Estáis cenando con Barry y Jake? —le preguntó el hombre.

—No. ¿Te acuerdas de que te he dicho que Román venía a recogernos a Brian y a mí a la salida del entrenamiento, para llevarnos a su casa? Es el padre de Eloy, el nuevo amigo de Brian.

—Sí, claro.

—Pues todavía estoy… con ellos.

—¿Y esa duda, muchacho? ¿Acabas de mentirme?

Apreté los labios. Cian no se contuvo y soltó una carcajada.

Me encantó oír su risa.

—Más o menos —carraspeó.

—¿Eso qué significa? ¿Me has mentido o no?

—Te he mentido en la parte de que no estoy con Román ni en su casa. Ya te lo contaré bien, pero ahora mismo estoy con su hija mayor, la que también es mi jefa en el trabajo. Estamos dentro de un coche, hablando. Y en realidad no te he mentido porque ahora volveré a la casa de la familia para recoger a Brian. Se ha quedado jugando con Eloy.

—Ah, muchacho. Ahora te entiendo —dijo, sin poder ocultar la diversión—. Ya tiene que ser importante esa chica como para que me mientas.

—No te he mentido —rio Cian—, solo ocultado información.

—Es lo mismo.

—¿Quieres que lleve la cena?

—No, lo que quiero es que disfrutéis los dos. No tengas prisa en volver, yo estoy bien. Deja que Brian juegue más con su amigo y tú haz lo mismo con su hermana.

—Abuelo, joder, que puede oírte.

—¿No me digas? Vaya por Dios.

Cian negó, pero sonriendo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Hijo, claro. ¿No me escuchas animado?

—Sí.

—Pues ahí lo tienes. Cian, olvídate de mí por una noche. Yo voy a cenar un poco ahora y me voy a la cama a ver la tele, hasta que me duerma. Repito, no tengas prisa para volver.

—Seguramente mis padres ya están preparando la cena para todos, cuentan con Brian y contigo —le dije, interviniendo.

—¿Ves? —habló el abuelo que me escuchó tan bien como yo lo oía a él— Es una chica lista, mira cómo te retiene con ella. Me gusta.

—Joder, abuelo.

Soltamos una carcajada.

—Sé libre, como corresponde a tu edad, hijo. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana. Te quiero.

—Yo también, mi niño grande.

Sonreí, por cómo se refirió a Cian.

—Buenas noches, señor —le dije alzando la voz.

—Igualmente. Buenas noches —me correspondió, haciéndome sonreír.

—Pues ya está —comentó Cian, después de colgar.

Dejó el teléfono en un espacio que había debajo de la radio.

—Me gusta tu abuelo —le dije.

—Ya…

Sacudió la cabeza, nos miramos y soltamos otra carcajada.

—¿Os quedareis a cenar? —le pregunté.

—No sabes si tus padres…

—Claro que lo sé. Respóndeme —le pedí.

Sabía de sobra cómo pensaban y actuaban mis padres. Bueno, toda mi familia. Por eso mismo sabía que contaban con nosotros para la cena y que hasta que Cian y yo no volviéramos no se sentarían a la mesa. Al menos los adultos, cabía la posibilidad de que Eloy y Brian cenaran antes.

—¿Tú quieres que nos quedemos? —me preguntó.

—Sí —le contesté sin dudar.

Capítulo 36



—También quiero darte un recuerdo de este coche, para que no puedas rechazar la oferta de mi padre.

—¿Cuál? —me preguntó con la voz un poco ronca.

Me olvidé de las palabras e hice lo que llevaba tiempo deseando hacer.

Me lancé de cabeza, a pesar de los nervios que sentía porque Cian pudiera rechazarme o que hiciera cualquier otra cosa que pusiera freno a la situación.

No quise pensar en nada negativo mientras, sin dejar de mirarlo a los ojos, me moví en el asiento y me puse de rodillas, para pasar con más facilidad a su lado.

Tomé como una invitación que palpara con la mano un lateral del asiento y que deslizara este hacia atrás.

Me quedé sobre él, sentada a horcajadas sobre sus piernas, al tiempo que el asiento nos separaba del volante.

Llevé las manos por detrás de su cuello y se lo acaricié, mientras que sus manos se posaban en mis caderas.

Me mordí el labio inferior al notar el bulto que comenzaba a presionar entre mis piernas. Cada vez fue haciéndose más grande y lo sentí más duro.

—Voy bien para convencerte con este recuerdo —le susurré sobre los labios.

—Sí.

Tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás, cuando comencé a balancearme sobre él. Me moví rozando nuestros sexos, haciendo el máximo contacto, teniendo en cuenta la ropa que llevábamos puesta.

El interior del vehículo se llenó de jadeos, los que se intensificaron en el momento en el que empujó mis caderas hacia abajo, para clavarse en mi zona íntima.

—Cian…

—Joder, Xaira —siseó.

Me movió con sus manos, al mismo tiempo que se elevaba porque también necesitaba mucho más.

Con una mano en su pelo y otra en el cuello, busqué su boca por primera vez.

Ambos gemimos al primer contacto, por la intensidad con la que nos encontramos. Nos teníamos tantas ganas… quedó en evidencia en la forma tan desesperada que nuestros labios encajaban y se acoplaban a los del otros, y por cómo nuestras lenguas, una vez se tocaron, no pudieron dejar de buscarse.

Fue un beso profundo en el que ambos nos quedamos sin respiración, lo que nos obligó a separarnos para recuperarnos.

Lo hicimos respirando entrecortadamente y con los pechos subiendo y bajando descontrolados.

En esa pausa bajé las manos hacia el botón de su pantalón vaquero, para desabrochárselo y deslizar la cremallera a continuación. Aparté bien el pantalón hacia los lados y me moví un poco hacia atrás, para tener más facilidad de movimiento.

Le bajé el bóxer lo suficiente para liberar su erección y me llené la mano con ella, rodeándosela.

—Como sigas así, hasta me quedo con el coche si me lo regala tu padre —gimió.

Reí.

—¿Entonces voy por buen camino?

—Muy bueno —dijo con un pequeño gruñido.

Mi mano se movía por todo la largo de su miembro, arriba y abajo, a un ritmo constante. Al cabo de unos segundos comenzó a elevar la cadera consiguiendo que mis movimientos fuesen más enérgicos.

Volví a besarlo, tragándome sus jadeos y sonidos de placer, mientras se lo daba con la mano.

—Tumba el asiento —le pedí entre beso y beso.

No tuve que repetírselo, volvió a palpar el lateral y el respaldo fue bajando poco a poco, hasta que se quedó tumbado bocarriba.

Me eché hacia delante, sobre él, apoyando mi peso en la mano que coloqué en el asiento, cerca de su hombro. La otra no la separé de su miembro. Ahora su impulso era más fuerte y rápido, por el cambio de posición.

Mientras se masturbaba utilizando mi mano, llevó las suyas a los laterales de la cinturilla de mi pantalón del chándal y me lo bajó un poco. Lo hizo todo lo que le permitió mi posición, lo que para ninguno de los dos fue suficiente.

Contuve la respiración cuando coló las manos por debajo de mi braga, para agarrarme las nalgas con fuerza. Dejó una mano en mi trasero y la otra la dirigió hacia delante.

Jadeé cuando se adentró y fue directo a mi clítoris, el que apresó entre varios dedos, haciéndome gemir. Me estremecí por el escalofrío que me recorrió la espalda y por todas las sensaciones que sentía.

Cian se tensó debajo de mí mientras humedecía sus dedos con mis fluidos. Los deslizó arriba y abajo, arriba y abajo, arrastrando mi humedad, al mismo tiempo que alternaba con acariciarme el clítoris y penetrarme con varios dedos, después de tantear la entrada y comprobar lo excitada que estaba.

Fue a su encuentro moviendo la cadera con energía, adaptándome al ritmo de las embestidas de sus dedos, mientras su trasero se elevaba incansable del asiento, dándose placer con mi mano.

Me retorcí entre sus brazos. A pesar de que yo era la que estaba arriba, me sentí atrapada por él. Gemí y grité su nombre, cuando el orgasmo me pilló de improviso. Me liberé con sus dedos entrando y saliendo de mi interior, mientras yo misma me frotaba el clítoris con su cuerpo.

Las sensaciones me superaron, mientras caía y caía, después de haber subido a una gran ola de placer.

Jadeé removiéndome inquieta.

—Mierda, no voy a aguantar más —gruñó.

Le subí la sudadera rápido, liberándole la barriga y gran parte del pecho, que fue justo donde se corrió, en tensión.

Cian soltó al final un bufido y a mí me dio por reír.

—¿Has tenido suficiente con este recuerdo? —le pregunté, hablando entrecortadamente.

—No.

Volví a reír.

—¿Quieres más?

—Sí.

Me miró a los ojos, los suyos ahora brillaban más en la oscuridad de la noche.

—Quiero mucho más —añadió.

Suspiré y me incliné sobre él, con cuidado de no mancharme. Nos besamos lento y suave, pero profundo. Cuando nos separamos cogí mi chaqueta y de un bolsillo saqué un paquete de pañuelos.

Cogí uno, lo extendí y le limpié el semen esparcido por su piel. Cian no dejó de observarme en ningún momento.

Una vez le dejé limpio el pecho y la barriga, pasé el papel por la punta brillante y mojada de su miembro.

—Deberíamos volver —me dijo, en tensión.

—Sí —susurré.

Dejé caer el pañuelo manchado en la alfombrilla y le subí el bóxer, para después colocarle bien el pantalón vaquero. Cian me subió el mío del chándal, después de acariciarme por última vez entre las piernas. Me robó varios jadeos.

—Dime que tú también te has quedado como yo.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Con ganas de más. No he tenido suficiente.

Tiró de mí hacia abajo y nuestros pechos chocaron.

—Mierda, Xaira, creo que nunca tendré suficiente de esto.

Apretó la mandíbula.

Se la acaricié, pasando los dedos lentamente, para que la relajara.

—Me gusta que pensemos de la misma manera —le dije.

Le mordí el labio inferior y después lo succioné, provocándole un gemido.

Me rodeó la cintura con los brazos, para pegarme por completo a su cuerpo, y nuestras bocas se encontraron de nuevo, esta vez con más agresividad y posesión.

Gemimos al unísono.

—Va a ser una tortura —susurró.

—Haremos que valga la pena.

Sonreí.

—Sí.

Me retiró el pelo de la cara antes de besarme por última vez. Me costó volver a mi asiento, para que él pusiera el suyo bien.

No me gustó dejar de sentir su calor y cercanía, se me antojó que estábamos demasiado lejos, a pesar de que podíamos tocarnos.

—¿Bien? —me preguntó.

—Sí —suspiré.

Cian arrancó y echó marcha atrás, hasta que pudo girar para ir a la carretera de frente. El paseo se nos hizo demasiado corto, no tuvo nada que ver con el que hicimos de la casa de mis padres al mirador, ya que dimos más vueltas.

Esta vez fuimos directos, por lo que tardamos poco en llegar.

En cuanto entramos en la propiedad y la verja comenzó a cerrarse Timón y Pumba aparecieron corriendo y como siempre, se pusieron a los lados del coche, para seguirnos hasta la casa.

Cian sonrió al verlos, sonrió de verdad.

En el garaje salimos del coche con las chaquetas y el pañuelo manchado, del que por suerte se acordó Cian. Timón y Pumba nos dieron la bienvenida contentos. Él los acarició y rio cuando comenzaron a subir las patas delanteras a su pecho.

—Vamos, chicos —los llamé con un silbido, mientras caminaba hacia la puerta que daba a la casa.

Mis perros atendieron a mis palabras y se acercaron a mí enseguida. Cian me siguió de cerca. Dejó el llavero del coche en su sitio y entramos en la casa. Cerré la puerta del garaje con llave y nos dirigimos hacia las voces que se oía.

Nos encontramos a todos en el salón. En cuanto nos sintieron se giraron hacia nosotros en los sofás.

—¿El paseo bien?

Mi padre fue el primero en preguntar y su sonrisa de después lo dijo todo.

—Sí —le confirmamos Cian y yo.

—Xai —me llamó Iago.

Dirigí la mirada hacia él y después la posé en Jon.

—Nada de echarme la bronca, preciosa —me dijo mi amigo.

—Ahora están muy bien, si los llegas a ver hace un rato… —comentó Erea.

Su novio Daniel estaba sentado junto a ella y le sonreí, mientras me acercaba a saludarlo. Le di dos besos y se lo presenté a Cian. Mi amigo Jon se presentó él mismo.

—Es un placer conocerte —le dijo Jon.

—Igualmente —le correspondió Cian.

—Xai —volvió a llamarme Iago.

—Hola —me acerqué a él.

Se levantó del sofá y me abrazó.

Mi mirada se cruzó con la de Lúa y en ella vi preocupación y tristeza.

—Voy a avisar a los niños —dijo nuestro padre—. Y cenamos.

Al pasar por mi lado me dio un beso en la cabeza. No dejé de abrazar a Iago, ni siquiera cuando nos sentamos en el sofá. Mi hermano apoyó la cabeza en mi hombro y soltó un suspiro, con los ojos cerrados.

Estaba muy afectado por el alcohol, pero no tanto como para no poder sentarse a comer con los demás. Eso si no se quedaba dormido en la mesa, claro, lo que sería motivo de bromas, nada más.

En cambio, Jon, aunque tenía un brillo especial en los ojos y una sonrisa constante, controlaba muy bien la situación. La vista se le iba hacia mi hermana Lúa, sin darse cuenta.

Capítulo 37



Salí del baño de mi habitación sonriendo, pero al mismo tenía los nervios cogidos al estómago, porque no tenía ni idea de cómo saldría lo que había comenzado con Cian.

Había subido un momento a mi habitación, antes de cenar. Faltaban pocos minutos para que nos sentáramos a la mesa y Cian y Brian nos acompañarían. Aún me parecía increíble.

Caminé hasta la puerta, pero antes de llegar esta se abrió un poco y la cabeza de mi hermana Lúa apareció por el hueco.

—Hola —le dije, sonriendo.

—Hola —me devolvió el gesto—. He abierto directamente porque Cian está abajo, así que no había peligro de encontraros en una situación comprometida, haciendo marranadas.

Solté una carcajada.

—Gracias, muy considerado por tu parte.

—Entonces es verdad. —Entró y cerró la puerta—. Os habéis liado, por fin.

—Sí. Y bien liados —suspiré.

—Oh, joder, me encanta Cian como cuñado y a todos adoramos a Brian.

—No te embales tanto —le pedí negando.

—¿Cómo qué no? Pues claro. Tú eres la única que no ve lo que hay.

Vino hacia mí y nos abrazamos.

—Me alegro mucho, cariño —susurró.

—Gracias.

Cerré los ojos.

—¿Y tú cuando vas a hablarme de Jon? Porque llevo unos días esperando y sabes que la paciencia no es mi fuerte.

—Me he acostado con él varias veces. Aquí, en la casa de nuestros padres, en mi habitación —dijo de carrerilla.

—Lo sé —reí.

—¿Lo sabes? —Se sorprendió y asentí— ¿Y por qué me has preguntado por él?

—Porque quería que mi hermana me lo contara.

Le sonreí. La agarré de una mano y la llevé al final de la cama, donde nos sentamos.

—Jon me tiene informada de todo.

—Joder, ya lo veo —suspiró.

—No hay secretos entre nosotros y cuando me dijo que tenía que hablar conmigo, serio, supe lo que venía a continuación. Jon solo se pone serio cuando trata cosas importantes y tú lo eres para él.

—¿Qué te dijo?

—Que le gustas desde hace años y que ese sentimiento fue asentándose en él, hasta derivar en algo más importante. Durante mucho tiempo se obligó a dejarlo oculto, por la distancia que os separaba y porque cada uno teníais vuestras vidas. Aparte de que ninguno de los dos le dio a entender al otro algún interés.

—Yo no sabía que le gustaba —susurró.

—De eso se trataba. —Le coloqué el pelo detrás de la oreja—. Yo tampoco lo sabía, hasta a mí me lo ocultó. Ahora ha llegado el momento perfecto y Jon se ha acercado a ti, dejando ver a todos sus cartas. ¿Por qué te crees que está alargando su viaje? —Le acaricié la mejilla— La respuesta eres tú.

—Y tú y Emma.

—Claro, pero no tenemos la misma fuerza que tú —sonreí.

—Joder. Estoy nerviosa.

Bufó y reímos.

—Yo no puedo estar más contenta por vosotros, no puedo desear a nadie mejor que Jon para mi hermana. Ahora sí que me lo traigo para aquí —reímos—. Pero no has venido a mi habitación para hablar de esto.

—No. Estoy preocupada por Iago.

Miró hacia la puerta cerrada.

—Jon me ha contado lo que ha pasado, la manera que ha llegado Iago a casa y que después ellos dos han estado bebiendo en la habitación de nuestro hermano.

—Otra cosa que me ha pillado de nuevas —dije pensativa.

Sacudí la cabeza.

—Creía que lo sabía todo de mis hermanos y resulta que no me entero de que a ti te gusta Jon, porque es evidente que te lo has callado también, y que Iago está enamorado en secreto de una chica.

—Lo sabes todo sobre nuestras vidas, pero a veces es normal callarse ciertas cosas para digerirlas nosotros mismos. A ti también te pasa.

—Tienes razón —suspiré.

—No tenemos secretos contigo, Xai, ni Erea ni Eloy tampoco. Y a Kevin ni lo nombro porque sois una continuación del otro.

—Tú tienes que conocer a la chica de la que Iago está enamorado.

—Sí. Sé quién es.

—¿Y?

—Se llama Katia y es un encanto de niña. A pesar de lo mal que lo ha pasado en su vida no ha perdido la dulzura y la simpatía.

—¿Crees que esta tarde habrá pasado algo entre ella y el que decía ser amigo de Iago?

—¿Algo íntimo?

—Sí.

—No, imposible.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque por muy cercana que se muestre Katia hay muy pocas personas en las que confía plenamente y con las que se da a conocer de verdad. No va a liarse con el impresentable de Santiago, de ninguna manera, y él es un imbécil por pensarlo si quiera. Cuando lo vea…

Soltó un pequeño grito de frustración.

—Cuando lo veas vas a mirar para otro lado y vas a continuar tu camino. Se acabó —le advertí—. No quiero que ni tú ni Iago os metáis en problemas. ¿De acuerdo?

—Pero…

—Prométemelo —le pedí seria.

—Te lo prometo —suspiró y asentí.

—¿Algunas de esas personas de confianza para Katia no seréis Iago y tú, por casualidad?

—Sí. Iago el que más —confirmó con una gran sonrisa—. Por eso está aún más afectado.

—Pero tú dices que Katia no tiene ninguna intención con Santiago, en cambio, Iago, cuando me lo explicaba ha dicho que ya sabe cómo va a terminar la cita de esos dos.

—Porque se ha dejado llevar por la rabia y los celos, pero en el fondo él sabe que Katia no entra en juegos. Y menos si son de tipo sentimental.

—Iago también ha dicho que ella no está preparada para estar con nadie porque todavía está curándose de lo que vivió con sus padres.

—Así es —suspiró, con una expresión triste—. Necesita más tiempo para sanar, pasó por mucho, durante demasiado tiempo.

—Iago está dispuesto a esperar todo el que haga falta —susurré—. Pero ¿y si pasan más años y después ella no lo quiere? El daño y el dolor se multiplicarán —dije preocupada.

—Lo que voy a decirte ahora no puede salir de aquí, Iago no lo sabe y es lo mejor para él, porque Katia necesita recorrer su camino sola, aunque Iago la acompañe. Pero por ahora solo puede ser desde la amistad.

—¿Qué pasa?

—A Katia le gusta Iago, mucho, pero el miedo por todo la supera.

—Oh.

Me ilusioné.

—Sí.

Nuestras sonrisas fueron idénticas, de oreja a oreja.

—Es complicado, pero sé que algún día Iago vendrá de la mano de Katia y os las presentará a todos.

—Vale, ya me quedo mucho más tranquila. Pero…

—¿Qué?

—Vuelvo a lo del tiempo… ¿y si tardan mucho y ninguno de los dos sabe que tiene sentimientos por el otro, y alguno termina desenamorándose y el otro sufriendo? —dije pensativa—. Joder, qué pena.

—Eso no va a ocurrir, te lo digo yo.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque Iago está muy, muy pillado por Katia y ella, aunque no lo expresa con palabras, lo hace con su actitud y sus comportamientos hacia Iago. Nunca quiere separarse de él y es al único que le permite acercarse mucho y tocarla durante toda la noche, si es necesario.

—¿Qué tipo de tocamientos? —Arqueé una ceja.

Soltamos una carcajada.

—Me refiero a que Iago la abrace, tenga su brazo sobre sus hombros, que ella se agarre a su brazo… cosas así. Si los vieras cuando están junto, Xai, es una pasada. Gritan al mundo que se quieren y ni se dan cuenta.

—Joder, qué bonito. A que lloro.

Mi hermana sonrió.

—Es una maravilla lo que ha ido creciendo entre ellos. Están creando un sentimiento tan fuerte…

Ambas suspiramos.

—Tú sales con ellos, estás en el mismo grupo.

—Exacto, así que fíate de mí. Yo no estoy preocupada, para nada. —Me hizo un guiño.

—Si Iago supiera una mínima parte de todo lo que hemos hablado no estaría sufriendo tanto.

Hice una mueca.

—Podemos darle algo que le va a quitar la tristeza, a sacarle una gran sonrisa y con lo que se va a olvidar del traidor de Santiago.

—¿El qué? —le pregunté sorprendida.

—Ven a mi habitación —me pidió.

Se levantó de la cama y caminó rápido hacia la puerta. Le seguí los pasos y entramos en su habitación.

—Mira.

Cogió su móvil de la mesita de noche y se giró hacia mí, ofreciéndomelo. Me acerqué y lo agarré, para leer los mensajes que había en la pantalla.

—Le he escrito a Katia para quedarme tranquila del todo y ya ves, es como yo digo y pienso.

La sonrisa de mi hermana era enorme.

Todos los mensajes que se veían eran de Katia, como respuesta del que le había enviado Lúa. Mi hermana le escribió diciéndole que se había enterado de que había quedado esta tarde con Santiago.

Katia: *Hola, Lúa. Aquí estoy, en el bar de siempre y con Santiago enfrente. Sinceramente no sé para qué he venido. Acepté quedar con él por compromiso, insistió, aunque le dije varias veces que nos veríamos mañana al salir con el grupo. Pero como se puso muy pesado al final le dije que sí.*

Katia: *A mala hora, no me siento a gusto. Aunque no vayas a alarmarte, todo está bien. Santiago está comportándose correctamente, me hace reír, pero aun así algo me falla. Ya sabes. No quiero esto.*

Katia: *Toca intentar pasarlo bien para que el tiempo vaya rápido.*

Esos primeros mensajes eran de hacía unas horas. Me salté los que le envió mi hermana a continuación, y me centré en los siguientes de Katia. Estos últimos hacía diez minutos que los había enviado.

Katia: *Ya está, por fin estoy en casa. Acabo de despedirme de Santiago con dos besos en las mejillas y con un hasta mañana. De esa salida sí que tengo ganas, cuento las horas.*

Katia: *Pasad una buena noche y dile a Iago que mañana no puede faltar, que tengo que ganarle a la partida de dardos. Tres besos para los dos.*

Terminó el mensaje con una cara haciendo un guiño y miré a Lúa.

—Tres besos, dos para mí. —Se tocó las mejillas—. Y uno para Iago. —Se señaló los labios.

Reímos.

—Amo a esta chica —dije.

—Es un encanto.

—Vamos a arreglar a Iago, al menos por lo de hoy. —Le hice un guiño.

Salí de la habitación y me asomé por la escalera.

—¡Iago! —grité su nombre.

—¿Sí? —contestó él.

—Sube un momento.

—La cena ya está —nos avisó nuestra madre.

—Enseguida bajamos.

Esperé a que mi hermano subiera la escalera, lo que le costó más de la cuenta al ir agarrándose y apoyándose donde podía, y cuando llegó junto a mí le cogí una mano y tiré de él.

—¿Qué pasa? —me preguntó con la voz pastosa, por el alcohol.

—¿Cuánto habéis bebido Jon y tú?

—No lo sé.

Soltó una carcajada y negué, sonriendo.

Nos paramos frente a Lúa cuando entramos en su habitación y por unos segundos nuestro hermano pasó la mirada de una a otra, varias veces, a punto de reír de nuevo.

—¿Qué? —preguntó al final.

—A Santiago ódialo, pero a Katia no —le dijo Lúa.

Al escuchar esos nombres Iago frunció en el ceño, pero antes de que pudiera hablar Lúa le puso su móvil en las manos, para que leyera los mensajes de Katia.

—A ese ódialo, pero solo por hoy. No se merece nada tuyo —susurré, acariciándole la espalda.

La expresión de mi hermano cambió como por arte de magia. Incluso bebido su cara se transformó. Una sonrisa preciosa apareció en sus labios y cuando levantó la cabeza, la esperanza y la ilusión habían regresado a él.

—La noche es preciosa, ¿verdad? —nos preguntó, alargando las palabras.

Lúa y yo nos miramos y soltamos una carcajada, tan felices como él, pero mucho más centradas y lúcidas.

—Sí, cariño. Es maravillosa —le contesté.

—Vamos a cenar y a brindar —dijo alzando un puño.

—Tú con agua —le dije.

Hizo una mueca.

—A callar. —Le señalé la puerta y me obedeció sin rechistar.

Lúa reía a mi lado. Iago, oh, Iago, mi hermano salió de la habitación silbando y completamente relajado, y así continuó durante el resto de la noche.

Todos al verlo se preguntaron a qué era debido el cambio que dio, pero no fue el momento de contarles que la crisis que había tenido hoy ya estaba superada.

Y en cuanto al día siguiente por la noche Katia y él se vieran, ya no habría ni rastro del disgusto de hoy. Lúa me aseguró que, si a Santiago le daba por aparecer, hablaría con varios de sus amigos en común para que evitaran que se acercara a Iago.

Capítulo 38



—Voy a llevarlo a su cama —dijo Jon, refiriéndose a Iago.

Hacía rato que mi hermano cayó rendido en el sofá. Dormía plácidamente con la cabeza apoyada en las piernas de Lúa.

Nuestros padres se quedaron con nosotros después de cenar, pero no tardaron en subir a su habitación.

Erea los siguió al cabo de muy poco, después de despedir a Daniel en la puerta de casa, donde él dejó el coche estacionado. Ella debía madrugar porque tenía entrenamiento de patinaje artístico al día siguiente, por lo que necesitaba descansar.

Los más pequeños, Eloy y Brian, hacía rato que estaban durmiendo en la cama de Eloy. Mi madre le pidió a Cian que dejara a su hermano aquí, independientemente de si él se quedaba o no a pasar la noche. Y de esa manera los niños habían acabado en la habitación de Eloy.

Kevin estaba a mi derecha en el sofá, Cian a mi izquierda, y Emma al otro lado de mi hermano. Todos teníamos puesta la atención en Jon y en lo que le estaba costando mover a Iago. El bello durmiente no se despertaba, bastante había aguantado.

—Voy con los refuerzos —dijo Kevin, levantándose.

—Os ayudo —habló Cian.

—Tranquilo, podemos nosotros —lo frenó Kevin, acompañando a sus palabras con un guiño.

Entre él y Jon cargaron con Iago, que ni por los movimientos abrió los ojos. Lúa y Emma se fueron detrás de ellos y los cuatro nos desearon a Cian y a mí que tuviésemos buena noche.

Nos quedamos solos en el sofá, en completo silencio.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

Giré la cabeza hacia él.

—Si te vas ahora tienes que llevare el coche.

Sonreí.

—¿Y si me quedo? —me preguntó con un carraspeo.

—Subimos a mi habitación, nos ponemos cómodos, y nos metemos en la cama —le contesté susurrando—. Si te preocupa tu abuelo puedes irte temprano.

—No se preocupará si no estamos, después de haber hablado con él.

Sonreí.

—¿Entonces?

—Enséñame tu habitación —me pidió y a mí me tembló todo.

Me levanté del sofá, lo agarré de las manos, y tiré de él, para que se pusiera de pie. Caminamos por el salón para ir hacia la escalera, pero antes acaricié a Timón y Pumba, los que llevaban tiempo durmiendo en sus camas acolchadas.

Apagué las luces y subimos las escaleras. En la planta de arriba también había silencio, todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas, menos la mía.

Me pregunté si Jon estaría en la suya o en la de Lúa, o a la inversa, y ese pensamiento me hizo sonreír.

Entramos en mi habitación, encendí la luz y cerré la puerta tras de mí.

—Lúa me ha dicho antes de la cena que está con Jon —le conté.

No me miró, observaba mi habitación.

Cuando Iago se quedó fuera de juego en el sofá, lo que sucedió en cuanto se tumbó, Lúa y yo les explicamos a todos el motivo del cambio que dio Iago, justo antes de la cena.

—Salta a la vista que tienen algo, no han dejado de buscarse desde que nos hemos sentamos a la mesa —comentó Cian.

Caminó hasta la cama y se paró observando la colcha. No entendí qué miraba, hasta que se echó hacia delante y cogió algo.

Cuando se giró hacia mí con varios paquetitos de preservativos todo mi cuerpo ardió por la vergüenza.

—¿Y esto? —me preguntó con expresión divertida.

—Yo no… yo… no sé qué hace eso ahí —dije apurada.

—¿Seguro que no tenías planeado desde el principio traerme aquí para darles uso?

—Nooo… —reí.

Me acerqué a él y se los quité de las manos, avergonzada.

—Kevin —susurré—. Joder, los habrá dejado antes de encerrarse en su habitación. Cuando he estado aquí con Lúa, antes de la cena, no había nada en la cama.

—Pues tenemos que darle las gracias a tu hermano.

Levanté la mirada para encontrarme con la suya. Me quitó de la mano los envoltorios y los volvió a dejar en la cama, lanzándolos, mientras que con la otra mano me agarraba de la nuca y me acercaba a él.

—Sí. —Fue todo lo que conseguí decir.

Me agarré de su sudadera y me puse de puntillas, para besarlo. Él se movió al mismo tiempo y nuestras bocas se encontraron a medio camino. Jadeé al sentir de nuevo la misma sensación que en el coche, me estremecí de los pies a la cabeza.

Cian profundizó el beso dejándome sin respiración y temblando, empujando profundo.

Bajé las manos hacia el final de su sudadera y metí las manos por dentro, para tocarle la piel de la garriga con la yema de los dedos y las uñas. Mi contacto provocó que me besara con necesidad.

Giramos y quedé de espaldas a la cama, entonces dejamos de besarnos el tiempo justo que necesitamos para quitarnos las sudaderas, las que cayeron al suelo.

Nuestras bocas volvieron a unirse, mientras sus manos iban hacia el cierre de mi sujetador. Me lo desabrochó y lo hizo desaparecer rápido.

No podía dejar de tocarlo, la barriga, el pecho, los brazos, la espalda… todo era poco para mi necesidad y para lo bien que me hacía sentir.

Gemí cuando Cian se agachó para mordisquearme un pezón. Lo succionó, haciéndolo desaparecer en su boca y lo agarré con fuerza del pelo. Jugó con uno y con otro, acelerando mis pulsaciones cada vez más.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, con un tirón de la punta dura de uno de los pezones que me hizo gemir, comenzó a descender por mi barriga con besos. Me mordí el labio inferior por el contacto húmedo de su lengua, la pasó por encima de la cinturilla del pantalón del chándal.

Metió varios dedos en los laterales y tiró hacia abajo de la prenda de ropa, llevándose también la braga. Se arrodilló frente a mí y mirándome a los ojos, me quitó primero una deportiva y después la otra, para después sacarme por los pies la braga y el pantalón.

Me dejó desnuda frente a él y no me dio tiempo a agarrarlo para levantarlo y hacer lo mismo con su ropa. Cian me empujó suavemente hacia atrás y me ayudó a caer despacio, hasta que me quedé tumbada bocarriba.

Él continuó arrodillado y contuve la respiración en el momento que me abrió las piernas y mi sexo quedó a pocos centímetros de él, casi a la misma altura de su cara.

Me removí en la cama, sintiendo sus dedos deslizándose de arriba abajo por toda mi zona íntima, por cada pliegue y por la entrada. Me tapé a tiempo la cara con un cojín que alcancé, para amortiguar el fuerte gemido que me provocó que me succionara el clítoris, al mismo tiempo que me penetraba con un dedo.

Estaba tan excitada que añadió otro más, para embestirme a un ritmo constante y profundo, todo lo que daba de sí la largura de sus dedos que acompañaban a sus labios, a su lengua y a sus dientes. Estos succionaban, lamían y acariciaban, y me mordisqueaban el clítoris y cada parte por la que pasaban.

Arqueé la espalda notando cómo el placer se concentraba todo en un mismo punto, hasta que me corrí sin remedio, estremecida por completo.

Grité su nombre contra el cojín, apretándolo a mí, porque por más que quise controlarme no lo conseguí. Fue imposible, la intensidad era demasiada como para mantener el control.

Cian se mantuvo entre mis piernas unos segundos más, provocándome varios jadeos y escalofríos. Al incorporarse sus labios brillaban de mis fluidos, los que retiró lamiéndolos, mientras me observaba con intensidad.

Llevó las manos al botón de su pantalón vaquero. Lo desabrochó y bajó la cremallera, para quitarse rápido la ropa que cubría gran parte de su cuerpo en este momento. Se quedó en bóxer, con la punta de su miembro asomando por la goma de la cinturilla.

Me mordí el labio inferior y me incorporé, para quedarme sentada frente a él. No esperé ni un segundo para sentir de nuevo el peso, el grosor, la calidez y el calor de su miembro en la palma de mi mano. Hice presión y jadeó.

Deslicé la mano arriba y abajo, despacio, sin prisa, disfrutando de nuevo de su piel erizada y de la tensión de su cuerpo. Lo alargué un poco más, acelerándole la respiración, mientras nuestros ojos mantenían el contacto.

Sabía lo que necesitaba y cómo, me lo había enseñado él mismo en el coche, mientras utilizaba mi mano para su placer, por lo que me dispuse a devolver el regalo que me había hecho minutos antes.

Lo empujé hacia atrás para levantarme y cuando estuve de pie frente a él, lo cogí de los brazos e invertí nuestras posiciones, para que fuese él quién cayera de espalda en el colchón. Lo conseguí al poner las manos en su pecho.

Me subí encima de sus piernas, a horcajadas, y volví a agarrarle con fuerza la erección. Cian gimió y cerró los ojos, pero los abrió rápido, justo para ver como la punta de su miembro, y después el resto, lentamente, desaparecían dentro de mi boca.

—Mierda —siseó.

Hizo un gran esfuerzo para mantenerse quieto, mientras me dejaba hacer a mi antojo, necesidad y disfrute.

Mi cabeza comenzó a subir y bajar, llenándome la boca con ansias. Su sabor me volvió loca y cuando Cian me agarró del pelo, por detrás de la cabeza, ahí supe que mi tiempo había terminado, para dar comienzo al suyo.

Sin sacar su miembro de mi boca elevé los ojos, para encontrarme con los suyos incendiados. Desprendían puro fuego, deseo y necesidad.

Me levantó la cabeza, mientras mis labios se deslizaban por todo el largo, para impulsarse hacia arriba a la vez que me empujaba hacia él. Me embistió con fuerza y profundo.

La primera vez me costó adaptarme porque la intensidad superó a todo lo que yo había hecho hasta ese momento.

Capítulo 39



Cian

Con la mandíbula apretada y el cuerpo complemente en tensión, mi cadera se elevaba sola por el placer que sentía cada vez que me hundía en la boca de Xaira.

Gemí notando cómo me aproximaba al límite y tuve que acelerar las embestidas con las que me perdía en su calor y suavidad. Me llevé aún más al límite, pero no con la intención de correrme de esa manera.

Estaba deseando usar el regalo que nos había dejado Kevin, el que permanecía a un lado de mi cabeza, a la espera de utilizarlo.

—Joder —gruñí, cuando Xaira me succionó con fuerza el glande—. Mierda…

Jadeé con fuerza, separándola de mí. Ambos respirábamos con dificultad.

Su visión me puso más duro de lo que estaba, lo que creía imposible. Mi miembro dio una sacudida mientras mis ojos recorrían su cara. Tenía las pupilas dilatadas, los ojos le brillaban, las mejillas las tenía sonrojadas, los labios los mantenía entreabiertos, mojados por una mezcla de semen y saliva, los mismos se resbalaban por una de las comisuras.

La agarré de los brazos y la atraje hacia mí, colocando su cuerpo sobre el mío. La besé con calma, saboreándome en ella, pero como siempre nos sucedía, el beso se nos fue de las manos y terminamos enredados y frotándonos contra el otro, mientras nuestras lenguas y labios se buscaban incansablemente.

Cuando conseguimos parar palpé la cama y en cuanto cogí los envoltorios de los preservativos, arranqué uno y lo abrí. Xaira se incorporó y observó cómo me lo colocaba.

Al terminar le rodeé la cintura y la llevé conmigo, girándomela en la cama. La coloqué debajo de mí y mientras le lamía los labios y se los mordisqueaba, me posicioné entre sus piernas.

Le levanté una pierna para apoyarla en mi cadera, al mismo tiempo que arrastraba por su sexo la punta protegida del miembro, para humedecerla de sus fluidos.

Xaira me rodeó con la pierna con fuerza y me empujó hacia ella. Ambos jadeamos porque con el movimiento, me colé en su interior. Fue poco, unos centímetros, pero lo suficiente para que los dos nos estremeciéramos.

Mirándonos a los ojos, empujé en su interior muy despacio, adentrándome lentamente para disfrutar del avance, hasta que me quedé enterrado por completo.

Apoyé la frente en la suya, cogiendo varias bocanadas cortas de aire.

Xaira colocó las manos en mis nalgas y me las apretó, subiendo la otra pierna a mi cadera. Con las dos rodeándome me presionó con los pies al final de la espalda. Gemimos al unísono.

Apoyé las manos a los lados de su cabeza y después de la primera embestida, ya no pude ir lento ni tomarme mi tiempo para saborear todas las sensaciones que me recorrían.

Tomé un ritmo de locura, desesperado, buscando el placer que me había privado al no terminar con la boca de Xaira. Pronunciamos el nombre del otro entre jadeos y gemidos, en un baile perfecto de nuestros cuerpos que se movían sincronizados. Yo dándole, ella acogiendo y buscando la siguiente embestida que llegaba casi sin dejarla respirar.

Nos dejamos llevar en un orgasmo casi al mismo tiempo, con poca diferencia de tiempo. Caí agotado a un lado de ella, con la cara enterrada en la curva de su cuerpo.

Xaira empezó a acariciarme la espalda al cabo de rato, cuando ya respirábamos normal.

—Estoy muerto —susurré.

Soltó una carcajada y sonreí sobre su piel. Me encantaba escuchar y más verla.

Me separé apoyando el brazo en la cama y le acaricié la cara.

—¿Qué? —me preguntó.

—Eres preciosa.

Sonreí de medio lado porque se ruborizó.

—No tenía nada que hacer cuando te conocí, debí verlo venir.

—No sabíamos que coincidiríamos de nuevo, mucho menos en el trabajo —susurró.

—Quién nos lo iba a decir, ¿eh?

—Nadie.

Reímos sin alzar mucho el tono.

Me separé de ella para salir de su interior y me puse de pie.

—Voy al baño —le dije.

—Todo tuyo.

Sonrió.

Cogí el bóxer del suelo y la dejé a ella en la cama. No tardé mucho tiempo en salir aseado y con el bóxer puesto. Me encontré con Xaira desnuda y de pie junto a la cama, estaba doblando mi ropa.

La colocó junto a la suya y cogió de la cama lo que supuse que era un pijama. Nos cruzamos al ir yo hacia la cama y ella al baño. Antes de que se alejara le di una palmada en la nalga con la que dio un salto. Intenté no reír por cómo me miró.

Dejé el móvil en la mesita de noche y por unos segundos dudé, porque no sabía en qué lado dormía ella. No le di muchas vueltas, si tenía que rodar hacia el otro lado lo haría una vez tumbado.

Dejé el teléfono en la mesita de noche y como lo tenía en silencio, solo tuve que poner la alarma a una hora que no fuese muy pronto ni muy tarde, y me metí en la cama.

Olía a Xaira, todo olía a ella, y que lo hiciera me tranquilizó un poco.

Nunca había dormido con una mujer porque una vez terminado el sexo me largaba a mi piso con mi familia, sin importar dónde estuviera. Para mí era toda una novedad compartir la cama y la noche con otra persona que no fuesen mi hermano, mi abuelo o alguno de mis amigos, cuando se quedaban a dormir en el piso de mi abuelo o si era yo el que me quedaba en sus pisos, incluso en algunos viajes.

Al ser la primera vez me sentía muy nervioso porque sabía lo que esto significaba. Todo.

—Eh, ¿estás bien?

Miré a Xaira. Había estado tan metido en mis pensamientos que no me había dado cuenta del momento que había salido del baño para venir hasta la cama. Tenía expresión de preocupación, arrodillada encima de la ropa de cama.

Se había puesto el pijama y estaba más preciosa aún.

—Claro.

—¿Seguro? Esta mañana has tenido que irte del trabajo y desde que mi padre os recogió no has parado.

—Xaira, me encuentro bien. Me siento cansado, pero lo normal.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Vale.

Sonrió, antes de retirar la colcha y la sábana. Se metió dentro y se tumbó a mi lado.

—¿Ese es tu sitio? No vayas a dormir incómoda —le dije.

—Has acertado.

Me hizo un guiño.

—Pues mira que bien.

Acomodé la cabeza en la almohada y me puse de lado, girado hacia ella.

—Te noto raro —susurró.

Imitó mi postura y nos quedamos cara a cara.

—Porque lo estoy, solo un poco, e inquieto —confesé.

—¿Por qué? ¿Te incomodo?

—No es por ti, bueno sí.

Frunció el ceño.

—A ver, quiero decir… estoy raro e inquieto porque es la primera vez que duermo con alguien que no sea de mi entorno íntimo.

—Ah.

—Pues eso.

—¿Soy la primera? —me preguntó susurrando.

Me regaló una sonrisa preciosa.

—Eres la primera —le confirmé.

—¿Y te pongo nervioso?

—No más que yo a ti.

Sonreí con picardía.

—Si después de intentarlo no puedes dormir, la última puerta del pasillo es una habitación vacía. Puedes dormir ahí.

—No voy a irme, Xaira. Quiero estar aquí, contigo. Ya estoy cogiéndole el gusto.

Le hice un guiño.

—Vale.

Volvió a sonreír, pero esta vez con un color precioso en las mejillas.

—Buenas noches, Cian.

—Buenas noches, Xaira.

Alargó la mano por encima de la almohada para apagar la luz y, una vez que la oscuridad nos envolvió, la agarré de la cintura para acercarla a mí.

—Así mucho mejor —susurré cerca de su cabeza, la que apoyó en mi pecho.

—Sí —suspiró.

Cerré los ojos, pero no me dormí. Para mi sorpresa conseguí relajarme muy rápido. La presencia de Xaira, su cercanía, su olor y el calor de su cuerpo me arroparon en una sensación increíble.

Su respiración fue cada vez más pausada y cuando estuve seguro de que se había dormido, la aparté con cuidado para salir de la cama.

Descalzo y sin hacer ruido, fui hasta la puerta. La dejé abierta y me adentré en la oscuridad y el silencio del pasillo, yendo directo a la habitación de Eloy.

Sabía cuál era porque acompañé a mi hermano para darle un beso de buenas noches, cuando se metió en la cama con su amigo al lado.

Abrí con cuidado la puerta de la habitación y me acerqué a la cama. Sonreí al verlos durmiendo plácidamente. Por suerte la cama era grande y cabían sin rozarse, porque ambos se habían movido.

Me incliné para retirarle el pelo de la frente a Brian y le di otro beso. Con eso tuve suficiente para regresar a la habitación de Xaira y a su cama. Me coloqué exactamente como estaba antes de levantarme, moví su cuerpo con cuidado para apoyarlo encima del mío. No se despertó.

Y entonces sí, esta vez pude cerrar los ojos para relajarme del todo.

Mis últimos pensamientos fueron para mi abuelo y para Xaira. De uno estaba lejos, pero a ella la tenía cubriendo mi cuerpo con el suyo y ni por esas tenía suficiente de esta mujer.

Estaba jodido, mucho, pero era un jodido feliz porque me dormí con una sonrisa en los labios. Solo de pensar que lo primero que vería al despertarme sería a Xaira…

Caí en un sueño profundo y reparador, al menos lo esperaba para recuperar las fuerzas que todavía me faltaban por culpa del virus.

Capítulo 40



Xaira

Abrí los ojos despacio y sonreí.

En un principio no supe porque sonreí, pero lo hice. Hasta que me acordé de lo que sucedió anoche y abrí los ojos de golpe.

Estaba girada hacia el lado que tenía que estar ocupando Cian, pero este se encontraba vacío.

¿Al final se fue a dormir a la otra habitación? ¿No había podido pasar la noche conmigo?

Tragué saliva, intranquila de repente, al pensar que no habíamos superado la prueba.

Deslicé la mano hacia delante y toqué la sábana. Un largo suspiro salió de mis labios, cuando noté que todavía estaba caliente.

—Vale, sí que hemos dormido juntos —susurré.

Justo en ese momento la puerta del baño se abrió y miré hacia allí, para ver a Cian salir.

—Buenos días —me dijo—. ¿Te he despertado?

Se sentó en el lateral de la cama y colocó una mano encima de mi pierna, sobre la ropa de cama. Él todavía llevaba solo el bóxer.

—No —le sonreí—. ¿Quieres darte una ducha?

Me incorporé, para sentarme.

—Quiero mi beso de buenos días.

Sonrió de medio lado.

Me tragué los nervios que me asaltaron de repente y me acerqué a él. Me senté sobre los talones enfrente y le di el beso que me había pedido, en los labios.

—Bien.

Me hizo un guiño y sonreí.

—¿También quieres una ducha? —repetí.

—Cuando llegue a casa.

—La ropa de Kevin debe irte bien, si quieres voy a buscar un chándal.

—Si me lo planteas así…

—¿Voy?

—Te lo agradecería. Me sentaría genial una ducha.

—Vale. Tú ves haciendo, cuando vuelva con el chándal te lo dejo dentro del baño.

—Genial. Gracias. ¿A tu hermano no le importará?

—Claro que no.

—¿Seguro?

—Que síííí… tira para la ducha.

Rio cuando lo empujé. Antes de levantarse me robó otro beso, pero este fue mucho más intenso que el que le di yo.

—Ahora muchísimo mejor —me dijo con un guiño.

Se puso de pie y caminó hacia el baño. No perdí la oportunidad para observarlo a conciencia. Cian tenía un cuerpo increíble y era un deleite para la vista.

Dejó la puerta del baño entreabierta y solo entonces pude moverme, cuando ya no lo vi más.

Me bajé de la cama sacudiendo la cabeza, pero con una gran sonrisa.

Miré la hora en el móvil, eran las ocho y cuarto. Una buena hora, pero para algunos en esta casa demasiado temprano al ser fin de semana. Y más teniendo en cuenta que la noche anterior la mayoría nos acostamos tarde.

Mi hermana Erea ya debía estar en la pista de hielo. Quedó anoche con Daniel, él venía a recogerla para desayunar juntos y llevarla al entrenamiento.

Fui hasta la puerta y salí al pasillo. No parecía que nadie se hubiese levantado, todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas. Esa era la señal de: *entra con cuidado para no despertarme o la de, no quiero ver a nadie, no te atrevas a entrar.*

Allá cada cual con el riesgo que quisiera correr, según el ánimo que tuviera.

Caminé descalza hacia la puerta de mi hermano Kevin y abrí con cuidado, para colarme dentro, pero cual fue mi sorpresa que… me quedé paralizada al ver lo que había en la cama, o más bien, a quiénes había en la cama y cómo.

—Joder, Xai —dijo mi hermano, con la voz entrecortada.

—Ay, Dios mío —jadeó por la impresión Emma, o por otra cosa.

—¿Qué… qué hacéis?

Fue una grandísima pregunta porque si no entendía qué hacía mi hermano encima de Emma, ambos desnudos y con las partes íntimas de sus cuerpos unidas, yo debía estar muy ciega y tonta perdida.

—Mmm… —dijo mi hermano— ¿Puedes darte la vuelta, meterte en el baño o salir al pasillo?

Solté un bufido antes de girarme y de esa manera, sin mirarlos, fui hacia el armario.

Escuché cómo se movían a mi espalda.

—¿Qué haces? —me preguntó Kevin, al verme abrir las puertas del armario.

—Coger un chándal para Cian, para eso he venido.

Bufé de nuevo.

—Le he dicho que podía ducharse y vosotros tenéis la misma talla.

—¿De todo? ¿Le sirvió el regalito que os dejé anoche?

Me giré hacia él porque en realidad no me importaba ver desnudo a mi hermano. Conocía cada parte de su cuerpo perfectamente porque entre nosotros actuábamos de la manera más natural y sana posible.

—Para tu información a Cian le quedaba un poco pequeño, así que tú la tienes más diminuta.

Kevin soltó una carcajada. Sabía leerme perfectamente.

—¿Desde cuándo lleváis engañándome? —Los señalé con un dedo— ¿Cómo habéis podido hacerlo? A mí. —Fruncí los labios— Jon vino a hablar enseguida conmigo de Lúa y vosotros… la persona en la que más confió en mi vida me ha traicionado.

Miré solo a mi hermano.

—Xai… —me llamó hablando bajo Emma.

—¿No me merecía saberlo antes de pillaros? —le pregunté a mi amiga—. No es el hecho de que estéis juntos, eso me haría inmensamente feliz en otra situación, pero me siento tonta y engañada.

Bajé la mirada al chándal y lo apreté en mi pecho.

—Lo siento, nosotros no…

—Ahora no quiero saber nada —interrumpí a Emma.

Caminé hasta la puerta.

—Xaira —me llamó mi hermano, pero lo ignoré.

Salí al pasillo cerrando de un portazo y casi corrí a mi habitación. Cerré echando el pestillo, lo que no recordaba haber hecho en muchos, muchos años.

Me senté al final de la cama con la vista nublada y enfocada en el suelo. Lo veía todo borroso.

—Eh.

Cian salió del baño.

—Tus brazos no son dentro del baño, que yo sepa —continuó hablando, hasta que se dio cuenta de que me pasaba algo—. ¿Xaira?

En pocos pasos se puso frente a mí y me agarró de la barbilla, para que lo mirara.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás así? Únicamente has estado unos minutos sola.

Frunció el ceño.

Se sentó a mi lado y me hizo girar el cuerpo hacia él.

—¿Qué te ha sucedido? Por más que pienso no…

Levanté el chándal y se quedó mirándolo.

—Gracias —malinterpretó mi gesto.

—De nada —suspiré—. Pero mejor dáselas a mi hermano Kevin, el que estaba follándose a mi mejor amiga en su cama.

No vi sorpresa en su cara ni reaccionó de ninguna manera, por lo que agrandé los ojos.

—¿Tú lo sabías? —le pregunté con un jadeo.

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Anoche durante la cena vi varios cruces de miradas entre ellos y tonteos, por lo que supuse que tenían algo más que una amistad. Pensaba que todos lo sabíais, yo qué sé.

Se encogió de hombros.

—Yo no me di cuenta de nada, ni en ese momento ni en otro —susurré.

—¿Y es tan grave el descubrimiento que has hecho? A ver, puede que el recuerdo de verlos en esa situación te cree algún trauma de por vida, pero…

—No ha sido para tanto. No me escandalizo fácilmente.

Consiguió hacerme sonreír y él me devolvió el gesto.

—Pues no lo parece por tu reacción.

—Me importa poco que estén juntos o no.

—Eso no es verdad.

—Bueno, vale, me importa mucho que mi mellizo esté con mi mejor amiga. Me… me haría mucha ilusión, pero si me lo hubieran contado ellos como algo bonito. No así, que parece algo prohibido de lo que nadie puede enterarse. Ni siquiera yo.

Bajé la mirada.

Cian me quitó el chándal de las manos y lo dejó a un lado, para acercarse a mí.

—Mírame —me pidió.

Busqué su mirada.

—Te ha dolido que no confiaran en ti para contártelo, que te excluyeran en algo tan importante.

—Sí —susurré—. Pensaba… creía que no teníamos secretos. Puede parecer que es una tontería, pero es que…

—No tienes que justificarte, Xaira. Si te hace daño algo, te lo hace y punto. Nadie más eres tú, nadie más puede estar dentro de ti.

—Gracias —susurré.

—No me las des.

Me acarició la mejilla y cerré los ojos.

—¿Has hablado con ellos?

La manilla de la puerta se movió, pero esta no se abrió por el bloqueo del pestillo. Varios golpes sonaron en la madera.

—Vale, ya veo que no has hablado con ellos.

—No los he dejado explicarse —suspiré.

—Sabes que tu hermano es muy capaz de echar la puerta abajo, ¿verdad?

Asentí, pero no me moví.

Me regaló una sonrisa llena de ternura, antes de darme un beso rápido en los labios.

Me hubiese encantado que no se separara, porque lo necesitaba, pero Cian se levantó de la cama.

—Eres un provocador —susurré.

—¿Yo? ¿Por qué?

Bufé y él rio.

Se quitó la toalla que llevaba enrollada en la cintura y se quedó desnudo frente a mí.

Parpadeé muy poco, para no perderme nada. Era un espectáculo de hombre, incluso mientras se vestía. Se puso el chándal de mi hermano, se calzó las deportivas, y me agarró de nuevo de la barbilla.

—Voy a abrir y bajaré a la cocina para prepárame un café, espero que no tengáis una cafetera de esas de última generación que parecen de otro mundo. —Negué sonriendo—. Estupendo. De mientras tú vas a hablar con tu hermano y cuando bajes y nos volvamos a ver ya lo habréis arreglado. ¿Vale?

—No tengo ganas.

Hice una mueca.

—Pues sin ganas. Las cosas importantes no pueden esperar.

Se inclinó hacia mí para darme un beso en los labios. Esta vez ambos lo alargamos y lo profundizamos, mientras los golpes en la puerta continuaban escuchándose de vez en cuando.

—No tengas ninguna prisa por mí. Te espero abajo —me susurró sobre los labios.

—Vale.

Le di un último beso, antes de que se incorporara. Caminó hasta la puerta, quitó el pestillo y se quedó frente a Kevin.

—Toda tuya, pero trátala como se merece.

—No me toques los cojones.

—No me los toques tú a mí —le advirtió Cian—. Ahora no me vengas con que tú nunca le harías daño, que más que tú no la quiere nadie, porque mira cómo está tu hermana y es por tu culpa y su mejor amiga.

Con esas palabras que, aunque no lo pareciera, no iban cargadas de mala intención, pasó por al lado de mi hermano y se dirigió a la escalera. Kevin supo ver que Cian solo quería verme bien y se arrepintió de cómo le había hablado.

Capítulo 41



Mi hermano soltó un suspiro y entró en la habitación.

Vino hasta la cama y se sentó a mi lado, en silencio.

—Lo siento. No sabes cuánto lamento que te hayas enterado como lo has hecho, porque has dado por hecho que hace tiempo que entre Emma y yo hay algo. Y no es cierto.

—Ah, ¿no?

—No.

Giró la cabeza hacia mí. Yo continué mirándolo de reojo.

—Xai, nunca te mentiría. Soy yo.

—Ya… el que estaba en la cama con mi mejor amiga.

—Nos acostamos anoche por primera vez.

Entonces sí que lo miré directamente.

—¿No me mientes?

—¿Cuándo te he mentido? Joder, es que al tener a Emma conmigo no me ha dado tiempo ni a salir de la habitación. Anoche, cuando Jon y yo dejamos a Iago en su cama, Lúa y Emma nos esperaron en el pasillo. Emma y yo nos despedimos de Lúa y Jon, los que por cierto entraron juntos a la habitación de ella.

Sonreí.

—Nuestras habitaciones estaban en la misma dirección y… durante la noche Emma y yo nos habíamos lanzado muchas miraditas y comentarios, porque sin darnos casi cuenta llevábamos todo el día tonteando. Una cosa llevó a la otra y al estar solos en el pasillo le pedí que pasara la noche conmigo. Aceptó.

Se pasó las manos por el pelo.

—Me gusta Emma, Xai. Mucho. No me preguntes desde cuando porque ni yo lo sé. El caso es que no supe verlo hasta ayer, por eso no sabes nada. Ni yo mismo tenía idea de lo que iba a suceder.

—Desde que empezó a trabajar en la misma empresa que tú, pasáis muchas horas juntos —susurré.

—¿Y eso te molesta?

—No —respondí rápido y con fuerza.

—Siento lo que has visto, iba a hablar contigo cuando nos viéramos para desayunar.

—¿Qué es para ti Emma? ¿Un polvo, varios, o algo más? Eres mi hermano, mi mellizo, te adoro, pero si le haces daño de alguna manera…

—Ya te he dicho que me he dado cuenta de que me gusta. Hemos pasado la noche juntos, hemos tenido sexo varias veces, en pocas horas, y me conoces de sobra para saber que no me van los juegos de ese tipo. Soy muy consciente de quién es Emma, tu mejor amiga, jamás se me ocurriría hacerle daño.

—Vale.

—¿Ya me has perdonado?

—Estás en proceso.

Apretó los labios, conteniéndose para no reír.

—Vas a tener que hacerme el desayuno y la comida a diario, durante… ya te lo diré.

—¿El desayuno y la comida que ya te hago cada día? —Arqueó una ceja.

—Efectivamente, para que veas lo buena que soy. Así no tienes que variar tus rutinas, continúa igual.

Soltamos una carcajada.

—Ven aquí.

Me abrazó y me aferré a él con fuerza, escondiendo la cara en su cuello.

—Jamás te haría daño, cariño —me susurró al oído.

—Lo sé. Siento haberme comportado sin razonar —suspiré—. Es solo que me ha dolido el impacto que me he llevado, porque no pensaba que tú y Emma… que va, en mi cabeza era imposible.

—¿Xai?

Al escuchar a Emma mi hermano y yo nos separamos y miramos hacia la puerta.

Kevin volvió a mirarme a mí.

—Habla con ella —me pidió susurrando—. Se ha quedado muy afectada.

Asentí.

Se levantó, me dio un beso en la frente y caminó hacia Emma. A ella también le dio un beso y para sorpresa de mi amiga, en la boca. Y no fue uno corto, breve, un piquito, no, Kevin se apoderó de la boca de Emma con un señor beso, de esos que te dejan temblando durante un buen rato y dando palmas.

De esa manera se quedó mi amiga cuando mi hermano nos dejó solas y cerró la puerta para darnos privacidad.

Antes de cerrar del todo me hizo un guiño y sonreí.

—Anda, ven aquí —le pedí de pie, abriendo los brazos.

Emma soltó un gritito y corrió a abrazarme.

—Shhh… tranquila —le pedí, al notar cómo temblaba—. No te pongas así, si sabes que soy muy facilona para los enfados con las personas que quiero. Me cabreo, exploto y en segundos ya me he desinflado como cuando pinchas un globo.

Reímos.

Nos sentamos en la cama y le retiré la humedad de la cara.

—No llores.

—Lo siento mucho.

—Lo sé.

Sonreí.

—Dios, me has pillado con tu hermano encima. —Se tapó la cara con las manos.

—Si solo fuera encima… chica, lo he visto todo en primer plano —suspiré, de manera dramática.

—Joder.

Se ruborizó con los ojos abiertos al máximo y me reí.

—Me habéis creado un trauma, pero no pasa nada. —Levanté una mano y la moví entre las dos.

Emma rio y yo sonreí al verla.

—¿Kevin te lo ha contado todo? ¿Cómo ha pasado? Al menos para mí ha sido totalmente inesperado.

—Y para él.

Asentí.

—Me ha contado que ayer empezasteis a tontear y que a ambos os pilló por sorpresa.

—Sí.

Asintió varias veces con la cabeza.

—También me ha dicho que no teníais planeado pasar la noche juntos, simplemente surgió cuando os quedasteis solos.

—Así es.

—¿Cómo te sientes?

—Ay, Xai, como en una nube. Es que todavía no me lo creo, yo…

—Mi hermano se ha fijado en ti porque eres una mujer increíble, preciosa, simpática, alegre, cariñosa… ¿Sigo? No vayas a ponerte pegas delante de mí porque entonces sí que me cabrearé.

—Pero se te pasará rápido el enfado.

—No puedo contigo —dije haciéndome la indignada.

Soltamos una carcajada.

—Tu familia significa mucho para mí, Xai, y tú la que más.

—Lo sé, cariño.

—Nunca he tenido ni un poco de todo lo que me dais vosotros y es que es tanto…

Tragó saliva emocionada y la abracé.

—Me he sentido durante tanto tiempo sola. Hablo de esa soledad que se te clava en el interior y no te deja ni respirar, esa soledad que te hace preguntarte qué hay de malo en ti que nadie te quiere, ni siquiera tus padres.

—Em…

Cerré los ojos con fuerza, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—Os quiero mucho a todos y… creo que sin darme cuenta me he enamorado de tu hermano —susurró.

Me separé, sonriendo.

—Pues estamos de suerte porque parece que a él le ha sucedido lo mismo.

Le hice un guiño cuando me miró con esperanza e ilusión.

—¿Bajamos a desayunar? —me preguntó, nerviosa.

—Tienes ganas de estar ya con él, ¿eh?

Asintió y reí.

—No te imaginas lo que me alegro —le dije abrazándola fuerte, otra vez—. Voy a tenerte como hermana.

—Y a Jon como hermano.

—Oh, joder, ¡es verdad!

Soltamos una carcajada.

—Baja tú.

—¿No vienes? —se extrañó.

—Sí, pero quiero darme una ducha porque entre unas cosas y otras al final lo he retrasado. Seré rápida, el pelo no tengo que lavármelo.

—Vale. Te esperamos abajo. ¿Te preparo la tostada?

—Tranquila, mi hermano está castigado con hacerme el desayuno y la comida durante un tiempo.

—¡Si siempre te los prepara él! —rio.

—¡Oye! ¿De qué bando estás tú? ¡Qué yo también me los hago! —me quejé.

—Claro, el desayuno cuando él tarda en bajar porque si no, no te da tiempo para ir a trabajar. La comida nunca porque él llega antes a casa.

Reímos.

Nos levantamos de la cama y después de abrazarnos, Emma salió de la habitación y yo me dirigí al baño. Tardé muy poco en ducharme, tal y como le dije a mi amiga.

En la habitación, frente al armario, me vestí con la ropa interior, un pantalón vaquero y una camiseta de mangas tres cuartos. Me puse los calcetines y me calcé las deportivas casuales de arreglar.

Regresé al baño, me cepillé el pelo y, por último, me perfumé.

Antes de irme de la habitación abrí la ventana para ventilarla y entonces sí que bajé a la planta baja, para ir a la cocina.

En ella encontré sentados a la mesa a Cian, a Emma, a Kevin y a nuestro padre.

—Buenos días, papá —lo saludé, dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo has dormido?

—Estupendamente —le contesté sin entrar en detalles.

Me preparé el café con leche, porque no me gustaba frío ni natural. Por eso ninguno me lo había hecho. Cian no lo sabía todavía, a no ser que se lo hubieran dicho.

Me senté donde estaba mi tostada y comencé a desayunar.

—Román —le dijo Cian a mi padre.

—Dime, hijo.

Me encantaba la familiaridad y el cariño con los que trataban mis padres, no solo mi padre.

—Ya he pensado lo del coche.

Lo miré sorprendida, temiendo que tanta rapidez fuese porque iba a negarse definitivamente.

Kevin y Emma estaban informados, al igual que todos los demás que estuvieron en la cena de anoche. Cian lo contó en aquel momento.

Timón y Pumba eligieron este instante para entrar en la cocina y se acercaron a mí para saludarme, ya que era la última que había llegado. Después de varias caricias y besos, se llevaron de regalo dos buenos trozos de tostadas con jamón que les di. Regresaron felices al salón, a sus camas.

—¿Qué has decidido? —le preguntó mi padre.

—Me lo quedo.

Abrí la boca, sorprendida, sin dejar de mirarlo. Cian conectó con mis ojos y me hizo un guiño.

—No sabes cómo me alegro de oír eso —le dijo mi padre—. Enhorabuena, Cian, te llevas un coche estupendo.

—Lo sé y también sé que no me engañarías.

—Por supuesto que no. Déjalo en mis manos, yo me encargo de todo, ¿de acuerdo? Lo aceleraré lo máximo posible para que sea tuyo cuanto antes.

—Gracias, pero ya no me va de unos días.

—Lo solucionaré rápido —repitió, más que satisfecho.

Mi hermano y Emma felicitaron a Cian por la decisión que había tomado y el buen coche que se llevaba.

Cuando se pusieron a conversar entre ellos llamé la atención de Cian. Le pedí que se acercara, para hablarle al oído.

—¿Lo del coche lo has hecho por el recuerdo que te di de él ayer? —le pregunté.

—Sí, pero lo que más ha pesado en mi decisión es pensar en todos los recuerdos que me darás a partir de ahora.

Me hizo un guiño y solté una carcajada.

—Me alegro mucho— Le di un golpecito en la punta de la nariz.

Sin cortarse, buscó mis labios y me dio un beso rápido. Se lo devolví encantada y cuando nos separamos nos enfrenamos a las miradas de los que nos acompañaban desayunando.

—No me hagáis hablar —les dije a mi hermano y Emma.

Reí con ganas cuando levantaron las manos, como sincronizados. Se miraron y se sonrieron. Oh, y qué sonrisas destinadas únicamente para el otro.

Mi padre también sonreía observándonos a los cuatro, sonrisa que no podía ocultar detrás de la taza de café.

¿Qué debía pasar por su cabeza? Porque de golpe, de un día para el otro, todos sus hijos mayores tenían pareja. Bueno, Iago estaba a las puertas de conseguirla, tiempo al tiempo con Katia.

Capítulo 42



Levanté la cabeza para mirar hacia delante.

Estaba en mi despacho, con la puerta abierta. La había dejado así solo por un motivo, para ver llegar a Cian.

Dirigí la vista a la hora en la pantalla del ordenador y me extrañó que no hubiese llegado todavía.

Cogí el móvil y le escribí un mensaje.

Xaira: ¡*Buenos días! ¿Todo bien?*

Su respuesta llegó casi al instante.

Cian: *Buenos días, preciosa. ¿Eso es una pregunta trampa de jefa?*

Xaira: *Esa pregunta es lo que es, una pregunta.*

Cian: *Mmm… ¿Alguien me echó de menos anoche a su lado?*

A excepción de la noche anterior últimamente dormíamos siempre juntos. Cian se quedaba en la casa de mis padres y si era un día laboral, al levantarnos yo lo llevaba a su piso, para que se encargara de Brian.

Y sí, me había acostumbrado a él y su ausencia la había sentido de una manera especial. No me había gustado nada.

Xaira: *¿Y tú? ¿Me has echado de menos?*

Cian: *Yo he preguntado primero. Ja, ja, ja…*

Xaira: *Pues sí, te he echado de menos en mi cama.*

Cian: *Yo también, y lo digo muy en serio. Te he echado de menos y me costó muchísimo dormirme.*

Xaira: *¿Esta noche vuelves a quedarte conmigo?*

Cian: *No.*

Su respuesta tajante, porque me sonó así, me puso en tensión y sin saber qué decir.

Por suerte cuando vi su siguiente mensaje pude volver a respirar, aunque no con normalidad porque se me aceleró el pulso.

Cian: *Porque esta noche vas a pasarla tú conmigo, en el piso de mi abuelo. Quiero presentártelo, está deseando conocerte. Como no te lleve no me dejará tranquilo.*

Sonreí emocionada. Lo que acababa de decir era dar un gran paso, porque Cian estaba abriéndose a mí para meterme en su núcleo familiar. Con lo que él quería a ese núcleo y lo protegía, era algo muy importante.

Xaira: *Me encantará pasar la noche contigo en el piso de tu abuelo y conocerlo por fin. Tengo muchas ganas.*

Cian: *Estupendo. En la siguiente ocasión te presentaré a mis amigos, Barry y Jake. Ellos también tienen muchas ganas de conocerte, les he hablado de ti. Son los que viste conmigo el día del partido de nuestros hermanos. el mismo día que casi me saltas encima.*

Xaira: *Ya te hubiera gustado a ti que te saltara encima…*

Cian: *Ja, ja, ja… No sabría decirte, porque cuando estoy cabreado ya sabes lo que pasa. Podrías haber terminado en el suelo, y no de la mejor manera.*

Xaira: *¡Nunca me habrías tirado al suelo! Ja, ja, ja… ¿Dónde estás que no has llegado todavía? Ya hace unos minutos que tendrías que estar aquí.*

Cian: *No te preocupes, jefa. Estoy de camino, pero ahora mismo el autobús está parado en un atasco. Los días de lluvia es lo que tienen.*

Xaira: *Vale. Es verdad.*

Me giré en la silla, para mirar hacia los ventanales. El agua caía con mucha fuerza y se estrellaba contra los cristales.

Xaira: *Ten cuidado y no tengas prisa para llegar.*

Cian: *Mañana ya tendré el coche, tu padre me ha dicho que por la tarde.*

Xaira: *Guay. ¿Estás contento?*

Cian: *Claro. Mucho.*

Xaira: *Me alegro. Tengo que dejarte. Cuando llegues no nos veremos, entro en unos minutos en una reunión con los jefes de departamento.*

Cian: *No me habías dicho nada.*

Incluso sin tenerlo delante para verlo y oírlo, supe con la seriedad que me había escrito el último mensaje. Todo lo que tuviera que ver con Ismael, aunque le tocara de lejos, Cian no lo toleraba.

Xaira: *Porque no lo sabía. Me he enterado cuando Esteban me ha llamado al poco de llegar al despacho.*

Cian: *Joder.*

Xaira: *Relájate. Ahora ya sé lo que hay.*

Cian: *No te quedes sola con él.*

Xaira: *Eso no va a suceder.*

Cian: *El autobús vuelve a moverse. Si veo que se para de nuevo y se alarga otra vez, me bajaré e iré caminando. Total, con tantos atascos seguro que llego antes.*

Xaira: *No hagas eso. Vas a llegar empapado y solo falta que después del virus pases por un resfriado fuerte.*

Cian: *Ya veré. Que vaya bien la reunión.*

Sonreí.

Xaira: *Las reuniones nunca van bien, son un aburrimiento. Estoy deseando que llegue la hora del desayuno para poder estar juntos. Nos vemos luego. Besos.*

No es que en la cafetería diéramos rienda suelta a nuestra relación. Para nada, manteníamos la apariencia de amigos, aunque no podíamos evitar acercarnos más de la cuenta.

Cecilia, la dueña de la cafetería que iba detrás de Cian, había notado que mi relación con él había cambiado mucho. Era normal porque de no soportarnos o soportarnos poco, habíamos pasado a estar siempre pegados el uno al otro, sentados en la silla de al lado.

Cian había marcado la distancia con Cecilia, otro motivo de peso para que ella pensara que teníamos algo. Cian estaba muy pendiente de mí, lo que a ella no le encantaba, pero a mí sí. Yo no podía sentirme más satisfecha.

Había otra chica rondando a Cian y parecía no cansarse. Le enviaba mensajes de vez en cuando por lo que me dijo él. También me aseguró que tenía controlada la situación y que a la mínima la bloquearía, porque ella sabía perfectamente que él no quería nada.

Habíamos aprovechado muy bien el tiempo que llevábamos juntos, para hablar de todo y conocernos muy bien.

Belén, Bruno y Adela no se sorprendieron cuando les dijimos lo que había pasado entre nosotros. Se pusieron muy felices y nos dieron la enhorabuena de que por fin hubiésemos reaccionado dejándonos de rodeos y tonterías.

Esteban era la otra persona de la empresa que sabía lo nuestro, fuimos a verlo a su despacho para darle la noticia. Él tampoco mostró asombro cuando se lo contamos, al revés, sonrió y nos abrazó con cariño. Yo me emocioné mucho porque me dio la bienvenida a la familia, a la que formaban él, Cian, Brian y Michael, el abuelo.

Aparté todos los pensamientos cuando salí del despacho. Me llevé la chaqueta, donde metí el monedero pequeño y el móvil.

No volvería al despacho hasta después del desayuno, en cuanto la reunión finalizara bajaría a la cafetería a esperar a que los demás fuesen llegando.

—Xaira —me dijo a modo de saludo Esteban, cuando entré en la sala de reuniones.

Era otra diferente a la que yo utilizaba para las reuniones con mi departamento, aparte de que se encontraba una planta más arriba. Esta estaba destinada a los jefes.

—Hola, Esteban —le sonreí.

—Hola, cariño —me dijo, con la tranquilidad de que no había nadie más con nosotros.

Le di un beso en la mejilla y me senté en la silla que me indicó, la que quedaba a su izquierda. Dejé la chaqueta colocada en el respaldo y comenzamos de hablar de todo, menos de trabajo.

Los demás jefes de los departamentos no tardaron mucho en aparecer y conforme entraron en la sala fueron ocupando sus sillas. Por lo visto cada uno tenía un sitio asignado, a partir de hoy el mío sería en el que estaba.

—Buenos días —saludó Esteban—. Comenzamos la reunión, que sé que dentro de poco tendréis hambre.

Algunos rieron, yo sonreí. Noté el peso de una mirada, pero me obligué a ignorar que Ismael me observaba más tiempo del que me gustaba. Preferiblemente me hubiese encantado ser invisible para él.

La reunión no se hizo pesada, Esteban la llevó muy amena, haciéndonos participar para aportar ideas y dar opiniones sobre las de los compañeros. Cuando nos dimos cuenta, al menos yo, ya habíamos terminado.

—Que aproveche —les deseé a todos, al levantarme de la silla.

Me desearon lo mismo mientras me ponía la chaqueta. Me despedí de Esteban con un guiño, sin que nadie me viera y salí de la sala, para ir a la cafetería.

—Xaira —me llamó Ismael, en el pasillo.

Cerré los ojos unos instantes y cuando los abrí, me giré hacia él.

—Dime.

—Te invito a un café.

—Voy a estar con mis amigos.

—¿Yo no lo soy?

Sonrió de medio lado.

—No lo sé. —Me miró extrañado—. La palabra amigo tiene mucho peso y significado. Es una palabra que normalmente suele utilizarse erróneamente.

—Lo dejamos para otro día, entonces.

Asentí para no hablar más. Preferí callarme porque ese otro día nunca iba a llegar.

Caminé por el pasillo, yendo hacia el ascensor, pero cuando salí a la zona principal de trabajo Ismael se puso a mi lado y me pasó el brazo por encima de los hombros.

Me aparté al instante. Él rio, como si mi reacción hubiese sido porque me había asustado. Tal vez lo creyó de esa manera.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Xaira, creo que hoy te vendría mejor una tila que el café —me dijo.

Me hizo un guiño al pasar por mi lado. Lo seguí con la vista, con el ceño fruncido, hasta que desapareció. Miré a mi alrededor y entonces me di cuenta de que algunos trabajadores que no conocía cuchicheaban mirándome disimuladamente.

—Mierda —susurré cabreada.

Si algo no soportaba eran los cotilleos y las lenguas largas e incontrolables.

Bajé a la planta baja, donde Adela se unió a mí para ir a la cafetería un poco antes de la hora habitual. Cian, Bruno y Belén llegaron los tres juntos. Hasta ese momento no comenzamos a desayunar.

Cian y yo compartimos miradas, sonrisas y gestos, uno al lado del otro. Todo iba perfecto, hasta que regresamos al trabajo.

Al cabo de llevar unos veinte minutos trabajando en el despacho, Belén entró como un vendaval y cerró a la carrera.

—¿Qué pasa? —le pregunté sorprendida.

—Es Cian —dijo con la voz entrecortada.

Me fijé entonces que había corrido. Me levanté despacio de la silla.

—¿Qué le pasa a Cian?

—Tienes que pararlo —me suplicó y fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Va a pelearse con Ismael. Es lo que busca desde siempre ese tío, quiere meter en problemas a Cian. Si le pega lo denunciará.

Agrandé los ojos.

—Está corriendo un rumor de que tú e Ismael os habéis acercado íntimamente, que habéis tenido sexo en los baños. Y Cian ha ido a por él, para partirle la cara. Literalmente. No va a consentir que te falte al respeto y ni mucho menos que haga circular información falsa que os perjudique a los dos, sobre todo, a ti.

—¿Se lo ha inventado él?

—Como muchas otras cosas.

Bufó.

—¿Dónde está Cian ahora? —le pregunté, rodeando la mesa.

—En la planta baja. Esteban está intentando mediar entre ellos.

—Joder, qué tío más tóxico.

No hacía falta que dijera a quién me refería: a Ismael.

Bajamos a la planta baja por las escaleras, para no esperar al ascensor, y cuando llegamos me sobresalté por la cantidad de gente que había. Estaban agrupados haciendo un círculo, círculo que comencé a romper cuando me adentré apartando a la gente.

Todo pasó muy rápido, apenas me dio tiempo a procesar la información de lo que ocurría.

Cuando conseguí pasar a la última persona y llegué al centro, corrí hacia Cian, quien tenía agarrado de la camisa a Ismael. En un momento en el que Ismael se soltó, sacudiéndose, el puño de Cian fue a su cara y temí lo peor. Intenté interponerme, pero para sorpresa de todos, fue el puño de Esteban el que impactó en el estómago de Ismael.

Fue el primer sitio más próximo al que llegó del cuerpo de Ismael, para apartarlo de la trayectoria del puño de Cian. Esteban consiguió que Ismael se doblara de dolor y que cayera al suelo.

Miré asombrada a Esteban.

—Tranquilos, conmigo no va a poder —nos dijo a Cian y a mí.

Cian se quedó desconcertado por unos minutos.

Y fueron las palabras de Esteban las que rompieron cualquier tipo de rumor que Ismael había lanzado sobre nosotros. Más tarde me enteré de que Bruno fue quien se lo contó todo a Esteban, lo que decían en la empresa.

—Que quede claro que Ismael, el exjefe desde este mismo momento de Recursos Humanos, siempre ha sido el que ha tenido la boca muy grande para lanzar rumores a su favor. De todo tipo. Y hasta aquí he llegado. He intentado mantenerme al margen, pero se terminó, porque me ha tocado muy personalmente.

Miró a Ismael, quien todavía estaba en el suelo observándolo con asombro.

—Te tengo pillado por los huevos, Ismael, en muchas cosas. Puedo destrozarte con una simple llamada, así que tú decides. Espero que tu elección sea subir al que era tu despacho, para vaciarlo antes de largarte de aquí. No quiero verte más en esta empresa ni cerca de ella, sobre todo, de esta pareja.

Nos señaló a Cian y a mí.

—Sí, están juntos y enamorados. ¡Para que quede más claro aún, de una puñetera vez! —alzó más la voz—. Xaira jamás ha querido tener nada que ver con Ismael, aparte de ser compañeros de trabajo. Estoy hasta los cojones de los cuchicheos y de los rumores falsos. Todo termina aquí, como me entere que alguien dice algo más se va a la calle. Ahora a vuestros puestos o a desayunar.

Esperó unos segundos a que la gente se dispersara, para girarse hacia nosotros. A Ismael se lo llevó un hombre de los de seguridad, hacia el que había sido su despacho, y no abrió la boca para nada.

Algo muy gordo debía esconder y Esteban lo sabía.

—No tendrías que haberte metido —susurró Cian.

—Hijo, he llegado al límite y cuando he visto que ibas a pegarle… no te habría arruinado la vida porque antes habría terminado yo con la suya, porque puedo, pero estarías jodido y es lo último que quiero. Se acabó, ya podéis estar tranquilos.

Acorté la distancia que me separaba de Esteban, para abrazarlo con fuerza. Él me correspondió de la misma manera.

—Gracias —susurré.

—No tienes que dármelas, la familia está para cuidarse y protegerse.

Sus palabras me emocionaron, pero no fui la única. Me separé de Esteban y este abrazó a Cian, que no terminaba de recomponerse.

—Odias las jodidas peleas. Te ponen enfermo desde lo de…

—Shhh… —lo calló Esteban—. Estoy mejor que en mucho tiempo, hijo. No te preocupes por mí.

Cian lo abrazó con fuerza y cuando Esteban se fue y nos dejó solos, me puse frente a él y le agarré la cara con las manos.

—Te quiero —susurré sobre sus labios.

Me sujetó de las caderas, para acercarme más a su cuerpo.

—Te quiero —me correspondió.

Nuestros labios encajaron perfectamente, al mismo tiempo que se reconocían, como nuestras lenguas.

Nos besamos sin importarnos dónde estábamos y quién podía vernos. Lo de esconderse para evitar habladurías se terminó.

Epílogo



Diez años más tarde…

Cian

Es tan curioso cómo te cambia la vida, un día estás abajo y cuando menos te lo esperas, arriba.

—¿Vas a salir? —le pregunté a mi hermano Brian.

Ya está hecho un hombre con diecinueve años, en él es donde noto más el paso del tiempo.

—Sí —me contestó.

Salió al porche y se sentó en el brazo de un sillón, con los brazos cruzados.

—He quedado con Eloy, Oliver y Teo.

El trio de amigos al que se unió mi hermano cuando conoció a Eloy, el hermano de Xaira, mi mujer.

Los cuatro continúan yendo juntos a todas partes.

—Pasadlo bien y tened cuidado.

—¿Algo más? —me preguntó con diversión.

—No te hagas el listo porque me importa poco que seas mayor de edad, si te digo que no sales te quedas en tu habitación.

Me hice el duro, pero terminamos riendo. A pesar de que mis palabras eran muy ciertas. Brian me respetaba tanto que jamás me había llevado la contraria, tampoco había cuestionado mis decisiones.

Por mi parte siempre intentaba ser justo con todo, poniéndome en su lugar, pero con la sabiduría que me otorgaba mi edad.

Brian, al igual que Eloy, son muy buenos estudiantes. Van a la universidad, para preparar el futuro que quieren. Oliver y Teo entraron en el mundo laboral después de hacer unos cursos. Los primeros son muy diferentes de los segundos, como el agua y el aceite, pero los cuatro encajaban asombrosamente bien.

—Vete ya, no corras para llegar —le pedí.

Se puso de pie y se inclinó para darme un beso, el que le devolví.

—Xai y Mel están haciendo una guerra de pistolas de agua en el baño —me informó, antes de soltar una carcajada.

Puse los ojos en blanco, pero sonriendo de oreja a oreja.

Mel es Melisa, la hija de Xaira y mía. La pequeña tiene cinco años y es un torbellino. No es hija única, también está Izan de ocho años, pero él está hoy con mi abuelo. A Ambos les encanta pasar tiempo juntos.

Aunque es algo que me da muchos dolores de cabeza, mi abuelo sigue en su piso de propiedad. No quiso dejarlo cuando Xaira y yo compramos la casa familiar en la que vivimos.

La decisión de mi abuelo fue algo que me costó asumir, pero no me quedó más remedio. Por suerte en coche solo hay unos minutos de trayecto y tengo la tranquilidad de que cuando le da una crisis, él es el primero en llamarme para que vaya a buscarlo. De esa manera se recupera con nosotros, para que podamos cuidarlo. Diez años son muchos años para según qué edades, pero mi abuelo, a pesar de sus achaques, lo lleva bastante bien.

Mis suegros también están muy pendientes de mi abuelo, son increíbles. Lo supe desde la primera vez que tuve contacto con ellos, porque pocas personas desprenden tanto y tan bueno como Román y Evie.

Ellos siguen viviendo en la gran casa que acogió durante muchos años a todos sus hijos, e incluso a sus parejas. Timón y Pumba son sus fieles compañeros. Eloy es el único de los hijos que vive con ellos, los demás volaron para hacer sus vidas, pero no se fueron muy lejos.

Xaira y yo no tuvimos ninguna prisa por encontrar un lugar para independizarnos. Alargamos el máximo tiempo con la familia, antes de buscar una vivienda. Cuando decidimos que había llegado el momento y encontramos esta casa de dos plantas y con un jardín precioso, nos vinimos a ella de un día para otro, casi con lo puesto. Todo lo demás vino después.

Me levanté del sillón del porche y entré en la casa para ir hacia la escalera. La subí y fui directo a mi habitación y la de mi mujer. Antes de entrar ya escuché las risas de Mel y sonreí.

Me paré en el hueco de la puerta del baño y me apoyé en el marco, con los brazos cruzados.

Madre e hija se lanzaban agua con las pistolas dentro del yacusi. Xaira estaba gloriosamente desnuda, los pechos le sobresalían del agua.

—¡Papi! —gritó Mel.

—Hola, cariño. ¿No estáis arrugadas ya? ¿Cómo puede haber más agua fuera del yacusi que dentro? —dije mirando el suelo.

No era broma, con razón Brian se había reído.

—Detalles sin importancia, amor.

Arqueé una ceja al mirar a Xaira.

Terminé sacudiendo la cabeza y ordenándoles que salieran ya, sino querían recoger ellas lo que había liado. Corrieron para no tener que hacerlo y me tocó a mí pasar el mocho.

—Te recompensaré esta noche —me dijo Xaira, abrazándome por la espalda.

Metí el mocho en el cubo, ya había terminado, y me giré sin que dejara de abrazarme. La rodeé yo con los brazos.

—Tienes más peligro que nuestra hija —susurré sobre sus labios.

—Y te gusta mucho.

—Esto sí que me gusta.

Al decirlo le abrí el albornoz, dejando a la vista su maravillosa desnudez. Xaira soltó un grito y salió corriendo, y yo detrás de ella.

Esa era nuestra vida, una en la que en su mayoría predominaba lo bueno, pero en la que también habíamos tenido que enfrentar situaciones complicadas.

Referente a nuestros trabajos, Xaira continúa al frente del Departamento de Marketing y Publicidad, y yo hacía unos años que ocupé el cargo de Esteban en la empresa. Solo las personas de mi entorno más cercano supieron que estaba preparándome para cuando llegara ese momento.

Me preparé muy bien en los estudios, los que combinaba con el trabajo, y cuando me saqué la carrera Esteban me acompañó durante meses en el día a día, hasta que lo dejó todo a mi cargo. No tuvimos problema en hacer el cambio, Esteban era un buen amigo del dueño de la multinacional.

Así que en el terreno profesional yo di un salto increíble.

Esteban está muy presente en nuestras vidas. Es nuestra familia también, tanto que es como el abuelo biológico de Izan y Mel. Hacia él también sienten devoción los niños. Es recíproco.

Mi cuñado Kevin, el hermano mellizo de mi mujer, está casado con Emma, la mejor amiga de Xaira. Lo que comenzó sin que ninguno de los dos se diera cuenta, como sucede muchas veces, se convirtió en una historia de amor fuerte y pasional. Yo siempre tuve claro que Kevin no iba a dejar escapar a Emma, una vez descubrieron que se gustaban y que se acostaran. Él es muy parecido a mí en carácter y en la forma de ser, por lo que supe lo que quería con Emma. Siguen trabajando en la misma empresa y pasando muchas horas juntos. Están casados y tienen tres hijos, Mario, Lucía y Alba, de siete, cinco y dos años, respectivamente.

Lúa y Jon son otra de las parejas sorpresa que se unieron casi al mismo tiempo. Él se trasladó aquí y se desprendió de su bar, el que le vendió a uno de sus mejores trabajadores, Lorenzo. Pero Jon no puede parar quieto, por lo que montó un restaurante en una zona muy céntrica de nuestra ciudad. El negocio le va genial, lo normal es que haya que reservar porque siempre está lleno, y con ese negocio no se siente tan ahogado como le sucedía con el bar. En este último pasaba muchas horas, por el día y por la noche. Tiene grandes profesionales a su cargo en el restaurante, lo que le permite vivir relajadamente. Lúa y Jon fueron los primeros de todos en casarse. Tienen dos niñas, Marina y Alba, de seis y cuatro años, respectivamente.

Erea y Daniel tuvieron su gran historia de amor, a pesar de comenzar la relación siendo muy jóvenes. Se quisieron con locura, pero pasaron por muchos baches, entre ellos el que los llevó a separarse. No fue fácil para ninguno, pero tomaron caminos diferentes. Hasta que el destino, la casualidad o como queráis llamarlo, cruzó sus caminos de nuevo seis años más tarde. Sí, su relación pareció que nunca terminó, fue como si hicieran un paréntesis para después retomarla con más fuerza. Hoy día llevan viviendo juntos cuatro años, están llenos de felicidad y tienen muchos planes, entre ellos casarse. Por ahora se han comprado una casa. Erea triunfó en el patinaje artístico, un seleccionador la eligió y durante años estuvo compitiendo en diferentes países. Ganó muchas medallas, hasta que fue ella misma la que tomó la decisión de retirarse, para centrarse únicamente en el final de su carrera universitaria. Todavía va a la pista de hielo, pero solo a disfrutar en ella.

Iago conquistó complemente a Katia. Esta historia es de las que se cuecen a fuego muy lento, de las que necesitan su tiempo para llegar al destino deseado. Iago tuvo mucha paciencia y nunca dejó de estar cerca de Katia, ya que ella fue lanzándole señales de que lo necesitaba a su lado porque lo quería. Katia tuvo que recorrer un largo camino de sanación, pero una vez estuvo bien se sinceró del todo con Iago y ahí, en esa conversación llena de confidencias y sentimientos, iniciaron lo que hoy día es una de las historias de amor más fuertes que he conocido en mi vida. Están casados y tienen un niño de seis años, César.

Luego están mis mejores amigos, Barry y Jake. Ambos continúan solteros, son los tíos guais de los niños y ellos están más que contentos con ese papel. Seguimos tan unidos como siempre, formando un grupo de amigos más grande. La familia ha aumentado mucho.

Y no puedo olvidarme de Bruno, Belén y Adela, los grandes amigos que conocí en el trabajo y que hoy en día están bajo mis órdenes. Las vueltas que da la vida. Continuamos formando equipo y no hemos perdido la costumbre de desayunar en la cafetería. Belén y Bruno al final se dejaron llevar por eso de que el roce hace el cariño, porque comenzaron a rozarse demasiado y terminaron enredados en una cama. Hasta a ellos les pilló de sorpresa lo que sucedió una noche de fiesta en la que se les fue un poco la mano con la bebida. ¿Y cómo lo solucionaron para saber si fue algo puntual o no? Probando a estar juntos una vez más, pero sin alcohol de por medio. Y funcionó, y tanto que sí. Están casados y tienen dos hijos, Carlos y Mateo, de siete y cinco años, respectivamente. En el caso de Adela está saliendo con Patricia, una chica estupenda que le abrió los ojos a Adela.

Todos formamos una gran familia que siempre estamos los unos con los otros, inseparables.

Quién nos lo iba a decir, es algo que Xaira y yo repetimos mucho porque es una gran verdad. Quién nos iba a decir que diez años atrás, en un partido en el que se enfrentaban nuestros hermanos, nuestras vidas cambiarían para siempre.

En ese partido, gritándonos, mientras defendíamos a Eloy y a Brian, Xaira y yo encontramos el amor de nuestra vida. Y no fuimos consciente de ello, hasta que la vida nos lo mostró.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu
